PABLO ILLANES

ALEVOSÍA

EL CASO DEL ASESINO DE INFLUENCERS

SUMA de letras

Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Créditos

Un asesino habitual tiende a convertirse también en un buen actor.

POPPY Z. BRITE,
El arte más íntimo

Scream, no one will hear you. Just as you never heard Jason.

SIMON HAWKE,
Friday the 13th

La carrera de la difunta se había cruzado con las de un centenar de figuras igualmente electrizantes, que vivían en una especie de inquieta desnudez semipública, y que en todo momento se hallaban a un paso de verse zarandeadas por la conmoción del escándalo.

BEN HECHT,
Sangre de actor

1

La mañana del día de su muerte no quiere desayunar. Su cuerpo no lo necesita, menos en ese instante preciso de su carrera, en el caos del lluvioso otoño neoyorquino, a diez días del inicio de la Semana de la Moda y un mes y medio antes de sus vacaciones en Croacia. Para comenzar el viernes, le basta un vaso grande de un espeso jugo verde que bebe entre la ducha y el clóset. Como lo hace a diario, piensa en sí misma con satisfacción y un ligero dejo de orgullo por todo lo que ha logrado en tan poco tiempo. Los techos altísimos del departamento de la calle King, en el lado oeste del Soho, en Manhattan, son la mejor prueba de su éxito. Después de cuatro años como modelo y creadora de contenido, Stefania Lenzi ha logrado superar su propia marca. Hace dos meses su cabeza colapsó al develarse la cifra final, ese número mágico y trágico que no aparecía ni en sus sueños más ambiciosos.

Tres millones de seguidores.

Tres millones de almas repartidas a lo largo y ancho del planeta y, ¿quién sabe?, tal vez más allá de lo conocido por el ojo humano. Se siente la emperatriz de un pequeño país intangible, conformado solo por sus discípulos de Instagram.

Tres millones de hombres y mujeres que la conocen y, lo que es aún mejor, que la aman con un fervor imposible de explicar sin sonar como una psicópata. Solo ella puede dimensionar el cariño que le tiene la gente, *su gente*, porque lo conoce de cerca, lo expresan a diario en su muro o a través de mensajes directos de Instagram, y ella se regocija como una niña pequeña en Navidad, leyendo una y otra vez las felicitaciones, los agradecimientos, los piropos, las confesiones, las invitaciones a salir, los juramentos de amor eterno y las cada vez más frecuentes propuestas de matrimonio.

Gracias a esos tres millones de seguidores hoy cuenta con una lista de marcas de alta gama a su entera disposición, incluyendo muchas de aquellas que eran sus favoritas desde antes de la fama y más allá de las redes sociales, todas ansiosas por explotarla y amarla y manosear su

nombre y perfil, @therealsteflenzi, mejor conocida como la muchacha italiana que vino a Nueva York y ganó su primer millón de dólares antes de los veintiuno.

Todo lo que se dice en las redes sobre Stefania Lenzi es verdad. Con la ayuda de sus asesores de medios, que cada día son más y, por desgracia, menos cercanos a su círculo de hierro y, también como resultado de su propio olfato innato para el marketing digital, Stef, o solo «S» —como la llaman con cariño sus seguidores más antiguos—, ha logrado amasar una discreta fortuna repartida en dos cuentas bancarias, una en Zúrich y otra en Nueva York. Por ese motivo, porque es cierto, ama el dinero y en especial buscar formas creativas de gastarlo. Y porque se crio en un amenazante barrio olvidado en las afueras de Roma, en medio de una pobreza «digna» cuya sola existencia aún logra deprimirla, hoy se dedica en cuerpo y espíritu a sus redes sociales, siempre postergando por deseo propio y sin ninguna culpa a sus amigos y familia. Sus marcas, o sus mecenas, como le gusta considerarlos, no pueden esperar y son lo único que importa. A sus seguidores los quiere con el alma, pero son las benditas marcas las que le permiten pagar los veinte mil dólares de alquiler en el Soho.

Todo lo que se dice de ella es verdad. Pero Stefania tiene un secreto que puede derrumbar su imperio de tres millones de seguidores y convertirla en la nueva diosa cancelada por sus propios fans.

Esa mañana, después de tres vasos del jugo verde que le provocan la agradable sensación de querer evacuar el intestino, aunque por desgracia sea apenas una breve y falsa alarma, decide ganar tiempo y concentrarse en la grabación de contenido. Escoge un vestuario deportivo, algo simple y elegante de Y-3, bastante menos cómodo, pero más chic que los que acostumbra a usar, de Nike. Aunque no ha ingerido nada en las últimas dieciséis horas, salvo el jugo détox, se siente hinchada como una enorme pelota de básquetbol. Culpa al kale, la col rizada, uno de los ingredientes del jugo y su verdura predilecta, un superalimento conocido por sus efectos de flatulencia.

Monta el iPhone en el trípode ergonométrico y enciende el óvalo de luz en un ángulo de 45 grados hacia su pómulo derecho, su lado bueno. Mientras lo hace, ordena en su cabeza los conceptos que debe enumerar. Cuando está segura de que todo encaja con la línea editorial

que tiene en su cabeza se pregunta por el producto.

¿Dónde dejó la caja color palo rosa?

Con el celular encendido corre a la cocina. Piensa que no ha comenzado a grabar, pero se equivoca, el iPhone ya está registrando cada detalle del vacío y el silencio. El punto rojo en una esquina la sorprende cuando regresa al improvisado set de grabación con la caja de ThisIsMySkin™ bajo el brazo. Con placer mira una vez más la cubierta, desliza los dedos sobre el cartón palo rosa con el logo de la marca bordada en letras doradas, diseño exquisito y seguro carísimo que terminará en la basura junto a las decenas de otras cajas y envoltorios de la semana. Piensa que no quiere problemas, quizá puede utilizar el material grabado por error como parte del video definitivo. Algo espontáneo, como les gusta a los fans. Después de todo, ella es así, distinta a los demás influencers, única en su estilo, desordenada, errática e imperfecta, a pesar de la cáscara exquisita que todos idolatran.

—Hola, mi gente, por fin es viernes y estoy feliz porque tengo una sorpresa de último minuto para celebrar el fin de semana. Gracias a los amigos de @ThisIsMySkin voy a regalar tres joyas idénticas a esta. ¿Alguien conoce esta maravilla? Les presento a Gem-Peel, la nueva máquina profesional de *peeling* ultrasónico. ¿Por qué pagar más por un tratamiento interminable si puedes cuidar tu piel en la comodidad de tu hogar? No entiendo a esa gente que gasta su dinero en dermatólogos carísimos y procedimientos que no se notan. Lo siento, amiga, pero esos cinco mil que desembolsaste el mes pasado no los estoy viendo en tu rostro. Con Gem-Peel, de ThisIsMySkin™, los resultados se pueden apreciar... ¡cuarenta y ocho horas después de la primera sesión!

Se distrae. Pedazo de estúpida, se insulta. ¿Por qué, si iba todo tan bien?

Levanta la cabeza tratando de contener la ira, porque si hay algo que no necesita son arrugas ni marcas de expresión, menos con una cámara encendida a menos de cuarenta centímetros de su cara y manipulando productos de una marca llamada ThisIsMySkin™. Mira la pantalla con desprecio y, a pesar del rictus horroroso que forman sus cejas y sus párpados, Stefania se ve a sí misma como un ángel de carne

y hueso. Cada día más hueso.

Además de grabar, el iPhone indica una llamada entrante.

NON RISPONDERE…

No responder.

La pantalla brilla con el *non rispondere* en tipografía moderna. Stefania aprieta los puños, enfurecida, con la sangre romana agolpándose en sus sienes, pero no interrumpe la grabación. Tampoco quiere detener el incesante parpadeo de la llamada de *non rispondere*. No piensa darle espacio alguno a ese intento desesperado de comunicación. Por algo quien llama se ha ganado el honor de ese nombre en su directorio telefónico, como también se lo merecen *don't answer*, *don't ever answer* y *no way*. La pantalla del celular se apaga y por fin puede continuar. Se niega a empezar de nuevo, lo que ha grabado funciona perfecto. Con algunos trucos mínimos de edición, disciplina en la que se perfecciona a diario, puede salvar el material e ignorar una vez más a *non rispondere*.

Como si no tuviera efecto alguno en su vida.

Como si no hubiera existido jamás.

Cuando retoma el texto mental sobre la Gem-Peel, escrito por los no muy brillantes creativos de ThisIsMySkin™, el sol brilla a través de los ventanales que dan al patio interior del departamento y se refleja, molesto, en la pantalla del iPhone. El resplandor cruza la mirada de Stefania Lenzi de izquierda a derecha y la encandila como un látigo fosforescente. No le queda más remedio que empezar de nuevo.

La segunda grabación siempre es la mejor. Por lo general a esas alturas ya se sabe de memoria el texto y puede cambiar algunas palabras sin perder el sentido ni extenderse demasiado. A la larga, lo único que importa en las redes es la brevedad, piensa con fervor. Si es corto y bueno, dos veces bueno.

Cierra la presentación del producto y sigue sin pausas con el momento más esperado: el *unboxing*. Odia los videos de ese tipo; cualquier imbécil puede abrir una caja y mostrarse un poco sorprendida, pero por alguna extraña razón a sus seguidores les gusta verla destrozando paquetes, cortando cartones, rompiéndose la piel de entre los dedos hasta sangrar, o perdiendo la paciencia al descubrir que no puede seguir las instrucciones de desembalaje. Su ansiedad la

vence, siempre termina usando tijeras y descargando su ira.

Esta vez todo es distinto porque ThisIsMySkin™ exigió no más destrucción de paquetes en cámara. Ahora tiene que concentrarse en mirar las indicaciones. Y respirar contando hasta diez antes de abrir cualquier envío.

Desarma la preciosa caja palo rosa sin grandes dificultades y saca el producto del interior.

Necesita terminar el contenido del día para entrenar sin apuro y pensar en el vestuario para cada uno de los eventos de la Semana de la Moda. Por suerte ya está claro: no irá sola. Al recordar este detalle sonríe con picardía y a sus seguidores les fascina el leve gesto, porque lo consideran espontáneo y todo lo espontáneo les da placer y una idea de pertenencia a su mundo.

—La Gem-Peel de los amigos de ThisIsMySkin cuenta con cinco niveles de potencia para afirmar tu piel y lograr ese rostro fresco y rejuvenecido que antes solo se conseguía con costosos tratamientos especializados —acaricia el robot de acrílico negro y toca con suavidad el control digital de potencia—. ¿Quieren saber más?

Cuatro horas después del *unboxing*, la historia tiene casi un millón de interacciones. Y eso que se negó a ser sexy.

A las siete en punto empieza con la prueba oficial en vivo. Aunque no está obligada a hacer el *live*, se comprometió de manera informal con la marca. Podría ahorrarse el problema con una simple foto en el muro utilizando el robot en su cara con un *hashtag* llamativo y sensual. Pero necesita provocar una buena impresión ante la agencia y sobre todo con los ejecutivos de ThisIsMySkin™, porque quiere que la escojan como rostro oficial de la nueva campaña. Por el momento es parte de una terna —qué palabra fatal— con otras dos influencers casi púberes a las que aborrece en absoluto secreto. Apenas se elabora en su cerebro, trata de eliminar esta última parte de su pensamiento, pero reacciona demasiado tarde.

Stefania siente que ya se ha contaminado.

Para deshacerse de las malas energías, esas que provocan la envidia en personas exitosas y seguras de sí mismas, bebe dos vasos de agua filtrada, orina un poco y con cierta dificultad, revisando fotos en el celular, y prepara su ánimo para el *live*. «Eres la mejor y todo el

mundo lo sabe» repite tres veces frente al espejo antes de darse una ducha rápida.

Sentada en el set de grabación, comprueba en la pantalla del iPhone que cada elemento esté en su lugar, empezando por su cara. Saluda a sus seguidores y a los que se están incorporando como si fueran sus compañeros de departamento o unos parientes a los que no ve mucho, agradece la infinidad de mensajes e interacciones a propósito de la historia del *unboxing* e incluso comete la infidencia de hablar de una marca misteriosa que le exigió no perder la calma mientras abre paquetes.

—¿Pueden creerlo? —pregunta a los espectadores, en un acto de provocación que a la agencia le parecerá gratuito—. Si quieren más videos de *unboxing* o destrucción de cajas de cartón, grítenlo ahora.

A cara lavada, explica el concepto central que le mandaron y se aplica las dos brochas que salen del robot como si fueran los tentáculos de un pulpo, una sobre cada mejilla. Prueba el primer nivel de potencia, LIGHT.

—Cosquillas en la cara, eso es lo que siento —confiesa con una sonrisa—. Quienes se hayan hecho *peelings* ya saben de qué hablo. Se siente muy bien, la verdad. Esas son las nanoceldas que se mueven y eliminan la grasa desde adentro hacia afuera y deshacen al instante la piel muerta, que, se sabe, es una de las razones principales del envejecimiento prematuro.

Stefania se reclina en el sillón tratando de que la piel sobrante del cuello no se asome en un ángulo poco favorable frente a la cámara y, además, ocultando sus brazos huesudos para que a nadie se le pase por la cabeza hacer ningún comentario sobre su delgadez, que algunos impertinentes consideran extrema. Cualquier broma, idea o sugerencia al respecto, por remota que sea, significa el bloqueo inmediato de su perfil.

Estira una mano para alcanzar el control de la Gem-Peel y sube la potencia al segundo nivel, MEDIUM.

—Ok, ahora sí lo siento entrando y saliendo como miles de millones de pinchazos por segundo, es alucinante —comenta para sus seguidores—. No duele. Las nanoceldas están moviéndose cada vez más rápido. Creo que este sería el nivel al que estoy acostumbrada en

un *peeling* corriente, no demasiado intenso.

Fija la mirada para observar una vez más la pantalla del iPhone. Los comentarios se amontonan en el tercio inferior, pero no le preocupan las opiniones. Lo primero que busca es el número de espectadores: cincuenta y tres mil y subiendo. Emocionada, se incorpora en el sillón por un instante. Sin disimular su alegría da las gracias de nuevo y dedica un tiempo para leer en voz alta algunos de los comentarios, escogidos al azar. Sus seguidores aman que los mencione.

«*No necesitas un robot, eres bellísima*».

—Gracias, @janesuarez, soy una chica común y corriente con su robot.

«¿*Vas a alcanzar la máxima potencia, bebé*?».

—Oh, sí, @herschellglewis, los amigos de ThisIsMySkin están esperando el desafío Gem-Peel. Vamos a esperar que sigan uniéndose a este *live* mientras seguimos probando el robot.

«¿*Dónde compraste ese buzo deportivo? Te queda divino*».

—Gracias por la pregunta, @natashacrenna, el buzo y los *leggings* que estoy usando hoy son de Y-3.

Al mencionar la marca su asombro es mayúsculo. A la altura del muslo derecho la tela de los *leggings* de Y-3 tiene una diminuta mancha oscura. Puede ser sangre o vino tinto. Intenta no darle demasiada importancia ni dirigir sus ojos hacia el muslo, sus seguidores son demasiado hábiles como para dejar pasar un detalle tan obvio. Cualquier desviación en su mirada puede prestarse para suspicacias, teorías falsas e intentos de encerronas a través de mensajes directos.

Continúa con el siguiente nivel de potencia, EARTH, y no quiere hacer mayores comentarios. Se siente cómoda, como al principio, cuando era joven e inexperta y de verdad disfrutaba los encuentros con sus seguidores. Vuelve a reclinarse en el sillón con las nanoceldas deslizándose sobre sus mejillas enrojecidas, pensando en la ropa y las joyas que usará en los veintidós eventos de la Semana de la Moda, en su acompañante oficial y, por supuesto, en esas otras marcas que no son ThisIsMySkin™ ni Y-3. Con discreción vigila el reloj en el celular, ya son las siete y media de la tarde, tiene que apurarse si quiere cumplir con sus demás pendientes.

Sube la potencia al cuarto nivel, DEEP, y de inmediato tiene la

sensación de que la piel de su cara adelgaza.

—Es como si viajara al pasado, lo juro —bromea con las nanoceldas del robot destruyendo todo lo que no sirve de su piel—. Es asombroso como el movimiento *whirlpool* patentado en Suiza por los genios de ThisIsMySkin™ sirve como fuente de energía para potenciar de manera natural la producción de células y...

Non rispondere llamando. De nuevo.

Repite la misma rutina anterior. Ignora con paciencia el llamado, y aunque algunos de sus seguidores se dan cuenta de que algo está pasando, se mantiene imperturbable.

¿Por qué estás tan desconcentrada hoy? ¿Dormiste mal?, le pregunta una tal @nestbox.

Deberías tratar de comer un poco, no te ves bien, la juzga @ginamackenzie77.

Contesta, te esperamos, la apoya @elsalangex.

Cuando la llamada cesa, Stefania supone que es el fin del martirio. Ahora puede probar el quinto nivel del robot, despedir a sus seguidores, agradecer por enésima vez el cariño y la dedicación, bloquear al par de estúpidas que osaron opinar de su cuerpo y correr a vestirse. Pero en lugar del celular ahora suena el timbre de la puerta, lo que desbarajusta todos sus planes venideros, en el *live*, por el resto de la jornada, y de la vida.

Sabe quién está al otro lado de la puerta. Piensa que podría deshacerse de esa persona con relativa facilidad.

No para de grabar. Una vez más, piensa que es una mujer independiente y empoderada, que sabe defenderse sola y que es capaz de ahuyentar a quien se ponga por delante. En especial a esa persona y su pésima costumbre de llegar sin avisar. Stefania pide a sus seguidores que la esperen unos minutos y camina hacia la puerta. En el camino piensa cosas horribles que la empujan a un estado anímico para el que no está preparada. Levanta el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Tú sabes quién soy.

—Estoy trabajando.

—Cinco minutos.

—No tengo tiempo, lo siento.

Stefania se queda inmóvil, nerviosa, siente que le falta algo fundamental para calmarse. No le cuesta mucho descubrir que se trata de su celular. Jamás se separa de él. Se asoma y lo ve montado en el trípode, esperándola.

—Ábreme —exige la voz al otro lado del intercomunicador, algo distorsionada por el ruido del tráfico que se cuela desde la Sexta Avenida.

Stefania respira hondo y observa la puerta del departamento. Son unos cuatro metros hasta la calle. Piensa que no puede dejar que la situación la afecte. No ese día ni esa semana, con esa cantidad de compromisos claves para su carrera. No antes de la Semana de la Moda.

—¿Alguien te vio?

—No me hagas perder el tiempo, Stef. Ábreme.

—Dime qué quieres.

—Lo que quiero desde la primera vez.

—*Per favore*.

—Hacerte el amor.

Stefania duda un segundo y abre la puerta. Se queda en el recibo, convencida de que todavía puede evitar la visita con el pretexto del trabajo, que no tiene nada de falso. Suspira pensando en los seguidores que la esperan en la sala, mirando en las pantallitas de sus celulares el cuadro vacío de la sala de su departamento, esperando su reaparición para probar el quinto nivel del robot, HEAVEN.

En eso está, como siempre, planificando cada segundo y actividad en su vida, cuando se abre la puerta de golpe.

—Ya te lo advertí, no tengo tiempo —se apura Stefania, sin mirar quién ha entrado—. Lo que tengas que decir es mejor que lo digas ahora.

Se queda quieta frente a la puerta. En sus ojos se refleja el horror y luego el movimiento de alguien que se acerca para tocarla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, indignada, tratando de alejarse.

Pero las manos insisten, siguiendo su recorrido sin pedir permiso. Se aferran a sus hombros, primero, y luego a sus pechos y abdomen. Bajan hasta el vientre y Stefania siente una mezcla extraña de ira, humillación y vergüenza, un sabor desagradable, confuso, que no ha

experimentado jamás.

Unas manos pequeñas y huesudas —¿son de verdad manos de hombre? — le sujetan las muñecas y la empujan sobre la mesa del comedor. Una ligera vibración interrumpe el momento. Stefania mira hacia el set de grabación, ve el iPhone en el trípode y la Gem-Peel en el cuarto nivel, DEEP, todavía funcionando sobre el sillón vacío.

La transmisión del *live* de Instagram es interrumpida pocos segundos después sin explicación alguna. El no volver a terminar el encuentro en vivo con su gente le cuesta a Stefania casi veinte mil seguidores. Los comentarios en el muro la acusan de ser grosera con sus fans, poco empática, y de no tener interés real en las personas que la siguen, solo en las marcas. Mientras hombres y mujeres de todo el planeta pinchan la opción «Dejar de seguir» en el perfil de Stefania Lenzi, en su amplio y luminoso departamento de la calle King unas manos la inmovilizan en el sillón para terminar el *peeling* sónico en privado, sin cámaras ni redes sociales. En un momento íntimo entre la creadora de contenido y su inesperada visita, el marcador de la Gem-Peel indica el quinto nivel, la fase final, HEAVEN.

Stef siente en carne viva las nanoceldas e intenta gritar, pero nada surge de su garganta. Sí advierte los pedacitos de piel seca, inservible y salada que van cayendo en su boca, y el dolor facial que la estremece hasta dejarla sin consciencia.

2

El rostro estaba carbonizado. La chica, se fijó, tenía la piel consumida por el fuego, como si la hubieran quemado con un lanzallamas.

—Stefania Lenzi, veintiún años, de nacionalidad italiana.

A pesar de la espantosa manera de morir, y de la expresión de horror en lo que quedaba de su cara, nada en torno de la joven víctima indicaba violencia. La cerradura del departamento no estaba forzada, no había rastros de forcejeo o pelea en la sala ni tampoco indicios de violación o abuso sexual, aunque sobre este último punto la sargento Jackeline «Jackie» Bravo, del precinto 9, siempre prefería mantener una prudente distancia, al menos al comienzo. En una actitud más bien típica de un turno de sábado por la mañana, decidió no apresurar conclusiones y hacer lo que mejor le resultaba: callar cuando la ocasión lo requería.

—Estaba en Estados Unidos con una visa de turista vencida hace tres semanas.

Jackie miró a su compañero de labores y levantó un poco los anteojos de sol para admirar su quijada prominente. Derek Martino era un hombre blanco, cis, homosexual, desconfiado por naturaleza y con un olfato ganador de Nueva Jersey que rara vez se equivocaba. Revolvió su *chai latte* con una cucharita reciclable de madera, arqueando unas tupidas cejas delineadas por 59,99 dólares en un subterráneo de Chinatown, y siguió caminando delante de ella por la calle Varick mientras acosaba con preguntas a los peritos forenses que ya empezaban a merodear por la escena del crimen.

—¿Ya entraste? —le preguntó Jackie.

—Te estaba esperando —respondió él.

—¿Comiste algo?

—Me tragué media barra de proteína antes del *latte* —el detective lanzó el vaso de Starbucks en un basurero y continuó caminando—. Tengo la otra mitad, por si quieres. Es vegana.

Jackie Bravo negó con la cabeza, puso la mano en la espalda de su

fiel compañero de labores y le dedicó una sonrisa casi maternal que por un momento pareció conmover a ambos. Con un dejo de pudor, Martino le dio las gracias en voz baja para detenerse frente al número 42 de la calle King. Sin volver a mirarla, subió las escalinatas y entró rápido a la primera planta de un *townhouse* neoclásico de cuatro pisos.

Los primeros equipos de reconocimiento ya se habían repartido entre la sala, los dormitorios y un enorme patio trasero que se podía apreciar desde la puerta. Al ingresar, Jackie no ocultó su impresión, de inmediato observó los árboles y las plantas del exterior, y siguió a su compañero. Los peritos ya estaban terminando el primer informe y se veían ansiosos por compartir sus conclusiones. Jackie se detuvo en medio de la sala, aún desconcertada por el verde amarillento de las hojas que cubrían casi por completo el patio privado. Nadie se había molestado en barrerlas. Si ella fuera la dueña de un departamento con patio en un vecindario exclusivo se encargaría de mantenerlo impecable, pensó.

—¿Jackie?

Derek la tomó del brazo, indicando el cuerpo tumbado en el sillón. Por una idea antojadiza, hasta ese momento estaba segura de que la víctima se encontraba en el patio, cubierta por las hojas verdes y amarillas, pero no, la joven estaba boca arriba sobre el sillón de cuero sintético blanco, a torso desnudo, vestida apenas con los pantalones de un buzo deportivo, también blanco. *Leggings*, especificó Martino en sus comentarios al margen del informe. Jackie lo vigiló con atención mientras garabateaba en la libreta. Prefería verlo así, concentrado en los detalles del procedimiento, por insignificantes que fueran, y no devolviendo el estómago y contaminando la escena del crimen con su ADN, como había sucedido el mes pasado en el doble homicidio de Battery Park. Pero esa era otra historia. Una que, por desgracia, nadie había olvidado.

Jackie se acercó al cadáver de Stefania escuchando con paciencia el mediocre informe preliminar. Escuchó datos repetidos que le parecieron obvios. Ya sabía que la víctima era italiana, que vivía sola y que tenía problemas de visa, pero todavía nadie le explicaba dónde estaba su familia, quién la había encontrado o a qué se dedicaba para pagar un departamento con patio privado en uno de los barrios más

exclusivos de Manhattan. Ya empezaba a ponerse nerviosa con el silencio cómplice de sus compañeros y los ojos en blanco ante sus preguntas, en su opinión todas bastante simples, cuando Derek la sobresaltó con un descomunal grito de triunfo.

—¡Yo sabía! ¡Sabía que era ella! —exclamó—. La víctima es famosa. Famosísima.

—No me parece haberla visto nunca en la tele.

—La tele ya no existe, te cuento —explicó el detective con un dejo de estudiada insolencia—: Stefania es una instacelebridad. Una estrella influencer. La memoria no me falla, estaba seguro de que la había visto en alguna parte y, claro, sus rutinas de belleza tienen millones de reproducciones.

Jackie le arrebató el celular y miró el perfil de la víctima en Instagram.

Stefania Lenzi. From Italy with love.

Lo primero que vio en su muro fue una foto publicada hacía diez horas donde la víctima aparecía junto a un pequeño cubo de acrílico negro.

Probando la Gem-Peel de @ThisIsMySkin™.

Como pudo, Derek reunió el coraje para observar de cerca el cadáver de Stefania y verificar lo que habían hecho con su rostro. Entonces Jackie vio el cubo de acrílico negro en el suelo y de manera instantánea, y como si fuera el esperado fruto de una larga epifanía, su mente elucubró una primera hipótesis.

En su experiencia, *casi siempre* las primeras teorías eran las que más se acercaban a la realidad. Y aunque su experiencia a veces no bastaba para dar con la resolución definitiva en casos demasiado complejos, a menudo servía al menos para encontrar un culpable.

—Es la máquina —dijo entre dientes, sin exagerar ni disimular el horror que le provocaban sus pensamientos—. La mataron con el aparato que estaba promocionando en Instagram.

El cubo de acrílico reflejó la luz que caía sobre el patio abandonado.

* * *

Jackie no midió sus palabras. No usó indirecta alguna para expresar lo que imaginaba. Martino cerró los ojos y se concentró en imágenes más

agradables, libres de sangre. Si la sangre tuviera otro color, pensó con ilusión el detective, si fuera verde o amarilla quizá podría aguantar sin problemas el reconocimiento del cadáver, o incluso estar presente en la autopsia. Pero era mejor no intentarlo, concluyó, no esta vez. Menos ante la jefa, porque el rojo seguía ahí, intenso, inmutable, chorreando como caramelo derretido sobre la piel alba de Stefania y azotándole los nervios cada vez que su mirada regresaba a la víctima.

No era la violencia lo que remecía al detective Derek Martino, era el color rojo.

—¿Martino?

Sus piernas empezaron a temblar al observar sin querer el rostro de la influencer. La piel estaba recogida a la altura de las sienes, acumulada en pliegues carbonizados que le cubrían la frente, la nariz y la cuenca de los ojos. Esos tramos de piel tenían un color marrón oscuro, ceniciento, pero en la cara angulosa había otros espacios, zonas donde la epidermis apenas se había agrietado, dejando a la vista el rojo profundo de los pómulos sanguinolentos de la víctima, su carne viva.

El detective sintió que el peso de las rodillas se hacía insoportable y se desvaneció. Jackie alcanzó a sostenerlo justo antes de golpear su cabeza contra el piso. Los peritos forenses, que amaban el chisme más que aparecer en el periódico local, se quedaron mirándola, sin saber cuál era la reacción adecuada. Un hombre alto de delantal blanco y cabello negro teñido emergió por el pasillo del departamento de la calle King como si fuera un ángel justiciero.

El forense Mark Goldstein nunca aparecía en la escena del crimen, pero esa mañana cruzó rápido hasta la sala y no perdió tiempo en formalidades. Como siempre, estaba de pésimo humor. No dijo buenos días a nadie del equipo ni estrechó la mano de Jackie, tampoco se molestó en preguntarle si necesitaba algo porque la respuesta era evidente. Claro que sí, necesitaba que alguien se hiciera cargo de los despojos de su compañero. El forense la ayudó a sujetar a Martino, que seguía desvanecido e inerte, e intentó reanimarlo dándole golpes firmes en ambas mejillas.

—¡Que alguien lo acompañe a tomar un poco de aire! —ordenó Jackie.

La rubia y corpulenta novata P.J. Solar se ofreció.

—Dale un café y un Twix y lo traes de regreso.

Jackie se fijó como la novata levantaba a Martino con su brazo derecho.

—Ya estoy bien —se defendió él, avergonzado, evitando a toda costa las miradas de Jackie y, en especial, la del forense Goldstein.

—Camina al minimarket con Solar y haz todo lo que te diga —le ordenó la sargento.

Martino asintió como un niño después de una travesura y desapareció por el pasillo junto a su compañera.

—No sirve —concluyó Goldstein, sin que Jackie le pidiera su opinión—. Tienes que exigir que te lo cambien. Nada contra los homosexuales, pero no sirven para la calle.

Jackie se quedó muda ante el comentario fuera de lugar. No encontró las palabras para defender a su detective, confidente y amigo.

—¿Cuál es su trauma? —insistió, intrigado—. ¿Por qué se desmaya en todas partes? Es la segunda vez en menos de un mes. La gente sigue hablando de Battery Park.

—No es lo mismo que Battery Park —se apuró en explicar Jackie.

—Vomitó frente a los testigos, Jackie —le recordó él, incisivo.

La sargento de policía no quiso responder. Tomó su libreta de apuntes y siguió completando el mediocre informe de los peritos con sus primeras dudas y preguntas, que eran demasiadas. La primera inquietud, y el detalle que más la perturbaba, era ese jardín repleto de hojas caídas.

«¿Nadie barre el patio?», anotó. Mientras lo hacía, decidió ignorar a Goldstein y sus reparos, algunos merecidos, al trabajo preliminar. Era un profesional excelente y un tipo medianamente confiable, Jackie había trabajado con él durante muchos años y valoraba su criterio y profesionalismo, pero después de un divorcio trágico se había transformado en la clase de policía que odiaba: machista, conspiranoico, trasnochado y con una visión demasiado amarga de la realidad.

La detective se concentró en la postura que tenía el cuerpo de Stefania Lenzi sobre el sillón blanco y en la distancia en relación a algunos objetos a su alrededor, como el iPhone montado sobre el

trípode, el óvalo luminoso y el producto que estaba promocionando al momento de su muerte: un robot de tipo dermatológico llamado Gem-Peel. Hasta ese instante, Jackie ignoraba por completo que existían robots que rejuvenecían la piel.

—El *live* —exclamó Martino en ese mismo instante, a pasos del departamento de la víctima, en el minimarket de la Sexta Avenida, con medio Twix entre los dientes—. ¡Tiene que estar todo grabado en el último *live* que hizo antes de morir!

La detective Solar observó a su compañero por encima del hombro. No sabía con exactitud de qué hablaba.

—Lo borraron —concluyó el mismo Martino media hora después, más recuperado, aunque todavía con el rostro húmedo de sudor por culpa de la ansiedad y los recuerdos de la sangre de Stefania Lenzi.

—Los técnicos ya están trabajando para recuperarlo —lo tranquilizó Jackie.

—Es raro. Stefania había configurado su cuenta de Instagram para el guardado automático de todos los *lives* —se secó la frente con la manga de la camisa—. Pero justo este aparece borrado.

Martino bebía su segundo *chai latte* como si nada hubiera pasado, aunque a prudente distancia del cadáver. Por el estado de la cerradura y la disposición de la escena del crimen, antes de buscar posibles testigos o videos de cámaras de vigilancia, los técnicos concluyeron que Stefania había abierto la puerta al asesino. Se trataba de un conocido de la víctima. Por la posición de la cámara en el *live*, al parecer durante la transmisión nadie había visto nada de lo ocurrido. Tampoco habían escuchado nada. Todavía tenían que recuperar las imágenes del *live* y analizarlas a consciencia. Ahora solo existía el iPhone frente al cadáver y un grupo de seguidores frustrados que se tomaban todo el tiempo del mundo para redactar agresivos comentarios de amor y odio en las fotos de la recordada influencer italiana.

Jackie caminaba hacia el patio trasero, sin despegar la vista de las hojas amarillentas, cuando a lo lejos oyó los reclamos del forense Goldstein.

— A mí nadie me explicó nada…

—Lo siento.

—Más lo siento yo, un sábado en la mañana. Además, yo no acostumbro a visitar lugares del crimen. Los detesto, eso todo el mundo lo sabe.

—Lo siento, doctor, de verdad.

El forense discutía con el detective Colvin con las manos empuñadas, furioso porque lo habían obligado a levantarse temprano.

—No le pidas perdón, Colvin —ordenó Jackie—. Por contrato, el doctor Goldstein está obligado a hacer su trabajo.

—Mi trabajo empieza y termina en mi sala, con mis equipos e implementos —le recordó el forense, alzando las cejas—. Siempre hemos trabajado igual.

—¿Por qué viniste, entonces? —lo desafió ella, porque sabía cómo hacerlo sin que lo tomara como algo personal—. ¿Por qué no te quejaste cuando te llamaron por teléfono?

—El jefe Sarrazin no me dejó otra alternativa.

—Entonces quéjate con él —le recomendó—. Pero antes vas a hablarme del cuerpo.

Mark Goldstein respiró hondo, erizado por la actitud de la detective, pero estratégico, contuvo su ira.

—Sin mis implementos y fuera de mi sala no puedo concluir nada —le advirtió, indicando el cuerpo—. Menos con este cuerpo.

—Por ahora me basta con confirmar hora, causa de muerte e impresiones generales —le dijo Jackie—. No te hagas el importante conmigo y habla de una vez. No tengo todo el día.

El forense de la policía guardó silencio, incómodo, como si de pronto se observara a sí mismo a través de la mirada severa de la sargento Bravo.

—Perdona, Jackie —se disculpó antes de seguir con la rabieta—. Pero no entiendo cómo te obligan a trabajar con este mariposón que vomita o se desmaya cada vez que ve sangre.

—Ese es mi problema, no el tuyo. Cuando necesite tu opinión, te la voy a pedir.

El forense levantó las cejas, furibundo, y salió.

Jackie se sintió bien, pero su impresión cambió por completo cuando Martino se acercó evitando su mirada y no le dio las gracias. Ni siquiera quiso mencionar lo ocurrido. Con una velocidad ansiosa se

lanzó a preguntar qué planes tenía con la prensa, que ya empezaba a manejar trascendidos y comunicados extraoficiales y a hablar de los detalles más escabrosos del crimen, como también quién entregaría el informe de autopsia si ya no tenían a Mark Goldstein para examinar el cuerpo.

—No necesitamos a ese viejo cascarrabias —concluyó Jackie, volviendo la mirada al rostro blanco casi transparente de la víctima—. ¿Quién la encontró?

Martino revisó unos apuntes.

—Alicia, la niñera de los vecinos.

3

Jackie no sabía demasiado de arquitectura ni decoración, pero le pareció que el segundo piso del *townhouse* de la calle King era bastante menos impresionante que el primero.

—Eran pasadas las cuatro y media de la tarde cuando salimos a la calle —declaró Alicia Rivero, la única testigo hasta el momento—. Lili quería comprar un libro y pasar a comer *noodles* a ese lugar de la calle Minetta, no recuerdo el nombre. Es su favorito.

Cuando la sargento Bravo ingresó al departamento superior al de Stefania, su mente trató de completar lo que faltaba. De inmediato echó de menos el patio, los árboles, las hojas caídas, y en su lugar aparecieron una nutrida biblioteca, la cocina remodelada con muebles modernos y juguetes de todos los colores y formas imaginables dominando cada rincón de la sala.

—Cuando bajamos las escaleras escuchamos el ruido por primera vez —recordó con claridad la niñera—. No le prestamos mucha atención.

La joven tembló un poco como si quisiera controlar el ritmo de su respiración, o tal vez para aclarar sus recuerdos de esas horas decisivas. Jackie dudó, y aunque le había explicado con toda calma que serían unas cuantas preguntas de rutina y nada más, Alicia se atropelló en contar que hace seis años cuidaba a la niña de la familia y que sus jefes, el señor y la señora LeMoigne, se encontraban de vacaciones en Europa. Aún no podía comunicarse con ellos porque estaban navegando por el Adriático. La hija, de nombre Lili, tenía once años y una personalidad demasiado curiosa para su edad. Ya había estado haciendo preguntas, algunas de ellas de carácter *inconveniente*, sobre la muerte de Stefania, la poco discreta presencia policial, las caras de horror de los que entraban y salían del departamento y esos detalles escabrosos que por desgracia ya se compartían en casi todas las redes sociales.

—¿Lili era cercana a Stefania? —preguntó Martino.

Alicia se apuró en asentir con la cabeza como si no quisiera dejar espacio alguno para la duda.

—Eran mejores amigas —aclaró—. Stefania decía que Lili era su seguidora número uno. Por eso no quiero contarle nada todavía. Al menos hasta hablar con miss Agatha.

—Volvamos a ese día, por favor —le pidió Jackie, en un intento desesperado por respetar la cronología.

Alicia se quitó el pelo de la cara y lo moldeó en una improvisada trenza que dejó caer por el lado izquierdo de su cuello.

—¿A qué hora volvieron al departamento? —continuó Jackie.

—Después de las siete. Lili tenía que hacer la tarea para el colegio, recuerdo que calculé una hora y media antes de darle de comer y acostarla.

—¿Vieron a Stefania cuando entraron? ¿Se encontraron con ella?

—No, no la vimos, pero de nuevo escuchamos ese ruido.

—¿Podría precisar qué clase de ruido?

—Un zumbido. Venía de su departamento —se levantó de su sitio y cerró la puerta que daba a los dormitorios—. Era algo eléctrico, no sé. Pensé muchas cosas.

—¿Qué pensó?

—No sé, que estaba ocupada en algo... —se detuvo de pronto, turbada, y bajó el volumen de la voz—. Pensé que estaba usando un vibrador, esa es la verdad. Entramos rápido al departamento y por suerte me llamó el doctor Eric desde Atenas.

—¿Le contó al doctor Eric sobre el zumbido?

—No. La llamada era por WhatsApp y se escuchaba mal. Pero después pensé que debería haberle contado.

—¿Después?

—Cuando se hizo de noche y el zumbido continuó —explicó Alicia —, me dio miedo que fuera un desperfecto eléctrico, entonces le toqué la puerta a Stef. Nadie abrió, pero adentro se escuchaban pasos — mordió su labio inferior y desvió la mirada hacia el pasillo, donde esperaba Lili con otro detective—. Dios mío, no he podido pensar en otra cosa. Mientras yo tocaba, el asesino estaba al otro lado de la puerta, ¿verdad?

Por un instante, Jackie y Martino se quedaron en silencio y luego

intercambiaron una mirada de estupor.

—No lo sabemos —le dijo Jackie, tratando de calmarla—. Por favor, no piense en eso.

—Pero es posible, ¿no? —insistió ella, ansiosa—. ¿Ya se sabe a qué hora falleció?

Martino aceleró un poco la respiración, pasando de la inquietud a la angustia. No había nada peor que un testigo con vocación de policía.

—¿A qué hora decidió llamar al 911? —le preguntó con amabilidad, tratando de conquistar su mirada evasiva.

—Fue al día siguiente —contestó—. En la mañana le mandé un mensaje de audio al administrador del edificio, para preguntar por el ruido. Pensé que era mejor que llamar a la policía. Después de todo, Stef era famosa, todo el mundo la conocía y...

—¿Había pasado antes?

Jackie la interrumpió de manera inconsciente, sin quitar la mirada de sus apuntes. Hubo una pausa. Alicia agachó la cabeza al mismo tiempo que la sargento levantaba la suya. Sin disimular, durante el resto de la conversación la niñera evitó que su mirada se topara con las de los detectives, especialmente la de Jackie.

—¿Alicia?

Jackie intentó seguir lo que buscaban los ojos de la joven, pero fue imposible, se quedaron mirando la punta de sus Crocs color uva y de ahí fue imposible moverlos. Parecía abstraída del resto del mundo cuando Martino la interrumpió.

—¿Alicia? —le insistió con delicadeza—. ¿Había escuchado otros ruidos del departamento de Stefania?

—No, nunca.

—¿A qué hora llegó el administrador a solucionar el problema?

—No llegó. Por eso tuve que hacer lo que hice.

Jackie pensó en el apacible patio trasero.

—¿Podría describirnos con exactitud lo que hizo, Alicia?

La niñera se detuvo.

—Tienen que ponerse en mi lugar —les pidió entornando los ojos, conmovida—. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar y tenía una niña bajo mi cuidado. Por eso bajé por las escaleras de incendio hasta el patio trasero. La puerta de la sala estaba sin llave.

—¿Qué vio cuando entró al departamento? —siguió Martino, atento al relato.

Jackie anotó en su pequeña y clásica libreta de apuntes palabras sueltas, sin conexión alguna.

—Al principio nada extraño —aseguró Alicia—. Me preocupé de no ver nada que no debía o aparecer en medio de alguna grabación, como ya me había pasado en ocasiones anteriores.

Ocasiones anteriores, escribió Jackie. Pensó en preguntar a qué se refería, pero prefirió no interrumpir su relato.

—Desde afuera vi que la cámara del celular estaba encendida en el trípode, la luz artificial enchufada y funcionando —los ojos de Alicia se paralizaron por un segundo—. No me pareció raro. Stef siempre estaba grabando algo. Entonces empujé la puerta de la sala y...

La niñera cerró los ojos e hizo una mueca con la boca. El movimiento de los labios y el mentón le dieron un carácter que hasta ese momento Jackie no había visto. Parecía una mujer adulta, como si el hallazgo de la víctima la hubiera envejecido quince años en pocos segundos.

—...sentí el olor.

Olor, anotó la detective. Primero un zumbido, después un olor.

—A esas alturas ya se sentía en todo el departamento. Era olor a algo quemado, tostado, carbonizado.

Alicia guardó silencio y no volvió a responder las preguntas que le hicieron. Como siempre, Martino perdió rápido la paciencia y se despidió de la testigo con indisimulada frialdad. Jackie se quedó un momento en la sala sin preguntarle nada. Para facilitar los recuerdos de lo que había visto necesitaba que la chica se calmara un poco. Le ofreció agua o algo dulce, pero no aceptó nada.

—No puedo creer que esté muerta.

Antes de quebrarse, la sobresaltó el sonido de su celular desde algún rincón del departamento. Una alarma le recordó que debía ir a buscar a Lili al colegio. Jackie le preguntó dónde estudiaba la niña.

—Saint-Luc, en Murray Hill.

—¿Cuánto demora en llegar?

—Depende del tren F, pero no debería tomarme más de una hora para ir y volver.

—Ya estamos tratando de contactar por teléfono satelital a sus jefes, los señores LeMoigne.

Alicia se levantó y negó con la cabeza, alterada.

—¿Por qué los molestaron? —le preguntó a Jackie—. No tenían ningún derecho a preocuparlos en sus vacaciones. Desde allá no pueden hacer nada.

Jackie llenó los pulmones de aire mientras observaba con atención el rictus de la niñera. Era una chica guapa sin consciencia alguna de su belleza, lo que le daba cierto aire natural de misterio, sin artificios.

—Alguien tiene que contarles que Lili y tú fueron las últimas personas que vieron a Stefania con vida.

—¡No la vimos! —exclamó con desesperación—. ¡No la vimos!

—Por favor, Alicia, tranquila —le pidió Martino.

—Solo la escuchamos —insistió la joven, pasando de la molestia a la autocompasión—. Los últimos que la vieron viva fueron los que entraron a su *live*, en Instagram.

Ante la mención del programa en vivo, Jackie se detuvo con curiosidad.

—¿Tú entraste al *live*? —le preguntó.

—No —respondió, cortante—. Pero sabía que ella hacía *lives* cada vez que recibía un nuevo paquete. Y esa mañana le llegó uno precioso.

—¿Te lo mostró?

—Sí, era una caja rosa.

Dos horas más tarde, en medio de un almuerzo tardío en un restaurant cubano de la calle 4, Jackie recibió una llamada de la unidad ciber. Antes de conocer los detalles, Martino adivinó que había novedades importantes y no del todo positivas. Estaba confirmado: Alicia Rivero no decía la verdad. Al menos, no completa. Según los informáticos, la joven nacida hace veintidós años en Ciudad de Guatemala había ingresado al último *live* de Stefania Lenzi desde su perfil personal de Instagram, @alicia.rivero.requena, cuenta con 333 publicaciones, 1.271 seguidores y 2.498 seguidos. Existían otros sesenta mil perfiles en la misma categoría, como invitados al *live* de la Gem-Peel. Lo que diferenciaba a Alicia Rivero de los demás espectadores era algo que comenzaba a obsesionar a la sargento Bravo. ¿Por qué había mentido?

4

La llamada del laboratorio había arruinado el ánimo de los detectives. Mientras tomaban café cubano en el restaurant, Jackie fingía escuchar las ideas de su compañero sobre la muerte de la influencer, pero su mente seguía torturándose con lo mismo: los motivos de Alicia para negar que había entrado al *live*. Una segunda llamada, esta vez de Olga, la secretaria del precinto 9, les informó de otro detalle que la niñera se había guardado en la entrevista preliminar. A través de un poder notarial para el cuidado de menores, los LeMoigne habían dejado a Lili a cargo de Alicia. Esto significaba que si querían hablar con la pequeña, debían pedir una autorización firmada a su tutora temporal. Cuando se preguntaron cuál de los dos debía hablar con la niña, a Jackie no le quedó ninguna duda. Tenía que ser Martino.

Aunque Jackie era la orgullosa madre de tres hijos, nunca había sido fácil para ella lidiar con niños ajenos. Ahora último, con los propios tampoco era una tarea sencilla. Laura, Ricky y Tony eran todo lo que le importaba en su vida; cualquier otro sentimiento pasaba a segundo plano al competir con el amor que sentía por ellos. Sin embargo, desde hacía algunos años la dominaba una sensación incómoda que no terminaba de descifrar.

Todo había explotado después del cumpleaños número doce de Tony, el menor. En unas cuantas horas, el inocente asado para sus compañeros de clase de Richmond Hill High se había convertido en una bacanal urbana, con DJ estimulados, marihuana y toda clase de bailes sexuales. Los amigos de Tony sabían que su madre era policía, pero no pareció importarles. Jackie no dijo nada, Adam se encargó de cumplir las funciones del policía bueno, aunque en realidad no era policía, era bioquímico y el más estricto de los dos, en especial en lo relacionado a las drogas. Toda clase de drogas.

Después de observar a su hijo de doce años *perreando* con una chica evidentemente mayor y borracha, Jackie dejó de percibir lo mismo como madre. Ya no sufría por ningún destino trágico que pudiera

alcanzar a sus polluelos. Ya no se quedaba despierta hasta que llegara el último de los tres. Ya no se preguntaba por las tentaciones que los esperaban allá afuera ni tampoco le preocupaba si tenían o no las herramientas para enfrentarlas. Sus hijos ya eran hombres y mujeres adultos y, aunque a veces fingían no saber nada de la vida, a menudo Jackie se sorprendía con su impecable manejo de las circunstancias. Habilidades que, por cierto, ni ella ni Adam les habían enseñado.

Después de ese cumpleaños, Jackie había cambiado como madre. Casi de inmediato lo había notado Adam y no mucho después los niños, sus eternos niños, empezando por Laura, la más despierta y desconfiada de los tres, la única mujer y con quien a su pesar tenía una relación de competencia, crítica y juicio constante. Cuando Laura la acorraló para preguntarle si tenía algún problema con ella o con alguno de sus hermanos, Jackie le contestó de inmediato que no, aunque poco después recapacitó y se percató del error que, sin querer, había cometido. Lo más sensato hubiera sido decirle la verdad, aunque fuera un poco dolorosa, contarle que en realidad sí tenía un problema bastante grave y era no entender que los hijos crecían y cortaban las alas y dejaban de escuchar y de prestar atención y empezaban a revolear los ojos o a bufar cuando algo no les gustaba, comenzaban a cultivar la indiferencia como si fuera un sentimiento natural y de una semana a otra dejaban de ser niños.

Al contrario de su jefa, Derek Martino aún no era padre, pero gracias a su mentalidad de eterno adolescente no solo podía entablar una conversación con un niño de ocho años sin perder su atención, sino que además podía convertirse en su nuevo ídolo.

—Tú entrevistas a Lili, pero vamos los dos a buscarla a la escuela —concluyó Jackie.

No quiso avisarle a Alicia que estarían en la puerta del colegio a las cuatro en punto, esperando a la niña. Tampoco se aventuró a confiar en las teorías iniciales de Martino, cual de todas más truculenta y operática, como de costumbre, todas hipótesis que rozaban lo absurdo y que incluían relaciones sexuales clandestinas o tráfico de drogas y personas.

—¿Dónde vamos? —preguntó cuando sus teorías se agotaron, a la altura de la calle 34.

El Saint-Luc era un colegio privado y católico emplazado en un antiguo edificio del anodino barrio de Murray Hill, al lado este de Manhattan, la clase de colegio donde Jackie pensaba que algún día estudiarían sus hijos cuando todavía era una adolescente idealista que creía en el trabajo y la movilidad social. Sus hijos iban a Richmond Hill High porque era una escuela pública, gratuita, inclusiva, y además porque quedaba a diez minutos caminando de su casa, un detalle que siempre inclinaba la balanza a su favor cuando discutía con Adam las infinitas posibilidades y riesgos de la educación privada. Cada cierto tiempo, como un electrodoméstico que falla en el momento menos oportuno, su marido se lo cuestionaba todo, incluyendo el legado que le estaban dando a los hijos. Entonces aparecían las promesas de colegios privados en Brooklyn, New Jersey o Staten Island, la amenaza de una mudanza a una hora y media del vecindario de siempre, el horror de estar todos obligados a despertar temprano, a organizarse mejor, a cambiar los hábitos que tanto les había costado aprender. No era que Jackie amara la educación de Richmond Hill High, pero estaba segura de que ninguno de sus hijos sería un completo ignorante.

Cuando llegaron al Saint-Luc, el acceso principal estaba abarrotado de padres, apoderados y empleadas esperando a los niños. Jackie se fijó en que había pocos hombres, en su mayoría se trataba de mujeres, algunas madres, casi todas institutrices, empleadas o niñeras como Alicia. La detective paseó la mirada por la entrada al colegio. Una fuente de agua rodeaba la escultura de una virgen. La virgen estaba descalza sobre una serpiente. No vio a Alicia por ninguna parte.

—¿Cómo vamos a saber cuál es Lili? —preguntó Martino.

Jackie miró la hora en su celular, tres minutos para las cuatro de la tarde, y luego abrió la galería de fotos. Le mostró una que había sacado en el departamento de los LeMoigne a un retrato de estudio, en blanco y negro, donde aparecían Eric y Agatha LeMoigne junto a Lili. Martino se detuvo en el rostro diminuto de la niña.

—No debe ser antigua —recalcó Jackie, alerta.

Tres minutos más tarde, un timbre eléctrico sonó al interior del colegio y dos auxiliares con el uniforme verde del Saint-Luc se acercaron a abrir las puertas. Los estudiantes más grandes llegaron primero a la salida, después lo hicieron algunos grupos de niñas, un

par de profesores y alumnos de enseñanza primaria. Por un momento Jackie pensó que se ahogaba entre los desconocidos. Había perdido la costumbre de recoger a los niños al colegio y no la extrañaba para nada. «Gracias, Richmond Hill High», pensó en medio de la marea de gente. De pronto, distinguió a una niña de piel morena y ojos verdes. Lo primero que despertó la curiosidad de la sargento fue el pelo de la pequeña, cortado como una melena a la altura de los hombros y que la hacía verse bastante mayor que sus once años. Intercambió una mirada con Martino, un sutil cruce entre sus ojos que nadie hubiera identificado jamás como una señal de alerta o un aviso para entrar en acción. Cuando lo vio intervenir, Jackie suspiró con alivio y agradeció tenerlo como compañero. Ni su marido la conocía tanto.

Martino caminó directo hacia Lili. Jackie esperó que el detective hiciera su trabajo, pero a último minuto y contra todos sus planes, la niña enfiló hacia el sur por la avenida Lexington, enfrascada en un libro, sin mirar al policía. Avanzó por la acera a paso rápido, como si supiera el camino de memoria y no tuviera que mirar por donde andaba. Jackie se preguntó por qué no levantaba la cabeza del libro y qué estaría leyendo tan fascinada. Desde la mitad de la calle, Martino llamó a Lili.

—¿Lili?

Por un momento la niña abandonó el libro y giró la cabeza, hastiada.

—Hola, Lili.

Martino se acercó a la niña cuando vio que algo se interponía en su camino. Una camioneta Hummer negra se detuvo en medio del tráfico. Del asiento trasero se bajó un hombre moreno y corpulento, de estatura mediana, e interceptó a la pequeña. Jackie se fijó en sus brazos musculosos y tatuados, uno de ellos se estiró rodeando a la niña para acariciar su cabeza. Su piel oscura contrastó con la palidez de las mejillas de Lili.

Desde su posición, Jackie corrigió la distancia y se fijó en que el hombre obligaba a la niña a acercarse para decirle algo al oído. Martino avanzó hacia ella, pero antes de alcanzarla, el tipo musculoso la tomó entre sus brazos, regresó al auto y cerró la puerta.

—¡Policía, deténgase!

Cuando Martino sacó la placa y el arma, Jackie se dio cuenta del error. Había sido una cuestión insignificante, de un par de segundos. El auto negro aceleró por la avenida Lexington y se perdió en medio del tráfico. Martino lanzó un alarido de frustración y justo después se sintió avergonzado. Jackie adivinó lo que tenían que hacer.

Correr. Acelerar. Confiar.

Por tareas como las de esa tarde en Murray Hill le gustaba la calle y defendía su profesión. Aunque una vez al mes reclamara por las condiciones laborales, se quejara de la falta de apoyo de algunos jefes, o acusara a sus compañeros de ser una manga de flojos, inútiles y machistas, le gustaba ser policía.

Ambos detectives corrieron al auto que estaba estacionado frente a la escuela. Jackie aceleró sin perder de vista las decenas de niños que a esa hora se agolpaban en las aceras. Estudiantes del Saint-Luc y de otros dos colegios católicos de la zona terminaban la jornada escolar a la misma hora. Martino examinó desde lejos el auto sospechoso. Era un BMW negro, antiguo.

—Tengo unos dígitos —dijo al teléfono, hablando con la unidad de lectura de patentes.

Jackie aceleró para facilitar la tarea de Martino, pero un bus adelantó por el carril derecho e impidió una visión completa. El BMW negro se perdió en el tráfico de Lexington mientras el detective asomaba medio cuerpo por la ventana sin soltar el celular ni descifrar del todo los últimos dos dígitos de la placa.

Dos patrullas aparecieron por el norte e hicieron el trabajo sucio. Cuando Jackie logró vencer el tráfico y llegar al punto de encuentro, el BMW ya se había estrellado contra un camión recolector de basura. En el interior del auto, el hombre musculoso había alcanzado a cubrir a la niña con su cuerpo, recibiendo el impacto del choque y resultando ileso.

Martino se acercó con la mano cerca del bolsillo donde guardaba el arma de servicio. Miró al interior del BMW mientras los curiosos empezaban a rodearlo. Cuando Jackie llegó al lugar del accidente, Martino ya tenía al hombre esposado e inmovilizado contra el auto.

—Suéltame. No sabes quién soy.

* * *

Su nombre era Peter Monroe y en ningún momento de su detención reveló que era el padre biológico de Lili.

—Con Agatha todo fue demasiado rápido —contó a Jackie una hora más tarde, en el precinto, con una bebida isotónica azul entre las manos—. Nos conocimos en Tailandia cuando éramos un par de irresponsables. Nos enamoramos, nos mudamos juntos a un subterráneo de lo que antes se llamaba Alphabet City y luego nos separamos, como a menudo lo hace la gente inteligente.

El hombre sonrió como si de verdad disfrutara el recuerdo y estiró sus brazos tatuados sobre la mesa de la sala de interrogatorios. Al momento de la detención, en la entrada del colegio, Martino había logrado identificar los diseños como neotribales. Jackie observó las figuras con curiosidad y aunque tenía muchas dudas sobre lo que significaban, no quiso preguntar. Una vez más, cerró la boca para respetar el primer mandamiento en cualquier entrevista o interrogatorio: no interrumpirás.

—Nunca nos casamos —complementó Peter, sin que la sargento le consultara—. A mí no me interesaba tener hijos y se lo expliqué el mismo día que nos conocimos, en un *skybar*, en Bangkok, pero ella nunca lo entendió, o no lo quiso entender. Sin que me enterara, decidió quedar embarazada.

Se detuvo un segundo y movió la cabeza con una sonrisa que a Jackie le pareció extraña y sospechosa.

—Entonces nunca tuvo una relación con Lili —le dijo.

—Nunca, hasta el año pasado —explicó—. Un día, como es lógico, la niña empezó a hacer preguntas. Para lavar su consciencia y dejar tranquilo al franchute, Agatha decidió contar la verdad. Cuando cumplió siete años, Lili pidió de regalo conocerme y así empecé a visitarlos.

Siete años después, pensó Jackie mientras anotaba la frase en su libreta. ¿Cuántas cosas pueden ocurrir en siete años?

—¿Dónde vive actualmente, Peter?

—En New Rochelle.

—¿Y viaja todos los días a buscar a Lili al colegio SaintLuc, en Midtown Manhattan? —insistió Jackie—. ¿Cuánto se demora?

—Una hora y cuarto, a veces menos —precisó Peter, sin alterarse—.

Pero no vengo a la ciudad todos los días, solo lunes, miércoles y viernes.

—¿También visita a la niña en el departamento de la calle King?

—Solo si el francés no está.

—¿Eric LeMoigne?

Peter asintió con la cabeza, molesto al oír el nombre. Casi de inmediato corrigió su exabrupto y se disculpó:

—No vaya a imaginar que tengo algo en su contra.

—No se preocupe, no imagino nada —le advirtió la detective—. ¿Qué podría tener contra el hombre que adoptó a la hija que usted no quiso?

La piel de la frente de Peter Monroe se erizó formando cuatro surcos profundos. Sus manos se movieron con torpeza alrededor de su cuerpo, como si una culpa súbita lo hiciera perder el control de sus abultadas extremidades.

—Es verdad, Eric la adoptó —asumió con resignación—. ¡Pero ahora la dejó por dos meses al cuidado de una niñera! Dígame usted, ¿qué padre o madre sería capaz de algo así?

Jackie hizo una pausa y por un momento dejó el lápiz y la libreta de apuntes.

—¿Dos meses? —le preguntó.

—No me diga, no le avisaron —Peter se burló un poco de ella—. Dos meses, como mínimo. Eso duran las vacaciones de la princesa de West Virginia. Cuando la conocí, Agatha Glusky era loca, bella y apasionada, una chica de campo guapa y despierta que quería estrujar New York City y ser artista, como todos soñábamos a fines de los noventa. Por desgracia, yo lo logré y ella no. Nunca pudo perdonarme.

—¿Es usted artista, señor Monroe?

Abrió los ojos y en un segundo pareció aborrecer la existencia de Jackie Bravo. Giró la tapa de la bebida isotónica con una mano y le dio un sorbo. Su garganta se movió para dejar pasar el refresco azul. Jackie se fijó en otro tatuaje, un texto manuscrito que rodeaba su cuello para continuar hacia abajo, cruzando su pecho.

—Si la pregunta es si vivo del arte, la respuesta es sí —contestó con la voz destemplada—. Hace diez años que solo me dedico a proyectos personales. No hago nada a pedido. Vivo de mis obras y con total

libertad. Si eso es ser artista, creo que sí, lo soy.

—Lo felicito. No debe ser fácil su oficio.

—Me imagino que el suyo tampoco.

Por un momento Jackie se quedó observándolo, sin carga. Peter Monroe pareció sonreír.

—Agatha ha cambiado mucho. Supongo que todos estamos distintos, pero ella es como si flotara en el aire, se cree de otra clase —se detuvo un momento para acercarse a Jackie, tasarla con la mirada y concluir que podía confiar en ella—. ¿Sabía usted que todos los hombres de su familia son plomeros de Chapmanville, en el condado de Logan, West Virginia?

Jackie recordó la fotografía familiar de los LeMoigne que había visto en el departamento e intentó detener su memoria en algún detalle de la madre. No dio resultado. O su cabeza ya había guardado demasiada información en poco tiempo, o el rostro de Agatha LeMoigne, nacida Agatha Maria Glusky, no tenía nada memorable.

—¿Conocía usted a Stefania, la vecina de los LeMoigne? —con delicadeza lo desvió del tema de su exesposa. Por el movimiento de su cabeza, la sargento adivinó que la pregunta no le había gustado.

—No en persona —se apuró en responder.

Todos saben quién es la italiana, pero nadie la conoce de verdad, pensó Jackie mientras volvía a perderse en la libreta de apuntes para no sentirse obligada a mirarlo. Por primera vez notó que el testigo se ponía nervioso. También se percató de que en él había algo que le provocaba una profunda antipatía. Al darse cuenta de que la sargento de policía se quedaba muda y no continuaba con las preguntas, Peter Monroe la miró en silencio, con paciencia, hasta que ella levantó la cabeza.

—Yo no maté a Stefania —le aclaró—. En algún momento me lo va a preguntar, ¿no?

—Ya lo hice. Le pregunté si la conocía y me contestó que no. Con eso basta —respiró hondo mientras trataba de disimular su molestia—. Si no la conoce en persona, es difícil que la hubiera asesinado, ¿no cree?

—Podría estar mintiendo —le sonrió de nuevo, ahora con más confianza que la primera vez—. O podría haberla asesinado a

distancia, sin conocerla, a través de un tercero.

Jackie lo fulminó con una sola mirada, directa y sin desvíos, para advertirle del error que estaba cometiendo.

—Veo que le gustan las bromas.

—No, solo digo que...

—Escúcheme, señor Monroe —lo interrumpió—. No tengo ningún motivo para desconfiar de usted. Todavía.

La sargento apartó la libreta de apuntes y se levantó de la silla.

—Si hay algo que de verdad me molesta es encontrarme con gente que no se toma en serio mi trabajo.

—Lo siento, yo...

—Ahora estoy hablando yo —lo interrumpió y se paró junto a él, sin perderlo de vista—. Cuando alguien se burla de mi profesión es como si se burlaran de uno de mis hijos.

—No se lo tome así, no es personal.

—Una chica de veintiún años fue torturada y asesinada a pasos de su hija Lili y a usted le parece divertido hacer bromas al respecto. O su sentido del humor es demasiado sofisticado para mi gusto o...

—¿O qué, sargento?

—O me está ocultando algo. Tal vez es cierto que no me está diciendo toda la verdad.

Martino entreabrió la puerta de la oficina y asomó la cabeza, tratando de parecer discreto. Para no llamar la atención del testigo, le habló a Jackie con exagerado respeto de subalterno.

—Alicia Rivero necesita hablar con usted, sargento.

Jackie asintió con la cabeza, siguiéndole el juego, y de inmediato advirtió que Peter Monroe se ponía nervioso. Alicia entró a la oficina en silencio y se paró frente a él. Tenía las venas marcadas en la frente, los ojos irritados por el llanto y la desesperación. Su aspecto daba lástima.

—¡¿Cómo puedes hacerme esto?! —lo increpó, indignada—. No tenías ningún derecho a hacerme pasar por algo así. Ya le envié un audio a miss Agatha.

—¿Quieres un consejo, Alicia? —le preguntó Peter—. Asume tu espacio, eres solo la niñera.

—Y la encargada legal de Lili. Aunque a ti te duela.

Mientras presenciaba el altercado, a Jackie Bravo le llamaron la atención muchas cosas, entre ellas la particular e indisimulada confianza que existía entre el padre de Lili y su niñera. No quería separarlos de inmediato, en cualquier momento de la discusión podían surgir nuevos antecedentes y no estaba en condiciones de desaprovechar ninguna oportunidad de obtener más información.

—No vuelvas a recogerla en el colegio sin antes consultarlo conmigo o con miss Agatha —le advirtió Alicia a Peter.

—Hago lo que quiero. ¡Por algo soy su padre!

—Por Dios, Peter, casi no la conoces —le recordó la niñera—. Además, Lili no te soporta, dice que se aburre muchísimo contigo. Es una lástima, pero es la verdad.

Los ojos del padre se humedecieron y en ese instante a Jackie se le iluminó el pensamiento. Por fin sabía lo que le desagradaba de Peter. Era su oportunismo. Era la clase de hombres que pasaba por la vida haciéndose la víctima a conveniencia, según las posibilidades y debilidades de los infelices que tenían la mala suerte de toparse con él. Mientras hablaba de su hija, del hermoso proceso de sanación que había vivido en el último año gracias a ella, y de cómo afectaba de manera tan profunda su inspiración artística, Jackie se preguntó si tal vez Agatha era uno de esos pobres seres humanos, las víctimas de Peter Monroe.

—¡Eres una intrusa! —le gritó a Alicia—. ¡A mí no me vas a hacer callar!

—No voy a discutir contigo, Peter. Explícale a miss Agatha, a ver cómo te va.

—¡A la mierda miss Agatha!

A Jackie no le quedó más remedio que calmar los ánimos. Le pidió a Alicia que la esperara afuera y por unos minutos se quedó con Peter hablando sobre asuntos relativos a su meteórica carrera artística, el único tema que de verdad parecía interesarle, y de la nueva familia que tenía en New Rochelle.

—Ahí la tiene, esa latina aparecida, a cargo de mi hija —reclamó luego de unos minutos, sin ocultar su resentimiento—. Mientras tanto, la madre se da la gran vida con ese francés relamido.

—Pensé que no le interesaba ser un padre para Lili y que no tenía

nada contra el señor LeMoigne —le recordó Jackie.

—Todo cambió el año pasado. Tanto mis sentimientos hacia Lili como mi odio por ese tipo —le confesó mirándola a los ojos, como si quisiera persuadirla de su inocencia—. Desde que conocí a mi hija, nada volvió a ser lo mismo. ¿Cuántos hijos tiene, sargento?

—Tres.

—Entonces no necesito explicarle nada, ya sabe de qué le hablo.

Jackie lo sabía, pero no tenía ningún interés en expresarlo ni en discutir más sobre el asunto. El tema de la maternidad la aburría profundamente, además le parecía peligroso revelarle al desconocido más datos personales.

—Uno no busca ser padre, ¿sabe? —siguió Peter—. Al final los hijos lo buscan a uno.

Una hora más tarde, Peter Monroe ya se había ido cuando, abrumada por el exceso de información intrascendente y la falta de una conclusión sólida en los informes preliminares, Jackie recordó que Alicia Rivero la estaba esperando en algún rincón del precinto. Luego de buscarla en la recepción y en la sala de reuniones, la encontró en la cafetería compartiendo un *brownie* de chocolate con Martino.

—¿Hay noticias de Lili? —le preguntó.

—Sí, la llevé donde su amiga Cyan —le dijo Alicia—. Tengo que pasar a buscarla en dos horas.

—Supongo que el detective Martino ya le contó por qué fuimos al colegio.

Alicia se quedó quieta, como si se esforzara en no reaccionar para despistarlos. Martino sonrió y le hizo un gesto de paciencia a Jackie, pero la sargento no estaba de humor.

—Tenemos que hablar con Lili cuanto antes.

Alicia apartó el plato de cartón donde aún quedaba un tercio del *brownie* y agachó la cabeza.

—Ustedes no conocen a Lili —advirtió con una seriedad que a Jackie le pareció inusual. Estaba hablando de una niña de once años como si fuera una bestia salvaje, un asesino en serie o una terrorista.

—Por eso queremos conversar con ella, para conocerla —insistió Martino sin borrar la sonrisa infalible y, a juicio de Jackie, indispensable.

—No les va a decir nada —aseguró Alicia con certeza—. Es muy reservada y no soporta a la gente extraña. Además, se impresiona con facilidad.

—No se preocupe, estamos entrenados —le informó Jackie. Por su tono Martino adivinó que empezaba a perder la calma.

—Lo siento, pero no puedo autorizarlos —concluyó Alicia, seca—. No es mi hija.

—Pero está bajo un poder notarial firmado por usted —le recordó Jackie—. Para efectos legales, puede estar presente en la entrevista.

Alicia respiró con agitación, como si se atragantara, y se tocó el pecho con las manos.

—No entiendo por qué tanto interés en hablar con ella —movió la cabeza, molesta—. Si tienen suerte y logran convencerla de abrir la boca, les va a decir lo mismo que yo.

Jackie Bravo respiró hondo, buscando la paciencia que le faltaba en una larga bocanada de aire. Martino temió por el futuro de la investigación.

—En este momento Lili es testigo de un homicidio, igual que usted —le avisó la sargento, tratando de contener su expresión—. Es mi responsabilidad advertirle que si se opone a la entrevista, la fiscalía podría formarse una idea equivocada.

Alicia Rivero entornó los ojos, sin comprender.

—¿Una idea equivocada de qué? Es solo una niña.

La sargento de policía no le quitó la mirada de encima porque sabía que tenía que llegar hasta el final. Por miedo a perder la concentración se rehusó a vigilar a Martino por el contorno del ojo.

—Si no colabora con esta investigación, el fiscal podría presumir que está ocultando algo —amenazó a Alicia con el mismo tono neutro de antes.

Ni Jackie ni Martino sospecharon que era demasiado tarde, porque Alicia Rivero ya había ocultado lo suficiente.

5

La mañana de la entrevista, Jackie despertó alterada por una pesadilla que, pese a sus intentos, no pudo recordar por completo. A su lado, Adam roncaba suavemente y más lejos, al final de la apacible avenida 85, se escuchaba la alarma incesante de un auto. Cada ronda de sonidos iba acompañada de los ladridos frenéticos de los perros del vecindario. Mientras el barrio de Richmond Hill comenzaba a despertar, se quedó sentada en la cama, tratando de ordenar las imágenes vistas en su sueño.

Stefania Lenzi aparecía con un traje que había visto colgado en uno de los armarios de acrílico translúcido de su dormitorio, un vestido amarillo de una tela muy fina, sin tirantes, que la víctima lucía en dos fotos recientes de su muro de Instagram. Jackie no sabía nada de moda ni de diseño de vestuario y menos de telas finas, pero le había parecido precioso. No para ella, porque odiaba comprarse ropa y tampoco tenía ocasiones para lucirla, sino para alguien con el cuerpo, el rostro y los tres millones de seguidores de Stefania. Alguien digno de ser observado.

Aunque en el sueño estaban Adam y los niños, aparecían sus cuerpos y no sus rostros, todos sentados en la cocina, comiendo y hablando con las bocas abiertas, en *mute*, mientras veían un programa de talentos culinarios cuyo título Jackie no recordaba, aunque sí cuánto lo aborrecía.

Estaba Martino con alguien, un hombre guapo, macizo, de cejas y piel oscuras. ¿Habrá sido un novio?

En un momento de la pesadilla aparecía también el forense Mark Goldstein, insufrible y quejándose por algo, con el jefe Sarrazin, severo y juicioso detrás de sus anteojos de carey, el detective Colvin, demasiado joven, guapo y heterosexual para ser verdadero, y la encantadora novata Solar, con sus ojos vivaces y en constante ánimo de expectación a sus órdenes. Todos tomaban café y de repente la situación parecía congelarse en el tiempo cuando una mujer joven, de

pelo cobrizo y ojos claros e insolentes, interrumpía la situación para conquistar de forma automática las miradas de los presentes.

—*¿Cómo estás, divina*?

Su voz sonaba a todo volumen y tomaba el control de la escena, acallando los demás ruidos en su cabeza. La mujer tomaba posesión de su sueño y eso era lo que más le molestaba a Jackie, el control absoluto que tenía sobre su subconsciente. Cuando abrió los ojos y vio el té de manzanilla frío y a medio tomar sobre el velador, escuchó de nuevo la voz.

—*¿Cómo estás, divina*?

Ya no estás durmiendo y la voz de esa mujer sigue ahí, se dijo, alarmada. Los ronquidos ligeros de Adam la hicieron volver a su cama en Richmond Hill. Sin dejarse vencer, enumeró de nuevo los escasos antecedentes que manejaba del sueño, ahora le tocaba interpretarlos hasta darles un sentido. No importaba cuán inexacto fuera su análisis, tenía que hacerlo. En el trayecto a Manhattan repasó de nuevo cada imagen, menos la final, la de la pelirroja de ojos celestes cuyo nombre no dejó volver a su mente. No le pareció necesario y menos sano a esas alturas. Necesitaba un día tranquilo, sin culpas ni malos recuerdos ni interpretaciones oníricas que terminarían llegando a la misma conclusión: Adam ya no la quería.

El sueño la había dejado exhausta.

—*¿Cómo estás, divina*?

Manejó por la autopista con las manos firmes al volante, sin música, concentrada en el orden cronológico de la pesadilla. El tiempo era su eterna obsesión y en cada caso que le tocaba enfrentar marcaba la pauta, el guion, daba el tono y las ideas de dónde tenía que buscar. Para Jackie Bravo la cronología era un arte y sin su maravilloso orden de simpleza nada más podía existir. A la altura de Ridgewood ya sabía a la perfección qué había ocurrido antes o después, en el sueño y en su vida marital. Casi no tenía dudas de cuáles habían sido sus errores. Sintió rabia por no ser capaz de olvidar, menos de perdonar, y se preguntó si ese estado de cobardía perpetua cambiaría en algún momento del futuro. ¿Qué necesitaba para seguir adelante y no perder el tiempo con lo antiguo? Antes de cruzar el puente de Williamsburg encendió la radio y cedió a las ganas irresistibles de llorar que

guardaba desde el amanecer. Esa mujer pelirroja lo había conseguido. Una vez más la hacía infeliz.

Lloró un poco, con rabia donde debería estar la pena, mientras estacionaba el auto en un subterráneo de la Sexta Avenida. Se puso unos anteojos oscuros que encontró en la cartera y caminó por la calle Houston llorando a modo de estrategia, sin hacer ruido, procurando que las lágrimas no irritaran demasiado sus ojos ni que cayeran más allá del área protegida por los Ray-Ban de aviador que le había comprado Adam en las Bahamas hace muchos años. Cuando llegó a su destino, se sentía bastante más aliviada, aunque a lo lejos le parecía seguir escuchando la voz.

—Lili está en la terraza —le anunció Martino en el recibo del departamento de los LeMoigne—. No te preocupes, déjalo en mis manos, todo va a salir bien.

Jackie lo miró fijo y le puso una mano en el hombro izquierdo.

—De verdad confío en ti, Derek.

Como distractor y para calmar sus imperiosas ganas de ser útil, lo llamó Derek. Él sabía que ese detalle encerraba una importancia enorme antes de la entrevista, pero no le prestó demasiada atención porque estaba preocupado de otra cosa. Conocía a su jefa mucho más de lo aconsejable y aunque sabía guardar su privacidad como un tesoro, no soportaba verla sufrir. Pensar en su dolor lo enfurecía de una manera extraña e inexplicable y la ira se tornaba aún más violenta al recordar que no era ni la primera ni la segunda ni la tercera vez que le tocaba ser testigo de esas lágrimas, casi siempre matinales; del temblor de manos y de voz que impedían cualquier intento de comunicación; de ese estado de constante pesimismo que abarcaba todos los espacios de su vida. Al llegar, de inmediato la notó perturbada por algo que sabía que no era la entrevista con Lili LeMoigne ni el homicidio de la influencer italiana. Martino sabía cuál era el motivo de su preocupación.

Al verse desenmascarada en su dolor, Jackie pensó que debería haberse quitado los Ray-Ban antes de entrar al departamento y mostrarle a Martino sus ojos desorbitados por la tristeza y la falta de sueño.

—Antes de la entrevista necesito saber qué te pasa —le pidió

Martino.

Jackie negó con la cabeza, evitándolo. Él se acercó un poco, sin darse por vencido.

—No me mientas, sabes que no puedes —le advirtió—. ¿Problemas en casa?

—Dormí mal, eso es todo —trató de evadir, sin resultado—. Tuve una pesadilla.

—No me digas, soñaste que tenías una aventura con Sarrazin —bromeó él.

Jackie ni siquiera intentó sonreír.

—No —lo atravesó con la mirada—. Soñé con *ella*.

Ella.

Martino hizo un gesto de confusión y otro casi inmediato de fastidio, respiró profundo y movió la cabeza tratando de comprender. Estuvo a punto de preguntarle ingenuamente si en realidad se refería a la víctima, si sus desvelos eran por la italiana y su horripilante forma de morir, por los resultados de la autopsia y la ausencia de videos de seguridad donde se revelaran detalles del hecho, pero Jackie no lo dejó y apuró su explicación.

—Soñé con Lydia Randall —confesó con voz de ultratumba.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le puso las manos en el pecho para evitar más preguntas y lo empujó—. Vamos a saludar a la niña.

La sargento Bravo se perdió en el patio trasero que tanto le gustaba. Martino se quedó en el recibo por un momento, alarmado por el ánimo de su jefa. A lo lejos vio a Alicia cruzando el pasillo del departamento con una bandeja. Lo saludó con frialdad y desapareció tras la puerta batiente de la cocina.

* * *

—Hola, Lili.

La niña no levantó los ojos del iPad.

—Hola —dijo entre dientes, sin despegarse de la pantalla.

Lili LeMoigne estaba sentada en la terraza del departamento, iluminada por el sol matutino. Jackie se acercó un poco para descubrir lo que estaba viendo con tanto interés. No se trataba de dibujos

animados ni de un videojuego colorinche, era una película en blanco y negro. La detective frunció el ceño, asombrada, y solo entonces la niña desvió un poco la mirada para reaccionar a su presencia. Al hacerlo se sorprendió al encontrar un plato frente a ella, sobre la mesa de la terraza. En el plato había un pastelito coreano, un solitario *mochi* color lavanda.

—¿Te gustan los *mochis*? —preguntó Jackie.

Lili vaciló un momento y luego asintió con la cabeza, casi por obligación.

—Lavanda relleno con dulce de leche —la tentó Martino, entrando con una sonrisa.

Como si cayera en un trance, la niña dejó el iPad y observó al detective con admiración y un dejo de estudiada coquetería.

—¿Quieres hacerme preguntas sobre Stef? —le preguntó con determinación.

—Entre otras cosas —precisó él, evitando a toda costa la absorta mirada de su jefa—. ¿Puede ser?

La niña no despegó la vista del plato con el *mochi*.

—¿No te lo vas a comer? —le preguntó Martino.

—No sé. Puede ser.

—En la cocina hay más, si quieres. Con otros rellenos: durazno, chocolate con menta, coco con chocolate blanco y mango con pitaya.

Martino miró de reojo a Jackie, buscando su aprobación. La sargento esperó un segundo y asintió con los ojos, solo para él, en un código secreto e indescifrable, y caminó hacia la puerta.

—Los dejo solos —le dedicó una rápida sonrisa a Lili, que apenas la miró—. Me avisan si quieren más *mochis*, o algo para tomar. Nos vemos en un rato.

Jackie salió a la calle King y sintió frío. Caminó hasta la Sexta Avenida con las manos en los bolsillos de su abrigo. Al llegar a la esquina, el viento helado del sur la petrificó en un instante. Pensó en tomar café, volver al precinto, comer algo o solo sentarse en Washington Square. Durante los siguientes noventa minutos caminó por el vecindario y se concentró en no pensar en Lydia Randall y ocupar su cabeza en lo que importaba, el homicida de Stefania, ese monstruo sin rostro ni pasado que una semana más tarde la prensa

bautizaría como el asesino de influencers.

* * *

Para ser un buen influencer, debes aprender a mentir.

No decir la verdad es un arte y estamos aquí esta mañana para aprenderlo como una habilidad.

Hasta cuando digas la verdad, en esos videos donde parece que eres sincero y que estás diciendo la verdad y aunque todo el mundo crea que, en efecto, lo estás haciendo, incluso cuando tus millones de seguidores parezcan convencidos de tus palabras y crean que dices la verdad, aunque hasta tu madre se compre el cuento y se trague tu contenido, siempre *tienes que estar mintiendo*.

La realidad es la que construyes a diario en tu contenido. Los límites de la realidad son los que propones tú a través de los mecanismos que aprenderemos en este webinario, no la que tú crees que es la realidad.

Veo caras de confusión.

Me explico.

A nadie le importa verte en la ducha igual como te comportas cuando estás en la ducha. Lo que quieren ver es una escena, un clip, un montaje, un momento perfecto que puede ser espontáneo o coreografiado, solo tiene que provocar algo en pocos segundos.

No te están pidiendo la cura del cáncer o la paz en el mundo.

Son apenas unos pocos segundos de una verdad inventada.

6

—¿Por qué esa mujer te llama Martino?

—Ese es mi nombre.

—Te llamas Derek Martino.

—La sargento siempre me ha llamado por mi apellido.

Lili no quedó conforme con la explicación. El detective se acomodó frente a ella y ordenó tres lápices y una libreta en la mesa de centro. Bebió un poco de agua e intercambió una mirada con Alicia, que decidió quedarse sentada en el comedor durante la entrevista. Martino trató de no parecer demasiado solemne para no atemorizar a la niña. Pronto se dio cuenta de que Lili no se asustaba con nada.

—¿Qué película estabas viendo? —le preguntó.

—*El ciudadano Kane*, pero me han interrumpido toda la mañana —contestó ella—. Voy a tener que verla de nuevo, desde el comienzo.

—¿Te gustan las películas antiguas?

—Algunas. Pero estoy viendo *El ciudadano Kane* porque según la revista inglesa *Sight and Sound* es una de las mejores películas de la historia del cine.

Martino se quedó inmóvil frente a la pequeña. En el comedor, Alicia esbozó una sonrisa.

—Antes de fin de año necesito ver al menos las veinticinco mejores —siguió Lili, entusiasmada con su proyecto—. *El ciudadano Kane* aparece como la número cuatro, pero no las estoy viendo en orden.

—Es una película muy interesante —comentó Martino.

Lili movió la cabeza con asombro.

—¿Viste *El ciudadano Kane*? ¡No lo puedo creer! ¿Todos los policías son como tú? —preguntó, sin ocultar su entusiasmo—. En esta casa nadie la conoce, lo cual no es raro en esta familia.

—¿Por qué?

—Aunque mi madre se crea intelectual, es una mujer bastante

ignorante —le dijo en voz baja, a modo de confesión indiscreta—. Y mejor no hablemos de mi padre biológico, espero no haber heredado su estupidez.

—¿Peter Monroe?

La niña elevó los hombros, como si temblara de asco. En el comedor, Alicia se levantó tratando de no hacer ruido, sin éxito, y avanzó por el pasillo.

—Hasta su nombre es aburrido —se acercó un poco más—. Mejor cuéntame por qué te gustó *El ciudadano Kane*.

Martino la miró a los ojos y volvió a sonreír.

—En lo cinematográfico, es casi perfecta, su técnica es muy moderna para la época. Y el tratamiento de la historia es muy contemporáneo —le explicó con naturalidad pedagógica, como si fueran sus propias reflexiones, aunque eran tan ajenas para él como la película de Orson Welles—. La vi hace varios años en el Film Forum, acá a la vuelta de tu casa...

—Claro ¡Me encanta ese cine! —respondió la niña, con una alegría que a Martino le resultó inesperada—. Papá es socio y a veces me lleva, cuando está en la ciudad.

—¿A tu papá le gusta el cine clásico?

—A papá le gusta el dinero —reveló Lili—. Como a todos los adultos.

Martino se quedó inmóvil. Trató de no reaccionar frente a ella.

—No voy a hablar nada de Stef —advirtió de pronto, malhumorada.

—Pero si no te he preguntado nada todavía. Además, me prometiste que...

—Yo no hago promesas —se detuvo un instante, como si quisiera ganar tiempo y mantener al detective atento a sus palabras.

Por un segundo Martino pensó que estaba entrevistando a una mujer adulta, caprichosa y en un mal día.

—Stefania es mi amiga —susurró Lili—. *Era*.

—Entiendo que la extrañes mucho, eran muy cercanas, ¿no? —se aprovechó de su tristeza por un segundo—. Te prometo que esto va a ser rápido.

—No quiero, Martino —le dijo la niña, dolida—. ¿Puedo llamarte Martino o solo tu jefa puede? Porque esa mujer antipática es tu jefa,

¿verdad?

Derek Martino movió la cabeza, asintiendo. Trató de seguir sonriendo como si asistiera a un espectáculo, después de todo era una niña de once años demasiado despierta para su edad jugando a ser un personaje de Joan Crawford en una vieja película. Le dolieron un poco los músculos de la mandíbula, pero insistió. Alicia se asomó desde la cocina con una bandeja con café y jugos. La dejó sobre la mesa del comedor y volvió a sentarse, a vigilar en silencio. Martino le dio las gracias, Lili no.

—Cuéntame, Lili, ¿pudiste hablar con tus padres?

—Sí.

—¿Y qué te dijeron?

—Nada.

Martino esperó que le contara algo más, pero la niña se quedó muda.

—No se escuchaba bien porque estaban a bordo del barco—le explicó Lili—. En Grecia.

—¿Tú conoces Grecia?

Casi de inmediato, la pequeña estudiante del Saint-Luc negó con la cabeza.

—¿Por qué mejor no hablamos de *El ciudadano Kane*?

—¿Por qué no fuiste con tus padres a Grecia, Lili?

La voz de Alicia interrumpió la conversación como una guillotina.

—Lili no puede viajar —dijo con una urgencia innecesaria.

En ese instante exacto Martino se dio cuenta de que no había vuelta atrás, ese era el final del encuentro con Lili LeMoigne.

—¡Sí, puedo! —le gritó la niña a Alicia, enrabiada—. ¿Por qué no te callas? ¿Qué sabes tú?

—Se descompensa en los aviones —explicó la niñera con voz imperturbable, desde su sitio en el comedor.

—¡Cállate, latina estúpida! —le ordenó Lili con los ojos en extremo abiertos, furiosa—. ¡Tú no sabes nada de mí! ¡Este ni siquiera es tu país!

—No soporta los viajes demasiado largos, pobrecita —siguió Alicia, ignorando los insultos—. Se desregula con facilidad y sufre muchísimo. Es muy triste verla así.

—¡Cállate, imbécil! ¡Claro que puedo viajar! —reclamó la niña con desesperación, como si fuera víctima de una injusticia que no podía comprender, y luego volvió a Martino—. No la tomes en cuenta, es una indocumentada. Ni siquiera la necesito porque ya soy grande, me puedo cuidar sola.

—Lili, por favor, escúchate —le dijo Alicia, tratando de calmarla.

—¡Déjame en paz con Derek! ¿Por qué no te vas a la cocina y te tomas un café? —le exigió—. Necesitamos hablar los dos solos.

—Imposible —le reveló la niñera—. Soy tu tutora y tengo que estar presente en cada conversación que tengas con la policía.

—¡Eres una inmigrante sin papeles, trabajas para mí!

Las palabras de la niña resonaron para Martino como si fueran amplificadas.

—Alicia tiene razón —intentó explicarle con voz calmada—. La ley no me permite hablar contigo sin la presencia de tus padres. Y como tus padres están de viaje, ella es la única persona autorizada.

—Mírala, por favor. ¿En serio crees que es de mi familia? Es una analfabeta.

—Lili, para ya.

—En tu país, Guatemala, hay un dieciocho por ciento de analfabetismo y tú eres parte de ese triste porcentaje, Alicia.

Alicia se rehusó a continuar con la discusión.

—Cálmate, Lili —le pidió.

—Estoy calmada. Ahora vete a la cocina. ¿O quieres que le cuente la verdad a Derek Martino?

La niñera revoleó los ojos, agotada con la discusión, y se levantó por fin de la mesa del comedor. Martino la miró mientras ordenaba unos platos, evitando el contacto visual.

—¿Quieres que le cuente de tu novio? —siguió Lili, sin perderla de vista—. ¿O mejor lo dejamos como un secreto entre las dos?

—Lili, te estás portando como una malcriada —la amenazó Alicia—. ¿Qué va a pensar el detective Martino?

—Si yo soy malcriada, tú eres una sucia latina —la insultó Lili—. Le voy a contar a Martino con quién te metes a la cama a hacer las cosas que hacen los adultos cuando piensan que los niños no estamos mirando.

—¡Lilian!

—¿Quieres que Martino se entere de con quién lo estás haciendo, Alicia?

La niñera avanzó a grandes trancos hasta la terraza y, sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, sujetó a Lili por un brazo.

—¡Suéltame, estúpida! —gritó Lili—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a volver a pegar?

Martino se sobresaltó ante la acusación. Alicia sujetó el brazo de la niña y la miró a los ojos, con la respiración entrecortada.

—La última vez me empujó en Central Park —la acusó Lili con el detective—. Por poco me rompe la cabeza.

—¡Lilian!

—¿No es verdad?

—¡No es verdad!

—Me empujaste en el puente y me pegué aquí.

Lili corrió hasta el sillón donde estaba Martino y, al borde de un llanto rabioso que trataba de controlar, le mostró una zona de su frente. Alicia observó, incómoda.

—Te dio una pataleta porque se puso a llover —explicó, nerviosa.

—Ese policía gordo no dijo lo mismo.

—¿Policía? ¿Qué policía, Lili, por favor?

La niña saltó al sillón y se quedó junto a Martino. Lo miró con desolación, tratando de ganarse su confianza.

—Dime que puedo confiar en ti, Derek —le pidió, secando sus lágrimas con la manga de su camisa.

—Sí, claro, por supuesto —le prometió el detective.

—Dile a esta mujer que salga, por favor —le rogó una vez más.

—Ya sabes que eso no es posible, Lili —le recordó Martino.

Lili movió la cabeza con desesperación. Alicia la vigiló, muda.

—Lo que te voy a contar es un secreto —Lili bajó el volumen de la voz—. Esta mujer no puede escucharme.

—Tu madre se va a enterar de todo esto —le advirtió Alicia, indignada, y volvió al comedor.

Lili esperó a que se cerrara la puerta de la terraza, se acercó aún más al detective y le susurró al oído.

—Fue ella —le confesó con voz trémula—. Ella mató a Stef, porque

le tenía envidia.

Derek Martino se alejó un poco de la pequeña para observarla mejor. Su cara había perdido todos los modos aprendidos de mujer adulta y por fin parecía frágil e inocente.

—Tienes que creerme —le rogó, tensando las cejas y mordiéndose los labios en una mueca de horror—. Primero mató a Stefania y ahora me va a matar a mí.

7

Esa misma tarde, Jackie pasó a buscar a Martino y lo invitó a comer pasta al primer restaurant que encontraron en Little Italy. Sabía que su compañero estaba pasando por problemas económicos, como casi siempre, y necesitaba escuchar los detalles de la entrevista a Lili. Para extorsionarla, al principio Martino se negó a darle información. Antes de hablar del caso necesitaba una copa de vino tinto barato, del que usaban para emborrachar a los turistas, y que le contara más sobre la pesadilla con su némesis, la demoníaca Lydia Randall. No la conocía en persona, pero él también la odiaba.

Jackie no quiso profundizar en la estructura del sueño ni en los simbolismos que escondía, con eso ya se había machacado bastante la cabeza durante toda la mañana, o al menos por unas buenas cuatro o cinco horas, calculó. No le hacía bien pensar en lo mismo, se lo habían dicho en riguroso orden Martino, su hermana, su madre y hasta Mark Goldstein, cada uno en distinto tono, con diferentes intenciones y usando variedad de palabras, aunque en esencia el mensaje era el mismo: no te sigas torturando con el recuerdo de la maldita fiesta de Año Nuevo de 2021. Fue cuando descubrió que Adam, su querido Adam, el marido sonriente y amable con el que tenía tres hijos, una casa a medio pagar y muchos sueños que cumplir, le era infiel con la manicurista estrella del local de Sugar Nails de la Avenida A, en Manhattan, una pelirroja exuberante veinte años más joven y a la que, para colmo de males, conocía porque era hija, nieta y sobrina de policías.

—Hola, divina —le había susurrado al oído, al saludarla con una sonrisa bajo los globos plateados que decoraban la entrada al salón donde se celebraba el evento.

Lydia Randall venía de una respetada familia de policías, la clase de familias que Jackie Bravo estaba obligada a ver tres o cuatro veces al año. En esa fiesta, entre los gigantescos cócteles de camarones, los discursos institucionales de los mismos aburridos jefes de siempre, los

abrazos cargados de buenos deseos entre los colegas, el whisky barato y los bailes alcoholizados de todos los departamentos de policía, Lydia se había encontrado de improviso con Adam. Jackie estaba presente, vio como sus ojos saltaban cuando se topó de frente con ellos y el jefe Sarrazin, en el bar de margaritas, se dio cuenta de su repentina tartamudez cuando musitó entre dientes el nombre de Adam y luego pidió perdón, como si hubiera cometido un pecado o un delito, o las dos cosas, y se extrañó al verla desaparecer por el salón sin decir una sola palabra, rodeada por dos de sus jóvenes amigas.

Los policías eran gente chismosa y esa característica del gremio Jackie la conocía desde hacía tiempo. Pero lo que había sucedido después sobrepasaba todos los límites de la paciencia o el decoro. Jackie prefería no hablar del incidente, con Adam apenas habían tocado el tema una vez en los últimos dos años, y porque él le había preguntado si algún día iba a perdonarlo de corazón.

La noche de Año Nuevo, la nieta de Bruce Randall, hija única de Richard «la Soga» Randall, uno de los detectives más queridos del estado de Nueva York, estaba encerrada en el baño con sus amigas, tratando de recuperarse del esperado encuentro, cuando Laura, la hija mayor de Jackie, entró a lavarse las manos. De manera educada, Laura les preguntó a las chicas si tenían algún problema, si necesitaban algo, a lo que Lydia había reaccionado con violencia. Según la declaración de Laura, Lydia emergió de la caseta con los ojos irritados y se abalanzó sobre ella para darle un golpe seco entre las cejas. La chica se había equivocado. Laura imaginó que Lydia Randall pensaba lo mismo que todo el mundo, que era una frágil estudiante secundaria, asustadiza y sin carácter, pero en realidad desde niña había aprendido a defenderse. No dudó en agarrarla del pelo para sujetarla contra el espejo del baño. Hubo gritos, acusaciones y la horrible revelación de la verdad.

—Soy amante de tu padre, chica.

Por accidente, Laura había terminado rompiéndole la nariz.

Todo había ocurrido ante decenas de policías, sus esposas, madres, padres e hijos, embriagados por un peligroso espíritu festivo. Jackie únicamente se había preocupado por su hija. Hoy, más de tres años después del escándalo, la sargento recuerda que la tomó de la mano y

la levantó como pudo del salón. Adam intentó hacer algo, regañarla o proceder a su castigo inmediato por la pelea con Lydia, que apenas tenía siete años más que ella. Jackie desapareció de la fiesta junto a Laura mientras las amigas contenían a la manicurista.

—Ya lo perdonaste, Jackie —le recordó Martino en el restaurant italiano, después del último sorbo de vino.

—Todavía tengo rabia —confesó ella—. No lo puedo evitar.

—Te entiendo, pero no puedes cobrarle de nuevo algo que pasó hace tanto tiempo —le advirtió él—. Se supone que tienen un acuerdo, ¿no?

—No tenemos ningún acuerdo.

—Volvió a casa. Con eso basta, ¿no?

—En realidad nunca se fue. Yo le pedí que me dejara tranquila por unos días, pero no quiso. Dijo que la casa era suya.

—Pero te explicó lo que había pasado con esa mujer y tú lo aceptaste.

—Me dijo lo que esperaba oír —lo miró con resignación, acariciando la última copa de vino—. Lo que supongo que una quiere escuchar en situaciones como esa. Que había sido una aventura de una sola noche y que no significaba nada para él.

—Y le creíste.

—Que era un error. Que estaba borracho —Jackie se escuchó y desconoció su voz gastada—. Que no se acordaba de nada.

—Yo nunca le creí, Jackie. ¡Te lo dije! Nunca entendí por qué lo aceptaste de vuelta, pero...

—¡Si te digo que nunca se fue! —Jackie se escuchó de nuevo y se sintió ridícula y poco profesional, perdiendo el tiempo en cuestiones personales en plena jornada laboral—. Cada vez que sueño con esa mujer, me desprecio un poco más.

—¿Por qué?

—Porque es obvio que Adam sigue acostándose con ella.

Durante el resto de la cena, Martino concentró todas sus energías en cambiar de tema. Ya sabía que la única manera de competir dignamente por la atención de Jackie era hablándole de trabajo.

—Lili dice que Alicia la golpeó en Central Park, hace dos meses —le informó a Jackie—. Terminaron en la urgencia con la niña herida en la frente, pero...

—¿Qué dice Alicia?

—Que Lili tuvo una pataleta y se cayó en unas escaleras. Las dos dicen que le avisaron a un policía de Central Park, pero no hay constancia de los hechos —se lamentó Martino, entusiasmado—. Tampoco tengo cómo comprobarlo porque ninguna de las dos recuerda con exactitud cuándo ocurrieron los hechos.

—¿Qué dice Lili de la víctima?

—Está segura de que Alicia es la culpable —le confesó, serio, aunque sin creer en lo que decía—. Me contó que le tenía envidia a Stefania y que por eso la mató.

—Esa niña es bastante adulta para sus once años —comentó Jackie, intentando procesar la información—. No perdamos de vista a la niñera, entonces.

Martino se detuvo un momento, pensativo. De todos los detalles que le contó, a Jackie ninguno le pareció importante. Trató de entusiasmarla describiendo la postura de la niña durante la entrevista, de sus modos de señorita adulta y malcriada, pero Jackie pensó que estaba exagerando. Escuchó con interés cómo Lili se refería a sus padres y no supo qué decir ante el detalle de *El ciudadano Kane*, una película que conocía solo de nombre. A las diez de la noche, pidió la cuenta y anunció que iba a dejar el auto en el estacionamiento. Ya se había tomado una botella de vino y dos shots de tequila, uno de ellos del todo innecesario y casi obligada por Martino para terminar la charla sobre la hija de los LeMoigne y su extraño comportamiento.

—Es temprano, no puedes dejarme así, Jackie —le rogó el detective —. Hay mucho de qué hablar.

—Mañana seguimos en la oficina —le prometió ella.

—Un amigo tiene un show a las once en el Duplex —ofreció Martino —. ¿Me acompañas?

* * *

En el taxi desde Little Italy hasta el Village, y a pesar de los evidentes efectos de la mezcla de tequila y vino, Martino le contó a Jackie la historia de su amigo Preston Zane.

En realidad se trataba de un amigo con ciertas ventajas inevitables. Se habían conocido hacía tres meses gracias a MeatMe?, en un

encuentro que el propio Martino definía como «lo clásico»: dos o tres frases de introducción, con énfasis en los roles sexuales, los morbos privados y cuál era el objetivo de cada uno; un rápido intercambio de fotos, de cara, torso y desnudo frontal; un par de opiniones para comprobar que ninguno era neonazi, trumpista o asesino en serie, y luego las respectivas geolocalizaciones.

Al abrir la puerta de su departamento, Martino se había encontrado con un rubio de un metro noventa, corpulento, vestido con chaqueta y corbata. Tenía un aspecto insondable, podría haberse tratado de un doble de riesgo, un vendedor de biblias, un profesor universitario o el guardaespaldas de alguna celebridad menor. Ni Preston Zane ni Derek Martino se preocuparon de las formalidades. Apenas se vieron, en la puerta del departamento de Bed-Stuy, el mismo donde vivía desde hacía nueve años, el detective se lanzó y lo besó en los labios. Después se fueron a la cama y no salieron de ahí en dos días, cuando se dieron cuenta de que el fin de semana se les había esfumado y que llegaba la hora de volver a sus respectivas rutinas. Preston le dijo que era actor, dramaturgo y profesor, y antes de intercambiar redes sociales o números de teléfono le confesó que se moría de ganas de volver a verlo.

Martino pensó que ese era el final. El desenlace que se merecía. La imagen de Preston en la declaración de amor, que tan bien le venía a un tipo inseguro y traumatizado como él, se fundía sobre una sonrisa suya, impecable y espontánea, por cierto, y entonces empezaban a ascender los créditos del largometraje sobre sus trece años de soltería. Una película triste y demasiado larga para interesarle a alguien, pensaba el detective.

Por una semana o dos, el soltero empedernido de BedStuy supuso que su fogoso romance de MeatMe? iba en serio, y así se lo confirmó Preston las primeras veces que se vieron, una calurosa tarde en Tompkins Square Park, primero, y después en un restaurant vegano del Lower East Side. Habían tenido sexo siete veces en cuatro encuentros, lo que a Martino le parecía bastante. Preston le había contado algunos de sus miedos más profundos, como el terror a envejecer, a volverse loco o a que sus padres murieran en la pobreza, y Martino le reveló el insólito trauma que tenía con el color rojo y que,

si se complicaba, podía dejarlo sin trabajo o, lo que era peor, condenado a un escritorio de por vida, revisando multas de tránsito.

—¿Te gusta? —le preguntó Jackie en el taxi rumbo al Duplex, interrumpiendo el relato.

Martino asintió con la cabeza y dijo en voz baja:

—Mucho más de lo que pensaba.

Ella sonrió como si estuviera agradecida.

—Ya lo conoces hace tres meses —le recordó la sargento—. ¿Qué estás esperando?

—Es lo mismo de siempre, Jackie —se lamentó él—. Ya sabemos lo que va a pasar.

—No puedes seguir así —lo cortó ella, definitiva y sin dejar espacio para las negociaciones—. No repitas los mismos errores, Derek. Ahora no, este chico te gusta y...

—No quiero hacerle daño.

—Lo importante es que no sigas haciéndote daño a ti mismo. Llevas mucho tiempo solo.

—No ha sido del todo por mi culpa.

—¿No?

En los últimos días, Martino había notado a Preston un poco distante, a veces incluso ausente. Los mensajes que al principio respondía en cuestión de minutos ahora tardaban más tiempo en ser contestados. En lugar de escribirle o enviarle un emoji, en dos ocasiones Martino había osado llamarlo.

Preston no le respondió porque odiaba las llamadas. Supuso que se lo había dejado clarísimo cuando se conocieron, pero después de la tercera cita Martino no entendía, lo intentaba, pero no podía comprender por qué era tan difícil responder y hablar un par de minutos; solo pedía unas cuantas frases en una conversación y no un intercambio de textos o audios que para él no eran una charla real. Estaba comenzando a extrañar a Preston Zane, no podía negarlo. Anhelaba verlo y escucharlo y domesticarlo y acariciar su espalda larga, interminable, cuando empezó a sentir los efectos de la culpa y la excitación, ambas al mismo tiempo, mortíferas como un veneno y muy parecidas al enamoramiento cuando iban mezcladas. Lo sabía. Martino intuía que él era el responsable de su soledad, pero hasta ese momento

de revelación, gracias a la repentina distancia de Preston, no se atrevía a reconocerlo. Él tenía la culpa de que sus relaciones con los hombres jamás pasaran del plano sexual de la segunda o la tercera cita.

—¿Y a qué se dedica este hombre perfecto? —le preguntó Jackie mientras el taxi subía por Bowery.

—De todo: teatro, cine, escultura, contenido —enumeró Martino con cierto orgullo.

—¿Contenido? ¿Redes sociales?

—Algo así, y no pongas esa cara, que no es OnlyFans —sonrió un poco, quitándole gravedad al asunto—. Tú me conoces, nunca me gusta nadie, pero... Con Preston es distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Porque me hace reír.

Martino giró la cabeza y bajó la ventana del taxi. Jackie le tomó la mano mientras cruzaban Greenwich Village por la Sexta Avenida.

—El único que me hacía reír era Ossie —confesó Martino.

Mirando las esquinas del Village, Jackie pudo adivinar en un segundo los recuerdos que atravesaban la cabeza del detective. Ossie era su único novio a la fecha, un chico de Milwaukee fallecido el año 2010 en una *rave*, en Brooklyn, por una sobredosis de GHB.

Cuando llegaron al Duplex, Martino estaba a punto de llorar. De tristeza, rabia y ganas de abandonar la ciudad para siempre. Jackie le pagó al taxista, tomó por el brazo a su detective ebrio y lo obligó a bajarse.

Preston Zane los estaba esperando en el bar con una mesa reservada cerca del escenario. Aún afectado por la charla del taxi, Martino lo saludó con un discreto beso en la mejilla.

—Te estaba esperando —Preston sujetó su mentón y le plantó un beso en los labios.

A Jackie le pareció un inesperado gesto de cariño y se preguntó si tal vez Martino tenía razón. Él espantaba a los galanes y no era al revés, como ella suponía.

—Estás borracho —lo acusó Preston, divertido.

—Un poquito. Ella es Jackie —la presentó.

Preston giró la cabeza para saludarla.

—Tú eres la famosa jefa. Encantado de conocerte.

—Un placer.

—Gracias por venir.

Jackie le dirigió una rápida mirada. Preston era un chico rubio y atlético, con un aspecto profundamente americano y una sonrisa de triunfo permanente que a ratos inspiraba confianza. La sargento entendió de inmediato por qué Martino estaba tan interesado.

—Tu detective es muy tierno —le dijo a Jackie con ternura.

—Claro, me lo demuestra todos los días —le sonrió ella.

Observó a Martino en un incómodo y poco efectivo intento por parecer cariñosa. Él se quedó mirándola, bastante incómodo porque no estaba acostumbrado a esa clase de gestos de parte de su superiora. Eran amigos, tenían confianza y la adoraba, pero ninguno era demasiado expresivo con sus afectos. Nunca lo habían sido.

—¿Es cierto que están a cargo del homicidio de Stefania? —interrumpió Preston con curiosidad.

—Sí, ¿por qué? —Jackie levantó la mano para alcanzar su cerveza —. ¿La conocías?

—Claro. La conocía mucho.

Jackie y Martino se quedaron inmóviles ante la revelación.

—¿En serio? —le preguntó Martino, asombrado.— ¿Por qué no me contaste?

—¿Y cómo iba a saber yo que la iban a matar...? —respondió, serio —. De hecho, me escribió hace unas semanas para hacer una colaboración.

—¿Una colaboración?

—Un video de Instagram para Nomad, una marca de queso feta vegano.

—No me habías contado que eres influencer.

Preston bebió un sorbo de su vodka y dejó el vaso sobre la mesa.

—Soy muchas cosas a la vez, Derek —explicó con calma—. No me gusta nada el concepto influencer, pero a veces apoyo en mis redes sociales a algunas marcas que me parecen interesantes.

—Y Nomad, esta marca, te pareció interesante —recalcó Jackie, atenta a su testimonio.

—Claro, es una marca inclusiva y ecológica de queso en base a plantas, sin preservantes ni colorantes y con 25 gramos de proteína

por porción —dijo de forma mecánica, como si estuviera grabando—. Ya habían hablado con Stefania para el video, pero por contrato ella no podía grabarlo sola.

—¿Por qué no?

—Algunas marcas pagan un extra para bloquear a ciertos clientes.

Jackie buscó la mirada de Martino, alerta.

—O sea, Stefania recibía dinero extra por negarse a promocionar algunos productos —concluyó la sargento.

—Podía hacerlo, pero si era colaboración con otro creador de contenido —explicó Preston—. Por eso me llamó.

—¿Y qué pasó con el video? —preguntó Martino, aún sin salir de su asombro—. ¿Lo grabaron?

—Al final, lo grabé yo solo —contó Preston con ligera displicencia, empezando a inquietarse con las preguntas—. Stefania no apareció en la locación y tres horas después, cuando faltaban unos pocos planos, sus representantes llamaron a la producción inventando una excusa.

—¿Cuál fue la excusa? —preguntó Jackie, a esas alturas sin disimular su interés.

—Dijeron que se había intoxicado con pescado crudo —recordó—. Y eso es una mentira porque todo el mundo sabe que Stefania no mataba animales. Me tengo que ir, me están esperando. Si quieren saber todos los secretos de Stefania Lenzi, tienen que hablar con los Wishman. Son dueños de la agencia más importante de esta costa.

Preston besó a Martino con prisa en los labios, sonrió a Jackie y bajó corriendo las escaleras hacia el primer piso, donde se encontraban los camarines. Quince minutos después, una esbelta *drag-queen* llamada Miss Lavinia anunció el show. Primero cantaron dos chicas y después una pareja. Cuando le tocó el turno a Preston, Jackie y Martino estaban ansiosos.

—Esta canción se la dedico a un hombre que todos los días lucha contra el mal allá afuera, en las oscuras calles de la ciudad de Nueva York.

Jackie se fijó en cómo Martino caía en un éxtasis romántico.

—Detective Derek Martino, esta es para ti.

You are far
When I could have been your star

You listened to people
Who scared you to death and from my heart
Strange that I was wrong enough
To think you'd love me too
I guess you were kissing a fool
You must have been kissing a fool

8

Caminas por horas para tratar de controlar las ansias. No sabes cómo avanzas por la ciudad de noche, solo caminas de manera mecánica, como un autómata, sin rumbo fijo ni destino claro. Pasan las calles, los vecindarios, las hordas de turistas y de pronto ya no sabes en qué parte de Nueva York estás ni cómo empezó todo esta vez ni lo que provocó el nuevo desastre.

Te tomas un vodka en un señorial bar gay del East Side, el Townhouse. No hablas con nadie. No miras a nadie y nadie te mira a ti.

Sales para hablar por teléfono con personas de tu otro lado. Dices «te quiero» y «te extraño» a algunos de ellos, no a todos.

Vuelves al bar y pides más vodka. Te sientes seguro, no sabes por qué. Recuerdas el Townhouse de otras noches, de otras épocas. Cuando eras joven y nada te importaba demasiado porque se supone que en el futuro todo se iba a arreglar. Tarde o temprano, todo encajaría de alguna forma. No quieres pensar en eso, pero la memoria insiste. Te tortura. Cuando grita, no la puedes callar.

Sales del Townhouse a las nueve y cincuenta. El vodka te dejó necio y alegre, como te encanta, y piensas que valió la pena cruzar el puente y venir a la ciudad.

Piensas en lo mucho que odias las borracheras terminales, esas que te dejan sin poder reaccionar o moverte.

Piensas en la última vez que cruzaste el puente y sufriste una borrachera terminal y sientes miedo. Miedo de ti.

Tomas el metro en la estación de Lexington y la 51. En un rincón del vagón, unas chicas se graban a sí mismas tomando Sprite y conteniendo los eructos. Cuando el tren se detiene en la calle 14, recibes en el celular un mensaje que no esperabas:

«Te amo».

Te bajas en el Village. Se abren las posibilidades y las ansias siguen latiendo y doliendo en los rincones más oscuros de tu interior. ¿Qué estás pensando? ¿Dónde vas a terminar esta noche? ¿Hasta dónde vas a caer?

¿Se puede seguir cayendo, una y otra vez?

Entras al Duplex. Pides un vodka gimlet. Lo bebes en un segundo, sin mirar a nadie y sin que nadie se fije en ti, porque eres un alma invisible.

El Duplex es demasiado ruidoso para tu gusto, pero no hay nada más que hacer. Este es el lugar donde debes pasar la noche. No estás aquí solo para beber litros de vodka gimlet y pasarlo bien. No bajaste hasta el Village a perder el tiempo. Cada minuto del día tiene su sentido y estos minutos están dedicados a lo único que tienes. Tu legado, tu impronta, tu memoria: tu contenido.

Comienza el show y la oscuridad te marea. Tu cerebro se petrifica por un segundo y no duele ni molesta, te quedas en silencio en la penumbra, iluminado por los focos del escenario y la luz que resplandece al atravesar los hielos de tu cuarto vodka gimlet.

—Un aplauso para dejar en este escenario a nuestro último concursante de esta noche. Damas y caballeros, desde Texas dejo sobre este escenario a... ¡Preston Zane!

Preston Zane es un influencer fracasado y lo odias. Crees que su cuento en redes podría ser mucho más interesante si fuera menos egocéntrico y superficial, si aprendiera a hablar de manera correcta, a no tragarse las «r» y a pulir su dicción, y si tuviera una personalidad afín a su paupérrimo contenido. Esa es tu teoría luego de algunas semanas de observación, pero puedes estar cometiendo un error. Puede que Preston Zane sea un talento listo para ser descubierto, una gema en bruto que alguien tiene que darse el trabajo de pulir. Ahora canta un tema de George Michael con demasiado melodrama y poquísimo registro vocal y se lo dedica a un hombre muy guapo que bebe cerveza en una de las mesas más cercanas al escenario.

El hombre sonríe y su acompañante, una mujer morena de aspecto duro y exuberante, no.

Sabes quiénes son.

Conoces sus nombres, apellidos, fechas de nacimiento, domicilios, horarios, signos zodiacales, relaciones familiares y toda clase de datos inservibles, aunque fascinantes.

Sabes, por ejemplo, que Jackeline Martha Bravo Hill tiene una propiedad en el estado de Florida que lleva dos años en litigio.

Sabes, por ejemplo, que Derek Anthony Martino Gemser pasó dos semanas en cuidado intensivo por una intoxicación con gas hace cinco

años.

Son tus criaturas, los detectives que vas a hacer famosos: la mujer morena de pelo negro y frondoso que encabeza la investigación y su fiel compañero, algo más joven, los inevitables personajes secundarios en la historia de tu vida que le darán humanidad a la narración y que escogiste en persona luego de varios meses de un extenuante seguimiento. Del proceso aprendiste a cultivar un talento que siempre te fue esquivo: la paciencia. Esperaste un año completo, hasta el otoño, cuando por fin pudiste cerciorarte de que sería esa mujer, Jackeline Martha Bravo Hill, y no otra, la que, por jurisdicción, terminaría siguiendo tus pasos a lo largo y ancho de la ciudad de Nueva York.

Elegir a los enemigos es un privilegio que muy pocos pueden darse.

* * *

Cuando terminó la canción Martino estaba tan nervioso que ni siquiera pudo aplaudir como le hubiera gustado. Preston le cerró un ojo desde el escenario y volvió a mirarlo tres veces durante la premiación. Miss Lavinia hizo breves entrevistas a los cantantes y luego abrió los micrófonos para las preguntas del público. Ni Jackie ni Martino se atrevieron a hablar.

Preston Zane se llevó el segundo lugar de la competencia de canto del Duplex. Un poco desilusionado, le dijo a Martino que se iría a dormir pronto porque no estaba acostumbrado a perder. Jackie lo felicitó por la canción escogida, era una de sus favoritas desde que estaba en la Academia, y le preguntó si podía llamarlo dentro de los próximos días para saber un poco más sobre Stefania Lenzi. Él accedió de buena gana y la besó en la mejilla, despidiéndose, cansado.

Media hora más tarde, Martino recorrió las dos cuadras que separaban el Duplex del departamento de Preston, en la calle Charles. Lo hizo con la respiración acelerada, como si fuera un muchacho virgen a punto de debutar en el sexo. Era ridículo en alguien de su edad, lo sabía y se avergonzaba, pero no podía evitarlo. Preston lo tomó de la mano y subieron los tres pisos por las escaleras, sin hablar ni soltarse.

Apenas entraron al departamento Martino lo besó para no tener que hablar. Sin interrumpir los besos, cayeron al único sillón de la sala.

Preston quedó sobre Martino con las piernas abiertas sobre su pelvis, jugueteando con su lengua. Ambos estaban excitados, podían notarlo a través de la tela de los pantalones. Preston se detuvo un segundo para darle las gracias por acompañarlo esa noche. Deslizó la mano hacia su entrepierna y agarró su miembro por encima de los calzoncillos. Martino dio un salto y, sin soltarse de Preston, cayó al suelo. Tropezaron juntos en una mezcla de brazos, piernas y labios. Martino se golpeó el codo con la base de una lámpara, pero no dijo nada para no matar el momento. Preston le abrió la camisa y con decisión comenzó a besar su pecho velludo y marcado gracias al riguroso entrenamiento, cinco veces a la semana. El detective se quedó inmóvil por un momento. Cerró los ojos, dejándose llevar, y sujetó la cabeza de Preston mientras él descendía por su vientre.

—No sabía que eras influencer.

El influencer reaccionó y se detuvo, abrumado.

—Soy actor.

—Pero trabajas con marcas en tus redes.

—¿Y qué importa? ¿Cuál es el problema?

—Ninguno. Pero no me lo contaste cuando nos conocimos y tampoco me dijiste que conocías a...

—¿En serio quieres hablar de esto ahora, Derek? —lo interrumpió—. Hay muchas cosas que no te he dicho. Nos estamos recién conociendo.

«Nos estamos recién conociendo», pensó con disimulada tristeza. Para Preston todavía era un juego; para Martino, en cambio, tres meses con la misma persona ya significaban una relación. Quiso tratar de explicarle de manera simple lo que le provocaban sus intentos de bajarle el perfil a lo que habían construido en esas semanas, pero prefirió callarse la boca. Le resultaba más sencillo que justificar lo que estaba empezando a sentir.

Preston le preguntó si quería quedarse a dormir. Martino le dijo que no.

—Mañana madrugo.

Lo besó en la boca. Preston se quedó en el suelo, mirando hacia arriba, y no lo acompañó a la puerta. Martino no le dijo nada, pero adivinó que la historia se acercaba a un final inevitable y por desgracia para él, predecible.

Cuando se quedó solo, Preston estiró la mano para alcanzar su celular y no supo cómo pasó el tiempo. Se quedó mucho rato inmóvil, de espaldas en el suelo, mirando la pantalla. Vio videos de perros, leyó citas de autoayuda, se rio hasta las lágrimas con memes y respondió algunos mensajes de admiradores secretos. No supo cómo pasaron las horas y la excitación que le había regalado el detective Derek Martino seguía ahí, intacta.

Cambió de una aplicación a otra. Entró a MeatMe? La pantalla se puso púrpura, una seguidilla de pequeños tambores le dio la bienvenida. Su foto de perfil, a torso desnudo y sonriendo, ocupó el rincón superior.

Tenía veintidós mensajes de hombres buscando encuentros, solo en Manhattan.

* * *

CruelSpectator:	hola.
HotFitFun:	nudes?
CruelSpectator:	no
HotFitFun:	cómo no?
CruelSpectator:	no tengo
HotFitFun:	sorry, no me interesa
CruelSpectator:	qué buscas?
HotFitFun:	OMG no tengo tiempo para esto

Perra.

Preston Zane es una perra atrevida.

En la pantalla de su celular, ve una foto de un cuerpo masculino sin rostro, un cuerpo musculoso con el abdomen prolijamente marcado y un miembro de quince centímetros. Preston Zane observa, extrañado y se interesa, porque es una perra atrevida que solo piensa en cómo llenar su trasero con penes enormes.

HotFitFun:	hey, te conozco?
CruelSpectator:	no me conoces, pero yo a ti sí. eres famoso.
HotFitFun:	no tanto.
CruelSpectator:	sí, no seas modesto.
HotFitFun:	dónde estás?
	yo en el village
	algo ahora?
CruelSpectator:	ahora?
HotFitFun:	sí, ahora
	eso dije
CruelSpectator:	no podemos vernos mañana?
HotFitFun:	no busco relación
	solo sexo
CruelSpectator:	OK
	está bien
	se entiende
	sé quién eres
	eres Preston Zane
	si quieres ahora, ahora va a ser
HotFitFun:	puedes o no?
CruelSpectator:	ya te dije que sí
	dónde estás?
HotFitFun:	charles st
	¿puedes venir ahora?

Lo que la perra atrevida no sabe es que ya estás ahí, en la esquina de Charles con la Séptima, esperando la señal.

Sigues esperando un tiempo prudente, veinticuatro minutos, antes de cambiar de ubicación. Das una vuelta más a la manzana por la Séptima Avenida. Caminas con toda calma, repasando cada movimiento, cada diálogo, cada detalle de la escena. Caminas por la primorosa calle Charles y te detienes a observar la vitrina de una tienda de decoración. Antes de llegar al departamento miras la punta de tus zapatos y sin saber por qué piensas en el otro lado, en las apacibles calles de tu vecindario, en la puerta de tu casa abriéndose al mundo seguro y limpio de las cosas simples, al calor sempiterno de un hogar firme, irrompible, y en esos seres humanos que habitan ese lado acogedor y que sufrirán lo indecible si te equivocas en

los próximos minutos.

Tocas el timbre del departamento 3F. Bastan algunos segundos y ya puedes escuchar la voz adormilada de Preston Zane.

La puerta retumba con un sonido eléctrico. Entras con la mente en blanco. Decides usar los ejercicios que inventaste para concentrarte en lo que vas a hacer. Pensar en el objetivo. Analizar el entorno. Focalizar lo que quieres y lo que no. Lo que no quieres es casi tan importante como lo que sí quieres.

Subes los tres pisos con saltos de a tres escalones. Llegas cansado, acezando. Buscas el 3F. Miras a tu alrededor. Se escucha música suave desde algún rincón, bossa-nova. Paseas la mirada por el pasillo hasta la última puerta, la única abierta, la F. La música viene del interior. Antes de que puedas abrirla, la puerta se mueve y emerge Preston Zane en boxers ajustados y una camiseta negra, sin mangas. Algunos pelos rubios se escapan por la abertura que se hace entre la pretina de sus boxers y el borde de la camiseta. Sus bíceps se tensan mientras sujeta la puerta y en un segundo crees que no vas a ser capaz de aguantar tanta rabia y deseo.

Duele desear tanto.

Al verte sus ojos se abren, como pasando de la somnolencia a un estado de alerta.

No le gustas.

«*¿Qué edad tienes*?», *te pregunta Preston Zane, pero no lo escuchas porque le das la espalda y avanzas entrando al departamento sin vergüenza ni miedo al ridículo ni pensar en las consecuencias.*

Tal como estaba planeado desde la primera versión de la idea, te sigue al interior del departamento. Está furiosa como perra.

«*Tengo treinta y siete*», *le contestas con absoluta seriedad, pero él parece no creerte y estás obligado a repetírselo.*

«*En serio, Preston, tengo treinta y siete*».

«*Ni siquiera eres el de las fotos*», *te acusa él, y tú como si nada, como si le hablara a otra persona.*

«*Prefiero que te vayas*», *te pide y vuelves a ignorarlo porque a esas alturas estás más preocupado de la decoración de su departamento que en su voz. Hay un pequeño afiche de un montaje regional de* Hairspray, *donde a pesar de su juventud Preston Zane interpretó a Corny Collins.*

«*No me hagas llamar a la policía, por favor*», *te exige.*

Agachas la cabeza. Viene tu momento. Te haces la víctima. Le dices que no tenga miedo, que no vas a hacerle daño. No eres un psicópata ni un asesino en serie, al contrario, esperabas este encuentro con mucha ilusión. Le pides que no te eche a la calle, que al menos te permita satisfacer sus deseos, no importa cuáles o cuán exóticos. Como Preston Zane es una perra atrevida y vanidosa que siempre piensa en una misma cosa, basta una breve negociación sexual para convencerlo de que, en el fondo, siga tus instrucciones. Antes de tomar la decisión final, respira hondo, con fastidio, y te pide que le muestres tu miembro. No sabes qué decir. Te parece insólito, pero no es el momento para mostrar tus pudores.

Abres el cierre, bajas los pantalones y obedeces sin mirarlo ni pensar en las veces que imaginaste este momento. Preston Zane contempla tus genitales con distancia y mueve la cabeza como si se riera de sí mismo y sus obsesiones. Se acerca un poco para tocarte. Sus manos amasan tu miembro hasta dejarlo duro, como hace mucho no lo sentías, pero luego pierde el interés y se gira sin mirarte ni darte ninguna idea acerca de sus necesidades. No sabes qué hacer, esto no es lo que pensabas.

«*¿Qué estás esperando », te pregunta, expectante, y en ese momento descubres en el brillo de sus ojos que tendrás que adelantar la planificación porque ya no hay vuelta atrás*.

No hay nadie que pueda salvarte.

Tus manos suben por su espalda, rodean un pequeño tatuaje del hombro, un ojo, y se detienen en su cuello. Su piel limpia y llena de colágeno vital te conmueve. Es un placer rodear ese cuello y ejercer una mínima presión, algo suave que lo asuste un poco, no demasiado, apenas lo suficiente para darle la bienvenida a la última noche de su vida.

9

Cuando Adam abrió los ojos, dos minutos antes de que sonara la alarma en su celular, Jackie ya llevaba una hora despierta. Había preparado el café, tenía a los niños levantados y estaba lista para salir. Al encontrarla de pie en la cocina, revolviendo de manera robótica unos huevos para el desayuno, Adam le preguntó a qué hora había llegado la noche anterior y cuándo pensaba pedirle al jefe Sarrazin unos días libres para compartir con su familia. Jackie respiró hondo, pensó en cosas agradables que endulzaran un poco los horribles pensamientos que en ese instante cruzaban por su cabeza y con paciencia le explicó todo sobre el crimen de la influencer italiana. Su marido era un fanático de las historias criminales y los detalles del homicidio por un momento parecieron hacerle olvidar el propósito de la conversación, es decir, llegar a un acuerdo, establecer fechas y tiempos en los que ella debía estar presente para sus hijos. No quería peleas domésticas, menos a esa hora, por eso prefirió distraerlo con detalles reveladores del asesinato. Le dedicó especial atención al arma homicida, el robot de acrílico llamado Gem-Peel, y fue particularmente descriptiva en las quemaduras del rostro de Stefania Lenzi, pero nada sirvió para que cambiara de tema. Adam insistió preguntando por sus horarios de trabajo y la acusó de ser incapaz de delegar tareas.

—Algún día vas a tener que aprender a trabajar en equipo —le advirtió con un tono de padre todopoderoso que la sacó de sus casillas —. Por tus hijos, tienes que aprender a delegar.

—¿Por qué me dices eso? —le preguntó ella en voz baja.

—Cuando nos casamos sabía que también me estaba casando con tu trabajo, pero no lo puedo evitar —le confesó Adam con voz tibia y cariñosa—. Te necesito, Jackie Bravo. Ahora y siempre.

—¿Tú me necesitas? —le preguntó ella, confundida y atenta a la hora porque no podía atrasarse—. ¿Tú me necesitas *a mí*? Pensé que todo esto era por los niños.

—¡Es por mí, por ti, por los niños, por todo! Por culpa del maldito

precinto 9 ya casi no tenemos vida en familia, pero además, entre nosotros... —Adam vaciló unos segundos, consternado, tragándose la vergüenza, y luego se apresuró en liberar una verdad que, a la luz de los hechos, Jackie sospechaba que tenía atravesada desde hace tiempo —. Entre nosotros tampoco pasa nada.

Quizá tenía razón en quejarse. Porque a pesar de la voz suave, la preocupación genuina y los nobles deseos de comunicarse y expresar lo que sentía, lo suyo era un reclamo. Una queja de la que Jackie estaba obligada a hacerse cargo si quería mantener el estado de las cosas. Y sí, eso era justo lo que anhelaba con desesperación, que nada cambiara, que en su matrimonio todo siguiera más o menos igual, sin sobresaltos ni grandes novedades ni vueltas de tuerca ni revelaciones importantes. Odiaba las sorpresas.

—Dime algo— le rogó.

En silencio Jackie apagó el fuego de la cocina y sirvió los huevos en los platos pensando en la última vez que habían tenido relaciones sexuales, una noche en la que volvían del cumpleaños de un compañero de oficina de Adam. Los dos estaban algo borrachos. Al meterse a la cama, Jackie sintió las piernas velludas de Adam tocando las suyas y eso fue lo que la encendió, recuerda, el tacto.

De ese encuentro habían pasado ocho meses, aunque la imagen de los dos desnudos en la cama, haciendo el amor sin mirarse, parecía muchísimo más lejana y ajena en su recuerdo, como el extracto de un antiguo video casero.

—No es el momento para hablar de estas cosas —le dijo.

Adam se quedó mirándola con resignación, esperando oír lo que estaba pensando o necesitando, consciente de que ella estaba, como siempre, en lo correcto: no era el momento. Unos segundos después, la conversación fue interrumpida por la aparición sucesiva de Laura, Ricky y Tony, en ese orden, los tres con distintos ánimos. Ninguno quiso probar los huevos que Jackie había preparado.

Desayunaron con prisa, sin hablar entre ellos. Tony pidió permiso para ir a acampar con unos amigos; Ricky quería dinero para un trabajo de la escuela; Laura necesitaba otro celular. Sin negarse a ninguna de las solicitudes, luego de intercambiar una mirada administrativa con Adam y de encontrar su termo de café, Jackie se

despidió. Estaba saliendo cuando llegó el primer mensaje.

> 27 Charles St
> 3-F

La sargento miró la pantalla del celular mientras caminaba hacia su auto. Ni en el rincón más recóndito de su imaginación ni en el peor de sus arranques de desconfianza policial pasó por su cabeza que ese mensaje sería el primero de un largo intercambio de textos, videos y llamadas que tendría con el remitente durante los próximos días de su vida.

* * *

Hasta que llegó al Village no volvió a mirar el mensaje. Durante el viaje a Manhattan pensó en varias estrategias. No era inusual para algunos de sus compañeros recibir información de manera anónima. Era una práctica más o menos común. A Jackie nunca le había pasado, menos en un caso de tanta visibilidad, como le gustaba repetir a Sarrazin, como ya se adivinaba que sería el crimen de Stefania. Víctima famosa, extranjera y atractiva, pensó, enumerando las dificultades que se presentaban. Pocos amigos, tres millones de conocidos y una vida privada imposible de distinguir de la pública. Además de vivir para sus redes sociales y ganar muchísimo dinero con eso, Stefania había sido torturada y asesinada por un conocido, lo que de inmediato convertía el caso en una mina de oro para la prensa. No tardarían en llegar los buitres de siempre, los buenos, los regulares y los perversos, todos dispuestos a hurgar en los detalles más extremos y escabrosos, que los había de sobra, o para aterrar a los ciudadanos impresionables con intrincadas teorías que, en definitiva, en nada ayudarían a la investigación, y así vender más ejemplares, conseguir más seguidores o sumar nuevos auspiciadores para grabar más podcasts. Otra víctima, el mismo circo con los mismos payasos y un maestro de ceremonias, el asesino, que ya comenzaba a mostrar sus

garras.

Mandó a analizar el número telefónico que había enviado el mensaje y, como suponía, correspondía a una línea de prepago. Cuando llegó a la calle Charles, su entusiasmo había decaído. Tal vez el mensaje anónimo no significaba nada. Podía tratarse de algún ocioso buscando atención, otro fanático del *true-crime* que intentaba hacerse útil en una investigación en curso.

Jackie analizó la fachada del edificio que se levantaba en el número 27 y no hubo nada que llamara su atención. Era una construcción neoclásica típica del barrio, seguro la propiedad había sido reconstruida en la década de los noventa y sus pisos divididos para albergar más departamentos que en la actualidad se alquilaban a precios estratosféricos. En el tablero de la entrada se fijó en que no había identificación de los residentes. Tocó el número 3-F. Nadie le respondió. Tocó otra vez, impaciente. No hubo respuesta. Una señora rubia avanzó desde el interior con un chihuahua entre los brazos y se quedó mirándola con preocupación.

—¿Y usted, dónde va y a quién busca? —le preguntó, severa.

Jackie abrió su chaqueta y le enseñó la placa de identificación. Sujetó la puerta de acceso y avanzó con seguridad hacia el interior del edificio. Subió los tres pisos analizando su entorno. Mientras subía escuchó que la señora del chihuahua seguía vociferando preguntas desde la entrada.

—¿A qué piso va? ¿Qué está pasando? ¿De qué precinto viene?

Llegó al tercer piso. Buscó los números enchapados en cada puerta hasta que encontró el 3-F. El timbre estaba roto. Golpeó con fuerza. La puerta se movió con un leve crujido. Jackie se asomó hacia el interior del departamento con una amarga sensación alojada en la base de la garganta.

—Policía de Nueva York. ¿Hay alguien?

Un aroma penetrante y nauseabundo le abofeteó la cara. Tuvo que parar para cubrirse la nariz y preguntarse qué era y de dónde provenía. Miró a su alrededor. No pudo ver casi nada. El departamento estaba por completo a oscuras, las persianas de las dos ventanas de la sala estaban cerradas. Tocó las paredes a tientas esperando encontrar algún interruptor de la luz. No había ninguno. De pronto, sintió que

algo crujía bajo sus pies.

Vidrio.

Movió la cabeza y buscó el celular en el bolsillo de los pantalones. El olor se hizo más intenso. Activó la linterna y apuntando al suelo fue recorriendo con calma cada rincón de la sala. Primero vio los pedazos de lo que parecía un objeto de cristal verde. Luego siguió apuntando el suelo con el celular y vio la sangre, un reguero que comenzaba en la sala y continuaba en un pasillo. Jackie iluminó el rastro rojo caminando despacio, tratando de no hacer ruido. A medida que avanzaba, el hedor se hizo cada vez más insoportable. Antes de llegar al final del pasillo se vio otra vez forzada a detener sus pasos. No pudo seguir. Una arcada le pateó el estómago y ascendió con violencia hacia su garganta. Sintió el gusto ácido del vómito mezclándose con su saliva, agachó la cabeza y la rodeó con las manos. Así se quedó por un momento, oculta en la oscuridad, controlando su respiración y borrando el sabor agrio de la boca. El malestar fue cesando de a poco. Llenó sus pulmones al máximo de su capacidad y se cubrió nariz y boca con la manga de la chaqueta. Enfiló hacia el cuarto principal, que también se encontraba a oscuras.

Al asomarse al dormitorio vio algo que la congeló. Una sombra se cernía sobre la habitación, inmóvil. En la penumbra parecía un pájaro grande con las alas abiertas, en posición de ataque. Al acercarse un poco más comprobó que el olor venía de ahí, del pico de esa criatura voladora que ocupaba todo el espacio sobre la cama, como si se tratara de un nido. Dio un paso y recién entonces se dio cuenta de que la figura alada no era un pájaro, sino un ser humano.

Acercó el celular al amasijo de carne que sobrevolaba la habitación, pendiendo en el aire, y lo iluminó para comprobar su error. Se había equivocado: no era un pájaro, era Preston Zane desnudo y suspendido en el aire por cuatro cuerdas amarradas a sus pies y sus manos y enganchadas en el techo. Los ojos parecían reventados de adentro hacia afuera, a punto de estallar en sus cuencas. Se fijó, además, que de la boca se asomaba una pasta blanquecina que chorreaba por su pecho para formar un pequeño charco sobre la cama.

Jackie se quedó quieta por algunos segundos que le parecieron una eternidad. No podía moverse o sus ganas de vomitar serían más

potentes que la capacidad de controlarlas. De pronto, una de las amarras cedió del techo de la habitación, soltándose de la pared. El cuerpo fibroso cayó hacia adelante. La cabeza de Preston se deslizó sobre la cama y quedó colgando; sus otras tres extremidades conectadas al techo. De su boca emergió un gemido gutural y saltó un chorro de la misma materia viscosa de color blanco, un vómito sostenido y abundante que en pocos segundos ocupó casi toda la superficie de la cama.

Por el olor y los antecedentes que manejaba, Jackie Bravo adivinó lo que era.

* * *

«Nunca volverás a ver el queso azul de la misma manera», rezaba el slogan de la marca Nomads® para su campaña en redes sociales. Mientras esperaba a que llegaran los equipos de trabajo, Jackie descubrió que se trataba de una pequeña empresa ecológica y sustentable dedicada a producir variedades de queso en base a plantas. A un año de su lanzamiento oficial, Nomads® ya contaba con cuatro variedades (cheddar, mozzarella, feta y azul) y, según fuentes no identificadas, había logrado un posicionamiento sorprendente en el competitivo mercado del veganismo. Buscó más información sobre la marca, como quiénes eran los dueños y/o inversionistas y dónde se encontraba la fábrica, cuando empezaron a llegar los demás. Colvin y Solar fueron los primeros, doce minutos después de su llamada de emergencia a la central. Unos segundos más tarde apareció la ambulancia. Jackie se asomó desde la ventana del tercer piso y les gritó a los paramédicos.

—Estaba amarrado de pies y manos, yo lo solté, se estaba ahogando —les advirtió con tranquilidad—. No le vi cortes ni heridas visibles. Sigue respirando.

Los paramédicos se acercaron a Preston y con cuidado lo giraron sobre la cama. El olor los hizo estremecerse de asco. El cuerpo estaba resbaladizo, embadurnado con la sustancia blanca.

—Es queso —informó la sargento, indicando la pasta viscosa que cubría la cama—. Lo rellenaron de queso azul.

Nomads® Blue, la variedad de queso azul que Preston Zane había

promocionado hacía poco gracias al contacto de Stefania Lenzi, era el arma homicida escogida por el asesino. Colvin, Solar y los peritos forenses sujetaron sus mascarillas, se ajustaron los guantes de látex y las fundas de calzado para preservar la evidencia, y recorrieron con cuidado cada centímetro de la habitación. Jackie se quedó absorta en sus pensamientos, como si quisiera darles tiempo a sus colegas para que comprobaran con sus propios ojos el horror desatado. Enfrentarse a su macabra creación era la única forma que tenían para entender la mente del asesino. Colvin sufrió náuseas al ver el cuerpo sobre la cama. Solar colaboró con los paramédicos para sacar a la víctima con sigilo, sin que los vecinos alcanzaran a verla. Recién cuando corroboró que la mayoría de sus detectives ya se había recuperado del shock inicial, Jackie intervino.

—Tenemos semejanzas evidentes entre las víctima uno y dos —precisó con un tono informativo, nada que pudiera prestarse para la emoción—. Stefania y Preston tenían el mismo oficio y además los representa la misma agencia, Solace Talent Management.

—Disculpe, jefa, pero estuve investigando y no es así —la corrigió Solar—, Preston Zane no tiene representante. Él trabajó un tiempo en la agencia, pero como influencer se maneja solo.

—Gracias por la aclaración —asintió Jackie con la cabeza—. Esperemos que el señor Zane se recupere pronto y pueda ayudarnos con la identificación de su agresor. ¿Tenemos videos?

—Sí, tenemos dos —le informó Colvin—. De la entrada del edificio y un pasillo. Informática los está analizando.

Jackie salió al pasillo y observó la cámara de seguridad que estaba ubicada al final. Los vecinos del tercer piso estaban desesperados por el mal olor y se negaban a volver a sus departamentos hasta que alguien respondiera sus preguntas. La sargento Bravo los miró con la respiración entrecortada. Necesitaba aire. La señora del chihuahua que había visto antes en la entrada la interceptó.

—¿Cómo está Preston? —preguntó, acelerada—. ¿Ya se sabe qué le hicieron?

—No, señora —la detuvo Jackie—. Todo eso es materia de investigación.

—Claro, por supuesto, la justicia tiene que actuar, pero yo sabía...

Tarde o temprano, esto iba a pasar —sentenció la mujer, acariciando la pequeña cabeza del chihuahua—. Era cosa de tiempo.

Colvin y Solar se asomaron desde el apartamento 3-F y observaron a la vecina.

—¿Cuál es su nombre, señora?

—Mi nombre es Celia Davenport, del 3-D —indicó la puerta de su departamento, separado del 3-F por el estrecho pasillo, y le mostró el chihuahua—. Y esta es Rose.

Rose ladró con desesperación. Jackie compadeció al animal con una ligera sonrisa.

—Si digo que era cosa de tiempo es porque conozco bien a Preston, él es bastante especial —continuó la señora Davenport—. Muchos amigos, si me entiende lo que digo.

—¿Amigos?

—Amigos íntimos —se acercó, alterada—. Se juntan a drogarse y tienen relaciones sexuales. ¿Está familiarizada con el concepto de *chemsex*?

La mujer permaneció inmóvil frente a Jackie, estoica y como si esperara una mueca de espanto ante la revelación que acababa de compartir.

—Yo lo aprendí en las noticias de las nueve, el otro día, en un reportaje completo —confesó, nerviosa, sujetando un pañuelo contra su boca—. Preston no se cuida. Bebe, se droga y le abre la puerta a cualquiera. No quiero ni imaginar lo que van a encontrar en ese departamento. ¡Dios mío, ese olor me va a matar!

Con extremo sigilo, Jackie escapó del monólogo de Celia Davenport. No podía sacarse de la cabeza la figura del pájaro sobrevolando la cama de Preston. Tampoco podía quitar aquel penetrante hedor de los pulmones y las fosas nasales. Los deseos de vomitar tampoco se le habían pasado. Un trago de agua mineral la calmó un poco. Colvin bajó a preguntar si necesitaba algo y se ofreció para lo que quisiera. Jackie lo miró con distancia, recordando las palabras de Adam sobre su incapacidad para delegar, y en lugar de calmarse con sus pensamientos, sintió rabia.

—¿Alguien ha visto a Martino? —preguntó.

Nadie le respondió. Colvin y Solar se miraron con preocupación.

Jackie salió a la calle y bebió un poco de agua mientras se preguntaba cómo iba a contarle a Martino lo que había ocurrido. Sin saber qué decirle, marcó su número de teléfono. No quería ensayar, tenía que ser directa, sin rodeos. Sabía que después de un tiempo, cuando pasaran el trauma y el luto, él le agradecería la intención.

Martino no respondió a su llamada. El celular sonaba apagado. O fuera del área de cobertura. Se quedó de pie bajo el sol matinal del Village con la botella de agua en una mano y el celular en la otra. Entonces empezaron la duda y las interrogantes, todas bastante lógicas, sobre lo que había sucedido después de su partida del Duplex. Antes de seguir haciéndose preguntas que jamás podría contestar sola, volvió a llamar a Martino. De nuevo, apagado. Se metió al WhatsApp y redactó un mensaje rápido.

> Dónde estás?
> Llámame, es urgente

Jackie le pidió al detective Colvin que siguiera tratando de localizarlo.

Mientras la policía interrumpía el tránsito de vehículos por la calle Charles, por fin los paramédicos lograron bajar a Preston y meterlo en la ambulancia. Por más cuidado que pusieron los policías, unos reporteros grabaron el operativo desde la azotea de un edificio cercano. Recién cuando la ambulancia partió los peritos forenses pudieron trabajar con libertad en el interior del departamento. Jackie se reunió con su equipo en la vereda de enfrente.

—Otra víctima influencer y de nuevo el arma homicida es un producto que estaba promocionando en sus redes sociales —explicó—. Primero el robot de peeling Gem-Peel de la marca ThisIsMySkin™, ahora el queso azul Nomads® Blue. Podemos confirmar que hay una selección previa de las víctimas y una premeditación en el modus operandi. El asesino investiga, busca, elige, descarta y luego actúa.

—Es cierto que hay muchas semejanzas —la interrumpió con cautela Colvin, manipulando el teclado de una computadora portátil—. Pero también existe una tremenda diferencia. El elemento ritualístico, jefa.

Colvin enseñó una foto tomada hace algunos minutos. En ella se veía el cuerpo de Preston tal como lo había encontrado Jackie, con las cuatro extremidades colgando de la pared.

—La escena del crimen de Stefania también parecía un ritual —le recordó Jackie.

—No es lo mismo, jefa. A Stefania no la entregó, la encontró la testigo Alicia Rivera —le dijo Colvin con convicción—. A Preston Zane, en cambio, lo preparó para mostrarlo, lo «produjo» estéticamente para usted.

—No me extraña para nada su comportamiento —reaccionó la sargento, alterada—. Está aplicando todo lo que ha aprendido y perfeccionando una técnica. Pero no se trata de cómo los mata o de cómo lo intenta, en el caso de la segunda víctima... En ambos casos está, además, la tortura física como antesala del asesinato.

—Le gusta precalentar —musitó Colvin.

Todos los detectives reaccionaron al comentario. Colvin abrió los ojos y movió la cabeza, arrepentido.

—Lo siento, sargento.

—Tienes razón. La tortura lo excita, es parte del ritual.

—Ese rasgo es fundamental a la hora de elaborar el perfil —agregó Jackie—. Tanto Stefania como Preston fueron sometidos a torturas con los productos que ellos mismos vendían. Por algún motivo, el asesino los está castigando.

Las palabras de la sargento resonaron entre los miembros del equipo a cargo de la investigación. Los detectives se miraron de reojo, sin atreverse a elucubrar.

—¿Por venganza? —preguntó Solar, intrigada.

—Venganza. Justicia social. Desprecio a la tecnología —Jackie enumeró las posibilidades que se le ocurrían, aunque nada de eso le parecía importante—. Ya se encargará de contarnos lo que le molesta. Ahora lo fundamental de este nuevo ataque es el ritual. La entrega del cuerpo en esas condiciones indica una característica clave en la persona que estamos buscando: la rendición al ego. Este es un ser humano entregado por completo a su mente criminal. No la combate ni trata de contenerla, al revés, la abraza como si fuera un talento. Es bastante probable que Stefania Lenzi no sea su primera víctima, que

haya tenido más de un brote criminal anterior, durante su adolescencia, tal vez. Puede que hasta haya pasado por alguna institución.

—La comparación de muestras de ADN de los dos sitios del suceso va a ser decisiva para encontrarlo —se adelantó Colvin.

En su cabeza, Jackie repasó la cronología de ambos casos. Al elaborar el resumen mental se quedó helada. Por un segundo se enfrentó a lo que más temía. No sabía quién había matado a Stefania Lenzi y atacado a Preston Zane, pero había un par de verdades de las que estaba convencida.

Primero, el asesino estaba recién comenzando. Y segundo, cada nuevo asesinato sería más violento que el anterior.

El celular vibró en el bolsillo de su pantalón. Era Martino.

—¿Dónde estás?

—En la esquina. Me dieron la dirección. ¿Qué pasó en la calle Charles?

—Ven aquí ahora.

—Preston vive por aquí, ¿sabías?

—Martino, te voy a colgar. Hablamos ahora.

—Jackie, ¿quién es la víctima?

Jackie colgó la llamada y esperó con paciencia hasta que vio a Martino caminando por la calle, acelerado y nervioso.

—¿Quién es la víctima? —repitió, temblando.

—Es Preston. Lo lamento.

Al oír la voz de la sargento, Martino no reaccionó. Sus palabras se extinguieron en la calle Charles y no alcanzó a oírlas.

—Es él, Martino... Es Preston. Anoche lo atacaron en su departamento.

El detective arrugó la frente como si le doliera y de manera inconsciente avanzó a grandes trancos hacia el edificio en el número 27. Colvin estiró una mano para detenerlo, alcanzó a agarrarlo por el hombro. Martino lo empujó con fuerza.

—¡Suéltame!

—¡Martino, para!

—¡Quiero verlo!

Jackie se aferró a su cuello y le dijo al oído:

—Ya se lo llevaron. Preston no está aquí.

Martino la miró, quebrado, a punto de estallar en un ataque de llanto.

—¿Qué le hicieron? ¿Lo viste?

—Sí, yo lo encontré. Alguien trató de matarlo, ahora está en el hospital —le explicó, calmada—. Es el mismo hijo de puta... Es el mismo que mató a Stefania Lenzi.

—¿Dónde se lo llevaron?

—Cerca, al Chelsea. Ahora explícame, ¿dónde te habías metido?

—Me quedé dormido.

Jackie se acercó y le tomó la cara con las manos.

—Primera vez en los años que llevamos juntos que llegas tarde. ¿Qué te pasó?

Martino se liberó de Jackie y se alejó un poco de ella, moviendo la cabeza. Trató de llorar, pero no lo consiguió.

—¡Esto no puede estar pasando! Anoche lo dejé aquí mismo, en su departamento —se lamentó moviendo las manos e indicando la ventana de la tercera planta—. Te juro que lo dejé aquí.

—¿A qué hora te fuiste?

—No estoy seguro, no me acuerdo.

—Vas a tener que recordar. Necesito que me cuentes todo lo que pasó anoche desde que me fui del Duplex.

* * *

Según los primeros resultados de informática, ese día el usuario de MeatMe? llamado CruelSpectator ingresó por primera vez a la aplicación a las 19.07 horas. Durante treinta y cinco minutos deambuló por los perfiles recomendados según el algoritmo, pero ninguno pareció llamar su atención. Les escribió a dos usuarios que no estuvieron interesados en un posible encuentro antes de llegar al perfil del actor, dramaturgo, modelo e influencer Preston Zane, HotFitFun, con quien ya tenía un historial de breves conversaciones, desde hacía un año y medio.

En una primera ocasión, CruelSpectator había alabado una foto navideña donde Preston aparecía semidesnudo, vestido apenas con un minúsculo slip de camuflaje y un gorro de Santa Claus. El influencer

había respondido con un emoji de agradecimiento, dos manos juntas en gesto de plegaria. CruelSpectator le había preguntado de qué marca era su ropa interior, pero HotFitFun no respondió.

En una segunda oportunidad, CruelSpectator le había preguntado por su tarifa como modelo. Necesitaba producir unas fotos de verano y quería saber cuánto le cobraría por posar con distintos modelos de trajes de baño. La respuesta había llegado cuarenta y ocho horas después, a través de una brevísima interacción, el número telefónico y correo electrónico compartidos de una tal Sandra Johnson, una amiga que lo ayudaba con los contratos. No hubo más interacciones entre la víctima y CruelSpectator hasta la noche del ataque. Para los tres encuentros la geolocalización de CruelSpectator era Sant Cugat, una pequeña localidad cercana a Barcelona, en España, lo que confirmaba la utilización de un mecanismo VPN para disimular su dirección IP.

> **Nombre:** CruelSpectator.
> **Edad:** 35
> **Lugar:** El mundo.
> **Rol:** Activo versátil.
> **Me gusta:** Oral. Anal. Grupo. Fetiche. Químicos. S&M.
> **No me gusta:** Mentirosos. Delgados. Femeninos.
> **Sobre mí:** Masculinos. No pic no sex. No fat. No fems.

Los detectives a cargo de la investigación observaron en la pantalla el perfil de CruelSpectator, que incluía tres fotos que resultaron falsas. Dos de ellas habían sido descargadas de un perfil de Facebook, la tercera era el recorte bastante burdo de una foto publicitaria. No había fotos privadas relacionadas a la cuenta.

Desde su sitio en la sala de reuniones del precinto 9, Derek Martino leyó con atención las características del perfil. Lo hizo en silencio y con distancia profesional, indispensable para seguir adelante. No pensó en nada, por fin lo había logrado: tenía la mente casi por completo en blanco. Es posible que fuera el único beneficio de su inesperado luto, si es que podía llamarle así al perpetuo estado de angustia que unas horas después de la horrorosa revelación aún no

podía explicar; todo lo que no tenía directa relación con el ataque a Preston le parecía insignificante.

Con discreción, Jackie vigiló de cerca su comportamiento. El detective podía sentir el peso de la mirada de su jefa mientras recorría los gustos sexuales de CruelSpectator proyectados a ciento veinte pulgadas en alta definición en una de las albas paredes de la sala. Pensó que había cosas peores, que su soledad no era tan espantosa como a veces fantaseaba, pero luego se concentró en la cronología de la noche anterior y no pudo evitar sentir una oleada de desilusión que lo abrazaba a la fuerza.

—O sea Preston entró a MeatMe? después de que yo me fui del departamento —concluyó, defraudado, visualizando una hora, las dos diecisiete de la mañana.

—Así parece. Encontró a CruelSpectator y lo invitó —Jackie se sentó junto a él, buscando su mirada y restándole dramatismo, como si hablaran de un testigo más en un caso cualquiera y no del hombre que hasta hacía unas horas visualizaba como proyecto de novio.

—Lo más probable es que antes de eso hubiera estado en el Duplex —aseguró Martino con la voz quebrada—. Vigilando.

Jackie reaccionó de inmediato y lo fulminó con la mirada.

—Era una noche especial para Preston —Martino insistió, levantando la voz para darle importancia a sus palabras—. Te apuesto que estaba ahí, con nosotros.

Los demás observaron a la sargento Bravo con estupefacción, esperando su respuesta a la salida de protocolo por parte de Martino. Pero Jackie apenas levantó los ojos, para luego pasear su mirada entre los detectives. Los hombres y las mujeres del equipo de investigación, ocho personas en total, se quedaron mudos, incluyendo a Martino. Los ojos vivaces de la jefa se detuvieron de repente en P.J. Solar, la última novata. Había entrado hacía dos semanas y su disposición le parecía extraordinaria.

—P.J., necesito una lista de todas las personas que entraron anoche al bar Duplex de la calle Christopher, además de los videos de las cámaras de seguridad —le pidió con un tono imperativo que no tenía nada de déspota, al contrario, denotaba un compromiso serio—. Es urgente.

—Claro, sargento. Cuente con eso.

—Elige a dos compañeros. Quiero que lideres la revisión de todos los videos: el Duplex, el departamento de Preston y todas las calles aledañas. Tenemos que ponerle una cara a este desgraciado.

La novata abrió los ojos, conmovida por la responsabilidad asignada, pero contuvo su impresión. De inmediato les hizo un gesto a Colvin y Hayward, y los tres se alejaron del resto del equipo, apurados, hacia la máquina de café. Jackie aprovechó que los detectives se repartían por la oficina y acorraló a Martino:

—¿Por qué anoche te fuiste del departamento? —le preguntó—. ¿Por qué no te quedaste con Preston?

—Quería dormir en mi cama.

Jackie abrió su libreta de apuntes y respiró hondo.

—Dos diecisiete. Dices que saliste a las dos diecisiete de la madrugada —confirmó, sin mirarlo—. Trata de recordar, es muy importante. Sarrazin va a querer sacarte del caso.

—Sarrazin no tiene por qué enterarse de que yo...

—Ya lo sabe todo el mundo y da lo mismo.

—No voy a dejar el caso. Ahora menos que nunca.

—No depende de ti. Fuiste el último que vio a Preston antes del ataque, eres un testigo.

—Ya te dije todo lo que pasó.

—Y vamos a volver muchas veces más a lo mismo, si es necesario. Trata de recordar. Cuando saliste a la calle, ¿viste algo o a alguien que te llamara la atención? ¿Alguna persona o un vehículo?

Martino respiró profundo y se perdió con tranquilidad en los ojos de la sargento. Se sintió seguro, en terreno conocido, tratando de recordar junto a ella las imágenes inconexas de la noche anterior: su descenso a la carrera por las escaleras del tercer piso; la frustración de no haber concretado nada sexual con Preston, a quien deseaba de una manera obsesiva; la flojera del viaje en metro desde el Village hasta su apartamento, en Brooklyn; el deseo urgente de meterse en la cama y quedarse dormido en los brazos de alguien, no importaba quién. Al salir vio la calle Charles desolada, a lo lejos se escuchaba música tropical, seguro que provenía del único bar cercano y abierto a esa hora, el Nowhere, al otro lado de la Séptima Avenida. De pronto vio

un bulto en la oscuridad disimulado entre un basurero y una camioneta estacionada. Era algo que no había visto antes.

Martino cerró los ojos, Jackie no lo interrumpió.

—Estaba ahí.

—¿Dónde?

—En la acera de enfrente. El basurero.

Aguantó la respiración e intentó indagar aún más en su memoria. Quería agrandar la imagen mental, alcanzar el detalle, insignificante para el ojo común, de la figura oscura agazapada. Jackie se quedó quieta junto a él. Martino le tomó las manos y no le importó que estuvieran presentes los otros detectives. Le dieron lo mismo las miradas de dos novatos que bebían café repasando los detalles del ataque a Preston. No le preocuparon los comentarios malintencionados del año pasado que insistían en criticar la peculiar relación que existía entre la sargento y su detective. Algunos decían que la amistad tenía rasgos de dependencia sexual y que Derek Martino era quien tomaba las decisiones en el departamento de homicidios del precinto 9. Pero a esas alturas nada le molestaba al detective, solo lo que le habían hecho a Preston.

Colvin interrumpió el momento sin pedir permiso. Venía con dos noticias. Los padres de Lili estaban en la recepción y les urgía hablar con la sargento. Además, habían llamado del hospital de Chelsea. Preston Zane estaba en coma.

10

Amaneces pésimo.

Peor que ayer.

Lo único que te salva de matarte es el recuerdo de Stef.

Tienen razón los que dicen que estás deprimido. Siempre te pasa lo mismo después de una noche especial. Gastas demasiada energía en lo único que te gusta de verdad, te dejas llevar por las ansias que te nublan la sensatez, disfrutas un segundo de placer genuino y después te quedas vacío, sin nada.

¿De qué sirvió? ¿Por qué sigues repitiendo los mismos errores, una y otra vez, con la secreta esperanza de que algún día todo cambie?

En el otro lado, la niña menor dijo que te extrañaba, que quería pasar más tiempo contigo, y aunque le dijiste que la querías y que también la extrañas cuando te vas al trabajo, en el fondo no te importó. Te dio lo mismo porque de nuevo estabas pensando en Stef y su cuerpo muerto y desnudo. Tienes problemas más urgentes y profundos y no están en el otro lado, eso es lo único claro. Nunca vas a poder olvidarla.

La esposa lloró toda la noche, acurrucada en la cama de espaldas a ti. Aunque hiciste todo lo posible por ignorarla, te despertó dos veces con el llanto. Sabes por qué llora y, al igual que la tristeza de la niña menor, las lágrimas de esa mujer tampoco te importan. No quisiste preguntarle nada porque no querías entablar una conversación aburrida sobre sus necesidades de esposa y esa clase de tonterías que le ha dado por comentar en el último tiempo. Tampoco le preguntaste si se sentía bien porque estaba claro que no. Temiste que lo tomara como una burla o una ironía. Ojalá hubiera menos mujeres como la esposa y más como Stef.

En la oficina, el jefe te humilló en público y te dieron ganas de matarlo y renunciar a la empresa, quién sabe en qué orden, aunque estás seguro de que no vas a hacerlo. No te atreverías, te conoces bien. Puedes gruñir, reclamar y amenazar con las penas del infierno, incluso puedes llegar a concretar algunas de esas amenazas si nadie te está mirando, pero no, no te hagas el héroe bravucón, no te atreves a mandarlo todo a la mierda porque no tienes el carácter necesario. No podrías iniciar la travesía de

buscar trabajo, menos a tu edad, y por eso prefieres permanecer invisible a los ojos del resto en este infierno corporativo, que por fortuna ya conoces, y aguantar los gritos destemplados del jefe, viejo de mierda, cuando te recuerda que te pidió un documento para ayer y lo miras tratando de disimular tu asombro porque es la primera noticia que tienes al respecto. (Es cierto que hace dos días te pidió el adendum *de un contrato de alquiler para una propiedad de lujo en Long Island y le dijiste que sí, que no había problema, que lo tendrías listo en un par de horas, pero lo olvidaste casi de inmediato, como casi todo lo relativo a la oficina. Estabas pensando en Stef.)*

Tienen razón los que dicen que estás deprimido: la mujer, el jefe y los amigos que aseguran conocerte a fondo. Sin embargo, la verdad es que se equivocan porque nadie te conoce de verdad. Nadie sabe quién es la persona que está viviendo bajo tu piel desde hace... ¿veinte, veinticinco, treinta años? Eres el único que conoce la identidad de este sujeto misterioso, porque nadie más es capaz de comunicarse con él. Lo escuchas, le dedicas tiempo, te concentras en entender qué le ocurre, cuáles son sus conflictos y motivaciones, qué necesita para ser feliz y cuánto ha cambiado desde esa primera vez, cuando se conocieron, el imborrable día de verano en el que aprendiste que existía un polizonte, un invitado de ultratumba, un maldito okupa utilizando tu cuerpo y tu mente y respirando tu aire; otra persona que a veces se parecía mucho a ti y otras nada; otro niño, otro adolescente, otro hombre que fue cambiando con el paso de los años y perdiéndole el miedo al misterio que habitaba en tu interior y el respeto a las ansias que ya empezaban a poseerlos a los dos.

A lo mejor todo esto se podría haber evitado. La investigación, la preparación, la sangre. Y todo ese gasto, por supuesto, siempre estará el tema del dinero. Matar elegante no es gratis y si existe algo que te disgusta es tener que ahorrar en una pasión tan comprometedora, un oficio al que le dedicas tanto tiempo, un hobby *que* de verdad *te remueve por dentro. Sería un despropósito demasiado grande. No te gusta derrochar, nunca te ha gustado porque te criaste en una casa y en una clase donde la economía era parte de la educación. Tu madre te lo dijo mil veces y lo recuerdas bien, no podrías olvidarte de su voz gangosa, imperecedera: «El derroche es una vulgaridad, niño».*

Nunca has tenido dinero, lo que se llama dinero de verdad. No te falta

nada, no te quejas, no piensas hacerlo porque eso sí que es vulgar, pero tampoco eres millonario. Todo te cuesta, como al común de la gente, y así te gusta pensar, que eres un norteamericano común y corriente que paga sus impuestos porque es lo justo, un norteamericano decente viviendo en un vecindario familiar junto a otros norteamericanos decentes y esforzados; todos tratando de sacar adelante a sus hijos, soportando un trabajo que no les gusta demasiado, o que detestan del todo y, claro, en tu caso tienes que reconocerlo, sobrevives dándote algunos gustos.

Gustos exquisitos, como la carne blanquísima y sin grasa de Preston Zane.

La oficina es tu tortura. Los fines de semana en casa tampoco se te hacen más soportables. A veces llega el domingo en la noche y crees que te vas a ahogar, que se te olvidó cómo respirar. Te asfixia la vida marital: esa mujer, esas niñas, esas comidas donde tienes que fingir, estás obligado a aparentar que eres lo que no eres, a preocuparte por cosas que te importan un bledo, a decir frases cariñosas que no sientes porque no te nacen. La mujer y las niñas no tienen la culpa, ellas sufren (sufrirán aún más), porque así estaba escrito desde el comienzo. Desde la primera vez, ese verano. Llegará el día en que la mujer y las niñas sufran, pero ese día no es hoy.

El tiempo en el otro lado pasa lento y aburrido, crees que sería aún peor si no fuera por los recuerdos inconexos de Stef y el viaje a Florida que tienes programado en tu cabeza. Te aturde pensar que en unos pocos días más vas a disfrutar de nuevo.

En el otro lado saben del viaje a Florida, es por trabajo, y por suerte ni la mujer ni las niñas se han atrevido a hacer preguntas. La mujer sabe que la compañía confía en ti, el jefe tiene mal carácter y te regaña por todo, pero aprecia tu capacidad de sacrificio y eso es impagable. La mujer se pregunta por qué el jefe no manda a Florida a algún soltero, alguien sin esposa ni hijos, y en un par de segundos se te nubla la vista. Te vas a negro. La cabeza te va a estallar. Quieres gritarle a la mujer lo poco que te importa, que sepa lo insignificante que es su presencia en tu vida, que por fin se entere de lo insufrible y fea que se ha puesto con los años y de lo mucho que te arrepientes de haberla escogido como la esposa del otro lado, la madre de tus hijos, la fachada. Todos los días te arrepientes. En su lugar debería estar una mujer como Stef. Imaginas que le gritas todo lo que no

sientes por ella y que la mujer no llora porque no puede. Te mira sin expresión, como si hubiera estado mucho tiempo ensayando esa siniestra revelación, y en ese segundo te das cuenta de que es él, el otro, él está jugando, usando tu propia mente para imaginar cosas agradables. No eres tú, es la persona que reside en tu interior y que está aguantando las ansias de liberarse y seguir jugando. Todo de acuerdo a la planificación, por cierto, ni tú ni el que vive en ti están dispuestos a improvisar, en eso (y en otras cosas más técnicas) los dos coinciden siempre, en otros asuntos no tanto.

Te callas y visualizas la piel de Stef. Después, ideas sobre tu viaje.

Son cuatro días lejos y en realidad no los pasarás en Florida, como le contaste a la mujer, las niñas, tus compañeros de oficina y, en general, a toda la gente del otro lado, sino en el primoroso departamentito del Lower East Side que pillaste por milagro, una propiedad muy discreta en un quinto piso sin conserje ni ascensor donde estás seguro de que nadie podrá encontrarte.

Si quisieras podrías provocar un pequeño terremoto, tomar las riendas de tu vida y romper con el pasado. Tal vez sea el momento perfecto para abandonar para siempre el otro lado, juntar la fuerza necesaria y convertir esos miserables cuatro días de viaje liberador en el resto de tu existencia. Te late el corazón cuando piensas en esa posibilidad como una alternativa real. Dejarlo todo. También te emociona enumerar en tu cabeza los pasos que seguirás y cómo enfrentarás los obstáculos que se avecinan. Nadie dijo que iba a ser fácil, pero en lugar de atemorizarte o dejarte sin armas, la dificultad te entusiasma, te desafía, te provoca rabia. Hasta cierto punto podría decirse que te excita, como también te seduce la idea del error, de la equivocación estúpida, como haber dejado viva a la puta insufrible de Preston Zane.

Nadie es perfecto. Ni tú ni el asesino sin piedad que se robó tu vida y que ya está fantaseando con todo lo que harán juntos en el departamento del Lower East Side.

* * *

Eric y Agatha LeMoigne entraron a la oficina tomados de la mano, sin hablarse. Jackie les agradeció la visita, les ofreció café y, ante la negativa de ambos, procedió a resumirles con paciencia todo lo que

había sucedido mientras se encontraban de vacaciones. Pronto, y de manera bastante natural para la sargento de policía, la pareja comenzó a acorralarla con preguntas y reclamos. Entonces comprendió que se habían puesto de acuerdo para que cada uno cumpliera un rol, quizá incluso se habían preparado a bordo de un crucero sobre las aguas del Mediterráneo o bajo el sol de alguna playa perdida.

En la relación, Eric era el bueno, el empático y educado hasta ser hostigoso, el caballero a la antigua vestido de manera impecable que pedía disculpas y por favor, y que podía resolver cualquier problema con su exagerado acento francés y unos enormes ojos color miel. Tenía el pelo castaño, corto de los lados y un poco más largo de arriba, lo que le dejaba un rebelde mechón sobre la frente. El pelo y la ropa hacían que monsieur LeMoigne se viera bastante más joven que sus cuarenta y dos años. Era un hombre atractivo, eso a Jackie le parecía innegable, aunque no fuera su estilo. Ella prefería los hombres que no pedían perdón. Cada cierto tiempo, y como si fuera una compulsión, Eric se excusaba por haber irrumpido en la oficina sin aviso, detalle que a todas luces le parecía vergonzoso.

Agatha, en cambio, era tal como se la había imaginado Jackie a partir de la foto familiar del departamento. Tenía un carácter avasallador y difícil de pronosticar, sumado a un aspecto duro, apenas suavizado por un cabello rubio peinado hacia adelante en unos flecos de distintos largos que le otorgaban juventud, aunque parecían ajenos. La nariz prominente le acentuaba los rasgos, otorgándole un aire rudo y no del todo equivocado según lo que, hasta ahora, había revelado de su personalidad. Sonreía lo justo y necesario, como si no quisiera perder el tiempo ni la lozanía de la piel en gestos faciales inútiles. La única preocupación de Agatha Maria LeMoigne, nacida Glusky en Chapmanville, West Virginia, eran los futuros traumas de Lili si el asesinato de Stefania dejaba secuelas en su personalidad.

—No puedo creer que mi propia hija la haya encontrado muerta —suspiró, angustiada, sin soltar la mano de su marido—. Es absurdo pensarlo, pero me siento tan culpable con todo esto.

A Jackie la culpa de la mujer no le pareció absurda, sino justa.

—No la encontró, fue Alicia —la corrigió—. Lili no vio el cadáver en ningún momento, eso se lo aseguro.

—Espero que así sea y que no se descompense con... el recuerdo de ese día y... —no pudo terminar la frase.

Jackie observó como Eric le apretaba la mano con suavidad.

—Eso no va a pasar, mi amor. La niña está bien —aseguró.

—Alicia me contó que la niña no puede viajar con ustedes —comentó Jackie, indagando en los motivos de la pareja para dejar a la niña en la ciudad por dos meses.

Al oírla, Agatha se acomodó el pelo detrás de la oreja:

—Por desgracia, Lili no puede volar —dijo con seriedad, como si fuera una sentencia de muerte—. Por eso la dejamos con Alicia.

—Cuando la sacan de su rutina lo pasa muy mal —agregó Eric.

—Por suerte Alicia la adora, tienen una relación muy bonita esas dos —intervino Eric con una sonrisa que ya comenzaba a cansar a la sargento.

—¿Está seguro? —le preguntó, directa—. ¿Sabían ustedes que hace dos meses Lili tuvo un accidente en Central Park?

Los LeMoigne buscaron una posición cómoda en sus respectivas sillas. Ninguno pareció reaccionar a la noticia.

—¿Un accidente? —preguntó Eric, confundido—. ¿De qué está hablando?

—¿Qué clase de accidente? —la interrogó Agatha, aún sin comprender—. Eso es imposible.

—Al parecer cayó por unas escaleras en medio de una discusión con Alicia. Se golpeó en la cabeza —le contó Jackie—. No fue grave, pero estuvo en un hospital.

Agatha palideció y se llevó las manos al pecho, consternada.

—¿En la cabeza? —se lamentó.

—Lili lo comentó al pasar en la entrevista que tuvimos y la propia Alicia lo confirmó —agregó la sargento—. Al parecer existe una constancia policial sobre el hecho, pero...

—Hay que llamar a Alicia —dictaminó Agatha—. Esto no puede ser, va a tener que explicarnos muy bien lo que pasó.

—Por supuesto, ella les va a contar —aseguró Jackie, intentando calmar los ánimos—. Lili dice que Alicia la empujó y Alicia acusa a Lili de haber tenido una pataleta.

—¡¿Por qué no nos contó nada?! —Agatha se levantó de su silla y se

giró hacia Eric con un dejo de agresividad que ya no podía reprimir—. ¿O a ti te dijo algo?

Él evitó sus ojos y mantuvo silencio. El rostro de Agatha se desencajó en una mueca de decepción.

—¡Eric! Lo sabías y no me dijiste nada —lo acusó con los ojos brillantes, encendida de rabia.

—Alicia me rogó que no te lo contara —se defendió él—. Yo revisé a la niña y estaba bien, no fue nada grave. Te lo prometo. Además, no quería arruinar nuestro viaje.

La princesa de West Virginia entornó la mirada y se quedó vigilando con ira a su segundo marido. Mientras la observaba, Jackie recordó que Peter Monroe, su ex, la había llamado así.

—¿Te callaste algo tan importante por unas malditas vacaciones? —le preguntó Agatha.

—Te recuerdo que tú necesitabas este viaje más que yo, cariño —dijo Eric con una dulzura que a Jackie le pareció exagerada—. No te conté para evitarte un mal rato, mi amor.

—Mi hija en el hospital y soy la última en enterarme —refunfuñó ella.

Eric la tomó de la mano con delicadeza. Agatha aceptó el contacto físico, aunque con la mirada lo ignoró por completo durante el resto de la conversación.

—Dios mío, ¿cómo es posible que todo esto esté ocurriendo? —se lamentó Eric, disimulando después del altercado.

—Es una verdadera pesadilla —lo compadeció Agatha, siguiéndole el juego, para luego mirar a la sargento—. ¿Quién puede haberle hecho algo tan horrible a Stefania? ¡Todo el mundo la adoraba! Empezando por Lili.

—Tres millones de seguidores —precisó Jackie con seriedad, sin perder de vista a la pareja—. Y fracción.

—Eso es mucha gente, ¿no cree? —le preguntó Eric—. Demasiadas personas pendientes de todo lo que haces.

—Tres millones de seguidores entre los que están su mujer y su hija, pero usted no, señor LeMoigne —la mirada de Jackie se centró en el buen esposo de Agatha y padre adoptivo ejemplar de Lili.

Eric acusó recibo de la pregunta y se rio. Agatha movió la cabeza,

molesta con su reacción.

—¿Puedo preguntarle por qué no sigue a Stefania en Instagram? —insistió la sargento.

Al toparse con los ojos acusadores de su mujer, Eric se puso serio:

—No le voy a mentir. Su contenido no me interesa en lo más mínimo —dijo con naturalidad—. Cremas de mil dólares, moda ridícula, viajes de lujo, Coachella, instacelebridades... Que cada uno elija lo que quiere ver, pero no es lo mío y mi tiempo es sagrado. Nada personal.

—¿La dejó de seguir o nunca la ha seguido?

Eric se levantó de la silla y miró por la ventana, evasivo.

—La dejé de seguir —confesó—. Pero no fue por un motivo concreto, simplemente me aburrí de sus historias glamurosas con gente decadente. Trabajé muchos años en ese ambiente y créame que no tiene nada de interesante.

—¿Puedo preguntar a qué se dedica? —le preguntó Jackie, aunque ya sabía la respuesta.

—Diseño —respondió—. Diseñaba, en realidad, pero ya no.

—Yo sigo a Stefania, pero hace meses la tengo silenciada —reconoció Agatha, con aire de perturbación—. Sube demasiadas cosas comerciales y la publicidad en redes sociales me aburre. Pero ahora que ya no está...

Interrumpió su frase con un llanto ligero. Eric se acercó a consolarla, ella trató de evitarlo.

—Déjame.

—Ya vamos a conversar. Después.

—¿Por qué no...?

—Tranquila, Agatha, ya vamos a conversar en casa.

Eric levantó la mano, como si quisiera dar por terminado el asunto. Jackie observó la reacción de Agatha al ver su palma estirada en el aire. Se quedó quieta, subyugada por el gesto, y guardó silencio. Él la abrazó, ella no opuso resistencia. Se quedaron con las cabezas pegadas por un segundo, susurrando palabras que Jackie no alcanzó a escuchar.

—Stefania era una megainfluencer —intervino después de unos minutos, decidida a hacer su trabajo—. ¿Hay algo más que puedan

decirme de ella?

Eric y Agatha se alejaron para volver a sus sillas.

—Lo siento —dijo ella, entre dientes.

—Estábamos felices por el éxito de Stef. La queremos mucho... —Eric carraspeó y luego enmendó su error—. La *queríamos* mucho. Me cuesta recordar que ya no está.

—Es normal —lo tranquilizó Jackie pensando en cómo sacaría provecho de ese dolor que parecía remecerlo a intervalos.

El hombre aguantó una lágrima y su voz se quebró, emocionado. Agatha se acercó y lo besó en la frente, acariciando su cabeza, olvidando por completo la discusión que habían tenido hacía unos segundos.

—Pobrecita, Stefania —recordó él—. Que alguien me diga la verdad. Que alguien me conteste... ¿Qué le hicieron?

—Ya lo van a descubrir, mi amor —lo calmó ella—. Sea quien sea el que la mató, lo van a meter a la cárcel, ¿cierto, detective?

Jackie se sobresaltó con la pregunta. No la esperaba ni podía responderla. Al menos no como Agatha LeMoigne esperaba que lo hiciera.

—Vamos a poner todos nuestros esfuerzos para encontrar al culpable —dijo con mesura—. De eso pueden estar seguros.

Los LeMoigne se miraron fijo, con una mezcla de amor, miedo y devoción, hasta que lograron calmarse un poco. Jackie los observó con distancia y luego de un momento se atrevió a interrumpirlos de nuevo:

—¿Recuerdan cuándo fue la última vez que vieron a Stefania?

La respiración de Agatha se agitó un poco. Jackie la vio ocultando las manos bajo las piernas para disimular su temblor.

—Fue antes de irnos de viaje —dijo Eric con seguridad.

—Es cierto. Hace un par de meses la invitamos a cenar junto a unos amigos —recordó Agatha—. Se quedó hasta el final, me acuerdo.

—Esperó a que todos los demás invitados se fueran para pedirnos consejos —contó Eric con naturalidad, y luego volvió a quebrarse—. Pobrecita, no se merecía terminar su vida tan pronto.

—¿Qué clase de consejos les pedía? —preguntó Jackie antes de que Eric empezara a sollozar de nuevo y que la pareja volviera a repetir el mismo patrón: emoción, llanto, consuelo, silencio. Todo siguiendo un

guion escrito a medias y de seguro ensayado hasta el hartazgo.

—Sobre su carrera, más que nada— se apuró en contestar Eric.

Agatha respiró hondo. Eric la observó con frialdad, como si le enviara instrucciones, en una coreografía que a la sargento Bravo le dio un poco de pudor. No era necesario ser un genio ni una gran investigadora para concluir que los testigos estaban coludidos para contar una misma versión de los hechos.

—Stefania era una chica bellísima y se merecía todo lo que había logrado, pero... —Agatha hizo una pausa—. No sabía cuándo parar.

—A los veintitrés todos éramos así, Agatha —la contradijo Eric con extrema sutileza—, Stefania era una chica muy inmadura, no podía manejar sola tantas responsabilidades. Era feliz, pero a veces el éxito la abrumaba.

—Bueno, por eso mismo le conseguimos el mejor agente, ¿no? —reveló Agatha, en un arranque de indiscreción.

—Solace —afirmó Jackie con seguridad—. Entiendo que a Stefania la representaba la agencia Solace.

—Cierto, yo se la recomendé —informó Eric con orgullo indisimulado.

—¿Puedo saber por qué Solace y no otra agencia? —preguntó la sargento.

—Porque son los mejores del país —exclamó Eric con una amplia sonrisa de triunfador—. Además, conozco bien al dueño, Ian Wishman. Fuimos juntos a Stanford.

* * *

Cuando los LeMoigne por fin se fueron, siempre de la mano, Jackie recibió una llamada inesperada del jefe Sarrazin.

—Mark Goldstein renunció por tu culpa —le anunció con voz destemplada.

Jackie sujetó el celular en su oído y buscó alguna emoción en su interior, pero no encontró nada que la conmoviera de la partida del forense.

—No sé qué decirle, jefe.

—Dime que lo sientes.

—No lo siento. No me haga mentir.

—Goldstein te acusó de bullying por no compartir tus ideas políticas.

La sargento Bravo respiró hondo y movió la cabeza de izquierda a derecha, sin creerlo. Odiaba la idea de verse involucrada en discusiones de ese tipo, menos si venían de alguien como Goldstein.

—Escúcheme, jefe, el forense es un excelente profesional y lo valoro muchísimo como persona, pero se equivocó — le dijo Jackie al teléfono, sin alterarse—. Insultó al detective Martino y siempre está haciendo chistes homofóbicos.

—Eso no está bien.

—Claro que no está bien —le aclaró, molesta—. Él siente que tiene derecho a burlarse de todos los que no son como él, como si estuviéramos en los noventa. No lo voy a tolerar.

—Tampoco hay que exagerar.

—¿Usted cree? Si no exageramos siguen en todo el mundo los femicidios y los crímenes de odio.

—Vas a tener que seguir soportando a Goldstein, Jackeline — sentenció el jefe Sarrazin con tono de urgencia—. Me costó, pero logré convencerlo para que se quedara.

Jackie luchó contra las ganas de reprobar la decisión de su superior. Quiso advertirle del error que cometía y de las inevitables consecuencias que podía tener, pero se quedó callada. No tenía por qué cuidarle el puesto o la reputación a un hombre como Sarrazin.

—Usted manda. Aproveche y pídale entonces el informe de autopsia de Stefania Lenzi —le dijo Jackie—. No puedo elaborar un perfil si el forense no quiere terminar la autopsia.

—Mañana, a primera hora.

Sarrazin colgó la llamada sin despedirse. Jackie quedó con una extraña sensación de desagrado. Decidió no volver a pensar en Mark Goldstein. Reorganizó los antecedentes nuevos en el panel de investigación de la sala de reuniones. Habló con Adam por teléfono, le dio algunas instrucciones para descongelar la comida y estuvo a punto de comprometerse a volver temprano a casa cuando se acordó de la conversación de esa mañana al desayuno y en cuestión de segundos su ánimo cambió de manera radical. No dijo nada. Mientras el resto del equipo terminaba las tareas que les había solicitado, como el informe

comparativo de las cámaras de seguridad, situó a Agatha y Eric en el universo de la víctima #1, Stefania, para luego concentrarse en la víctima #2, Preston. Apenas lo había conocido en el Duplex la noche del ataque, y sabía muy poco sobre él. Estaba mirando sus fotos de Instagram y revisando los comentarios que acompañaban cada publicación, cuando la sobresaltó una llamada de Martino.

—¿Dónde estás?

—En el hospital.

—¿Cómo está Preston?

—Despertó. Y quiere hablar con los dos.

Treinta minutos después, Jackie abrazó a Martino en la puerta del área de cuidados intensivos del Chelsea Hospital de la calle 23. No hicieron falta las palabras. Una enfermera interrumpió el abrazo para apurarlos: si querían hablar con el paciente, tenía que ser cuanto antes. Jackie accedió, agarró a Martino de un brazo y con discreción lo empujó rápido por el pasillo de la clínica. Cuando llegaron a la sala común donde estaban los pacientes de mediana gravedad, Jackie vigiló la reacción de su compañero. A pesar del dolor y la tristeza por lo sucedido, lo notó bastante estable en su manejo del trauma.

Bajo una luz tenue, la enfermera los guio hacia el último rincón de la sala repleta de pacientes de ambos sexos. En una cama de una plaza encontraron a Preston. Estaba desnudo, cubierto apenas por un calzoncillo gris. Tenía el cuello y los ojos vendados. Su cuerpo se veía tan blanco que parecía brillar en la penumbra. Al verlo, Martino se estremeció y frenó sus pasos, sobrecogido. Jackie y la enfermera lo observaron, esperando a que reaccionara y se atreviera a continuar. Pasó un segundo. En la cama, Preston sintió que alguien se acercaba y movió la cabeza, aterrorizado. En un súbito y destemplado gesto de supervivencia, trató de afirmarse a la cama e incorporarse.

—¿Quién es? —preguntó, gritando.

Al oír la voz que emergía de ese cuerpo, Martino se quebró. Se giró hacia él y trató de buscar su mano sobre la cama, pero no la encontró.

—Tranquilo, Preston, tienes visitas —le avisó la enfermera—. Trata de no hablar mucho.

—Hola —lo saludó Martino, disimulando la voz quebrada—. Soy yo.

Jackie miró al detective y le hizo un gesto para que perdiera el

miedo y se acercara un poco más. Martino obedeció.

—Soy Derek —dijo.

—Ya lo sé —se apuró en responder Preston—. ¿Estás solo?

—No, Jackie está aquí conmigo.

Jackie reaccionó y se apuró en saludar:

—Hola, Preston.

—Gracias por venir. A los dos —su voz se puso más gruesa—. Quiero... ayudar. Quiero... que lo encuentren.

Preston se ahogó por un instante. Tosió un poco hasta que logró aclarar la garganta.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó Jackie.

Negó con la cabeza, respiró hondo y, a ciegas, sujetó en el aire la mano de Martino.

—No perdamos el tiempo —balbuceó—. Fue un hombre blanco.

Los detectives intercambiaron una mirada de estupor.

—El que me atacó fue un hombre blanco, de unos cuarenta años —continuó Preston—. Pelo oscuro, ondulado. Un metro ochenta de estatura, delgado. Ojos azules.

11

A las diez y diecisiete de la noche, el sujeto aparece en la cámara de seguridad ubicada en la entrada principal de Duplex, por la calle Christopher. Según consta en el recorrido detallado por Solar y los otros detectives, el hombre viene caminando desde el este. Aunque aparece entrando al bar, no se ve en ninguno de los videos durante la competencia de canto, por lo cual algunos de los detectives del equipo ponen en duda que haya estado vigilando a Preston. Jackie escucha con desconfianza, no hacia los detectives, sino hacia el sospechoso y su trayecto.

A la una de la madrugada y veinticinco minutos, el detective Derek Martino sale del mismo bar en compañía de la víctima #2. Las cámaras de seguridad lo sitúan entrando al departamento de la calle Charles a la una y media de la madrugada. Veintiún minutos más tarde, a la una cincuenta y uno, Martino sale del edificio y se interna en la Séptima Avenida. No hay movimiento en la entrada del departamento de la víctima hasta las dos veinticinco de la madrugada, cuando el sospechoso reaparece. Sin embargo, Jackie descubre que no existe registro completo de su rostro.

—Ni en el bar ni en la entrada del edificio logramos identificarlo —advirtió Solar sin disimular su frustración mientras presentaba los resultados comparativos de las cámaras de vigilancia.

—¿Nada de nada? —le preguntó Jackie, abrumada—. ¿Tampoco se ve en las otras cámaras del sector?

La detective P.J. Solar negó con la cabeza.

—Algunas calles del Village son bastante oscuras de noche —agregó Hayward, el otro detective a cargo de los videos.

—Además, el hombre sabe lo que hace: usó un canguro para entrar al Duplex y al departamento de la víctima —sentado frente al computador, Colvin buscó la imagen y la reprodujo una vez más.

De manera obsesiva, Jackie se acercó a la imagen proyectada: el sospechoso de pie en la puerta del Duplex.

—¿Y no pudieron ubicarlo adentro, en el bar? —preguntó Martino, sin despegar la vista de la pantalla.

—Nada —le respondió Solar—. Solo en la entrada.

—Si estaba mirando el show sabía perfecto dónde tenía que sentarse para que no lo grabaran las cámaras del interior —anunció Colvin observando los monitores con los tres videos reproduciéndose al mismo tiempo.

—Puede que haya estado vigilando por muchos días la posición de las cámaras del Duplex —supuso Jackie.

—Jefa, está claro que aquí hay premeditación —advirtió Solar—. No es posible que este hombre no deje ni una sola imagen clara en ninguna de las cámaras.

—Premeditación y alevosía —especificó la sargento—. Preparó el lugar del crimen y por segunda vez diseñó una muerte usando uno de los productos.

—Como si fuera una obra de arte —dijo Martino, en trance, con los codos apoyados en las piernas.

Colvin congeló la imagen más nítida disponible del hombre en cuestión, un plano medio de la cámara de entrada del Duplex. Aunque no se veía con claridad el rostro, sí se podían establecer algunas características del sospechoso: tez blanca, una nariz prominente y un par de cejas oscuras, abundantes.

—Esto es lo único que tenemos por ahora —señaló Solar.

Los detectives del equipo fijaron la mirada en el rectángulo de la pantalla donde apenas se veía un hombre de rasgos difusos vistiendo el canguro negro y pantalones cargo. Colvin recortó el rostro del sujeto y agrandó la imagen proyectada. El resultado fue aún peor, en un segundo se borró la apariencia del sospechoso y se convirtió en una masa amorfa de piel y píxeles. Jackie negó con la cabeza y le hizo un gesto a Martino. Antes de dar por concluida la reunión, Solar la detuvo.

—Hay algo más, sargento —le advirtió con modestia—. Con Colvin y Hayward también revisamos las otras cámaras.

—Las del Soho, en las horas previas al asesinato de Stefania —confirmó Colvin.

A Jackie se le iluminaron los ojos. Por un segundo amó como nunca

a Solar, Colvin y Hayward.

—Háganme feliz, chicos, regálenme una sola buena noticia —les pidió—. Díganme que también lo tienen en la calle King.

—King con la Sexta Avenida, a media cuadra del departamento de la víctima, quince minutos antes de que Stefania comenzara el *live*.

El *live* mortal, pensó Jackie, el último en la corta vida de la influencer.

En el iPad, Colvin le mostró más imágenes del sujeto: el mismo rostro irreconocible con el canguro en la cabeza y los pantalones cargo.

Durante mucho rato, las palabras de Solar y las características del sospechoso atravesaron la mente de Jackie Bravo. Fue Martino quien la sacó de su estado meditabundo y lo hizo para mostrarle con exagerado entusiasmo una invitación que Preston le había compartido por WhatsApp.

SOLACE TALENTS
PRESENTA
2025 BLACK & GOLD UPFRONT PARTY

TODAS LAS SORPRESAS
TODO EL CONTENIDO TODOS TUS CREADORES FAVORITOS
LOS SECRETOS DE
MIRAGE OF THE SEAS 2025
CRUCERO BLING-BLING
SOLO PARA CREADORES DE CONTENIDO
(Y QUIENES LOS AMAMOS)

DJ LINE-UP:
SOMEONE TO WATCH OVER ME
GISELA
DANNY MICAELA

DRESSCODE:
SAVE THE ROBOTS!

CATERING:
MADAME CLAUDINE
PRODUCE Y DIRIGE:
BETA

THE VOID ROOM
233 PARK AVENUE SOUTH
AZOTEA

* * *

Jackie sabía que Ian Wishman no era el dueño absoluto de la agencia Solace.

Al menos no el único.

—Damas y caballeros, en nombre de Solace Talent, Beta Entertainment, Red Motors Inc. y Madame Claudine, quiero darles la bienvenida a nuestra famosísima y esperada Black and Gold Upfront Party 2025.

Marla Veronica, su hermana melliza, quien poseía el cuarenta y nueve por ciento de la compañía, contempló el show desde las sombras, ubicada a un costado del escenario, en la interminable azotea reacondicionada de The Void Room, ubicada en un edificio residencial de Park Avenue.

—Como cada año, en este upfront queremos compartir las locuras que tenemos preparadas para el futuro y así seguir contando con ustedes en cada uno de nuestros proyectos —Ian vaciló un momento, le sonrió con picardía a un invitado en medio del público y luego bajó la mirada—. Aunque en Solace estamos recibiendo con alegría todo lo que viene, no podemos dejar de sentir una profunda tristeza por lo que ya todos lamentamos. Han sido días oscuros para esta gran familia, porque una de las nuestras ha partido demasiado pronto, ¿verdad?

Se escuchó un murmullo entre la concurrencia. Los invitados se emocionaron, Jackie no. Había dormido poco, estaba agotada y eso le bloqueaba la capacidad para conmoverse. Gracias a una exhaustiva investigación online que la desveló y le arrebató las pocas horas de sueño con las que contaba para recuperarse, descubrió que, además de Solace Entertainment, los hermanos Wishman habían heredado de sus padres siete propiedades en Connecticut, una imprenta y una cadena de cines en North Carolina.

—Además de un talento fundamental para esta agencia, Stefania era nuestra amiga. Mi amiga personal —recalcó Ian Wishman en el escenario, mientras sus ojos celestes se humedecían y la voz se le iba extinguiendo—. Solace le debe mucho a su trabajo incansable, a sus ganas de aprender, a la sana ambición de ser cada día mejor. Estés donde estés, amiga mía, siempre pensaremos en ti. Les pido un minuto de silencio para recordar con amor y admiración a Stefania Lenzi.

Jackie escuchó aplausos y luego, el silencio. Durante esos sesenta segundos de recogimiento aprovechó de examinar a los invitados. Además de Martino, que no podía disimular su impresión milenial ante la avalancha de instacelebridades, no conocía a nadie en la fiesta. Giró la cabeza hacia el bar de Grey Goose. Un grupo de modelos, todas muy jóvenes y absurdamente atractivas, se había reunido en una suerte de pequeño escenario con los colores de la marca. Todas tomaban vodka en pequeños vasos de cristal. Aunque tenían sus propios celulares en la mano, posaban para las fotos que les tomaban los reporteros gráficos, una manada de cabezas y cámaras que emitían órdenes guturales. Jackie se fijó en que una de las chicas, una afrodescendiente con el pelo castaño oscuro, vestida de amarillo furioso, se robaba la atención de los fotógrafos con poses desafiantes ante el horizonte de Brooklyn de fondo.

—Esa era la mejor amiga de Stefania —dijo Martino—. Vera Dosamantes.

Desde el bar de Grey Goose, Vera se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo de vodka. Jackie se quedó helada cuando la chica levantó los ojos y la sorprendió contemplándola.

—Necesitamos hablar con ella, pero no creo que sea el momento.

—Tú tranquilo, sígueme la corriente en todo.

Jackie esperó con paciencia a que Ian Wishman cumpliera sus sueños de animador de televisión. Primero le dio la palabra a su hermana Marla, una mujer pequeña y delgada a quien presentó como la autora intelectual de Solace. Marla, a su vez, les dedicó la noche a sus padres, una pareja de millonarios de North Carolina que habían unido empresas y fortunas en un conveniente matrimonio para fallecer de manera trágica en un accidente de safari, en Tanzania. Todo eso lo había averiguado Jackie durante su noche de insomnio, nerviosa porque los resultados de la autopsia de Stefania todavía no llegaban y porque, a pesar de los avances en la investigación, el asesino de influencers seguía sin tener un rostro.

Hacia el final de su discurso, Ian Wishman volvió a hablar de la víctima. Estaba claro que era la mejor manera de ganarse los aplausos de los invitados.

—Y para iniciar esta noche de sorpresas, vamos con lo que todos

estamos esperando —cambió de tema y avanzó hacia el público para exhibir la tela acero de su traje Tom Ford, según el ojo experto de Martino—. Creadores de contenido, talentos, socios e inversionistas, esta noche todos somos iguales porque estamos sintiendo el mismo vértigo. ¡Todos queremos saber los detalles del esperado Mirage of the Seas 2025!

Los influencers, o creadores de contenido, como Jackie se enteró después que Solace prefería denominar a sus talentos, estaban reunidos en el área VIP, circundados por una gruesa cuerda de terciopelo rojo. Al oír la promesa de Ian empezaron a gritar, a aplaudir o a limitarse a levantar sus copas de champaña, los más borrachos.

—Yo sé que quieren saberlo todo cuanto antes, pero... —los provocó Ian, lo que generó más reacciones de los influencers. —Esta noche por fin se acaba la espera y la paciencia de todos será recompensada.

—¡Para ya! ¡Queremos saber! —gritó una chica pálida de pelo verde.

—Todos los detalles de Mirage of the Seas, el crucero exclusivo para creadores de contenido e inversionistas, en el siguiente video.

El crucero era el máximo orgullo de los hermanos Wishman, una instancia única de encuentro presencial entre los creadores destacados en cada uno de sus nichos y los empresarios que podían financiar sus locuras. A Ian Wishman se le había ocurrido hacía seis años una especie de laboratorio para «crear nuevos creadores», una escuela *frankensteiniana* de influencers en la que cualquier chico o chica pudiera soñar sin límites de dinero, tiempo o dedicación. Por su parte, Marla había concebido la idea del viaje, primero, y de trasladarlo todo a un crucero de lujo, después. La versión 2025 era la cuarta vez que se organizaba el evento y, como cada año, se trataba de un viaje de navegación de seis días por algún destino desconocido. Entre la información del video y los comentarios jugosos que agregó Martino sobre la trastienda del show, Jackie entendió lo importante que era el viaje para los hombres y mujeres de esa industria, una maquinaria que movía millones de dólares en publicidad digital.

—En las redes todo sirve. El Mirage of the Seas es el lugar donde se cierran los negocios para muchos —le explicó Martino con seguridad —. Y también donde aparecen los nuevos talentos que van a explotar

en unos meses. La novedad es lo único que le importa a esta gente.

—¿Cómo sabes tanto? —le preguntó Jackie, asombrada con sus conocimientos sobre el tema.

Martino vaciló un segundo y paseó la mirada por la terraza de The Void Room, sonriente, para detenerse en el área VIP.

—Estoy todo el día metido en el celular —se defendió con cierto orgullo.

—¿Me vas a decir que conoces a todos esos influencers? —le preguntó ella, indicando el sector delimitado por la cuerda de terciopelo rojo.

—No a todos, pero amo a Vera. Es mi favorita —confesó con admiración, sin dejar de contemplarla—. Tienes que ver sus videos.

—¿Qué hace ella?

—Era modelo, pero hace un tiempo se retiró para el trabajo en redes. Igual que Stefania.

En el VIP, Vera Dosamantes estiró una mano hacia una bandeja para reemplazar su copa vacía por una nueva. Al hacerlo se topó de frente con una mujer rubia, pequeña y redonda, de unos sesenta y cinco años. Iba vestida con un traje blanco con lunares negros, anteojos oscuros, sombrero y un bastón.

—¿Y esa señora?

—Jackie, por favor, ¿no la conoces?

—Por algo te estoy preguntando.

—Es como si hubieras vivido toda tu vida encerrada en un búnker, sin Wi-Fi —se burló Martino—. Esa vieja es famosísima Norma Cocina, así se llama. Es la primera chef ciega de la historia.

Jackie observó como Norma Cocina le decía algo al oído a Vera. La exmodelo se llevó las manos a la boca y movió la cabeza, horrorizada. Norma la abrazó.

—Su TikTok es genial, tienes que seguirla.

—Sabes que no tengo TikTok ni Instagram, solo Facebook.

Martino revoleó los ojos, al borde del fastidio.

—No voy a hacer ningún comentario al respecto —le advirtió.

La sargento Bravo contuvo una carcajada porque no era el momento para bromas y desde su lugar siguió vigilando el área VIP. Vera se alejó de Norma Cocina y saludó a un espécimen bastante particular: un

hombre tatuado, vestido con un chaleco sin mangas de cuero. Martino lo contempló con claro deseo. Vera y el tatuado se quedaron un momento abrazados, como si compartieran una pena inconsolable. Jackie supuso que el tema era el ataque sufrido por Preston Zane. Al tratarse de la segunda víctima de un mismo presunto asesino, el pánico desatado entre los influencers era cuestión de tiempo.

—El de los tatuajes, ¿quién es? —preguntó Jackie, alerta a todo lo que estaba ocurriendo a la distancia.

Martino movió la cabeza y la enfrentó, asombrado.

—Winningham. Casey Winningham. Atleta, chico reality y modelo fitness —enumeró con creciente fascinación—. Ahora es el rostro digital de Nike.

Jackie vigiló de lejos al tal Casey, que besó a Vera en ambas mejillas y acarició con suavidad y confianza sus brazos. La brasileña se quedó quieta, todavía afectada por la información que acababa de recibir, mientras el influencer de fitness seguía hablándole en voz baja. De pronto, unas manos grandes y gruesas lo agarraron desde atrás, por la cintura. Otra mujer, cincuentona y de aspecto sintético, de cabello rojizo, se apoyó en su espalda, acariciándola.

—¿Y ella? —preguntó la sargento, intrigada.

—Ni idea, esa no es conocida —determinó Martino.

—Su cara me suena. Tiene que ser famosa —dijo Jackie, agudizando la vista.

—Tampoco ubico a las otras dos que están con ella —reconoció él con desilusión, mirando a otras dos mujeres menores que acompañaban a la llamativa pelirroja—. Al resto seguro que los he visto en TikTok, pero no los sigo ni sé cómo se llaman.

La mujer de pelo cobrizo le generó desconfianza a Jackie. Pensó en una Lydia Randall en versión cincuentona y en lo que ese color de pelo le provocaba en la realidad y también en algunas de sus pesadillas recurrentes. En una imagen instantánea se acordó de sus hijos y de Adam, en ese orden, y no pudo evitar sentir algo de lástima al mirar a Martino y pensar en sus eternos días de soledad en ese departamento de Bed-Stuy que siempre olía a toallas húmedas. Para su sorpresa, la pelirroja del VIP siguió acosando sin pudor alguno a Casey Winningham, tocándole el vientre a través del chaleco de cuero y

besándole el cuello.

—No sé quién es esa descarada —se quejó Martino, molesto—. Me pregunto si sabrá que está manoseando unos abdominales asegurados en dos millones de dólares.

—¿Es verdad o estás exagerando, para variar? —le preguntó Jackie, sin salir de la impresión.

—Es una absoluta verdad —le dijo él—. Casey inventó una rutina de ejercicios muy popular, 10-Pack Ab Sculptor, y aunque no lo creas, tiene una póliza de seguro por su panza. O por la falta de panza.

En el VIP y ante las peticiones de algunos invitados e invitadas, Casey Winningham desabotonó con calma su chaleco para revelar sus tatuajes de torso y los resultados de su rutina de abdominales. Entre risas, la pelirroja acarició cada una de las diez placas que componían el vientre del deportista. Jackie quedó impresionada con su físico, pensaba que ese tipo de cuerpos hegemónicos ya no existían en esta época. Al sentirse deseado, el modelo lanzó una carcajada, fingió que sentía cosquillas por el toqueteo y abrazó a la mujer. Ella entrecerró los ojos, refugiándose en su pecho, en un exagerado gesto de placer incontrolable que de inmediato activó la memoria de Jackie Bravo de una manera extraña e inusual. Cayó en un trance hipnótico. Sin querer vio a la misma mujer desconocida haciendo una mueca de gozo similar en otra situación igual de erótica, y después se vio a sí misma a los quince o dieciséis años mirando la escena en televisión.

—¡Ya sé quién es! ¡Es esa actriz antigua! ¿Cómo se llama...? —gritó como si hubiera encontrado un tesoro.

—No tengo idea, nunca la había visto —le dijo Martino.

—¡Por favor, es una actriz de telenovelas famosísima!

—Tan famosísima que no sabes su nombre.

Martino se rio y siguió mirando a los influencers. Jackie hizo el esfuerzo por recordar, sin alejar la mirada del VIP.

—Cuando era joven hizo una telenovela, la vi cuando estaba en el colegio —balbuceó con la curiosidad picándole la nuca—. Ella era una colegiala que llegaba a la ciudad.

—¿Tampoco te acuerdas del título de la telenovela?

—Algo con *Corazón*..., creo. No estoy segura.

Martino sacó el celular, respiró hondo e inició la búsqueda. Frunció

el ceño ante algo que no le gustó.

—Qué raro —se quejó—. En la página de Solace no aparece como una de sus representadas. Al menos, no con foto. Busquemos por el título.

Jackie siguió concentrada en el esquivo nombre de la pelirroja.

—*Corazón de fuego… Corazón de hierro… Corazón, corazón… Corazón maldito…* —enumeró Martino, leyendo con paciencia los títulos en IMDb—. *Corazón pirata… Corazón salvaje… Corazón feroz… Corazón indomable…*

—¡Esa! ¡Esa es! ¡*Corazón indomable*!

La música proveniente del bar de la terraza acalló los gritos entusiastas de Jackie. Martino siguió leyendo.

—*Corazón indomable*. 125 capítulos. Y la protagonista, según Internet Movie Data Base, se llama… Florencia Lee.

—¡Florencia Lee, esa misma!

—«Actriz portorriqueña, cincuenta y dos años, nacida en San Juan, tres matrimonios, cuatro hijos». Pero ¿qué hace aquí esta señora? —se preguntó Martino, molesto, para luego seguir la lectura—. «Recordada protagonista de tres telenovelas de los años noventa. *Corazón indomable* es su gran éxito, de 1996, donde interpretó a la tierna colegiala Sandy Wilcox».

—Sandy Wilcox, ¿cómo olvidarla?

—«Actualmente vive en Miami, Florida, se dedica a su familia, su canal de YouTube y como panelista de espectáculos en diversos programas».

—¿Nunca más volvió a actuar? —se pregunta Jackie, intrigada—. Era tan buena actriz.

—Me parece que todo el mundo pensaba lo contrario —comentó Martino, terminando de leer—. Además de mala actriz, tiene acusaciones de racismo, homofobia y estafa.

—Un encanto de chica —comentó Jackie, recordando con vergüenza cada estupidez que había hecho a fines de 1996 para parecerse a la tontorrona Sandy Wilcox.

La celebración de la agencia continuó en The Void Room. Algunos influencers salieron del VIP y se mezclaron con el público en la terraza. Era un gesto democrático que a veces parecía conveniente, un

límite que unos pocos se atrevían a cruzar.

—Me sorprende que no todos sean jóvenes —comentó Jackie mientras esperaban a Vera Dosamantes.

—La mayoría, pero hay excepciones, como Norma Cocina, o esta señora de la telenovela —insistió Martino—. De los creadores locales, yo creo que Norma Cocina es la más famosa. Después de Stefania, por supuesto.

Al oír el nombre de la primera víctima, Jackie Bravo sintió un escalofrío que le azotó la espalda. Era la alarma mental de que las horas seguían corriendo y no había avances concretos; un recordatorio de la sorprendente falta de pruebas en un homicidio imperfecto; una señal de la deprimente realidad a la que con frecuencia se veía enfrentada: no importaba cuánto pusiera de su parte o cuánto sacrificara a su propia familia por una investigación, no importaba cuántas noches de insomnio pasara, cuántos ansiolíticos o cuántas copas de brandy tuviera que tomarse para pegar un ojo, la burocracia siempre terminaba ganando todas las batallas. El éxito de cada investigación nunca dependía de ella ni del esfuerzo de un equipo, siempre quedaba en manos del papeleo, el documento, los conflictos jurisdiccionales y la falta de recursos. Ahora, por suerte, la prensa estaba quieta, en un estado de paciencia obligada que, en su experiencia en casos de alta complejidad, siempre tenía consecuencias fatales a corto plazo. Aún no era capaz de aventurarse con una hipótesis sobre el asesino, tampoco podía sentarse a establecer un perfil criminal, no sin el informe de la autopsia. Lo único que podía hacer era conocer de cerca los universos de Stefania y Preston, familiarizarse con «su gente», esa masa indescriptible de seguidores y fans, indagar en sus respectivos mapas de relaciones y, si todo salía bien, tratar de conseguir una identificación del sospechoso de los videos.

Cuando el show de presentación por fin terminó, Jackie le agarró el brazo a Martino.

—No te pierdas, sígueme.

Lo llevó hasta el sector VIP donde ahora había más influencers. Antes de ingresar al sector delimitado, les preguntaron sus nombres. Jackie les dedicó una sonrisa a los dos guardias que vigilaban la

entrada, metió una mano en el bolsillo e hizo brillar la placa policial ante sus ojos. Martino movió la cabeza, avergonzado, y casi se quedó atrás cuando los guardias los dejaron pasar. Jackie vigiló el entorno, buscando a Vera.

—¿Dónde está tu influencer favorita? —le preguntó a Martino.

—La vi aquí hace un segundo —le dijo él girando el cuerpo para toparse de frente con los Wishman, Ian y Marla.

Los hermanos mellizos se quedaron mudos, simplemente observando a los detectives. Martino esperó un saludo o una bienvenida. Jackie volvió la cabeza para presentarse de manera oficial ante los anfitriones, pero uno de los guardias se le adelantó.

—Son ellos —acusó, mirando con preocupación a Jackie y Martino.

—Nosotros nos encargamos —le dijo Ian al guardia.

El hombre asintió y volvió rápido a su lugar en el acceso al VIP. Marla Wishman se acercó a los detectives y les habló en voz baja:

—Por favor, síganme.

Jackie y Martino se miraron con extrañeza. Con amabilidad, él buscó la mirada de Marla y efectuó la presentación oficial:

—Buenas noches. Soy el detective Derek Martino, esta es la sargento Bravo y...

—No se preocupe, eso ahora no importa —lo interrumpió Ian con una sonrisa alba que contrastaba con el tono amenazante de sus palabras—. No quiero que nadie más los vea, por favor, no hagamos de esto un problema y vengan por aquí.

Ian y Marla indicaron una salida junto al bar. Jackie se quedó inmóvil, ofuscada. Martino vigiló las venas de las sienes de su querida jefa y verificó cómo se tensaban.

—¿Perdón? ¿Hablamos el mismo idioma? —le insistió Marla, molesta—. No sé quién los invitó, pero no pueden estar en este evento y menos en el VIP.

Jackie permaneció en su lugar, seria. Miró con fingida paciencia a Marla, vigiló su respiración agitada y se preguntó por qué reaccionaba a la defensiva.

—Señora, ¿me está escuchando? —le preguntó.

—Tenemos que hablar con ustedes —intervino Martino al comprobar que Jackie no le respondería.

—No hay problema, pero aquí no —ordenó Marla—. Vayan mañana a la oficina, llamen a Jess González, mi asistente.

Ian y Marla avanzaron entre los invitados para alejarse de los detectives. A esas alturas Jackie ya había perdido toda la paciencia que le quedaba.

—¡Señores Wishman, no podemos esperar! —dijo levantando la voz, con la clara intención de que los demás la escucharan—. Lamento aguarles la fiesta, pero tiene que ser ahora.

Los hermanos se giraron hacia la sargento, sorprendidos porque hacía muchos años que nadie les hablaba así, mientras junto a ellos, ignorantes de todo conflicto, los influencers representados por Solace grababan un video grupal para Grey Goose.

* * *

Martino condujo la entrevista. Ya estaba bastante claro que Jackie no obedecería las órdenes ni toleraría los caprichos de los hermanos Wishman.

—¿Qué podemos decir de la bella Stefania? —se preguntó a sí misma Marla jugando de manera compulsiva con la tela de su vestido, sentada en el sillón ergonométrico de una terraza privada que vigilaba Park Avenue, lejos del bullicio de la fiesta—. No podría hablar mal, sería muy feo de mi parte, era nuestra estrella. Nadie podría compararse con ella, ni los más antiguos ni los que se reproducen como hongos todos los días.

—Mide tus palabras, hermanita —la corrigió Ian, avergonzado—. ¿Qué van a pensar los detectives?

—Lo siento, pero hoy por hoy levantas una piedra y encuentras un creador de contenido gracioso, simpático y sin miedo al ridículo —explicó ella—. Stefania era uno de esos descubrimientos únicos, porque todo lo que hacía funcionaba.

—¿Hace cuánto tiempo trabajaba con ustedes? —preguntó Martino.

—Desde el comienzo —contestó Marla—. Partimos juntos, cuando papá estaba vivo y éramos una agencia de modelos.

—Yo diría que hace... —Ian hizo una pausa antes de atreverse a dar una cifra—. ¿Siete años?

Desde su discreto rincón en la entrevista, Jackie sacó la cuenta. Si

Stefania tenía veintitrés, había empezado a trabajar con los Wishman a los dieciséis.

—Llegó de Italia como modelo. Cuando la vimos desfilar era igual a todas las que venían a la Semana de la Moda —recordó Marla con nostalgia y un ligero tono de desdén que, adivinó después Jackie, era una parte importante de su personalidad—. Esqueléticas, andróginas, toscas al caminar... Y no hablemos de gusto, algunas ganaban mucho dinero y parecían verdaderas vagabundas. Chicas hermosas queriendo verse feas. ¿Por qué, Dios mío?

—¡Marla! —la paró en seco Ian, preocupado—. Te van a cancelar.

—¿Y qué me importa si me cancelan? Si no lo digo yo, no lo dice nadie —se quejó.

—Entonces Solace Entertainment comenzó como agencia de modelos... — afirmó Martino.

—Fue papá —dijo Marla, entre dientes, con tristeza—. Con veintidós años fundó Wishman & Campbell como agencia de representación, a fines de los setenta. Actores, modelos, directores, muchos famosos pasaron por sus manos. Todo esto cuando el antiguo Hollywood ya estaba en franca decadencia y se avecinaba la moda de los *blockbusters* de los ochenta.

—Cuando papá y mamá fallecieron, con Marla nos hicimos cargo de la agencia, entre otros negocios —contó Ian con tristeza—. Quisimos seguir adelante con el éxito de Wishman & Campbell, pero los dos veníamos de quemarnos las pestañas en la Universidad, yo en Stanford y mi hermanita querida en Columbia.

—Queríamos revolucionarlo todo, por eso cambiamos el nombre, el equipo y los talentos —reveló Marla—. Entonces empezamos con la representación exclusiva de creadores de contenido.

—Y Stefania llegó a la agencia por su amigo Eric —Martino se detuvo en Ian—, Eric LeMoigne, vecino de la víctima en el edificio de la calle King.

Sus ojos se congelaron: Ian Wishman no se esperaba la pregunta ni la mención de su amigo. No disimuló su sorpresa, miró al detective y contestó sin pensar en nada más que en la claridad de su respuesta.

—Sí, Eric, por supuesto —arrugó la nariz por un segundo, en un gesto que Jackie no le había visto antes en la conversación—. Ahora lo

recuerdo bien, han pasado muchos años. Eric me pidió que nos hiciéramos cargo de ella porque como modelo era muy inexperta.

—Pero antes de ese contacto ya la conocían —precisó Martino.

—No, no la conocíamos —le dijo Marla a la defensiva.

—Hace unos segundos, usted misma dijo que la vieron desfilar —le recordó Martino—. ¿Fue en la Semana de la Moda?

Marla jugó con una sencilla pulsera de perlas que acomodó un poco más arriba de su muñeca izquierda mientras intentaba ordenar los datos en su cabeza.

—No tengo idea. Puede ser —cedió con resignación—. No sé qué pasó primero, si la vimos o si apareció en la oficina porque Eric la recomendó o si...

—Seguro que fue Eric —la interrumpió Ian, concluyendo el tema.

—Entiendo que son muy amigos —afirmó Martino, serio—. Me refiero a usted con el señor LeMoigne.

Marla movió la cabeza hacia Ian y puso los ojos en blanco, indignada.

—¿Y eso qué tiene que ver con Stef? —preguntó.

—Es probable que nada —contestó Martino con calma—. No están obligados a responder, si no quieren.

—Esto es absurdo —se quejó Marla—. ¿Acaso no ven que estamos trabajando?

—Nosotros también —intervino Jackie desde el otro extremo del sillón.

No pudo evitarlo. Al escuchar su voz destemplada, la sargento levantó la cabeza y controló las ganas de recordarle a esa mujer que no había llegado a su famosa Black & Gold Party 2025 para saborear el vodka Grey Goose ni para sacarse fotos con el nuevo citycar eléctrico que se estaciona solo ni para probar las nuevas variedades de Nomads®, el queso vegano, ni para limpiarse la piel con un *peeling* exprés, cortesía de ThisIsMySkin™. Ni siquiera le interesaba demasiado el famoso crucero de influencers. Estaban en esa azotea de cristal con una panorámica que dominaba ambos costados de la isla de Manhattan solo para descubrir por qué un demente había torturado hasta la muerte a una mujer de veintitrés años.

—Eric y yo somos amigos, pero no nos vemos mucho —contó Ian

con pocas ganas—. Casi nada.

—Stanford, ¿verdad?

Casi a la fuerza, Ian asintió con la cabeza, incómodo.

—Así es. Nos topamos por un par de años en Stanford —precisó—. ¿Se lo contó él?

—Sí, ¿por qué? —siguió el detective—. ¿Era un secreto?

Martino le dedicó su mejor sonrisa, pero a Ian el asunto no le pareció gracioso.

—Ian no terminó la Universidad, asistió por un tiempo y después se aburrió —aclaró.

Desde su cómodo rol de espectadora, Jackie asimiló los datos nuevos, entre los cuales subrayó con rojo el insufrible carácter de Marla, la férrea complicidad que había detectado entre los hermanos y la sorprendente distancia de Ian para acordarse de su gran amigo de los tiempos universitarios. Sin duda, para Eric LeMoigne la relación era motivo de orgullo, con felicidad había hablado de su amistad con el dueño de Solace. Ian, en cambio, al oír el nombre de LeMoigne no pudo disimular la vergüenza. Podía tratarse de una suerte de hipersensibilidad por parte de la sargento hacia los misteriosos ritos de la camaradería masculina, pero para ella había algo enigmático entre esos dos y estaba dispuesta a seguir investigando.

Cada uno desde su sitio en la terraza sobre Park Avenue, Jackie y Martino vigilaron los ánimos de los hermanos. Marla evitó las miradas y se refugió en la pantalla de su celular; Ian se quedó sentado, sin palabras, esperando con estoicismo una nueva pregunta.

—Señores, necesito preguntarles por otro influencer que conocen —los preparó Martino—. Preston Zane.

—Preston Zane, Preston Zane —repitió Ian—. Sí, supongo que recuerdo ese nombre.

—Trabajó como asistente con nosotros por un tiempo —se apuró en informarle Marla—. ¿Eso es todo?

—¿Por qué se fue?

Los mellizos hicieron una pausa, se miraron de reojo y luego Ian tomó la palabra:

—No fue un motivo en particular, era un tipo muy inteligente, pero... —pensó su respuesta un segundo—. Creo que Preston no quería

trabajar con creadores de contenido, en realidad soñaba con ser uno de ellos.

Jackie anotó la información en la libreta. Le pareció que era otro dato importante que podía tener secuelas.

—¿Entonces no lo representaron? —preguntó desde su sitio.

Ian y Marla se giraron hacia ella, desencajados, como si la hubieran olvidado por completo.

—¿A Preston? Por supuesto que no —sentenció Marla—. ¿Por qué tanto interés en él?

Jackie se levantó para darles la información oficial sobre el ataque a Preston, pero Ian Wishman la interceptó, con un entusiasmo avasallador. Al otro lado de la azotea del edificio, la fiesta Black & Gold Party continuaba.

—Miren a su alrededor, por favor, tenemos los mejores influencers del mundo, las mentes más creativas del planeta están aquí esta noche y pertenecen a la familia Solace —prometió Ian señalando a sus representados en la pista de baile; Jackie se fijó que la mayoría de ellos estaban grabando o transmitiendo en vivo, por completo entregados a sus seguidores y marcas.

Ian se acercó a un cubo donde había cervezas en el hielo. Abrió una y bebió dos sorbos para luego volver a Martino.

—¿Saben por qué los influencers son un buen negocio? —le preguntó—. Porque son baratos. Cuestan menos que un actor o un director, tienen menos dramas y pueden emocionarte con un celular, no necesitan nada más porque nacieron en esta maldita generación. Saben cómo provocarte en unos pocos segundos y eso es lo único que importa.

De pronto en el salón irrumpió una mujer morena de pelo corto, de unos cuarenta años. Se veía muy nerviosa. La seguía Florencia Lee, la exactriz de telenovelas, y la chica de pelo azul.

—Por favor, Heather, no lo hagas —le pidió la chica de pelo azul a la morena de pelo corto.

—¡Déjame! ¡Lo voy a hacer igual!

La mujer de pelo corto interrumpió la conversación e increpó a Jackie.

—Usted es la sargento que está investigando la muerte de Stef,

¿verdad?

Jackie asintió con la cabeza, preparándose para un mal rato inevitable. Los Wishman se miraron de reojo, avergonzados.

—Soy Heather Landry —dijo la mujer, esperando el reconocimiento.

La sargento de policía se encogió de hombros mientras se preguntaba si tal vez se trataba de otra influencer sacudida por el pánico.

—¡Heather, cállate, por favor, todos te están mirando! —le ordenó la chica de pelo azul, avergonzada.

Sí, seguro que era otra influencer, pensó Jackie.

—Heather, vámonos de aquí —le dijo la chica—. Por favor, perdónela, mi amiga está borracha.

—No estoy borracha ni soy tu amiga. ¡Soy tu madre! —gritó Heather —. Y estoy demasiado preocupada por la muerte de Stefania Lenzi…y el intento de asesinato de Preston Zane.

Los rostros de los Wishman se desencajaron de la impresión.

—¿Preston? —preguntó Marla, estupefacta—. ¿Preston… también está muerto?

—No. Él sobrevivió al ataque y se está recuperando en el Chelsea Hospital —le dijo Martino.

Marla asintió como si agradeciera la información. Ian frunció el ceño e introdujo a las recién llegadas:

—Detectives, ellas son Rachel Landry, una de nuestras creadoras, y su madre, Heather, junto a una amiga.

—¿Solo una amiga…? —preguntó la exactriz de telenovelas, avanzando hacia Ian—. ¿Así me vas a presentar, Ian, después de tantos años? Tengo nombre y apellido. Me llamo Florencia Lee, también soy parte de la agencia, gracias.

—No, no lo eres —la paró en seco Marla—. Y no sé qué demonios estás haciendo aquí, sabes que hace años que no trabajamos con actores y tampoco recuerdo haberte invitado a esta fiesta.

Marla respiró hondo, evitando la mirada de Florencia, y se levantó.

—Mucho gusto en conocerlas, pero nos tenemos que ir —se despidió Jackie.

—Gracias por su tiempo —les dijo Martino—. Ya seguiremos conectados.

—Espero que no —replicó Marla, angustiada—. Yo no quiero saber más de ustedes, traen puras malas noticias.

Florencia cruzó una mirada con el detective y le sonrió, coqueta. Heather la observó e hizo una mueca de desagrado.

—Esperen un momento —Heather detuvo a los detectives—. Antes de que se vayan, ¿no nos van a dar instrucciones por si el asesino ataca de nuevo?

—Perdón, señora, pero... —Jackie iba a explicarle la situación, pero la mujer la calló.

—No me trate como una estúpida —le exigió—. Alguien está matando jóvenes influencers de las formas más horripilantes posibles... ¡Y ustedes no hacen nada!

—Heather, amiga, cálmate —le pidió Florencia, tranquilizándola.

—Yo sé lo que les hicieron —insistió la mujer, concentrándose en Jackie—. Acabo de verlo en TikTok. ¡A los dos los mataron y hay teorías macabras que dicen que...!

—Preston Zane está vivo, señora —la interrumpió Jackie, tajante—. Y estamos trabajando día y noche para encontrar al culpable. No está confirmado que sea la misma persona.

Heather Landry se mordió el labio inferior, asustada. Rachel le tomó la mano y le habló en voz baja, casi a susurros.

—¿Ves, mamá? Todo normal.

—¡A Stefania la hicieron un *peeling* extremo y a Preston lo rellenaron de queso! ¿Te parece eso normal, Rachel, por el amor de Dios?

Jackie se fijó en las mujeres. Rachel se cubrió el rostro con una mezcla de horror por los hechos de sangre y vergüenza ante el comportamiento de su madre. Florencia movió la cabeza, consternada. Marla se llevó una mano a la boca, aguantando una arcada.

—Heather, mujer, ¿qué dices...? —preguntó, casi sin voz—. No estás hablando en serio.

Rachel abrazó a su madre, que de manera instantánea al contacto físico se quebró entre sus brazos como si fuera una niña.

—Los mata con los productos —balbuceó Heather entre dientes.

Martino buscó los ojos de Jackie para hacerse cargo cuanto antes de la situación. Se trataba de una emergencia. La madre siguió

lamentándose a susurros en los brazos de la hija.

—¡¿Cómo no se dan cuenta?! —se enjugó los ojos y enfrentó a los detectives—. Los mata según lo que promocionan en las redes. ¡Ese enfermo tiene envidia y quiere desquitarse con nuestros pobres chicos porque son exitosos, porque han trabajado duro para llegar donde están!

—Por favor, señora, quédese tranquila —le pidió Jackie.

—Cualquiera de los chicos podría estar en la mira del asesino —concluyó la mujer con tono apocalíptico y los ojos inyectados en pánico—. ¡Cualquiera puede ser la próxima víctima!

Jackie la fulminó con la mirada, aunque en secreto pensó que tal vez Heather Landry no estaba tan equivocada.

12

La revelación llega a la hora de la cena. Te das cuenta de que la niña menor y su mejor amiguita son seguidoras incondicionales de Stef. Al principio te da un poco de risa, luego te sientes triste y cuando irrumpe la esposa con una fuente gigantesca de carne flotando sobre una salsa roja nauseabunda ya no aguantas más. Esa mujer está jugando con tu paciencia. Sus caprichos pueden llegar a ser peligrosos.

No va a pasar nada malo, pero tienes que actuar con precaución y seguridad, sin dudar nunca de la importancia trascendental del proyecto y de lo útil que será en el mediano plazo. Te sientes orgulloso de lo que has conseguido y no es para menos. Al fin eres un creador, estás dedicado a inventar un universo que no existe, una dimensión que puede o no ser paralela, con sus propias reglas, su propio sistema. Eres un pequeño dios y por eso no importa que a ratos te carcoman las ansias ni que creas que en cualquier minuto vas a estrangular a la esposa; es lo normal, considerando la violencia que te ha rodeado estos últimos días.

Ya no puedes quejarte, ahora no eres un reprimido, sino un artista.

La contención a la que estabas tan acostumbrado hace unos años no es más que una marca en tu pasado de sangre. Ahora estás desatado, como una bestia hambrienta en el desierto, lo sientes por la noche, cuando te vas a dormir y algo te domina el sueño. No sabes si son las ansias o si es otra clase de deseo, uno que no sabes con exactitud cómo satisfacer.

Las niñas miran el Instagram de Stef y la amargura se apodera de tu ánimo por el resto de la tarde. Te encierras en el garaje, te tomas un trago, te metes una línea. Pasan diez minutos y los estímulos te obligan a inventar una misión de último minuto, una asignación personal que acaba de darte tu jefe, un acto de confianza que no puedes rechazar. Tienes que ir a la oficina y recibir a unos empresarios que vienen llegando de Boston. No sabes por qué inventas Boston, pero suena convincente. La esposa se traga el cuento sin dificultad, o al menos eso quiere que pienses. Con esa mujer ya no estás seguro, pero da igual, si un día se aburre, o si sigue con la cara larga las veinticuatro horas, vas a tener que tomar una decisión acerca del

futuro. De su futuro. No puedes darte el lujo de una esposa lastre, un peso muerto que te hunda en las profundidades de la mediocridad. Sabes que esa mujer que escogiste es una de esas esposas perjudiciales para el éxito, por eso la tratas con desprecio, porque en el fondo la culpas de tu situación. Crees que ella es la responsable de tus andanzas.

Por no darte lo que necesitas.

Por ser incapaz de sanarte con su mujerismo.

Por haber fallado en el objetivo primordial, borrar tu secreto, recuperar tu cuerpo de hombre, expulsar al otro que reside en tu interior, sacarlo a la fuerza (o con amor y ternura), pero sacarlo para siempre, erradicarlo de tu organismo.

Mediocre como esposa, débil como madre, pésima como amante.

Maldices el día que te casaste con ella.

Llegas al edificio de Park Avenue y te dedicas a observar desde el auto. Pasan varias horas, no sabes cuántas. No puedes dejar de pensar que están todos reunidos y felices, celebrando y ostentando sus existencias perfectas. Sacas el celular, te paseas por las redes sociales y casi en vivo te enteras de todo lo que está ocurriendo. Sabes, por ejemplo, que Casey fue acosado sexualmente por una anciana, o que Norma se negó a hacer una colaboración con Rachel, o que Vera desapareció temprano y aunque todo el mundo se dio cuenta, nadie se atrevió a decirle nada porque es la favorita y tiene privilegios especiales.

Ahora la ves. Es la más hermosa, no hay duda. Casi tan bella como Stef.

Vera sale del edificio junto a Jess González, la asistente de la agencia. Esperan un taxi casi sin hablar. Jess se encuentra con unos amigos y después de una breve conversación decide irse con ellos. Vera se despide, la besa en la mejilla y en cuestión de segundos se queda sola, envuelta en la oscuridad de Park Avenue. Por un momento las ansias te traicionan. La imagen de la mujer vulnerable en la noche te enternece, te desconcierta, te excita y te obliga a perder el orden.

Quieres actuar ahora.

Quieres entrar ya.

Quieres esa piel oscura en tu piel blanca y no estás dispuesto a esperar. No es justo esperar.

Vera habla por teléfono. Te preguntas con quién. Apuestas que se trata de un hombre, un tipo ridículamente guapo, con los abdominales de Casey,

los ojos de Stef y el trasero de la puta atrevida de Preston Zane; un macho alfa esculpido en anabólicos que de seguro la penetrará esta noche hasta darle muchos orgasmos, uno tras otro, como las estocadas de un cuchillo en una carne blanda.

La idea te sepulta. Ni por un segundo quieres que Vera Dosamantes pertenezca a otro.

«*Buenas noches. Sus documentos, por favor*».

Te quedas congelado con las manos al volante.

El policía de tránsito se queda esperando tu reacción.

Vera cruza la calle y desaparece en la noche.

Abres la guantera del auto. Con parsimonia sacas los documentos y se los entregas al policía. El hombre examina tu cara y la compara con la foto de tu identificación.

Te dice que muevas el vehículo de inmediato porque la zona está reservada para las limusinas de la Black & Gold Party.

***

Cuando salieron de la fiesta de Solace eran más de las dos de la madrugada. Jackie quería llegar a su casa y tratar de dormir un par de horas antes de volver a la oficina; Martino necesitaba comer algo y darse un baño. Estaban caminando hacia la estación del metro de la calle 23, intrigados con los mellizos Wishman, que no se parecían en nada, y defraudados porque no habían podido encontrar a Vera Dosamantes, cuando Jackie recibió un mensaje de audio de Mark Goldstein, el forense.

—Hola, Jackeline, ¿cómo estás? —su voz tenía la urgencia de las dos de la mañana—. Supongo que todavía furiosa conmigo. Soy un imbécil. Me merezco todas esas cosas horribles que piensas de mí, pero quiero aprender. Necesito enmendar mi error, pedirle disculpas a Martino, escribirle una carta, invitarlo a cenar, lo que me pidas, pero, por favor, sigamos trabajando como siempre. Lo digo por el bien de la investigación.

Jackie se detuvo un instante y escuchó su voz gastada. Perdió la concentración al recordar otros años, otros tiempos, otros casos de alta complejidad por los que había sacrificado otros momentos importantes de su vida familiar. No quiso preguntarse si los tiempos pasados eran más o menos felices.

—Por favor, ven a verme cuanto antes —le rogó Goldstein—. Tengo la autopsia de tu víctima y todos los detalles del ataque de la calle Charles.

Una hora más tarde, después de comprar café y unos sándwiches de huevo extra proteicos para Martino, llegaron a la morgue. Goldstein los estaba esperando en su oficina con cara de arrepentimiento y más café, una caja de seis donuts de chocolate y una disculpa inmediata para Derek Martino.

—Lo siento, de verdad. Soy un viejo cascarrabias y tú un galán —reconoció, medio en broma—. ¿Cómo quieres que no te odie?

—¿Esto es una disculpa o...?

—Perdóname, Martino —le dijo con sinceridad—. No quería humillarte ni insultarte, no soy así. Tú sabes que...

—Está bien, no importa —lo detuvo el detective, restándole importancia—. No sé cómo eres, pero ahora estamos contra el tiempo y necesitamos saberlo todo sobre Stefania.

—Stefania Lenzi, por supuesto —avanzó hasta el final del tanatorio.

Abrió uno de los depósitos y extrajo la camilla del interior. Sin despegar la vista de la pantalla de su computador, levantó la sábana sintética que cubría a la víctima.

—Ya está lista para reencontrarse con su familia— anunció.

Al ver la cicatriz de la autopsia en medio del pecho, Martino respiró hondo. Jackie pudo sentir cómo el aire entraba en sus pulmones.

—Sus padres llegan mañana desde Roma —reveló Jackie—. Te escuchamos, Mark.

Goldstein abrió sus notas en el computador, sujetó sus anteojos ópticos sobre la nariz.

—Ustedes vieron cómo estaba el cuerpo. Lleno de detalles.

—Lo sabemos.

—Tengo muchas observaciones, algunas más importantes que otras, pero trataré de ser conciso —revisó la pantalla—. Stefania Lenzi, veintitrés años, lo primero que vi cuando llegó el cuerpo fueron marcas de un solo tipo.

Goldstein se giró hacia el cadáver y rodeó la camilla.

—Tiene estas marcas en el cuello, los tobillos y las muñecas —indicó cada parte del cuerpo—. Corresponden a algo metálico con lo que fue

inmovilizada.

—Entonces sí hubo violencia —lo interrumpió Jackie.

—Las marcas no corresponden al día de la muerte —precisó el forense—. Son anteriores, fíjense en este caso, están cicatrizadas.

Se detuvo en el tobillo izquierdo, rodeado por una leve mancha un poco más oscura.

—¿Cuánto antes? —preguntó Martino.

—Por lo menos una semana —aseguró Goldstein—. Y la causa de muerte no fue por asfixia, como pensé al principio. Murió de un paro cardíaco.

La voz del forense le atravesó los tímpanos. En un segundo de trance, Jackie imaginó que con solo mirar el cuerpo blanco de Stefania iba a ser capaz de comprenderlo todo al instante y, como a ella le gustaba, en orden cronológico, como la vida, incluyendo cada detalle, por insignificante que pareciera a simple vista. Saber lo ocurrido en la escena del crimen, desde el inicio del *live* mortal de Instagram hasta la llegada de Alicia Rivera, la vecina de arriba.

—Ante el terror que estaba sintiendo, su corazón no resistió —dijo mirando los ojos cerrados de la víctima—. Murió de miedo, no por estrangulamiento.

—Es posible. Considerando la visibilidad mediática del caso, ampliamos el análisis toxicológico y arrojó un solo resultado —el forense levantó la mirada del computador y observó fijo a la sargento —. Stefania había consumido una dosis altísima de GHB, también llamado éxtasis líquido.

Martino arrugó la frente con extrañeza.

—Si la drogó con GHB, entonces la sumisión era parte del plan — afirmó Jackie.

—Entonces la sometió para torturarla —lamentó con ira Martino—. Pero además del robot dermatológico, en el lugar del crimen no había más signos de violencia.

—En el cuerpo tampoco, concuerdo con los peritos —afirmó Goldstein—. La chica tuvo relaciones sexuales antes de su muerte. Puede haber sido con el asesino o no, pero el cuerpo no presenta laceración ni trauma vaginal, tampoco hay restos de semen, aunque sí de látex. El hombre que estuvo con ella usó preservativo.

—¿ADN? —Jackie sintió que se quedaba sin aire.

—Sí, tenemos —afirmó Goldstein—. Ya lo comparé con el ataque a Preston Zane y en efecto tenemos una coincidencia para ambas escenas del crimen.

Martino movió la cabeza y sonrió, lleno de entusiasmo.

—Lo tenemos, jefa —comentó, optimista.

—El hombre que tuvo relaciones con Stefania también estuvo en el departamento de Preston Zane —concluyó el forense indicando el resultado del ADN en la pantalla del computador.

Jackie vigiló el extraordinario buen ánimo de Martino y con desconfianza observó el laptop de Goldstein.

—Ahora solo tenemos que descubrir a quién corresponde este ADN.

* * *

Al mirar la foto de tu identificación, una persona normal podría suponer que eres un hombre atractivo. Tal vez no un tipo guapo, según el concepto de belleza tradicional, pero sí carismático, misterioso, interesante. Sin embargo, las primeras impresiones a veces son muy traicioneras, lo sabes porque estás acostumbrado, te sucede todo el tiempo. Desde la distancia prometes mucho, pero en el fondo eres mediocre.

El policía intuye esa mediocridad, la olfatea. Mira tu foto y por un segundo parece sorprendido, como si no creyera que el hombre elegante de la diminuta fotografía en blanco y negro sea ese caballero veinte años más viejo y cansado, con notorio sobrepeso y los ojos a punto de cerrarse para siempre.

Te pregunta de dónde vienes.

Dile la verdad. Contéstale que vienes de tu casa.

Te pregunta dónde vives.

Dile que vives en Yonkers.

Te pregunta qué estás haciendo en la ciudad.

Dile que viniste a buscar a un amigo al tren, que no ha llegado y no te contesta el celular.

Te pregunta si has bebido algo.

Dile que no. Que no bebes. Que nunca bebes.

Te informa que tendrá que practicar la prueba del alcoholímetro, pero un segundo después te pregunta si estás dispuesto a hacerla, lo que te confunde

un poco.

Dile que sí, que te vas a hacer la prueba sin miedo alguno porque no has bebido nada. Porque no bebes.

* * *

Jackie y Martino siguieron discutiendo en el tanatorio.

—Estamos más cerca que hace unas horas, jefa, no lo puede negar —la animó Martino, cuidando su trato ante las indiscretas miradas de Goldstein—. Es cuestión de ampliar la investigación, seguir revisando las cámaras de vigilancia y entrevistando testigos.

—Lo que me preocupa es que el asesino sepa los pasos que damos —le advirtió Jackie—. No olvides que se comunicó conmigo, casi me entregó a Preston.

—Si quiere jugar, va a volver a hablarte —le dijo él, bajando la voz —. Sin tu atención ese tipo no existe.

—Perdonen que interrumpa esta reflexión, pero... —se excusó Goldstein—. Hay algo más.

Solo en ese segundo los detectives se percataron de su equivocación. El forense no había terminado su informe de autopsia.

—Stefania estaba embarazada de cuatro meses.

* * *

Cuando por fin llegas a casa, después de cuarenta y cinco minutos al volante, te quedas en el auto por un buen rato. Quieres llorar. Necesitas castigarte por el error cometido. Podría haber sido todo muy distinto. El policía pudo haber sospechado de tus ojos de animal herido y pasarte una multa, o llevarte a la comisaría para una identificación. Pudo desconfiar de tus palabras repletas de certeza y aplicar el alcoholímetro, según lo establece el procedimiento, o haberte pedido que abrieras la maleta del auto y encontrar los restos.

No es demasiado lo que guardas: unos guantes, una toalla con saliva y algunos elementos de tu encuentro con Stef. Un pequeño souvenir*, nada fuera de lo común aunque lo suficiente para recolectar tu ADN y conectarlo con las víctimas, sus cuerpos, sus pieles, sus sangres, tu semen*.

Mañana vas a deshacerte de todo, piensas antes de entrar a la casa.

Ojalá pudieras dormir en el auto para no compartir la cama con la esposa. Pero podría ser peligroso. Alguien podría verte desde la calle y hacer preguntas. O alguna de las niñas. Es mejor asumir el otro lado con cada una de sus miserias, esas que bien has sufrido, y someterte con resignación a la mediocridad de la vida en pareja. Esa existencia que tanto aborreces y que pudiste soportar por un buen tiempo, mientras duraron la pasión, el deseo, la intimidad, el compañerismo y, antes de que dejaras en libertad al monstruo en tu interior, ese mejor amigo y amante que te ha acompañado toda la vida.

Guardas silencio, tapado hasta el cuello en la cama queen. *Sudas tibio, aún pensando en el policía, en la foto de tu identificación, en los pasos de Vera siendo devorada por Park Avenue de noche. Para dormirte piensas cuándo se aplacarán las ansias, cuándo te van a dejar en paz, cuándo será el día en que abras los ojos y puedas decir que eres un hombre común y corriente*.

A tu lado, la esposa finge que duerme.

13

Todavía estaba oscuro cuando llegaron al precinto. Ya no tenían sueño. Después de escuchar el informe de autopsia de Mark Goldstein no valía la pena dormir. «Mejor ni intentarlo», pensó Jackie sirviendo otra ronda de café mientras temía que su celular empezara a llenarse de mensajes de Adam. A las cinco de la mañana le dejó un audio avisando que estaba bien, que el caso había sufrido un vuelco importante del que tenía que hacerse cargo y que ya lo llamaría más tarde. Pensó en beber una taza de café y luego escribir «candidatos» en la pizarra blanca para enumerar a los posibles padres del bebé que esperaba Stefania Lenzi al momento de ser asesinada, pero Martino se adelantó y lo hizo primero.

—Cuatro días después del crimen, recién la van a enterrar y todavía no sabemos con quién estuvo el día que murió —se quejó Jackie.

—Es el mismo ADN, lo vamos a encontrar —la tranquilizó Martino mientras escribía en la pizarra con un marcador azul el número «1», para referirse al primer candidato—. Nuestro perpetrador se equivocó, Jackie, tú sabes que se equivocó y es estadísticamente imposible que se esconda para siempre.

—Voy a pedir una nueva muestra de ADN antes del funeral —le avisó, preocupada—. No puedo esperar más, necesitamos averiguar su identidad como sea.

—Eso podría tomar tiempo.

—Más tiempo va a costar enterrarla y después conseguir una orden de exhumación si no hacemos bien el trabajo.

—A Sarrazin no le va a gustar la idea de seguir esperando —le advirtió él—. Ya han pasado cuatro días.

Jackie refunfuñó como cada vez que Martino no decía lo que quería escuchar y se sirvió otra taza de café cargado. Ahogando un bostezo profundo volvió desde la cafetera y entonces se dio cuenta de que la pizarra seguía en blanco, con un número uno, solitario, encabezando una lista inexistente. No había candidatos a la paternidad del bebé que

esperaba la víctima porque, a pesar de lo que se sabía en redes sociales y de la cantidad de fotos y videos que circulaban de ella, nadie sabía quién era de verdad. En su contenido solo aparecía ella, Stef, «S», la protagonista de su propia historia, que rara vez involucraba a amigos o conocidos y, según Martino, jamás revelaba intereses románticos ni citas ni menos novios. El detective pensaba que la soledad de Stef era parte importante de su encanto.

—Gracias, Martino.

—¿Por qué?

—Por quedarte toda la noche sin dormir.

—Me he quedado toda la noche sin dormir por causas bastante menos nobles.

Jackie sonrió y, en un impulso motivado por la falta de sueño, el exceso de cafeína y el desconcierto tan propio de los primeros días de investigación, se acercó y lo besó en la mejilla. El detective entornó los ojos, como si no supiera si se trataba de una broma o una alucinación, pero no podía ser de verdad. La sargento siguió sonriendo, lo que agravó la incomodidad de ambos.

—Lo siento, yo...

—Está bien... Es que no estoy acostumbrado...

—Yo tampoco...

—Pero está bien... Nos conocemos tanto que...

—Nos conocemos, pero no hacemos estas cosas.

—Claro, no nos damos besos en la mejilla sin motivo.

—Hay un motivo, Derek, claro que lo hay —dijo Jackie con certeza —. Gracias por trasnochar por este maldito caso.

A las seis empezó a amanecer. Como si hubieran sabido que la jefa había llegado de madrugada, a las seis y media aparecieron todos los detectives del equipo. Al ver a Jackie sentada en su escritorio y con la jarra de café vacía en la mano, Colvin reaccionó con sorpresa. Le dio una fugaz mirada a Solar y juntos corrieron a hablar con ella.

—Sargento, necesitamos que escuche esto —le advirtió Colvin en voz alta, interrumpiendo.

Jackie y Martino se quedaron mirando al detective, un poco sorprendidos por la interrupción.

—Buenos días, Colvin —le dijo Martino, examinándolo de pies a

cabeza.

—Perdón. Buenos días. Tienen que escuchar esto —insistió, con un iPad en la mano.

—Son extractos de audios encontrados en el celular de Stefania —anunció Solar, menos ansiosa que su compañero—. Los mandó el laboratorio y dicen que tienen más.

Colvin reprodujo un archivo de audio en el iPad, impaciente.

—Es un intercambio de mensajes entre Stefania Lenzi y Agatha LeMoigne, de hace cuatro semanas.

Jackie asintió con la cabeza. En la grabación se escuchaba música y gritos destemplados de fondo. Después de unos segundos, un gemido.

—¿Colvin? ¿Qué mierda es esto? —preguntó Jackie, intrigada.

El detective Colvin levantó la mano y le hizo un gesto de paciencia. Entonces se escuchó ruido blanco y, de repente, la voz prístina de la víctima:

—Hola, Agatha. Soy yo. Si no me reconoces es porque estoy un poco afónica. De tanto cantar. Estoy en Coachella, ha sido increíble. Toda una experiencia. No sé si has tenido la suerte de venir, supongo que sí. Bueno, no te quiero molestar, estoy un poco en la luna y me siento tan libre que quise dejarte este mensaje —Stefania Lenzi se detuvo un segundo para recobrar el aliento—. No sé cómo ni por dónde empezar. Tú sabes, Agatha, nada de esto ha sido fácil para mí. Créeme que esto no es lo que tenía planeado para mi fut...

El mensaje se interrumpió en la mitad de la frase. Jackie observó a Colvin y Solar, expectante.

—Se me cortó. Lo siento —emergió de nuevo la voz de Stefania, en otro audio—. Te iba a decir que no tenía en mente enamorarme de nadie, menos de alguien comprometido. Pero ya pasó, pasó y no me arrepiento. Lo siento, pero no me puedo arrepentir. Cuando nos conocimos me ofreciste un consejo que nunca olvidé. Me dijiste que tenía que aprovechar mi juventud y probar, experimentarlo todo al menos una vez en la vida sin miedo a reprimirme, o a ser juzgada, o a volverme loca, y eso es justo lo que hice. Probar, probar, probar... Todo es tan loco. Bueno, espero que entiendas el sentido de este mensaje, te dejo un abrazo y ojalá algún día podamos conversar sin rencores.

Pasó un momento. Jackie se encogió de hombros, abrumada.

—Los mensajes siguen —le prometió Solar.

—Agatha, ¿qué mierda te pasa? —la voz de Stefania sonó más ruda en el tercer audio—. Al parecer no escuchaste los mensajes. Dame señales de vida, no seas maleducada. ¿O te pasa algo conmigo? Si es así, quiero saberlo.

—¡Te acabo de escuchar caminando arriba, Agatha! —decía el cuarto mensaje de Stefania—. ¿Cuál es tu problema? ¿Te crees superior por no contestar o quieres vengarte porque me estoy acostando con tu marido? Yo no lo busqué, señora, él llegó hasta mí.

Los ojos de Martino quedaron paralizados contemplando la reacción de Jackie. Mientras ambos trataban de encajar de nuevo las piezas del enigma, se escuchó la voz limpia de Agatha en respuesta a los audios anteriores.

—Stefania, ¿cómo estás? Qué ansiosa, mujer, estaba con Lili, ya te iba a responder, aunque la verdad es que no sé si valga la pena —hizo una pausa y siguió, imperturbable—. Por asuntos legales no puedo comentar nada con nadie. Ni siquiera debería estar hablando contigo, pero quería decirte que no te preocupes porque no te guardo rencor alguno. No te preocupes. Lo que siento ahora tiene otro nombre. Se llama lástima y es tan desagradable como el rencor.

Martino supuso que era el final del altercado entre las mujeres. Se equivocaba.

—Si no te divorcias de Eric, te voy a matar —amenazó Stefania en el último audio, fuera de sí—. Te lo juro por mis tres millones de seguidores. O te alejas de él o te estrangulo con mis propias manos.

Cuando Jackie levantó la cabeza para examinar las reacciones de su equipo. Martino estaba apoyado en la ventana con los ojos abiertos y el aspecto de alguien que no había dormido jamás.

* * *

Agatha LeMoigne no pareció sorprendida de encontrar a los detectives esperándola en la puerta del departamento. Venía caminando por la calle King con una bolsa del restaurante Dig Inn colgando en una mano y a Lili bien sujeta en la otra.

—¡Derek! —gritó la niña con emoción al ver a Martino. Dejó a su

madre a mitad de la cuadra y corrió a recibirlo—. ¿Por qué no me avisaste?

—Hola, Lili —la saludó Martino—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Tienes hambre? Mamá no quiere cocinar, así que compramos comida del Dig Inn.

—Gracias —el detective le sonrió y luego se giró hacia su madre—. ¿Podemos hablar con usted un momento, Agatha?

—Ahora es imposible —se excusó, acelerada—. Me están esperando en una galería en Chelsea y me alcanza el tiempo justo para darle el almuerzo a Lili y...

—Yo puedo almorzar sola —la interrumpió la pequeña—. Vete a tu galería y déjame con Derek, es mi amigo.

—No, señorita, lo siento —negó rotunda Agatha—. Vamos a calentar esto.

La decepción en los ojos de Lili inspiró a la sargento Bravo.

—Tal vez Martino puede almorzar con Lili mientras yo le hago unas preguntas —propuso Jackie con sigilo—. ¿Puede ser?

Agatha se quedó muda. No dijo ni sí ni no, pero por la forma de arquear sus cejas Jackie adivinó que tal vez, con un poco de paciencia, podría convencerla.

—¡Sí!

Lili gritó y le tomó la mano a Martino. Mientras subían los escalones hacia la entrada del edificio le reveló sus últimos descubrimientos cinematográficos, empezando por «las otras» películas de Orson Welles.

—Al hablar de «otras» me refiero a todo lo que no es *El ciudadano Kane* —reflexionó la niña tocando el timbre con insistencia—. Tú, que eres cinéfilo, me vas a entender.

—¿Qué películas viste? —le preguntó Martino, entusiasmado—. ¿Viste *Sed de mal*?

—¡No! Papá dice que no es adecuada para mi edad, aunque él tampoco la ha visto —le contó Lili con la desilusión marcada en la cara—. Solo me dejaron ver *Los magníficos Ambersons* y *La dama de Shanghái*, que me fascinó.

—*La dama de Shanghái* es maravillosa, a mí también me impresionó mucho cuando la vi.

Lili lo miró con asombro. La puerta se abrió y se asomó Alicia. Al ver a Martino junto a Lili, agachó la vista, sorprendida.

—Buenos días, Alicia —la saludó el detective.

La niña ignoró a su niñera, sujetó con fuerza la mano de Martino y lo guio hacia el departamento.

—¡Lili, a lavarse las manos y a almorzar! —le ordenó su madre.

Agatha intercambió una fría mirada con Alicia y avanzó hacia el departamento sin dirigirle la palabra a Jackie, que caminaba tras ella.

—Si es sobre Stefania, ya le dije todo lo que sé —cortó la conversación.

Agatha se escabulló hacia la cocina. Aunque nadie la hizo pasar, Jackie la siguió. Alicia se quedó en la sala vigilando la conversación de Martino con Lili en el patio interior.

—Señora Agatha, en estas situaciones siempre prefiero ser directa. Le voy a hacer una pregunta y me gustaría que su respuesta fuera clara —le dijo Jackie en la cocina, tratando de que su voz no se escuchara desde el patio—. ¿Por qué no nos contó que su marido tenía una aventura con Stefania Lenzi?

Agatha LeMoigne se quedó quieta, de espaldas a la sargento, con las manos abiertas sobre el mesón de mármol de la cocina y los ojos hinchados por el llanto reprimido.

* * *

—¿Quién te pegó lo cinéfilo? —le preguntó Lili a Martino en el patio interior.

Martino vio que Alicia los vigilaba a través de la ventana del comedor.

—El otro día leí en un reportaje que la cinefilia se pega, igual que el covid —le contó Lili. —¿Ya tuviste covid?

—Sí, ¿y tú?

—No. Papá dice que soy inmune y que debería ser objeto de estudio —sonrió—. Pero papá siempre exagera. Los franceses son así.

—Puede que tu papá tenga razón.

La niña hizo una pausa y se quedó admirando el perfil del detective bajo el sol del mediodía.

—¿No me vas a contar por qué te gustan las películas, Derek? —le

preguntó Lili, intrigada—. Alguien tiene que haberte contagiado el gusto por el cine clásico.

—Puede ser, puede ser —contestó él, misterioso.

—¿Fue tu papá? —insistió la niña.

Martino lanzó una espontánea carcajada.

—No.

—¿Alguna novia? ¿Un profesor?

El detective negó con la cabeza, incómodo. Miró el cielo bajo los árboles, recortado por las sombras de los edificios, y contuvo la melancolía.

—Fue Ossie —le contó—. Mi novio.

Lili se llevó las manos a los ojos, turbada. Su primera reacción fue de absoluta incredulidad.

—¿Tu novio? ¿Tienes un novio? —lo interrogó, tratando de asimilar la información—. ¿Y por qué no me habías contado que tienes novio?

—Bueno, Lili... Porque...

—¡Qué desilusión! —gruñó la niña, molesta—. Pensé que éramos buenos amigos. ¿Cómo no me contaste que estabas comprometido?

Martino vaciló un segundo, nervioso, sin saber qué decir. Lili movió la cabeza, iracunda, e intentó comprender los motivos, como si se sintiera traicionada en lo más profundo.

—¿Por qué no me dijiste?

—Ossie murió hace casi quince años, Lili.

* * *

Luego de unos minutos de negociación y amenaza, Jackie convenció a Agatha LeMoigne de que cancelara el compromiso que tenía en Chelsea y le dedicara una hora de su preciado tiempo. La mujer tuvo que tragarse los insultos que quería gritarle y terminó por ofrecerle veinte minutos con la condición de que sería la última charla que tendrían sin la presencia de un abogado. Aunque Jackie estaba acostumbrada a esa clase de demandas, en este caso le pareció innecesario. Para empezar, nadie la estaba acusando de ningún delito. Ser el engañado en un adulterio podía ser una experiencia dolorosa o hasta indigna, pero no un delito.

Mientras Jackie le explicaba todo sobre el hallazgo de los mensajes

de audio que le había enviado Stefania, Agatha se tragó dos copas de vino blanco. No le ofreció a la sargento. A medida que la trama de la infidelidad de Eric se iba develando ante sus ojos, la pausa entre un sorbo y otro de chardonnay era cada vez menor.

—No lo conté porque soy estúpida. Por eso —le dijo—. No quería perjudicarlo, ¿puede creerlo?

—Sí, puedo.

—Con ese mensaje de audio que me dejó Stefania confirmé todas mis sospechas —reconoció Agatha—. Pero sabía que se acostaban. Lo sabía desde hacía tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió la sargento.

—No sé, no me acuerdo. ¿Qué importancia tiene? —reaccionó, altanera—. Escúcheme, si va a acusarme de algo mejor hágalo ahora mismo, no perdamos el tiempo.

—¿De qué podría acusarla? ¿De ocultar información para proteger a su marido? ¿Qué esposa no lo ha hecho alguna vez? —Jackie vaciló, en una pausa estratégica para ganarse la confianza herida de la señora LeMoigne—. Lo que me interesa es saber cómo se inició la relación de su marido con Stefania.

—Eso tendría que preguntárselo a él.

—Se lo estoy preguntando a usted.

Agatha tragó saliva, molesta. La sargento le sostuvo la mirada, sin ceder, aunque tratando de parecer empática. La mujer suspiró dos veces y pareció resignarse a la verdad incómoda, como si fuera inevitable seguir escondiéndola.

—Por detalles. Así me enteré —reconoció en voz baja, avergonzada —. Siempre son detalles, ¿se ha dado cuenta?

Jackie no se movió. Permaneció quieta, en silencio, alerta. No quería manifestar reacción alguna al relato de la testigo. No quería comprometer sus propias experiencias o su memoria emotiva ni tampoco que percibiera la súbita angustia en su pecho, el aliento quebrado, los ojos mustios.

—Claro que sí. Claro que se ha dado cuenta —la adivinó Agatha—. Los detalles siempre traicionan a los mentirosos. Primero los vieron en el Crosby. ¿Puede creerlo? ¡El bar del hotel Crosby, aquí, a cinco cuadras! Después empezaron los rumores y, claro, la negación. Negar

hasta la muerte, eso es lo que hacen los hombres en estas situaciones.

Negar hasta la muerte.

En el acto, Jackie quiso borrar el pensamiento de su memoria. Trató de reemplazarlo con antecedentes de la víctima, detalles obsesivos de la autopsia, pero no lo logró.

Negar hasta la muerte.

—Cuando se lo pregunté, se ofendió —siguió Agatha—. Me dijo que padecía de una desconfianza histérica, eso me dijo, que necesitaba sumar a mi terapia un día más a la semana porque estaba desregulada, igual que Lili. Lo esperé a que volviera de una cena para enfrentarlo. Mirándolo a la cara le pregunté por el Crosby y no se le movió ni un pelo. Me dijo que Stef lo había invitado a tomar martinis al Crosby porque necesitaba consejos. Los mismos consejos que antes nos pedía a los dos, ahora eran en privado.

Se detuvo un instante como si fuera a quebrarse y llorar, pero en lugar de hacerlo estiró la mano para alcanzar su copa. Bebió lo que quedaba de vino y siguió:

—¿Me sorprendieron esos mensajes de audio? —se preguntó a sí misma—. No, para nada. Antes de saber que se acostaba con Eric ya conocía a mi querida vecina. Sabía que pasaba mucho tiempo borracha, drogada o ambas cosas. Era capaz de mandar esa clase de mensajes.

—¿Qué drogas consumía? —preguntó Jackie—. ¿Tiene alguna idea?

—No, pero le puedo asegurar que no era marihuana.

—¿La vio cuando volvió de Coachella?

De manera involuntaria, Agatha movió la cabeza y emitió un leve gemido, tratando de esforzarse en el recuerdo.

—Sí, la vi en un evento, al pasar. No sé bien dónde.

—¿Y hablaron de los mensajes? ¿Le dijo algo?

—Por supuesto que no. No era la ocasión.

La puerta de la cocina se abrió de golpe e irrumpió Eric, apurado, con un bolso deportivo al hombro y un batido de proteína en la otra. Jackie lo miró de la cabeza a los pies. Se detuvo en especial en los guantes de entrenamiento que todavía llevaba puestos.

—Ya llegué, perdón por el atraso —dijo al ver a Agatha—. Yo me encargo del almuerzo, ¿no te estaban esperando en la galería?

En ese momento Eric amplió su visión de la cocina y se encontró con la sargento Bravo observándolo junto al mesón.

—Buenas tardes, señor LeMoigne.

Eric apenas levantó las cejas, sin disimular su molestia, buscando la complicidad de su esposa.

—Por favor, no me ponga esa cara —le pidió Jackie con una sonrisa —. Yo también estoy muy contenta de verlo.

—Esto no puede ser, es inaceptable —se quejó—. Voy a llamar a mi abogado.

—Solo vino a hacerme unas preguntas —le dijo Agatha para calmarlo.

—¡No tenemos nada más que decir! —exclamó él, a gritos.

Jackie estuvo segura de que el grito se había oído en el patio.

—Yo creo que sí. Ya hablé con su esposa, fueron cinco minutos —se concentró en domesticarlo—. Ahora me gustaría hacer lo mismo con usted.

—Estamos ocupados, ¿no se da cuenta? —se excusó.

—Ya cancelé lo de la galería —le anunció Agatha mientras terminaba de ordenar los contenedores reciclables del Dig Inn en una bandeja, junto a cubiertos, servilletas y una botellita de agua—. Voy a llevarle esto a Lili.

Agatha respiró con resignación y salió sin mirar a Eric.

—La escucho, detective.

Jackie asintió con la cabeza y en ese momento tuvo la certeza de que ese era el aspecto más incómodo de su profesión, la búsqueda incansable de las palabras adecuadas. Nunca estaba segura de cuán expresiva debía ser con los testigos, en especial con los familiares y conocidos de las víctimas. Por lo general su método era priorizar la información, el qué, por sobre las formas, el cómo, pero a menudo se encontraba en situaciones donde se requería la mayor delicadeza. Considerando los antecedentes de Eric LeMoigne, no era una de esas situaciones. Por el contrario, con él decidió ser directa.

—Me imagino que sabe, o por lo menos sospecha, el motivo de esta visita.

—No tengo ni la menor idea.

—Qué lástima, señor LeMoigne. De verdad lo siento mucho.

—Puede llamarme Eric. ¿Qué le da tanta lástima?

—La mentira. Comprobar que los testigos de un crimen tan espantoso como el de Stefania pueden ocultar datos tan importantes, eso también me da lástima —lo miró a los ojos para verificar cuáles eran sus habilidades como mentiroso—. ¿En serio no se le ocurre qué hago aquí?

—Por favor, señora, ¿a qué está jugando? —se defendió.

—No estoy jugando. Es usted el que parece incapaz de tomarle el peso al homicidio que se cometió a metros de su departamento.

—Lo siento mucho.

—Si lo siente tanto, ¿por qué no me contó que era amante de la víctima?

Los ojos de Eric se congelaron en sus cuencas y se quedaron así por un buen rato. Jackie no midió el paso del tiempo ni interrumpió la reacción de su entrevistado. Mienten, pensó. Todos mienten y mentirán siempre. Prometen que van a decir la verdad porque son personas decentes, hombres y mujeres bien criados, de familia, seres nobles que jamás omitirían una verdad, por insignificante que sea, menos en un delito tan brutal, un crimen macabro, inhumano, una pesadilla cuya sola idea les parece repulsiva. Cuando mienten ponen las mismas caras de sufrimiento: bocas hacia abajo, ojos semi cerrados, cejas arqueadas. Al recordar a las víctimas se quedan quietos, en silencio, traumatizados, concentrándose en un punto fijo para dar cuenta del shock, de la violencia, del horror.

* * *

En menos de diez minutos, Eric LeMoigne se disculpó por haber mentido y le contó a Jackie la historia completa.

Stefania había llegado al edificio ubicado en el número 42 de la calle King hacía seis años, en pleno invierno, durante una tormenta de nieve. Tenía apenas una maleta mediana y una mochila al hombro, no contaba con botas ni abrigo térmico, fundamentales para enfrentar los días bajo cero en las calles congeladas. Tampoco sabía que la calefacción del primer piso necesitaba un ajuste de emergencia. No le importaban el frío ni las heladas. Necesitaba mudarse lo antes posible porque había tenido problemas en su departamento anterior, en el East

Village.

Eric se la encontró en el recibo mientras trasladaba su equipaje. Tenía pocas cosas, casi nada para una chica tan joven. Cuando él le dijo su nombre y apellido, ella lo invitó en francés a tomar algo a su departamento, en parte para darle las gracias por la bienvenida y también para conocerse mejor. A Eric la invitación le pareció prematura, pero luego recordó cómo eran los jóvenes europeos y se vio a sí mismo reflejado en la actitud de la chica, sin miedo y por completo desinhibida. Eric recordó que antes de conocer a Agatha y mudarse a Estados Unidos él también había sido un joven europeo, guapo y sin inhibiciones.

En el departamento de primer piso bebieron agua mineral importada. Eric la ayudó a conectar el microondas y a desembalar algunas cosas esenciales que necesitaría de manera urgente. En esa primera ocasión le pareció que Stefania era una chica encantadora y amable, muy educada, pero sin las herramientas mínimas para enfrentar el mundo de los adultos. Parecía apenas una niña. Cuando le preguntó a qué se dedicaba, la italiana le había hablado de su trabajo como modelo, el que ejercía desde los trece años, y de las marcas que la auspiciaban. No habló de influencers porque en ese tiempo no lo era, pero nunca le gustó el término. Además, rehuía a toda costa referirse al precio del alquiler del departamento. Decía que ella no se hacía cargo del dinero, que se dedicaba a trabajar y que casi todo lo que ganaba lo administraba su padre, en Italia.

Jackie redactó una nota mental: el *signore* Lenzi.

Eric se paró frente a la puerta de la cocina y vigiló el patio trasero. En la terraza, Martino comía samosas y salmón marroquí con Lili. Desde la sala, Alicia vigiló la cocina. Eric cerró la puerta de golpe y entonces le confesó a Jackie que esa primera vez había sentido una conexión especial con Stefania Lenzi.

—Fue algo eléctrico —dijo con voz profunda—. Como si de pronto nos hubieran conectado a un mismo sistema. Al principio reprimí como pude lo que sentía, y funcionó. Para aliviarme tuve la mala idea de contárselo a Ian. Mi amigo Ian Wishman, de Solace.

—Entonces Stefania le gustó desde que llegó a vivir al departamento de abajo —precisó Jackie.

—No solo me gustó, creo que ese día me enamoré de ella.

—Y nunca pasó nada entre ustedes, hasta que...

Jackie se quedó esperando a que él completara la frase con más información sobre el romance, pero Eric enmudeció. De nuevo la vista fija en ninguna parte, el aire meditabundo que le sentaba tan bien a su idea de misterio, la respiración profunda y sentida.

—Ian me aconsejó que hablara con Stef —recordó—. Tenía que contarle lo que estaba sintiendo por ella. Así que un día junté la fuerza y lo hice.

—¿Cómo reaccionó?

—Muy mal. Me dejó hablando solo. Desapareció por varios días. Creo que se fue de fiesta con sus amigas o algo así. No me respondía las llamadas ni los mensajes y yo, en el fondo, la entendí. No quería presionar, usted sabe. Era evidente que la chica necesitaba pensar —Eric hizo una pausa y de pronto en sus labios se dibujó una sonrisa de felicidad, una clase de felicidad que a Jackie le pareció genuina—. Al poco tiempo me llamó para decirme que sentía lo mismo por mí. ¿Se da cuenta? ¡Estábamos enamorados! Lo que había comenzado como una obsesión indecente se estaba transformando en algo real.

—Me imagino que la situación no debe haber sido fácil, considerando la diferencia de edad, la proximidad física y el hecho de que usted está casado, ¿no?

—No es muy inteligente ser amante de la vecina de abajo y dejarla embarazada. Menos si es veintidós años más joven que tú... ¿Eso me está tratando de decir? —preguntó él con resignación—. No fue fácil. Agatha y yo nos queremos mucho, pero hay una parte nuestra, la sexual, que nunca ha funcionado. Ni bien ni mal, simplemente no funciona. Usted se preguntará por qué este hombre me cuenta sus intimidades de manera tan descarnada.

—Puede contarme lo que quiera y como quiera.

—Es probable que, si yo hubiera tenido un matrimonio estable, con una mínima dosis de sexo regular, otra de afecto y algo de comunicación, nunca me hubiera fijado en Stefania Lenzi.

—Entonces la culpa es de su esposa.

—La oportunidad hace al ladrón. Yo tenía absoluto control de mi atracción por Stefania. Sabía qué hacer y qué no hacer para evitarme

los problemas. Pero Agatha empezó a sospechar. Alguien le contó que nos habían visto juntos en un bar y no sé cómo el rumor se encendió en nuestro círculo. Hasta que un día, nos enfrentó.

Jackie trató de recordar a consciencia el testimonio que Agatha le había dado hacía algunos minutos: o había omitido intencionalmente esa parte de la historia o estaban hablando de versiones distintas de una misma película.

—A Stef le habían prestado una casa de veraneo en Rhode Island —continuó él—. Estábamos agotados de vernos por poco tiempo, siempre a escondidas, así que cuando ella propuso escaparnos por unos días, me pareció una excelente idea. Pero Agatha nos siguió y nos encontró juntos. De eso ya han pasado dos años y medio...

Jackie frunció el ceño. Cada vez entendía menos. Eric la observó con suspicacia, tratando de averiguar cuánto sabía.

—Hace dos años empezamos este experimento. ¿Acaso Agatha no se lo dijo?

Jackie negó con la cabeza.

—Cuando mi esposa nos sorprendió, quise terminar de inmediato la relación con Stef, pero... Agatha me pidió que no lo hiciera. Quería abrir nuestro matrimonio —la voz de Eric se escuchó rotunda y definitiva—. Sí, detective, es lo que está pensando.

La sargento tenía la mente en blanco.

—Seguí acostándome con Stefania porque mi esposa me lo pidió.

14

Abres los ojos y te das cuenta de la anomalía. Hay algo que no encaja.

Para tu horror, la esposa ya está despierta con una maleta abierta sobre la cama y una bandeja con el desayuno. Te acosa con preguntas. Que si vas a llevar ropa de playa, que si necesitas sandalias, que si piensas comprar algo en el aeropuerto. No sueles viajar por trabajo, pero en el último tiempo y por desesperación has comenzado a inventar estas salidas ocasionales a otros Estados, como Florida o Portland. Es la tercera vez que haces los viajes imaginarios, viajes que nunca llegan más allá del límite estatal de Nueva York, y aunque ella desconfíe y te mire con ojos insolentes, no puede evitarlo. Quiere creerte. La pobre necesita creerte, o su total existencia se viene abajo. Basta que se agote tu paciencia, que un día despiertes malhumorado o que la barrita de poder llegue a cero para que la esposa de los eternos suspiros y el desayuno perfecto se haga añicos. Por eso los huevos revueltos con tocino, por eso las camisas planchadas que no usarás (y que tendrás que arrugar antes de tu regreso, no olvidar), por eso la selección de corbatas, como si en Florida alguien usara corbata, piensas. «Como te ven, te tratan», te recuerda mil veces antes de que puedas callarla. Por eso la devoción absoluta hacia tu persona y ese afán de desvivirse por cada cosa que dices o haces. Mientras habla sin parar no puedes dejar de pensar en el quimérico Lower East Side, el escenario de tus inminentes fantasías.

Te da un sermón y quedas exhausto. La esposa tiene esa habilidad, la de agotarte con poquísimo esfuerzo. Un momento oyendo su voz chillona, sus palabras de aliento extraídas del último best seller de autoayuda reseñado en el Times *y ya estás devastado, aburrido hasta la muerte. Logras un poco de soledad al encerrarte en el baño. Te miras al espejo. Te afeitas con cuidado y de inmediato logras sentirte más joven. Unos cinco o seis años más joven, lo cual es bastante. Te quitas el pijama, te tocas la grasa del abdomen, te acomodas los genitales. No hay problema. Estás delgado y tus testículos guardan líquido seminal para las peripecias del Lower East Side. Bajo la ducha caliente ves de nuevo a Stef. El color de la carne bajo su piel*

es de un anaranjado pálido que nunca habías apreciado. Al menos no lo notaste el día de su muerte. Es un color que vive en tu memoria, la de las cosas eternas. También se te aparece la puta atrevida de Preston Zane, pero esa no es eterna, es tu craso error, tu vergüenza y tu tropiezo. ¿Por qué piensas en él? Decides que en esta ocasión no te vas a autoboicotear, como de costumbre; no dejarás que los fracasos por error de cálculo ni los malos pensamientos te nublen la perspectiva. Estás perfecto, listo y dispuesto para emprender la nueva travesía.

De a poco el agua limpia tus pensamientos y te enfría las ansias que no te dejan en paz desde hace tantas semanas. Quieres que los minutos pasen lo más rápido posible. Necesitas salir cuanto antes de la casa, abandonar el vecindario, dejar atrás este lado para sumergirte en el otro. Pero tu extrañeza va en aumento: sigues percibiendo los síntomas de la anomalía en casi todo lo que ves. Los colores no son los mismos. Puede que en este caso sea la luz, el día está nublado y todo se ve pálido, a punto de morir. Hay algo, además, en la actitud de la esposa, un tono enigmático en sus palabras que te inquieta desde temprano. Por ejemplo, no te pregunta por qué no has tocado los huevos con tocino ni a qué hora sale tu vuelo a Miami, detalle que te ha parecido extrañísimo en ella, considerando el pánico que le tiene a los aviones y lo histérica que se pone cuando algún conocido tiene que subirse a uno. Tampoco te pidió el contacto del hotel donde vas a quedarte, aunque ese detalle lo tienes clarísimo: el Intercontinental del Doral, cerca de todos los lugares de las reuniones que tienes programadas. Cuando llegas a la puerta de la casa te despides de las niñas. Con la intención de escapar cuanto antes, besas a la esposa rápido en la cara, pero te sujeta el brazo y con la habilidad de un pulpo te arrastra hacia ella para besarte en los labios, a la fuerza. Sientes el roce de su boca y algo agrio en su gesto, un detalle que te estremece porque sabes que no es natural. Presientes de pronto la calamidad, la hueles en el ambiente, en los colores trágicos que iluminan la sala de tu casa, pero no vas a permitir que nadie te arruine el paseo por el Lower East Side. Ni esa mujercita quejumbrosa que no te suelta la mano ni sus hijas anodinas, nadie te va a echar a perder el plan.

Te pregunta si piensas dejarla así. No sabes a qué se refiere, por eso te callas. Te exige que le expliques dónde piensas ir porque ya lo sabe todo. Te encoges de hombros, no quieres conflicto. Ahora no. Te pregunta cómo

puedes ser tan descarado y no sabes qué decirle. Las niñas se ponen a llorar porque la esposa grita y solloza un poco para advertirte que por casualidad *encontró un correo electrónico con el depósito de dos mil dólares que pagaste para la reserva de un departamento en la ciudad justo este fin de semana. En la calle Eldridge, en el Lower East Side. Algo se recoge en tu interior. No entiendes cómo alguien encuentra* por casualidad *un correo electrónico ajeno. Una vez más esa mujer está jugando con tu sistema nervioso, pero ahora no lo va a conseguir. No se va a salir con la suya. Ignórala. Ignórala y sal de esa casa ahora. No mires atrás. Se acabó, ya no te queda alternativa. No vas a volver a cruzar esa puerta. Que se pudra con sus hijas, es muy probable que ni sean tuyas. Lo único que importa es que no vas a mirar atrás. Desde este momento piensas que el otro lado se derrumba, tu matrimonio ya no existe. Ni los llantos de la esposa pulpo ni sus violentos alaridos convertidos en mensajes de audio van a hacerte cambiar de opinión*.

Eres un hombre nuevo.

Eres un hombre libre.

* * *

—Es un hombre blanco.

Los periodistas estaban tiesos escuchando a Jackie, esperando una pausa en la declaración oficial para interrumpir con sus preguntas.

—De entre treinta y cinco a cuarenta y cinco años, cabello oscuro ondulado y ojos claros, de un metro ochenta de estatura y contextura atlética.

Jackie levantó la mirada para vigilar la atención de la prensa. Todos estaban ansiosos por saber más.

—Al verificarse la presencia del mismo ADN en los departamentos de ambas víctimas, se puede establecer un perfil criminal común —explicó con tono neutro, evitando los ojos del jefe Sarrazin, que estaba de pie junto a ella, vigilándola—. Un asesino meticuloso y con marcadas intenciones ritualísticas que podría llevar meses o años dedicado a la preparación de estos ataques.

Dos reporteras jóvenes de la primera fila se miraron con espanto.

—Es posible que este hombre trabaje en las sombras, que tenga una familia, un trabajo y una vida en otra ciudad, lejos de sus crímenes —

advirtió Jackie—. También es probable que a veces actúe por impulso, sin ningún control, como lo hizo en el caso de la segunda víctima, Preston Zane, quien logró sobrevivir al ataque y...

—Ya tienen algún sospechoso, me imagino —interrumpió una voz femenina gastada.

Sarrazin observó hacia la sala y palideció. Entre las cabezas de la prensa, Jackie logró distinguir la alba y frondosa de Eugenia Tillmans, una vieja conocida del Departamento de Homicidios que actualmente se desempeñaba como editora del *Downtown Now*, un noticiario digital alternativo que nadie leía.

—No hay sospechosos —concluyó Jackie, observando a la periodista.

—Pero las dos víctimas son influencers y eran representados por la misma agencia —insistió Eugenia.

—Solo Stefania Lenzi —precisó la sargento, cortante—. Pero no nos adelantemos, por ahora el perfil criminal es el que comenté y les voy a pedir máxima discreción y responsabilidad en sus respectivos medios a la hora de apresurar conclusiones o de alentar la investigación ciudadana o de...

—¿La policía de Nueva York nos pide que dejemos de hacer nuestro trabajo? —le preguntó Eugenia para luego dirigirse a los demás—. Espero que alguien esté grabando esta declaración, colegas.

—Por favor, Eugenia, estoy pidiendo que no promuevas el pánico en la ciudadanía, nada más —le dijo Jackie, tragándose la rabia—. ¿O eso es lo que quieres?, ¿sembrar el terror para ganar clics?

Eugenia Tillmans puso los ojos en blanco, más blancos que su cabellera larga y ondulada, y exhaló con molestia. El resto de sus compañeros guardó silencio, sin sumarse al reclamo.

—¿Tendrían que preocuparse los influencers de la ciudad? —desafió a Jackie, en un último contraataque—. Si yo fuera influencer o mamá de un influencer, ¿debería tener miedo?

Jackie no le respondió. Era inútil seguir perdiendo el tiempo en una discusión con una periodista como Eugenia Tillmans. Con una mirada de desprecio se alejó del micrófono y Sarrazin tomó la palabra para cerrar la conferencia.

***

—Hola, gente. Mi nombre es Casey Winningham y seguro que me conoces como atleta. Pero hoy quiero hablarte como un tipo común y corriente que ha dedicado su vida al deporte. Hoy quiero recomendarte un producto infalible, algo que te va a salvar la vida. O, al menos, hacerla más larga.

Casey se quita la camiseta para revelar su creación, los abdominales perfectos divididos en dos corridas de cinco placas prácticamente idénticas que abarcan desde el pecho inferior hasta el bajo vientre.

—Lo que están viendo es fruto de mucho trabajo y dedicación. Además de muchos baldes de pollo frito y litros de helado de chocolate que no probé, lo reconozco. Esto es el 10-Pack Ab Sculptor®, un concepto revolucionario que va a tallar tus abdominales para que te conviertas en esa obra de arte que siempre soñaste.

Encerrado en la oficina de Jackie, el detective Martino admiró los abdominales de Casey en el video y sintió una mezcla de rabia, envidia y deseo porque los dos tenían la misma edad, y aunque con esfuerzo sobrehumano él también tenía el vientre plano y algo marcado, sus abdominales no podían compararse con los del atleta. No es que le importara demasiado la visión del cuerpo masculino perfecto. Defendía a ultranza las críticas hacia la corporalidad hegemónica con cuya publicidad había sido bombardeada su tierna infancia, adolescencia y juventud, salida del clóset incluida, pero había cierta magia en los abdominales del influencer, algo perturbador en las junturas que se marcaban entre cada una de las diez placas, ordenadas como dos ciempiés gordos y rellenos de músculo. Frustrado, cerró la aplicación y guardó el celular en el bolsillo cuando escuchó un movimiento a sus espaldas. Pasos que lo rodeaban. Giró la cabeza, acelerado, y entonces vio a Laura, la hija mayor de Jackie, de pie en el umbral de la puerta.

—Hola, Derek.

De manera espontánea, lo besó en la mejilla. Martino se preocupó de inmediato.

—¿Qué haces aquí, Laura? ¿Qué pasó?

—Nada. Necesito a mamá. ¿Está contigo o...?

—Está en conferencia. Pero ya deben haber terminado. No te muevas —le ordenó.

Martino avanzó por el pasillo, inquieto. Iba a cruzar hasta la sala de prensa que se encontraba al otro lado del edificio del precinto 9 cuando vio que todos los detectives regresaban a sus labores, también Jackie, que caminaba con el rostro aún enrojecido por la vergüenza de la conferencia. Odiaba tener que enfrentarse a los periodistas, una tarea que siempre le había costado porque desconfiaba de ellos, de todos, y que cumplía solo porque Sarrazin se lo exigía con rigor. El jefe la siguió hasta alcanzarla. Desde la distancia, Martino observó que le decía algo en privado, tal vez una broma o un comentario liviano para quitarle el mal humor. Esperó a que terminaran de hablar y se acercó con discreción.

—Laura está en tu oficina —le dijo al oído.

Jackie frunció el ceño, con súbita alarma, y enfiló sus pasos hacia la oficina. Al final del pasillo vigiló la puerta entreabierta y a su hija en el interior, paseándose ansiosa junto al escritorio.

Entró rápido y cerró la puerta.

—Laura... ¿Por qué no estás en la escuela?

Al verla, Laura respiró hondo, nerviosa. Jackie notó que le costaba articular una frase.

—No fui —asumió con determinación, aunque evitando toparse con los ojos inquisitivos de su madre—. A esta hora puedo venir sin que papá me vea.

La sargento movió la cabeza, sin entender. Su hija se quedó muda por un instante. El contorno de sus ojos se humedeció.

—Papá... —vaciló un segundo mientras reunía la fuerza para seguir hablando—. Papá volvió a las andanzas, mamá.

Entonces, en medio de esa frase entrecortada de su hija, Jackie volvió a sentirlo.

Igual que la primera vez.

Peor que la primera vez.

—Papá lo está haciendo de nuevo, mamá —Laura la atravesó con la mirada mientras modulaba con cuidado cada palabra, como si quisiera cerciorarse de que Jackie entendería a la perfección cada una de ellas —. Con la misma mujer. Esa perra asquerosa de Lydia Randall.

Algo se contrajo en su pecho para generar ese estado, uno que por desgracia ya había transitado. De nuevo la confusión de sensaciones,

todas desagradables, decepcionantes o amargas, aunque en esta ocasión notó un ingrediente distinto en la mezcla. Ahora había rabia y el deseo urgente, casi doloroso, de exterminar el problema de raíz.

—Hace días que ella lo llama en la noche y después se va a la calle. Tienes que confiar en mí, mamá, tengo pruebas, te lo está haciendo de nuevo —Laura se acercó y le tomó las manos, suplicante—. Él juró que nunca más y...

—Tranquila, hija, no te preocupes —acarició sus mejillas e intentó reconfortarla, aunque por dentro quería estallar—. Gracias por venir. ¿Quieres un café o...? ¿Algo para comer?

Estupefacta, Laura se separó de ella y la contempló como si fuera de otro planeta.

—¿No piensas hacer nada? —la interrogó, impresionada—. ¿No lo vas a llamar para saber qué está pasando?

—Ahora estoy ocupada.

—¡No entiendo cómo puedes seguir tan tranquila!

—¿Y qué quieres que haga?

—Que reacciones. La otra vez, cuando todo el mundo se enteró de que papá y esa...

—No quiero hablar de eso, Laura.

Laura arrugó la frente en una mueca de desagrado.

—¡¿Por qué no?!

Jackie mantuvo la vista fija en los ojos de su hija, sin expresar lo que de verdad sentía. Eso hubiera sido peligroso.

—¡Ustedes no quieren hablar, pero yo sí! —insistió Laura—. Si te digo que papá la está viendo de nuevo es porque te quiero, mamá. No me gustaría verte pasar otra vez por lo mismo.

La sargento Bravo deslizó una mano sobre la superficie de su escritorio, como si quisiera limpiar los restos invisibles de algo. Odiaba dar lástima y ese era uno de esos momentos. Laura se acercó un poco más y buscó sus ojos. Jackie no puedo evitarla, levantó la cabeza y se rindió al iris grisáceo metálico de su mirada. Unos ojos fríos y robóticos, como los de su padre. Madre e hija permanecieron un momento examinándose cuando la puerta de la oficina se abrió y se asomó Martino.

—Perdón, perdón, pero... —se excusó antes de oír los reclamos de su

jefa.

—No te preocupes, ya me voy —dijo Laura, alejándose de su madre.

—Laura, espera —Jackie trató de alcanzarla.

—Haz lo que quieras —le advirtió ella, apurada—. Ya cumplí mi parte, tú sabrás lo que haces. Si necesitas algo, cuenta conmigo. Para lo que sea.

Laura giró hacia la puerta, le subió las cejas a Martino en señal de despedida y salió caminando rápido por el pasillo principal del precinto. Colvin y Hayward se asomaron a la oficina, alertas. Jackie no se movió.

—Perdón, pero hay un asunto que tenemos que... —siguió Martino.

—Un asunto que claramente no podía esperar —lo increpó Jackie, acumulando la rabia.

Martino agachó la mirada y fingió una dosis de arrepentimiento que no sentía mientras Solar se sumaba a Colvin y Hayward. Angustiados, los cuatro detectives rodearon a su superiora.

—Disculpe, pensé que su hija ya se había ido —se excusó Martino, mintiendo con descaro, sin rendirse, y tratando de mantener la distancia jerárquica ante sus compañeros—. El laboratorio de informática envió el informe de las pericias en el celular de Stefania.

—¿Hay más amenazas de muerte?

—Por ahora no, pero la chica era influencer, trabajaba con su celular —Colvin no pidió permiso para intervenir—. Hay gigas y gigas de material. Imágenes, audios, videos... Va a tomar varios días clasificarlo todo.

—Los técnicos habían revisado el contenido de todas sus redes sociales —continuó Martino, severo, amedrentando con la mirada a Colvin para que cerrara la boca—. Pero encontraron una red social que no sabíamos que la víctima usaba.

—¿Cuál? —preguntó Jackie, esperando algo definitivo.

—OnlyFans. Tenía una cuenta activa en OnlyFans donde compartía contenido erótico. *On demand*.

* * *

Por orden del fiscal, y en acuerdo con el jefe Sarrazin, Jackie prohibió el ingreso a la sala de reuniones de cualquier persona ajena a la

investigación. Antes de revisar el video, Martino leyó con atención el correo electrónico de advertencia enviado por el Departamento de Informática.

—Máxima confidencialidad. Se sugiere discreción. Imágenes fuertes —repitió Martino, aumentando la expectación en el equipo investigativo y generando toda clase de elucubraciones.

Jackie les exigió a sus detectives que dejaran sus celulares fuera de la sala. Pidió dos litros de café, galletas sin azúcar y una libreta nueva. Cuando estuvo todo preparado le pidió a Martino que proyectara el video.

Martino compartió la pantalla de su computador. En la pared de la sala apareció la grabación enviada por el equipo informático. En el cuadro Jackie enseguida reconoció las albas paredes del departamento de Stefania. Luego de un minuto o algo más de absoluta quietud, de pronto distinguió un movimiento. Alguien, a lo lejos, cruzó el cuadro de un extremo a otro. Lo hacía a tientas y buscando algo a su alrededor, como si estuviera preparándose. Era Stefania.

—Esto es antes del *live* —anunció Martino.

La hora marcada en la grabación: 11.53.

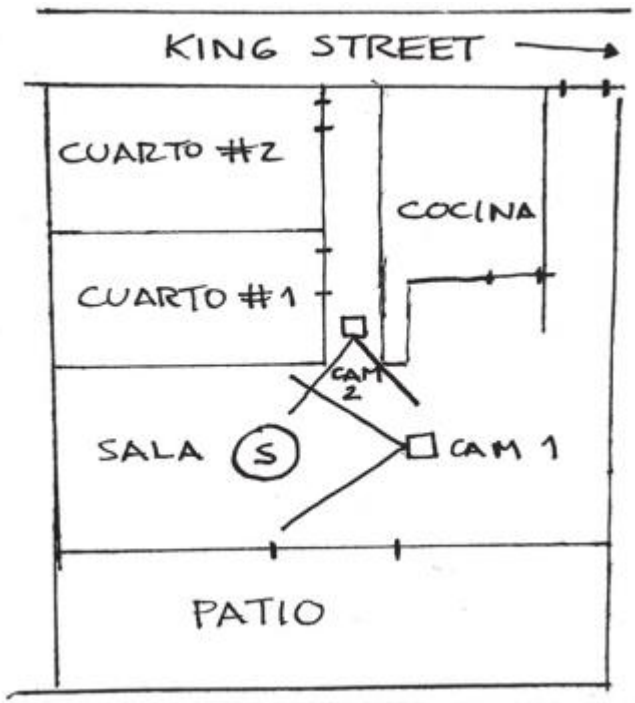
—Son imágenes de otra cámara—confirmó Jackie, examinando los movimientos de la víctima.

Aunque había comenzado a transmitir diez minutos antes, cuando el reloj dio las doce en punto Stefania dio la bienvenida a quienes ya estaban conectados.

—Hola, mi gente, por fin es viernes y estoy feliz porque tengo una sorpresa de último minuto para celebrar el fin de semana. Gracias a los amigos de @ThisIsMySkin voy a regalar tres joyas idénticas a esta. ¿Alguien conoce esta maravilla? Les presento a Gem-Peel, la nueva máquina profesional de *peeling* ultrasónico.

El plano de la segunda cámara registraba a Stefania de perfil. Jackie observó con atención la pantalla e intentó recordar con la mayor exactitud posible la disposición de la sala, las paredes y los muebles del departamento. Al observar el plano proyectado en la pared, pudo calcular que la cámara dos tenía que haber estado escondida en el pasillo, en algún rincón de una pequeña biblioteca que estaba frente al primer dormitorio. El por qué nadie había encontrado la cámara

cuando hicieron el levantamiento del cuerpo y registraron el lugar del crimen era una inquietud molesta y para la que, tarde o temprano, iba a exigir respuestas. Mientras la víctima presentaba el producto a sus seguidores, Jackie dibujó un plano en su libreta de apuntes:



—Con Gem-Peel, de ThisIsMySkin™, los resultados se pueden apreciar... ¡cuarenta y ocho horas después de la primera sesión!

En el video, Stefania hizo un gesto de fastidio y detuvo la grabación por un instante. Miró el celular. El brillo de la pantalla se reflejó en sus ojos. A Jackie le pareció que en la pantalla se veían de un color distinto, más oscuro. Martino congeló la imagen. Stefania estaba ajustando algo en el celular y el plano registraba sus ojos en primerísimo primer plano. En el plano se alcanzaba a reflejar la pantalla del celular, con algunas letras: «...*n rispondere*».

—La llamada misteriosa de «Non rispondere».

—Corresponde a un número privado.

Todo seguía más o menos igual que en el *live* original. Stefania hacía el *unboxing* del producto y comenzaba con la prueba del robot de

peeling en su propio cuerpo. Las diferencias entre ambas perspectivas de los hechos comenzaban unos segundos después, con la segunda llamada telefónica que interrumpía de nuevo la grabación del *live*. Casi al mismo tiempo de esa segunda llamada se escuchaba el sonido del timbre de la puerta. Stefania reaccionaba a la nueva distracción y trataba de fingir ante sus espectadores.

—¿Me esperarían un minuto? Por favor, mil disculpas — su voz ocultaba el nerviosismo, como si adivinara cómo serían los siguientes minutos de su existencia.

El movimiento de la víctima desde la sala hasta la puerta marcaba la primera gran diferencia. En el segundo video, el «alternativo», como lo denominó Jackie en su libreta, Stefania cruzaba la sala para responder el intercomunicador, ubicado en la pared de la entrada. Con esta nueva perspectiva, la cámara alcanzaba a cubrir la conversación. No solo el audio, también la imagen de Stefania, por alguna razón, al borde del colapso.

—¿Quién es?

Se mordió el labio inferior, alterada.

—Estoy trabajando.

Sujetó el auricular del intercomunicador, temblando.

—No tengo tiempo. Lo siento.

Jackie sintió que estaba viendo imágenes prohibidas que hasta la propia víctima ignoraban que existían. ¿Por qué Stefania actuaba como si ignorara que estaba siendo grabada por una segunda cámara? La sargento Bravo no quiso apresurar sus conclusiones, ni siquiera sus reflexiones, pero los tiempos muertos del video estaban aniquilando por completo lo que quedaba de sus nervios. La espera del visitante inesperado era angustiante porque tanto Jackie como sus detectives conocían el final de la historia, sabían lo que pasaría. Tarde o temprano, ocurriría lo inevitable. Sin embargo, esa mañana ninguno de los presentes en la sala de reuniones del precinto 9 estaba preparado para lo que venía.

—¿Alguien te vio? —preguntó Stefania en el video, sujetando el auricular del intercomunicador—. Dime qué quieres... *Per favore*...

Abrió la puerta y con resignación esperó un momento. De pronto la puerta crujió con un golpe seco y se abrió, azotándose contra la pared.

En la sala de reuniones, los detectives abrieron los ojos, como despertando de una pesadilla. En el plano, Stefania se veía de espaldas reflejada en un espejo. Su cabeza cubría el umbral de la puerta.

—Ya te lo advertí, no tengo tiempo —le dijo al desconocido que acababa de entrar—. Lo que tengas que decir es mejor que lo digas ahora.

Otra pausa exasperante. Jackie apuró la respiración, Martino la miró de reojo, atento a sus reacciones. En el recuadro oscuro reflejado en el espejo estaba Stefania de espaldas frente a la puerta, sin moverse, con las manos a cada lado del cuerpo, como un escudo humano.

El sujeto que estaba frente a Stefania era un hombre de estatura mediana. Jackie se fijó en que llevaba un suéter negro, con gorro, parecido al que habían visto antes en las cámaras exteriores. Durante un nuevo instante muerto, el tipo se quedó quieto frente a la víctima. Mientras observaba el video a la sargento Bravo le fue imposible medir el tiempo. Cuando le pareció que nada más iba a ocurrir y que los muchachos de informática se habían equivocado de archivo, todo sucedió en pocos segundos, al mismo tiempo. El sospechoso se lanzó sobre Stefania para tocarla.

—¿Qué estás haciendo?

Stefania lo empujó. El sujeto insistió, sus manos la agarraron por los brazos y la empujaron contra la pared. La víctima gritó y luego corrió por el pasillo hacia el interior del departamento. Sin revelar su rostro ni decir palabra, con absoluta calma el agresor avanzó hasta ella y la alcanzó en la sala. Stefania cayó al suelo de espaldas y en ese instante levantó la cabeza hacia la segunda cámara. Siempre de espaldas, el sujeto giró despacio la cabeza. Unos segundos después, la cámara fue removida de su escondite. Alguien, con casi certeza el asesino, la sostuvo durante el resto de la grabación. Lo que sigue es un registro en detalle de la tortura, agonía y muerte de Stefania Lenzi, con un especial y macabro énfasis en el daño infligido a su rostro a través del robot denominado Gem-Peel.

En sus treinta años como detective, Jackie Bravo nunca había visto ese nivel de crueldad y ensañamiento.

Cuando ya no aguantó más, le dio la espalda a la pared donde se proyectaba el sufrimiento de Stefania. Empuñó las manos y reprimió

un grito. Algo se retorció en su interior. Su celular sonó en el bolsillo. Miró la pantalla. Le había llegado un mensaje de un número desconocido.

No dejes de mirar

Un escalofrío recorrió de pies a cabeza el cuerpo de la sargento Bravo para alojarse en su zona lumbar. Giró la cabeza y en la pantalla vio en primerísimo primer plano cómo la piel de la mejilla de Stefania crepitaba al paso ardiente del robot dermatológico.

15

¿Será esta tu última vez? ¿Cuánto tiempo te queda en el noble oficio? ¿Horas, días, décadas? ¿Cuántas víctimas existen desde este segundo exacto hasta el final?

No deberías quejarte (y mucho menos pensar en el último tramo de tu aventura), pero lo haces igual. Es inevitable: te gusta gozar y sufrir con las mismas ganas inconmensurables, tan difíciles de satisfacer por completo. Cuando llegas al Lower East Side las ansias te están devorando los sesos. Puedes percibir su latido en el cráneo, bebiendo de tus pensamientos como si fuera su alimento. Apenas entras al simpático y discreto departamentito de la calle Eldridge, abres la maleta y sacas las botellas. Ahora ya sabes que todo va a estar bien. Te tomas un tercio de whisky para empezar a aturdirte un poco. El alcohol te relaja casi de inmediato, es un milagro y lo bendices por eso. Como un gato te estiras en la cama mientras imaginas las perversiones que más tarde ocurrirán sobre ella. Te das una ducha rápida para despejar la mente y empezar a funcionar. Te paras empapado frente al espejo. Lloras mirándote a los ojos, no sabes bien por qué, pero no se siente mal. Piensas en el otro lado (la casa, la esposa, las niñas olorosas) en el mismo segundo en que suena el celular y el rostro sonriente y bonachón de la esposa ocupa la pantalla completa. No contestas. Seguro que te va a dejar un mensaje interminable que te encargarás de borrar sin oír jamás ni que ignorarlo te importe demasiado. Así es tu vida al otro lado: puede existir o no.

Tienes tantos detalles para verificar que no sabes con exactitud por dónde deberías partir. Te sientas en el comedor y observas el movimiento de la calle Eldridge. Te gusta adivinar qué hay detrás de las ventanas de los edificios. Te preguntas quiénes vivirán al otro lado.

¿Cuántos serán felices?

¿Cuántos estarán teniendo sexo en este mismo instante?

¿Cuántos estarán matando?

Te quedas desnudo y mojado frente a la ventana. Las gotas de agua te caen del pelo y aunque hace frío, no lo sientes. No sientes nada y eso está

bien. Esa es la idea de todo esto.

«Se te olvidó el cargador del celular y las corbatas», te escribe la esposa con emojis de aviones, palmeras y tablas de surf.

Buscas el celular en la mochila. Tienes ochenta y cuatro por ciento de batería.

Cuando abres Instagram lo primero que aparece ahora ya no es el rostro hundido de la esposa, sino la belleza atrevida, exótica e incómoda de tu nuevo objeto del deseo, llamado simplemente @veradosamantesoficial.

«Para ti. Juntas por siempre», escribió en su última publicación de Instagram.

En la foto que acompaña el texto tan emotivo se ve a Stef y Vera de frente, serias pero juguetonas, mirándose a los ojos. La imagen te perturba un poco, pero sin duda también te ayuda a aclarar tus pensamientos.

Ya sabes por dónde empezar.

* * *

Por suerte no había tenido tiempo para las reflexiones. La falta de sueño y el repentino exceso de información sobre el caso la tenían mareada, dudosa y con un incipiente ataque de colon que estaba tratando de ignorar. Un plato de pollo con arroz y unas cuantas horas de sueño podían solucionarlo todo, pensó Jackie Bravo mientras estacionaba el auto frente a la casa. Eran pasadas las ocho de la noche cuando la puerta de entrada se abrió y se asomaron corriendo Ricky y Tony, los dos sorprendidos porque había vuelto temprano.

—Voy a cocinar algo rico —prometió bajándose del auto.

—Yo te ayudo, mamá —le ofreció Tony mientras la besaba en la mejilla.

—Yo también —Ricky no se quedó atrás y la ayudó a cargar la mochila con el computador y los archivos impresos que le gustaba coleccionar.

—¿Laura ya volvió? —preguntó mirando hacia el interior de la casa, justo cuando su hija mayor se asomaba con los ojos irritados y el celular en la mano.

—Solo falta papá —con la mirada fulminó a su madre.

Jackie sonrió para disimular el estado de su hija y distraer la atención de los otros dos. A veces Ricky y Tony podían ser muy

inmaduros, el ejemplo clásico del adolescente sobreexcitado y egoísta, pero los dos conocían bien los códigos de comunicación cifrada que tenía con Laura. Sabían que entre madre e hija existía un mundo al que los hermanos no podían ingresar. Antes de subir a su habitación a cambiarse de ropa, Jackie les pidió que pusieran agua en el hervidor y que empezaran a picar cebolla y tomate porque pensaba preparar una salsa para los espaguetis. Cuando los hermanos salieron y se quedaron solas, Laura se acercó a su madre y aguantó como pudo las ganas que tenía de gritar y llorar con ira.

—Papá salió hace dos horas —acusó en voz baja para que sus hermanos no oyeran—. Yo sé que está con ella.

—Cálmate, Laura, por favor —le pidió—. No sigas pensando en eso, ya basta.

Laura la miró con resentimiento y avanzó hacia la casa, enojada. Jackie cerró los ojos y recién entonces la revelación de esa mañana le empezó a doler de verdad. Trató de buscar pistas falsas, causas atenuantes o detalles que sirvieran para calificar la situación como un malentendido, una sumatoria de factores interpretados de la manera equivocada. Entre otras cosas recordó, por ejemplo, que Laura sufría desde pequeña de los nervios. Tenía cierta tendencia a exagerar algunos asuntos y a ahogarse en un vaso de agua en las situaciones más absurdas. Además, con los años no había logrado recuperarse de lo ocurrido en la fiesta de Año Nuevo del Departamento de Policía, un escándalo que le había costado bromas de mal gusto en la escuela y entre los hijos de policías. También pensó en las promesas incumplidas, en todas esas ocasiones en que Adam había recordado el incidente con Lydia Randall para enseguida reafirmar su juramento de nunca más volver a hacerle daño a su familia. Su tropiezo, así lo llamaba, en un ataque de sinceridad cursi que a Jackie le provocaba un dolor punzante en la boca del estómago.

No tenía tiempo ni ganas para destinos melodramáticos, menos si el galán en disputa había perdido el misterio para ella. Si Laura tenía razón y Adam había vuelto a acostarse con Lydia Randall, Jackie sabía a la perfección cuáles serían los pasos para seguir. Los había imaginado muchas veces, en las más diversas circunstancias. Podía repetir cada una de las palabras de su declaración tan sentida, todos

los llantos contenidos y los eternos reproches memorizados en sus desvelos, en ese silencio amargo de la cama que con Adam nunca se atrevieron a dejar de compartir, ni en los peores momentos, como cuando Jackie se pasaba la noche en vela repitiendo una y otra vez la misma pregunta: «¿Cuál de estos olores será el de Lydia Randall?».

Ahora no pensaba perder ni gastar nada. Ni una sola lágrima. Ni un momento de mal humor. Ni siquiera estaba dispuesta a sufrir un dolor de cabeza, nada en absoluto por ese sufrimiento ridículo y sin sentido que ya había experimentado una vez y cuyas consecuencias habían sido desastrosas. Primero, necesitaba confirmar la información sobre Adam y Lydia, lo cual, conociendo a su marido, no sería complicado. Y luego, si los resultados eran afirmativos, tenía que cumplir el juramento que se hizo a sí misma cuando aceptó seguir adelante con su matrimonio, abrir las puertas de la casa y guardar silencio.

Adam llegó una hora después y con un humor extraño. Jackie lo notó de inmediato. Era sorprendente y hasta un poco incómodo comprobar que lo conocía tanto, hasta en sus mínimos disfraces. Estaba distante, hablando por teléfono en voz alta, como fingiendo que era un hombre importante al final de un día ocupado. Cuando entró saludó a los niños, le dio un beso en la mejilla sin hacer ningún comentario sobre su presencia en la casa tan temprano y luego volvió al celular a revisar algo. Jackie sabía lo que se ocultaba detrás de esa máscara: pura culpa.

A la hora de la cena hubo risas, recuerdos insulsos sobre unas vacaciones pasadas, un chiste malo y, por suerte, nada sobre la investigación policial que conducía Jackie. Adam intentó preguntar un detalle escabroso sobre la muerte de Stefania, pero ella le dio una discreta mirada de corrección y desvió su interés para que entendiera que no quería ni podía hablar del asunto. Menos delante de los niños, aunque ninguno de los tres ya fuera tan niño.

Durante la cena Laura no abrió la boca, salvo para tragar la pasta napolitana que Jackie había preparado con la ayuda de Ricky y Tony y para emitir algún monosílabo de vez en cuando.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Adam—. ¿Tienes algún problema?

Laura negó con la cabeza y pidió permiso para levantarse. No se

sentía bien. Jackie colaboró en la excusa, echándole la culpa a los exámenes semestrales en la universidad. Laura salió sin dejar de vigilar a Jackie de reojo. Tony y Ricky conversaron un rato más con sus padres para luego subir a sus dormitorios.

Cuando ella y su esposo se quedaron solos, la sargento sintió que el peso del cansancio, la tensión y los nervios se le venían encima, todo al mismo tiempo. De un segundo a otro, le pareció que la vida doméstica era insoportable, que la casa de Richmond Hill les había quedado demasiado pequeña y que no había existido ni un solo momento en su día que valiera la pena. Trató de buscar algo de felicidad o alguna sensación parecida al goce, pero no encontró nada. Pensó en Stefania y Preston y en ese enfermo que le quitaba sus horas de sueño, el maldito asesino de influencers.

Miró hacia atrás con nostalgia y se acordó de los tiempos en que volver a casa con sus hijos después de un día en el precinto representaba una bocanada de felicidad instantánea que hacía que todo lo demás no importara. Pero eso ya no sucedía. Seguía adorando a sus retoños, como siempre, estaba orgullosa de cada uno de ellos y daría la vida por cualquiera de los tres, pero no podía engañarse. Habían crecido y ya nada era lo mismo.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Jackie.

—¿Tú tomando cerveza? —reaccionó Adam.

—¿Quieres?

—Está bien. ¿Pasa algo?

—Quizá. Depende.

—¿Depende de qué?

—¿Es verdad que te estás acostando de nuevo con esa mujer?

Al instante y en un gesto de retorcida belleza, el rostro de Adam Bravo se contrajo en una mueca. Jackie lo contempló y por un segundo gozó de su instantánea confusión, su incapacidad para entender el terreno que estaba pisando, un defecto que, por desgracia, se proyectaba en casi todos los aspectos de su existencia. Adam vivía desprevenido: o no sabía, o no le habían avisado a tiempo, o no estaba preparado, o había un error. Siempre le faltaba tiempo, energía, suerte o todas las anteriores, pero vivía con excusas para todo.

—No, Adam, eso sí que no —le pidió ella, alejándose—. Cualquier

cosa, pero no me pongas esas caras porque ya las conozco. Te hice una pregunta muy simple.

—No, Jackie. No es verdad.

Se le cortó el aire. Trató de inhalar y llenar los pulmones, pero algo se lo impidió.

—No haría algo así.

—Ya lo hiciste.

—Te prometo que no, Jackie. No quiero más peleas, mi amor.

—Yo tampoco.

—¿Entonces podemos irnos a la cama, abrazarnos fuerte y cerrar los ojos hasta mañana? No quiero nada más.

Mientras se imaginaba en la cama haciendo todas estas cosas con él, por un instante le creyó.

* * *

—Es un sádico.

La voz de la sargento se coló entre la lluvia matutina que caía sobre el techo de la terraza de su casa.

—En los treinta años que llevo observando la miseria humana, pocas veces he visto algo así. Mata por placer, como los asesinos de antes.

En la cocina, Adam se quedó inmóvil con una taza de café humeante en la mano mientras la lluvia escurría pesada. Esperando alguna reacción de Martino al teléfono, Jackie se percató de que su marido la estaba escuchando a través de la ventana.

Al otro lado de la línea telefónica, Martino peleó con la cafetera de la oficina.

—Es una bestia —sentenció, indignado.

—Es más peligroso que una bestia porque tiene ego, un ego enorme que al final lo va a traicionar, te apuesto —aseguró Jackie—. En el fondo, lo único que este infeliz busca con sus crímenes es atención.

—Todos buscamos lo mismo —la desafió—. Incluso los que no tienen redes sociales. Pero una cosa es contar tus likes y otra es matar pensando que tus crímenes son obras de arte.

Jackie meditó unos segundos.

—Tiene un lado artístico, es cierto, pero si lo analizamos bien es bastante técnico en su preparación —contempló la lluvia

acumulándose en el pasto del jardín y respiró el aire helado de la mañana—. No le bastó con matar a Stefania, además se dio el gusto de instalar esa segunda cámara para transmitir en vivo el asesinato.

—También hackeó su cuenta de Instagram —agregó él.

—¿Ya tenemos los nombres de los que pagaron por la segunda cámara?

—Solo sus perfiles en OnlyFans, pero no te preocupes, que los vamos a encontrar —prometió Martino.

Mientras revolvía con cuidado el café se sentó frente a su computadora y la abrió.

—Hay que estar muy perturbado para pagar por algo así —dijo Jackie—. Pero no te miento, estoy molesta conmigo misma porque no entiendo qué hicimos mal. ¿Por qué no encontramos la segunda cámara en la escena del crimen?

—Porque alguien la sacó antes de que llegáramos —afirmó Martino —. Alguien que tenía acceso directo al departamento de Stefania.

—A ver, Martino. Sin adivinanzas: ¿en cuál de los vecinos estás pensando?

Jackie repasó en su mente a cada uno de los residentes del edificio. Al otro lado de la línea, Martino se quedó mudo.

—Derek Martino, ¿estás ahí?

—Sí...

Martino había revisado su cuenta de Gmail y abierto un correo electrónico proveniente del Departamento de Informática de la Policía de Nueva York.

—¿Me escuchas?

—Jackie... Será mejor que vengas cuanto antes.

Jackie avanzó hacia la cocina, temiendo lo peor. ¿Qué podría ser lo peor?, se preguntó. Adam seguía adormilado bebiendo café y mirándola con ganas de saber detalles de la investigación.

—¿Qué pasó? —insistió Jackie, al teléfono—. Te escucho.

Otra pausa.

—De informática... —iba a decir algo, pero la impresión lo enmudeció—. Acaban de mandar... otro video.

—¿Qué video?

—Otro video *on demand* que encontraron en el OnlyFans de Stefania.

—¿Ya lo viste?

—Lo estoy abriendo mientras hablo contigo.

—Dime qué es.

Martino hizo una pausa que a Jackie le pareció eterna y fuera de lugar.

—Es mejor que vengas ahora, Jackie.

Sin despedirse de Adam ni de los hijos, la sargento cruzó hacia la sala y buscó las llaves de su auto.

—Es un video sexual —le advirtió Martino—. Esto es grande, Jackie... En estas imágenes está el asesino.

Cuando se subió al auto, encendió el motor y le pidió a Martino que le describiera en detalle todo lo que aparecía en la pantalla de su computador.

16

Vera está fría, sus músculos están aún despertando y no se atreve a empezar a grabar la parte *aesthetic* del video por miedo a lesionarse. El *coach* es un serbio enorme que la excita un poco cuando se lo presentan, pero después lo ve escupir y ya no le gusta nada. Tiene unos pantalones ajustados sin ropa interior y cuando salta para enseñarle un *burpee* se le marca un sexo largo y delgado, suelto entre las piernas. No es como el de Tristán.

—¡Que duela! —grita el serbio.

Le pregunta cómo se llama. Él responde que tiene veintisiete.

La edad de Tristán.

El productor necesita tirar cámara en diez minutos más o no alcanzarán a terminar el plan de grabación. Vera aprovecha un instante de caos en la producción para anunciar que a las doce y media tiene otro compromiso ineludible. La noticia cambia de inmediato los ánimos de todos los miembros del equipo y altera el trato hacia la influencer. El director le exige que se quite la ropa para mostrar los pliegues de la piel de su espalda baja. Quiere un plano secuencia en macro, un plano complejo e inevitable cuya preparación podría tardar más de la cuenta. La idea es aprovechar cada detalle de su cuerpo tonificado para simular una suerte de maniquí médico de anatomía perfecta para el logo de la marca Humanity Cruises.

—Una nueva era en la conquista de los mares. Siempre de la mano de la ecología, la sustentabilidad y el sentido de lo que nos importa —ensaya Vera frente al espejo y, cosa rara, esta vez le gusta el texto—. Tú... Humanity Cruises. A través de los siete mares, te llevamos más allá de tus sueños. Con destinos exclusivos y una flota de nuevos barcos.

Vera repite cuatro veces el texto memorizado. Hoy es una chica buena, no corrige ni una sola palabra ni reclama ni improvisa hasta que el reloj da las doce y veinte, cuando ya no cabe duda de que la producción está colapsada, que el director es un veinteañero inexperto

e histérico, y que desde ese momento Vera tiene la posibilidad y el derecho a comportarse como una real arpía. Luego de un pequeño berrinche por un problema técnico, de exigir tres cambios de vestuario innecesarios y dos correcciones de maquillaje, la modelo brasileña, autodenominada ecoinfluencer, interrumpe la grabación y decide que se retira del set.

—Lo siento, ya son las doce y media. Me están esperando.

Nadie hace el intento por detenerla. Vera se queda inmóvil, esperando las súplicas de algún productor, el lamento del director que no sabe lo que quiere o, por último, las disculpas de algún asistente amenazado de muerte si se retira. Ante los cuestionamientos, seguro se le quebraría la voz y entre gemidos se preguntaría cómo es posible que nadie entienda que tiene que ir a sepultar a su amiga, su única amiga, asesinada de manera brutal por un demente lleno de odio y resentimiento.

Pero nada de eso ocurre porque nadie le pregunta nada.

A las doce y treinta y cinco, Vera Dosamantes se va sin terminar el plan de grabación del video para redes sociales. Está en el asiento trasero de un taxi camino al cementerio donde se celebrará el falso funeral de Stefania, cuando empieza a sonar su celular. Reza para que sea Tristán en un descanso del rodaje en Filipinas, pero no, es Jess González para exigirle que regrese de inmediato al set de grabación o no le van a pagar la colaboración para Humanity. Vera no da explicaciones de sus actos, se concentra en su propia tristeza y en cómo hacer que el tiempo vuelva atrás, que ojalá Stef esté viva y sana y feliz y que no aparezca ninguno de los cocodrilos que terminaron devorándoselas a pedacitos a las dos, tal como habían prometido desde el comienzo.

Mientras piensa en los cocodrilos y se pregunta si lo que siente por Tristán es real o una manera egoísta de olvidar a Stef, se traga dos pastillas amarillas, de las fuertecitas. Marla le juró que iba a hablar con el doctor Ross para conseguir más frascos en su consulta de Washington Square. Lo antes posible, recuerda que le dijo. Ojalá hoy mismo, eso fue lo que prometió, se convence mientras la isla de Manhattan queda atrás y le suben las pastillas y por fin el sol del mediodía empieza a entibiar su corazón, como un regalo para su

cuerpo nacido y criado en el trópico. Vera está segura de que ese inexplicable calor de invierno tiene que ser una manifestación divina de Stefania.

Jess González sigue llamándola. Vera adora a Jess, es una gran amiga a ratos, pero otras veces le parece demasiado intensa, en especial cuando necesita algo de manera urgente. Vera tiene muchas ganas de enfrentarla uno de estos días y decirle que no es la primera ni la única chica trans sobre la tierra, pero cada vez que está a punto de hacerlo se muerde la lengua por miedo a que la acusen de transfóbica y terminar cancelada. Y que quede claro una y mil veces, piensa: Jess González es una de sus grandes amigas. Un poco menos íntima que Stefania y mucho más que todas las otras chicas de la agencia, que en partes iguales la odian y la envidian y la quieren eliminar porque, en el fondo, no pueden tolerar que una chica negra y nacida en el tercer mundo esté donde ella está. Es triste pensarlo, pero prefiere ser realista: con Stef muerta, su cabeza vale el doble.

Cuando llega al cementerio ya no le quedan ganas de llorar. Por culpa de las pastillas tiene una sed espantosa. Se baja del taxi, paga con tarjeta y camina mucho rato por un sendero deprimente mientras Jess González le envía una ráfaga de audios que podrían calificarse como «de odio». No sabe cómo explicarle que ya está lejos de Manhattan y que no piensa volver por nada del mundo al set de Humanity Cruises. La asistente la amenaza con describirles en detalle la situación a Ian y Marla Wishman y, de paso, le recuerda que Humanity es un cliente VIP porque, además de la representación y de encargarse del marketing digital, Solace es socio mayoritario de la compañía. Por eso, le recuerda Jess González en un tono sarcástico y cruel que le parece fuera de lugar, Humanity es el auspiciador diamante del Mirage of the Seas desde su creación. Jess González sigue vociferando al otro lado del teléfono y después de los audios apocalípticos no para de enviarle textos que parecen gritos.

Después de amenazarla con sus patrones, Vera deja de tomar en cuenta a Jess González. Es su reacción habitual ante cualquier brote de agresividad. La quiere y la respeta, pero en el último tiempo ha notado varias veces sus violentos arranques de diva, un virus peligroso, bastante típico entre los jóvenes novatos que entran a trabajar a Solace

y al poco tiempo se transforman. Vera ha visto cómo caen. Comienzan como inocentes niños prodigio que todo el mundo idolatra y necesita; acaban de descubrir un talento, la creación de contenido, y quieren hacerlo todo rápido, sin esfuerzo, dinamitando lo que se hizo antes porque todos sin excepción pretenden ser revolucionarios, explosivos, terroristas. Marcar un antes y un después con su contenido, esa es la única consigna. Así está ocurriendo con Jess González, los mismos tics, el mismo tono, el mismo síndrome Solace de influencer en el clóset que comienza a desquiciarse de a poco, como hace un tiempo le sucedió al pobre Preston Zane.

Al llegar al sitio del funeral, Vera descubre que los Wishman han tenido dos ideas macabras, bastante dignas de sus mentes enfermas. La primera es el horroroso delirio creado por Marla, el falso funeral organizado con la autorización de los padres para honrar a la difunta antes de su traslado definitivo a Roma, donde será enterrada de verdad. La otra es ordenar el acceso al funeral como si se tratara de un evento social, con una larga alfombra negra decorada con una serie de fotos inéditas de Stef, las últimas que le tomaron en su brevísima vida. Los periodistas están recluidos en un corral de prensa y al otro lado las celebridades digitales con sus trajes oscuros fingen no estar de ánimo para fotos o videos porque todos eran íntimos amigos de la muerta; si no íntimos, al menos muy conocidos, porque habían trabajado juntos en una colaboración reciente para alguna marca miserable de la que, Vera está segura de esto, ya nadie se acuerda.

Al divisar de lejos la alfombra negra se aterra y maldice en su mente a los Wishman, pero ya nada le extraña de esos dos. Resignada, saca los anteojos de sol más grandes que encuentra en su cartera y cubre con ellos la mitad de su rostro. Aunque el resto de su cuerpo permanece expuesto a las asquerosidades de la prensa, se siente un poco más segura. En su caminata por la alfombra negra escucha toda clase de preguntas, desde «¿sabías si Stefania estaba embarazada?» y «¿de quién es el bebé que estaba esperando?», hasta «¿de qué manera te gustaría ser despachada por el asesino de influencers?».

No le preguntan nada de Tristán y eso la preocupa.

Al otro lado, bajo la cúpula dispuesta como una gran burbuja grisácea sobre la tumba de Stefania Lenzi, el baile de máscaras de

Solace ha comenzado. Aunque quisiera, Vera no puede quedarse atrás. Sabe que debe postergar su nerviosismo y las ganas perpetuas de mandar todo a la mierda y pensar con la cabeza fría. Priorizar sus objetivos en este ambiente tan repulsivo y que tanto daño y beneficio le hace a diario. Su amiga querría lo mejor para ella. Stefania jamás hubiera permitido que Vera desaprovechara esta oportunidad tan valiosa para brillar y mostrar quién es. Tiene sus objetivos claros, o al menos eso cree cuando al entrar a la cúpula funeraria ve a lo lejos el ataúd chocolate abierto y a Stef rodeada de cabezas que, como siempre, quieren un pedazo de ella. De pronto, una garra huesuda con las uñas pintadas de rojo la sujeta del brazo y unos párpados aletean frenéticamente ante ella.

—¿Cómo puedes hacerme esto? —la asalta Jess González, indignada —. Pensé que éramos amigas y mira lo cabrona que te pones, me voy a quedar sin trabajo por tu culpa. Lo que hiciste no tiene nombre. Humanity no es cualquier cliente.

—A las ocho de la mañana le avisé al productor que tenía que salir a las doce y media —le informa Vera con absoluto manejo de sus emociones.

—No es lo que dice tu contrato, hermosa —le recuerda la asistenta —. Marla me va a cortar en pedacitos.

—Hagas lo que hagas, Marla te va a cortar en pedacitos igual —le sonrió porque supuso que le gustaría—. Y a ti te va a fascinar, Jessie, no lo niegues.

Jess González negó con la cabeza y se cubrió los oídos con las manos, aterrorizada. Vera divisó a los demás. No tenía ánimo para saludar a nadie, menos para compartir historias emotivas de Stefania, o para aparecer en fotos de influencers menos populares que ella. Faltaban quince minutos para las dos y el ingrato de Tristán todavía no la llamaba. Eso era lo único que en realidad importaba. Pensó en mandarle un mensaje que dijera: «CÓMO ESTÁ MI SOLDADO?», pero por fortuna se arrepintió antes de enviarlo.

—Después del funeral nos vamos a ir todos a la agencia —le informó Jess González para congraciarse con ella después de haberla hostilizado—. Para recordar a Stef.

Vera asintió con la cabeza lo más fríamente que pudo. El panorama

le pareció lo bastante desolador como para tentarla. La situación bajo la cúpula del cementerio no iba a mejorar. El lugar estaba atestado de fans, curiosos y microinfluencers, como se hacen llamar esos pobres fracasados que tratan de sobrevivir con menos de cincuenta mil seguidores. Vera no los soporta. Al ver a Norma riendo a carcajadas, posando para su propio *live* e invitando a Casey Winningham y Florencia Lee, esa actriz insoportable y pasada de moda que por algún motivo extraño ahora estaba en todos los eventos de Solace como mueble viejo en una olvidada escenografía, Vera sintió que perdía el tiempo y que necesitaba varios cambios en su vida, empezando por otra agencia de representación.

—Esa anciana es un peligro —afirmó Jess González sin perder de vista a la actriz pasada de moda—. No la aguanto.

—¿Otra vez esa mujer? —la interrogó Vera—. ¿Qué hace aquí?

—Ni me lo digas —suspiró la asistenta—. Es amiga íntima de Heather, la madre y mánager de Rachel Landry. Era actriz en telenovelas latinas antes de que tú y yo naciéramos.

—No quiero fotos con ella ni tampoco la quiero cerca —concluyó Vera.

—Sobre mi cadáver, hermosa —le aseguró Jess González—. Marla ha tratado de exigirle a Heather que venga sola a los eventos, pero insiste en traer a Florencia Lee, que está cancelada por tantas razones que no sabría por dónde empezar.

—No me digas, Jessie, por favor.

—Es clasista, racista, homofóbica y adicta a la cocaína.

Vera hizo un gesto de asco y en ese segundo vio cómo Casey trataba de escabullirse, con sigilo aunque sin éxito, por un costado del cementerio. Al darse cuenta de su ausencia, Florencia Lee pareció excitarse y lo persiguió para llevarlo de vuelta al lugar donde se encontraban los talentos más conocidos, lejos de los teleobjetivos de los reporteros y las presiones de los fans. Junto a Norma y Casey también estaba Rachel Landry, esa sempiterna adolescente un poco estúpida y del pelo de colores que solo quería amor para el mundo. Vera tampoco quería relacionarse con ella, no porque no le simpatizara sino porque en el último tiempo había subido demasiado sus métricas con su soso contenido y se acercaba el día en que

tendrían que competir por los mismos clientes. Es decir, Vera estaba obligada a robarle las marcas y hundirla, aunque no la odiara. Más allá del sector VIP, que no estaba delimitado aunque Vera podía verlo como si lo hubieran marcado de color rojo sangre, el espectador curioso podía toparse con verdaderos monstruos de las redes sociales; chicos, chicas y otros no tanto que buscaban su segundo de popularidad, un solo viral para convertirse en estrellas instantáneas, perseguidos por las marcas y cobrando cifras de seis ceros por una publicación. Vera no conocía a ninguno de ese grupo porque eran principiantes sin nombre y, salvo contadas excepciones, que siempre las había, desconfiaba de todos los nuevos influencers porque eran capaces de todo para subir sus números. Cuando sus pensamientos empezaron a oscurecerse más de la cuenta, Vera sintió la vibración del celular junto a sus riñones. Se alejó del grupo con discreción y sacó el teléfono del bolsillo secreto que tenía su vestido. Miró a su alrededor para comprobar que no había periodistas cerca y con gusto confirmó que la mayoría de la prensa se encontraba en la entrada, preocupados de alguien que acababa de ingresar.

Al ver el nombre de Tristán en la pantalla del celular, Vera se convenció de que lo que sentía por él era genuino y profundo, y no la manera que había encontrado de borrar a Stefania para siempre.

* * *

Todas las bestias están sueltas en el cementerio. Puedes verlas antes de entrar a la burbuja plástica gigantesca que cubre el lugar donde, te enteras, no enterrarán a Stefania, sino solo se honrará su memoria. Es un símbolo, un ritual, una manera de recordarla sin la necesidad de dejar sus delicados huesos en un cementerio de Nueva Jersey, en lugar de incinerarla y repartir sus cenizas en alguno de sus lugares predilectos de Italia.

Tienes que mirar. No puedes contener los deseos de ir en metro al cementerio. Las ansias son superiores a ti y, lo que es peor, no puedes hacer nada para combatirlas. Sentado en el vagón a oscuras te sientes ridículo, un pequeño seguidor enmascarado de la difunta, uno de los tres millones de estúpidos que la amaron en silencio.

Vas a obedecer a tus ansias, vas a escuchar con atención lo que te pide el cuerpo. Sin culpas, como un hombre. Después, cuando vuelvas al Lower

East Side, puedes seguir con tu plan.

Al llegar al cementerio te asaltan las dudas. El corazón te late con más fuerza cada vez que te acercas a alguno de esos policías de uniforme ajustado que resguardan el camino. Los fans graban todo lo que sucede alrededor, en una transmisión eterna a miles de cámaras por segundo. Avanzas con calma y determinación, respiras con consciencia, sin mirar a nadie de frente, volando sobre sus cuerpos, como si por magia tu mirada pudiera atravesar sus organismos. Esa es la forma.

Cruzas el acceso a la cúpula y en el interior hay olor a sudor e incienso. Temes quedarte sin aire o sufrir un ataque de pánico. No hay ventanas, puro plástico transparente y cámaras grabando. Entonces decides concentrarte y no perder el tiempo. Si has llegado tan lejos, movido apenas por las ansias, tienes que lograrlo y cumplir tu cometido. Después de tanto esfuerzo, no puedes fallar. Debes despedirte de Stef como Dios manda, tienes que pensar en esa última tarde-noche inolvidable que pasaron juntos, llenar tus pulmones de aire y disfrutar de tu obra. Deberías estar hinchado de orgullo y abrirte paso entre la multitud hasta el ataúd. No olvides que todo lo que ves, las condolencias, esos llantos, los abrazos de ánimo, todo es gracias a ti.

Mucha gente ha venido a despedirse de ella. Por un momento el amor que transmiten te conmueve de verdad. Nadie quiso perderse el último adiós. Están la gordita ciega que cocina exquisiteces, la eterna adolescente que habla desde el corazón, el modelo de los abdominales de dos millones de dólares, la mala actriz de telenovelas que nadie recuerda, el profesor/ papá animalista, la mujer gallina, el abogado de dos cabezas, el hombre que suda y sobre todos los demás está ella, tu favorita inevitable, la reemplazante natural de la difunta que estás honrando. Lo sabes, lo sabías desde un principio, porque Vera siempre llamó tu atención y la de todo el mundo, con su cuerpo viscoso y sus labios de carne rosa. Oculta en un rincón alejado de los periodistas y los demás influencers, ahora habla por teléfono. Puedes apostar que sabes con quién. Tiene que ser él, su último amante, con el que apareció desnuda tomando sol en Tulum en esas fotos del mes pasado. El actor español más famoso de la historia del cine y con toda seguridad uno de los más mediocres del planeta. El que hace una de terror y luego dice que odia el cine de terror. El que interpreta a un superhéroe para después destrozar las películas de superhéroes. El favorito

de la prensa del corazón y blanco predilecto de los críticos, el antipático Tristán Huerta, al que nunca has tragado.

Vigilas. Primero a la actriz patética mientras trata de llamar la atención a cualquier costo. Se toca el pelo rojizo hasta la cintura, con extensiones, y se muerde los labios hinchados de silicona para grabar un video con el hombre de los abdominales. Decides no perder el tiempo en frivolidades y te dedicas a Vera, que sigue al teléfono hablando con el actor de moda, el sabor del mes, el nuevo fetiche sexual de Almodóvar, gesticulando y pellizcando sus dedos cada cierto tiempo. Apenas cuelga la llamada intenta disimular el temblor de las manos. Sabe que está en terreno peligroso. Respira hondo y su rostro esquelético te da lástima. Sientes una tristeza inútil que te quita todas las ganas de continuar la visita. Te gustaría ser otro, un hombre común y corriente, disfrutar de unos cuantos segundos de eso que llaman empatía y aprovechar de darle una mano a la damisela en apuros. Podrías acercarte a Vera, preguntar si se siente bien y ofrecerle ayuda. Te preguntas si estarás yendo muy rápido, si estarás cruzando algún límite antes de lo conveniente. Caminas hacia ella y la llamas por su nombre.

«*¿Estás bien*?», *le preguntas,* «*¿necesitas algo*?».

Vera no te escucha. No existes para ella. Tu intento de abordarla se ve interrumpido por la aparición de esa sargento de policía y su detective. Tus títeres.

Todavía estás lejos del ataúd.

* * *

Desde el extremo opuesto a la entrada de la cúpula mortuoria que tantas críticas le había traído, Marla Wishman vio como Vera se encontraba de frente con los detectives. No hubo tiempo para intervenir. Su asistente estaba cerca, pero sola no se le iba a ocurrir impedir el encuentro. Tenía cierta iniciativa y su personalidad concordaba con lo que Marla y su hermano Ian esperaban de sus empleados, seres pensantes, trabajadores y opinantes, pero a Jess González todavía le faltaba un largo período de incubación.

—A los fans que están despidiéndose de Stefania, por favor, dejen pasar a la familia Lenzi —pidió Ian, con un micrófono.

Se escucharon aplausos. A la fuerza, dos guardias abrieron un

espacio entre el gentío. Los padres y hermanos de Stefania avanzaron hacia el ataúd.

Sin que Marla pudiera dar ninguna orden para evitarlo, Vera se alejó con los policías. Ian ya estaba con la familia Lenzi, no pensaba interrumpirlo y menos con una mala noticia. Ahora quedaba dejar que las cosas sucedieran de manera natural. Contempló sin alterarse la salida de los detectives con la influencer y aunque por un momento creyó que podía ser peligroso, después pensó que Vera tenía experiencia. Sabría perfecto qué decir.

* * *

En el desorden del funeral, Jackie le contó a Vera que llevaban varios días tratando de localizarla en la agencia, en su departamento de Chelsea y en el club Equinox del West Village, sin éxito.

—Es urgente.

Vera observó a los detectives como si no hablaran el mismo idioma y trató de alejarse, buscando una salida rápida. Martino alcanzó a interceptarla.

—Vera, por favor —le rogó con su tono más delicado de amable caballero—, necesitamos hablar contigo.

—Ahora no es el momento —sentenció Vera, sobresaltada—. Me parece una falta de respeto que vengan a molestarme ahora. Es el único momento que tengo para despedirme de Stefania.

Jackie se acercó para enfrentarla:

—Si la quieres tanto, ¿no te gustaría saber quién la mató?

Un velo de terror nubló la mirada de la modelo.

—Contéstame, por favor —insistió la sargento—. ¿No quieres saber quién lo hizo y por qué?

—Supongo que sí.

—Entonces, la despedida puede esperar, ¿no?

Vera no se movió. Jackie se acercó con impaciencia.

—¿Sabías que tu amiga estaba embarazada?

Vera agachó la cabeza, molesta. Martino le dio una mirada a su superiora e intervino, menos inquisitivo.

—Te entendemos, Vera —la calmó—. Sabemos que es difícil, sientes que estás traicionando a tu mejor amiga, pero, por favor, no lo veas

así. Al contrario, tienes que pensar que estás ayudando a llegar a la verdad. Eso es lo único que importa en este momento, hacer justicia por Stefania.

Vera Dosamantes cerró los ojos, asustada, como si con un solo gesto quisiera eliminar toda la información guardada en su cabeza.

—Sí, lo sabía —reconoció, desahogándose—. Fui la primera en enterarme. Claro que lo sabía, ¿cómo no lo iba a saber? Stef me lo contaba todo, éramos hermanas de sangre.

—Si le contaba todo, ¿podría decirnos qué pasó en Coachella? —aprovechó de preguntar Jackie.

La mirada de Vera se bloqueó por un segundo. Jackie distinguió un vacío al otro lado de sus ojos y no supo si se trataba de una reacción involuntaria o si era un gesto intencional.

—¿Coachella? No sé. ¿Por qué?

—Sabemos que fueron a Coachella con Stefania y... —Martino la miró a los ojos, buscando su confianza en medio del funeral— Eric LeMoigne.

Vera se quedó inmóvil por un instante. Ni Martino ni Jackie la presionaron en su respuesta.

—También sabemos de la relación que tenía Stefania con Eric —siguió Jackie, cumpliendo a cabalidad su rol de policía insensible.

Se detuvo un momento y miró con desconfianza hacia la masa de desconocidos que pululaban a su alrededor. Fans, periodistas, blogueros, youtubers, tiktokeros: por un segundo sintió que alguien la observaba.

—Es cierto, fuimos a Coachella con un grupo de amigos. Eso fue todo —confesó, desganada—. Ahora, si me disculpan, tengo que decirle adiós a mi amiga.

Jackie movió la cabeza, molesta, y siguió caminando junto a ella.

—Por supuesto, vaya a despedirse —le habló muy cerca del rostro, vigilando sus labios—. Pero luego va a tener que venir con nosotros.

Vera se quedó paralizada. Jackie observó como los huesos de su espalda se tensaban bajo la delicada tela del vestido.

—¿Estoy acusada de algo? Porque si es así, yo prefiero...

—Nadie la va a acusar de nada —la interrumpió—. Pero usted tiene toda la razón, señorita Dosamantes, este no es el momento ni el lugar

para hablar de algo tan delicado como el asesinato de su amiga.

Vera se encogió de hombros y buscó la alianza de Martino.

—Stefania se merece que le dediquemos todo el tiempo del mundo, ¿no cree?

* * *

—Yo amo a mi amiga —confesó Vera una hora después, encerrada en la sala de interrogatorios con una botella de agua en la mano. —Yo *amaba* a mi amiga, pero... —hizo otra pausa hasta encontrar la forma adecuada de expresar lo que sentía—. Era difícil. Ser la mejor amiga de alguien como Stefania puede ser un trabajo durísimo, sin salario y a tiempo completo. Y últimamente, en fin...

Vera se turbó como si de pronto le faltaran las palabras.

—Últimamente, ¿desde cuándo? —la interrumpió Jackie.

—Desde hace un tiempo se me hacía difícil entender algunas de sus actitudes —reaccionó, complicada—. Se había puesto cada vez más dominante, a veces tenía que pararla para recordarle que era su amiga, no su empleada.

Jackie le hizo un gesto de alerta a Martino, que tomó la palabra. A diferencia de su jefa, mantuvo un tono más informal y amistoso. Desde el inicio de la conversación se había atrevido a no tratarla de usted, como dictaba el protocolo de entrevistas e interrogatorios, y apelar a su juventud para ganarse su confianza.

—Cuéntame, Vera, ¿Stefania quería ser madre?

—No. No quería tener ese niño.

—¿Te lo contó en el festival?

Asintió con la cabeza, sin mirarlo.

—Ese primer día en Coachella estábamos todos muy... —hizo una pausa larga para buscar la palabra adecuada—. Sensibles.

Jugó con la botella de agua y en ese segundo Jackie advirtió que la exmodelo se estaba arrepintiendo de lo que pensaba contar.

—¿Puedes contarme qué droga tomaron?

No respondió.

—¿Vera?

—Nada. No tomamos nada.

—¿Estás segura?

—No sé. No me acuerdo.

Martino le sostuvo la mirada, insistiendo sin palabras, aunque con cuidado. Vera evitó sus ojos por un rato hasta que le fue imposible callar.

—Éxtasis, al principio —dijo entre dientes, cediendo—. M, un par de veces, creo. Y me parece que G, muy poco.

—¿GHB? —preguntó Martino.

Antes de que Vera pudiera confirmarlo, Jackie cortó la intervención de Martino, interesada:

—Y aunque Stefania sabía que estaba embarazada, ¿igual consumió esas drogas contigo?

Vera se estremeció, asustada.

—Cuando tomamos no lo sabía, se enteró cuando estábamos viendo a Arcade Fire —recordó, esquivando la mirada impenetrable de la sargento—. Estábamos todos en las nubes con la música y el ambiente cuando de repente miré hacia atrás y la vi, vi a Stef con el celular en el oído, llorando a mares. Pensé que era por la canción de Arcade Fire, estaba segura de que era por eso, no cabía otra posibilidad, cuando de repente se acercó y me abrazó y me dijo «perdón, chica, pero te tengo que contar algo hermoso, estoy esperando un bebé de Eric». Eso me dijo y las dos nos abrazamos y nos pusimos a llorar mientras tocaban «My Body is a Cage». Fue mágico y abrumador.

—¿No le comentó lo que pensaba hacer? —preguntó Jackie abriendo su libreta de apuntes en una línea cronológica que había dibujado al final.

—No en ese momento —aseguró Vera—. Cuando terminó de tocar Arcade Fire nos fuimos a comer algo y Stef se fue con Eric para contarle todo lo que le había dicho su doctor. No sé si fue por las drogas o por la crisis de los cuarenta, pero él no reaccionó como ella esperaba.

Jackie se quedó mirándola, intrigada.

—¿Por qué? ¿Cómo esperaba que reaccionara?

—Stef pensaba, y yo también pensaba lo mismo, tengo que reconocerlo, que le iba a contestar que ya era padre y que no necesitaba más hijos. Hubiera sido lo más lógico, ¿no? Después de todo, apenas llevaban unos meses viéndose —Vera miró a los

detectives, como pidiendo una reacción antes de continuar el relato—. Pero no fue así, en lugar de eso Eric se emocionó, la besó y por desgracia hizo promesas que no pensaba cumplir. Por culpa de las drogas se le ocurrió la pésima idea de contarle a Stef que ya no amaba a su esposa y que este embarazo era una señal psicomágica o algo así. Quería divorciarse cuanto antes.

—¿Cómo reaccionó Stefania? —le preguntó Martino, intrigado.

—¿Cómo crees tú? Estaba drogada, no la pude controlar —Vera cruzó las manos sobre las piernas, afectada—. Quince minutos después me dijo que necesitaba llamar a Agatha y contarle la verdad. Entre todos intentamos pararla y convencerla de que no lo hiciera, Eric le pidió un tiempo para resolver su situación, pero ella le gritó que no, que no había tiempo porque apenas le quedaban unas semanas para decidir si abortaba.

Vera se quedó en blanco por un segundo. Jackie observó como sus ojos se humedecían, segundos antes del llanto.

—¿Quién iba a pensar que no sería necesario tomar ninguna decisión porque ese criminal la tomó por ella? —empuñó las manos con rabia—. ¡Ese hijo de puta, enfermo!

Se cubrió la cara y cedió al llanto sin oponer resistencia. Martino le acercó un pañuelo desechable que no aceptó. Luego de un momento Jackie se levantó de su silla y retomó la entrevista con un cambio en el tema.

—¿Tiene usted perfil en OnlyFans?

A la mención de la plataforma, el rostro y los ojos de Vera Dosamantes palidecieron al instante.

—Tuve alguna vez, pero ya no lo uso.

—¿Hace cuánto que ya no lo usa?

—No lo sé. ¿Por qué?

—¿Sabe si Stefania Lenzi también tenía perfil en OnlyFans?

—No, no lo sé.

—Vera, le recuerdo que esto es muy importante.

—¿Por qué es importante? ¿Qué tiene que ver el crimen con OnlyFans?

—Le recuerdo que todo lo que nos cuente es, por ahora, confidencial.

Incómoda y avergonzada, Vera examinó a Jackie de pies a cabeza. Se detuvo en sus ojos, como si no tuviera más remedio que brindarle su confianza.

—Stef casi no usaba OnlyFans —reveló, cortante—. Lo tenía para las emergencias.

—¿Las emergencias? —preguntó Martino.

Vera suspiró. Abrió la botella de agua y jugó con la tapa en su mano, tratando de argumentar.

—A veces se necesita dinero rápido —confesó, avergonzada—. OnlyFans sirve para eso, llamas a tus seguidores más ricos y les ofreces contenido *on demand*.

Jackie asintió con la cabeza, comprendiendo, y miró de reojo a Martino.

—En el contenido *on demand* de Stefania se encontraron imágenes en vivo del crimen —le contó la sargento—. Imágenes grabadas con otro celular.

La influencer y exmodelo abrió los ojos con una mezcla de terror y escepticismo. Jackie le hizo un gesto con la mano a Martino y él le acercó un iPad.

—Y hay algo más que me gustaría que viera —continuó Jackie, con calma—. Este es otro video encontrado en el contenido exclusivo de Stefania para OnlyFans.

Vera agudizó la vista para mirar la pantalla del iPad. Las manos le temblaron mientras observaba el video sin audio.

—¿Reconoce estas imágenes?

Vera cerró los ojos. No pudo seguir mirando.

* * *

El video privado de OnlyFans tiene una duración de cuatro minutos y veintidós segundos, tiempo que parece bastante breve para el precio de 9.99 dólares que el seguidor de Stefania Lenzi debía pagar si quería verlo.

Comienza con un POV de alguien que maneja la cámara revelando a Stefania en un vestido negro ajustado, con el pelo suelto. Camina por un pasillo mientras ríe a la cámara con una naturalidad infantil, o como si estuviera un poco borracha, luego entra a una habitación

blanca que no es la suya, gira hacia la puerta y pregunta, siempre entre risas:

«¿Dónde están los demás?».

En ese momento, el camarógrafo deja la cámara sobre un mueble. Según un cálculo inicial de Jackie, que hace a la rápida mientras revisa las imágenes por primera vez, la posición escogida corresponde a una altura aproximada de un metro y medio del suelo y a dos metros de la cama que ocupa casi toda la habitación.

«No sé», responde una voz femenina fuera de cuadro.

Stefania sonríe y lentamente empieza a desabotonar su vestido. Al abrirlo, se revela que no lleva ropa interior. Alguien, la otra mujer, ríe a carcajadas.

«¿Qué crees que estás haciendo?», le pregunta, siempre fuera de cuadro, mientras Stefania se estira sobre la cama y entreabre las piernas sin enseñar nada.

«Ven aquí», le ordena.

Hay una pausa de veinticinco segundos en los que nada parece ocurrir: Stefania revisa su celular, llama a su interlocutora sin decir su nombre y después se levanta de la cama para elegir un chocolate de una caja abierta de Jacques Torres que encuentra en el velador. La persona que graba vuelve a tomar el control de la cámara y registra a Stefania mientras muerde con placer el chocolate. La cámara gira a su alrededor se mueve y cae sobre la cama junto al camarógrafo. Hay un tumulto de almohadas, cojines y pelo, y, de un segundo a otro, los labios de Stefania rodean un pecho femenino. Stefania lo besa con suavidad, con los dedos de una mano acaricia el pezón. Levanta la cabeza para mirar fuera del plano, excitada y curiosa. La cámara tiembla un poco, se escucha el susurro excitado y permanente de la camarógrafa y luego a Vera sobre Stefania, contemplándola con un solemne aire de desafío.

Ambas mujeres están desnudas. Vera besa a Stefania con suavidad, comienzan a tocarse. La cámara permanece al nivel de la cama, sobre el velador o tal vez encima de la misma cama, piensa la sargento. Las mujeres se besan y se acarician, desnudas. Luego de algunos segundos, Stefania se incorpora de improviso e interrumpe la grabación.

Cuatro minutos después continúa el video con unas imágenes extra.

Martino cree que en el movimiento anterior Stefania no detuvo la grabación, sino que solo cubrió el lente.

Pasa un tiempo indeterminado. Vera y Stefania siguen sobre la cama, pero ahora alguien está junto a ellas. Se ve una pierna de hombre, morena y velluda, bajo el cuerpo de Vera.

«Aleja eso», ordena el hombre al camarógrafo.

Con los rostros sudorosos, Stefania y Vera rodean la cámara. El plano se eleva para revelar el cuerpo del que maneja el aparato, desde el ombligo hacia abajo. Se trata de otro hombre un poco más corpulento que el primero, lampiño, vistiendo un calzoncillo negro marca Tom Ford. Con una mano se toca a través de la tela. Arrodillada sobre la cama, Vera observa, seria. Stefania se ríe, acaricia al pasar la entrepierna y le quita la cámara al hombre con ropa interior de Tom Ford. Hay otro movimiento brusco de la imagen. La habitación blanca no identificable sube y baja. Se oye un golpe y casi de inmediato la voz del otro hombre, sin duda el primero, el velludo:

«Basta, Stef», exige.

En ese momento del video Jackie ya ha identificado a cuatro personas: Stefania Lenzi, Vera Dosamantes y dos hombres, uno velludo y delgado, y otro lampiño y más atlético.

La siguiente imagen revela a las mujeres desnudas sobre la cama. Entre besos y caricias, el beso llega a los cuatro minutos con veintidós segundos y se termina. Sin embargo, antes del último movimiento, es posible encontrar ciertos planos ocultos. Al examinar el video cuadro-a-cuadro se logra identificar bien a los otros dos personajes que estaban con Stefania y Vera.

Martino manipula el reproductor de video del iPad y congela los planos de los dos sujetos. El hombre velludo que estaba en la cama es Eric LeMoigne; el lampiño de cuerpo atlético, Ian Wishman.

* * *

—Soy yo.

Aunque el video continuaba reproduciéndose, Vera Dosamantes alejó el iPad. Jackie vigiló su reacción y pensó que ya sabía con exactitud lo que venía. Le encontró la razón: no tenía para qué mirar, menos si las imágenes le iban a provocar tanta vergüenza.

—Sí, soy yo —repitió Vera con amargura, aunque no se reconocía en ese cuerpo.

Era otra persona. Otra mujer en otro estado, con otros planes y una manera distinta de enfrentar la vida. No había pasado tanto tiempo desde el hecho, apenas unas cuantas semanas, tal vez meses, pero se sentía muy lejos de esa mujer desnuda sobre la cama.

—Las otras personas que se ven en el video... —continuó Martino—. ¿Podrías identificarlas?

Vera tosió y asintió con la cabeza, sin dejar de llorar.

—¿Puedes decirme quiénes son?

—No lo hacíamos siempre. No vivíamos de esto.

—Nadie te va a juzgar por el video —le aclaró Jackie—. Pero necesitamos que nos confirmes quiénes son los hombres que aparecen.

—Se suponía que era contenido privado —se defendió, enrabiada—. Ellos prometieron que nunca nadie lo vería.

—¿Quiénes, Vera? —le pidió Jackie con vehemencia—. ¿Quiénes prometieron qué?

Su rostro se ensombreció, como si una nube invisible de odio y resentimiento la envolviera.

—Ellos. ¿No los estás viendo? —indicó con miedo hacia el iPad sobre la mesa—. Prometieron que nunca se iba a saber, que era solo para entretenimiento personal. Eso dijeron, «entretenimiento personal».

—Stefania tenía una relación con Eric LeMoigne... —afirmó Jackie.

—¡Stefania no tenía una relación con Eric! —Vera levantó la voz y observó con desprecio a los detectives—. Eric era su dueño. Ian se la regaló.

La sargento Bravo frunció el ceño, extrañada.

—¿Se la regaló? —Martino giró la cabeza, como si no hubiera oído bien.

Al advertir las reacciones de los detectives, Vera pareció regocijarse y recobrar la energía para seguir.

—¿Les sorprende? —preguntó, airada—. ¡Ustedes no tienen idea de cómo funciona esto! No me extraña que todavía no tengan un culpable, ¡no saben dónde buscar! Si ese maldito video existe es porque teníamos que sobrevivir. Así ha sido hasta ahora,

sobreviviendo día y noche, muertas de miedo, calladas en nuestras jaulas de oro, rodeadas de buitres que nos quieren despedazar, ¡pero se acabó! ¡Ya no doy más! ¡No aguanto un solo día más!

—Tranquila, Vera, ya no estás sola —le dijo Martino.

—Es mi culpa —confesó—. A Stefania la mataron por mi culpa.

Jackie escuchó como las palabras de la testigo se agolpaban en su consciencia. Verificó que cada pieza de información fuera escuchada, asimilada y archivada en su memoria. Comprobó que Martino hacía lo mismo cuando lo vio asentir a la declaración.

—Cuando Stef y yo éramos unas niñas, ellos nos trajeron a Estados Unidos —confesó, lívida—. Ellos pagaron los pasajes, nos consiguieron los pasaportes, trabajo, casa, ropa y comida, pero a cambio... nos poseen.

Jackie y Martino se quedaron inmóviles.

—Stef y yo somos de la promoción de los Wishman —explicó Vera, sin quebrarse—. Otros chicos y chicas llegan en otras promociones, a otras ciudades del país, pero todas las promociones compiten entre sí.

—Vera, ¿a qué edad te trajeron a Estados Unidos? —preguntó Jackie con preocupación.

—Cuando llegué de Brasil tenía trece años —acusó Vera, en un desahogo—. Y Stefania llegó con doce.

—¿Stefania también...? —Martino se detuvo y la miró con escepticismo—. Ella nunca contó esa parte de su vida.

—La agencia se lo prohibió —se apuró en explicar Vera.

—Si se vino a esa edad tiene que haber sido con la autorización de sus padres —insistió Martino.

—Sus padres murieron en un incendio cuando era niña —aclaró Vera—. Los que vieron en el cementerio son actores pagados por los Wishman para armar la narrativa. ¡La grandiosa narrativa!

—Corrígeme si me equivoco, por favor —Jackie la miró con asombro—. ¿Estás acusando a los hermanos Wishman de...?

—Solace Talent Management es una fachada para el tráfico de adolescentes —se levantó de la silla y miró por la ventana el tráfico de la calle 5—. Yo sé que a Stef también la abusaron y la explotaron. Y cuando quiso contarle su verdad al mundo... la mataron.

Jackie observó el dolor en las pupilas de la modelo brasileña y con

todas sus fuerzas quiso creer en la hipótesis.

17

Durante las siguientes tres horas y media, Vera les contó a los detectives su vida entera. En primera persona, sin filtros ni eufemismos ni secretos *off the record*.

—Nunca conocí a mi padre. Mamá no se acordaba de quién era.

Había nacido en la localidad de Hidrolândia, en el estado de Ceará, al norte de Brasil. Creció en medio del hambre y los súbitos cambios de humor de Rita, su madre, una comerciante callejera. Según Vera, a los seis o siete años ya se había dado cuenta de que su mamá era una mujer algo excéntrica. Le gustaban mucho la cachaza, la noche y los hombres más jóvenes, y siempre era la más alegre de todos los barrios por donde pasaron, que fueron demasiados. Sin embargo, y a pesar de que su energía a ratos parecía no agotarse jamás, de a poco empezó a enfermarse. A veces desaparecía durante fines de semana completos y volvía a casa desorientada y con heridas en el cuerpo. Otras veces la arrestaban, casi siempre por lo mismo: «escándalo en la vía pública». Vera no entendía bien qué significaba esa falta hasta que alguien le explicó que a su mamá le gustaba tomar tragos y quitarse la ropa en la calle. Algunas noches, Rita llegaba a casa con hombres desconocidos, hombres sin cara que no le guardaban ningún respeto, que le decían insultos y que, a veces, cuando había mucho alcohol y mamá los contradecía, la azotaban.

Madre e hija vivían solas donde podían. En moteles de carretera, cuando había dinero; en ranchos o granjas abandonadas en las afueras, si tenían que ahorrar; allegadas donde algún conocido, si ya no les quedaba nada de nada. Se mudaban todo el tiempo hasta que, gracias al contacto providencial de una prima en segundo grado, Rita consiguió trabajo como empleada doméstica en una casa particular. Vera y Rita se instalaron en el barrio de Aldeota, en Fortaleza, en la residencia de nueve habitaciones de la familia Duplan.

Aunque había sufrido bastante para sus doce años, Vera aún era una niña. Había muchas situaciones que no entendía, como cuando la

señora Duplan se iba por el fin de semana a la casa del campo y su madre dormía en la cama matrimonial con el señor Duplan sin darle explicación alguna. O cuando la encontró sentada en el piso del baño con las piernas abiertas y ensangrentadas, y se puso a gritar porque pensó que mamá había muerto y llegó la ambulancia y después tuvo que quedarse dos semanas en el hospital de Fortaleza. A ratos, cuando estaban solas, Vera tenía la extraña sensación de que, a pesar de los sufrimientos y carencias, las dos no eran tan infelices. Hasta que la vida cambió de un día para otro, una mañana en que Rita la despertó llorando y gritando incoherencias desde la cocina. No era raro que su madre dijera barbaridades, pero nunca lo hacía delante de los patrones. Esa mañana inolvidable, hasta Vera quedó impresionada y llena de vergüenza. Lo primero que le dijo fue que quería hablar urgente con su padre, que había muerto cuando Rita tenía tres años. Cuando Vera se lo recordó, se puso agresiva, insistió en que su padre era un santo, lo más sagrado para ella, y que necesitaba verlo y tocarlo. Vera le repitió que el abuelo había fallecido hacía tiempo y que tal vez podían ir a visitarlo al cementerio para el Día de los Muertos. Rita reaccionó con extrema e inusitada violencia. A puño cerrado la golpeó varias veces en la cara y las costillas. Le pegó con tanta ira que cada vez que la niña repetía su nombre y le decía que era Vera, su única hijita, ella no la reconocía, poseída por la rabia, con los ojos blancos y la mandíbula desencajada. Por suerte, la vecina de al lado, la señora Sonia, alcanzó a escuchar los alaridos de la niña y las amenazas del infierno que le juraba la madre y llamó a la policía, pero cuando por fin llegaron, una hora y media más tarde, Rita ya había acuchillado siete veces a su hija.

Vera se agachó hasta posar los codos sobre sus rodillas. Levantó la cabeza y dejó caer su pelo castaño para enseñar una gruesa cicatriz que tenía en el cuello.

—Siete cuchilladas que por poco me matan —recordó, entre dientes —. Mi propia madre.

—Lo siento mucho —la voz de Jackie salió desde lo más profundo, como un acto reflejo.

—Yo también lo sentí en ese momento, pero ya no —Vera secó sus ojos con la punta de los dedos y siguió recordando.

Su madre pasó por casi todos los hospitales públicos del estado de Ceará hasta que el noble señor Duplan, el mismo que la había dejado embarazada para luego exigirle que abortara, le consiguió un lugar en una clínica psiquiátrica privada.

Por la escuela, Vera tuvo que quedarse en Hidrolândia, pero cuando le confirmaron que mamá no volvería nunca más, y que desde ese momento estaba sola en el mundo, la niña de doce años se vio obligada a cambiar de planes.

—¿Qué hiciste? —el detective Martino necesitaba saber más y que el relato tuviera un final feliz.

—La señora Sonia me cuidó un tiempo, hasta que...

El silencio parcial reinó en la sala de interrogatorios del precinto 9. Afuera, en la calle, se escuchó el motor de un camión seguido por un estallido musical de reggaetón a todo volumen.

—...hasta que dejé la escuela y me fui a vivir a Jericoacoara, la playa más hermosa del mundo, muy cerca de Hidrôlandia —un soplo de aire fresco pareció calmar sus lágrimas y revivirla—. En Jeri me quedé más de un año.

—Pero eras apenas una niña... —le recordó Jackie, sorprendida—. ¿Cómo viviste?

—Trabajando, como todo el mundo. Nunca he parado de trabajar, es la única lección que me enseñó mi madre. Fui mesera en un bar, ayudé a unos artesanos, después hice clases en una escuela de surf... No me faltaba nada porque en Jeri siempre hay turistas con dinero —un esbozo de sonrisa se disipó al instante—. Hasta que cumplí los trece y conocí a los Wishman.

Martino asintió con la cabeza, controló la ansiedad que le estaba provocando el relato y confirmó que Jackie lo estaba siguiendo con la misma devoción.

Marla Wishman la encontró una tarde en la playa. Vera vendía bikinis antes de la puesta de sol, el momento del día en la paradisíaca Jericoacoara donde los turistas se reúnen a mirar el atardecer. Marla se acercó a la niña de los bikinis y se atrevió a preguntarle dónde podía conseguir un poco de hierba. Vera no se sorprendió y le dio el contacto de un surfista que vendía marihuana prensada. Poco después, una vez que la transacción estaba hecha, en agradecimiento Marla

volvió a la playa y compró todos los bikinis que le quedaban.

Ese verano, Ian y Marla Wishman invitaron a cenar a Vera casi todas las noches. Los dos hablaban un portugués bastante aceptable y no tenían problemas para comunicarse con la niña. Iban a restaurantes para turistas, los lugares del pueblo que ella sabía que existían, pero que no conocía y donde a veces se hospedaban actores famosos, supermodelos y conductores de la televisión. Con los días, los hermanos mellizos nacidos en North Carolina y la niña brasileña se hicieron íntimos amigos. A Vera le gustaba pasar el tiempo con los Wishman porque además de ser generosos y tener dinero, la trataban como a una adulta.

—¿Nunca sospechaste nada raro de esta amistad? —Jackie no tuvo más remedio que interrumpir—. Eran bastante mayores que tú.

—No, nada. En ese tiempo yo tenía trece y ellos treinta, no sé, tal vez un poco más —siguió Vera—. Acababan de fallecer sus padres, recién habían heredado una fortuna enorme y estaban viajando por el mundo. ¿Por qué iba a sospechar?

—¿Qué pasó cuando llegó el momento de despedirte de ellos? —preguntó Martino.

—Nada. Intercambiamos números de teléfono, yo me quedé trabajando en una heladería del centro y ellos siguieron su viaje, rumbo a Colombia —ordenó su pelo hacia el costado derecho y se quedó quieta—. Pero dos semanas más tarde, Marla volvió.

—¿Sola? —preguntó la sargento.

—Sí. Llegó sola y con un mensaje de su hermano —reveló, alimentando el suspenso—. Ian quería saber si yo estaba interesada en que me adoptara.

Según Vera, en el momento se sorprendió mucho y, poco después, se sintió un poco ofendida con la propuesta. Ella no había compartido la tragedia de su vida para inspirar lástima, al contrario, solo contestó lo que le preguntaron. Odiaba que la compadecieran. Sin explicar motivos, agradeció la idea y dijo que no estaba interesada porque tenía otras metas a corto plazo. Además, valoraba mucho su libertad. Aunque los Wishman no estaban acostumbrados a que les dijeran que no, Marla se tragó el rechazo de la niña de manera estoica, pero con una condición: le pidió que se hospedara junto a ella en el hotel Blue

de Jericoacoara, uno de los más caros del pueblo. Vera le dijo que sí, agradecida, pero a los tres días de lujo y camarones junto a la piscina, Marla se peleó con una recepcionista y tuvieron que cambiarse al hotel Essenze, que, se sabía, era aún más caro y exclusivo. Cuando Vera entró a la suite presidencial y vio a Ian tomando una cerveza en la terraza, esperándolas, supo que estaba ahí para convencerla de la adopción. No tenía alternativa.

Durante una agitada semana de reflexión, la niña de trece años puso en la balanza todo lo que podía perder y ganar, en especial lo primero. Marla le prometió que si por algún motivo no se acostumbraba a Estados Unidos, siempre podía regresar a Brasil. Este detalle de último minuto, la posibilidad de volver atrás, la terminó por convencer. Vera decidió mudarse a Nueva York e iniciar el proceso de adopción. Diez días después, y luego de una serie de gestiones legales y documentos firmados de los que no guardó ninguna copia, tomó un avión American Airlines junto a los Wishman. Cuando llegó al aeropuerto internacional John F. Kennedy, una oscura mañana de invierno, todo empezó a cambiar. Lo notó en el trato que le daba Ian al subirse a un taxi, o al pedirle que ayudara a bajar las maletas. Ya no era el amigo divertido y cariñoso que trataba de hacerle bromas en portugués. Vera sintió que ya empezaba a creerse su dueño.

Primero la llevaron a conocer el departamento del Upper West Side que habían heredado de sus padres, dos pisos enteros en The Warrington, un edificio antiguo y majestuoso que enfrentaba el Central Park. Vera se acuerda de que había un portero que le regalaba dulces de anís, pero luego de recordar con nostalgia ese detalle pensó que en diez años que llevaba en la ciudad siempre evitaba pasar frente al edificio. Contrario a lo que imaginaba en sus sueños adolescentes, cuando llegaron al departamento en The Warrington no le cedieron un dormitorio para ella sola. En la habitación de huéspedes estuvo una semana completa, pensando que su estadía duraría para siempre porque así estaba escrito en los documentos que había firmado.

Un día, al desayuno, Marla Wishman le explicó que no podía quedarse a vivir con ellos. Por desgracia, con Ian viajaban mucho por motivos de trabajo y por la ley americana no podían dejarla sola. Vera le preguntó por qué no la llevaban con ellos en sus viajes. Marla se rio

a carcajadas, sin responder le ordenó que estuviera lista con su equipaje en quince minutos. Como estaba acostumbrada a mudarse rápido de un lugar a otro, la instrucción no la perturbó. Sin sospechar que su adolescencia estaba a punto de sufrir un nuevo vuelco, Vera preparó sus maletas, las subió a una camioneta y Marla la fue a dejar a una casa vieja en un lugar lejano llamado Staten Island. Antes de despedirse le dijo que la situación era momentánea, que con su hermano estaban rearmando un negocio y que pensaban ofrecerle un buen trabajo. Esa fue la primera vez que le preguntó si le gustaría ser modelo.

—Así, soñando con el modelaje, llegué a la casa de los Lewis —dijo Vera en voz baja, afectada, y luego observó a la sargento Bravo—. Se suponía que iba a vivir con Ian y Marla, pero no fue así. Me dejaron tirada en un suburbio de mierda al cuidado de estos viejos desquiciados con otras cinco chicas. Éramos cuatro latinas y una niña de once años que venía de Bulgaria —la cabeza de Vera cayó entre sus manos, como buscando un escondite—. Una noche, la vieja Lewis se aprovechó de que las demás dormían, se metió en mi cama y trató de manosearme. Cuando llamé a Marla para acusarla, no le importó. Entonces me di cuenta de que me había equivocado, en este país no conocía a nadie. No tenía amigos ni contactos. Ni siquiera tenía mi pasaporte porque Ian se había quedado con él.

—¿Qué hiciste? —los ojos de Jackie no se movieron de Vera.

—Lo primero fue escapar de Staten Island, antes de que la vieja siguiera acosándome —bebió un poco más de agua, turbada—. No era la primera vez que me arrancaba así que no me costó mucho, pero una de las chicas, una chilena, me acusó con los Wishman. Marla me encontró en Port Authority antes de tomar un tren.

—¿Qué te dijo? —la interrogó Martino.

—Pensé que iba a castigarme, o que me iba a mandar a Brasil en el primer avión, pero no. Me pidió perdón —bajó la vista, desilusionada —. Me explicó que no podía dejarme regresar porque habían invertido mucha plata en mí. Ahora tenía que cubrir la deuda de la documentación, el viaje y mi pasaje. Al principio no entendí nada, pensé que era un error, pero después las otras chicas me explicaron que le debía treinta mil dólares a la promoción de los Wishman. A

ellas también les habían prometido adoptarlas.

Aunque el trámite de la adopción nunca se concretó legalmente, unas semanas después, Marla e Ian probaron a Vera en una primera sesión de fotos. Al confirmar que el talento lo tenía y de sobra, la instalaron en un departamento a cargo de una asistente personal, le pusieron clases de modelaje, un entrenador, un nutricionista, un estilista y un experto en vestuario, y pronto empezó a moverse entre castings, audiciones, fiestas y cenas exclusivas. Un año y medio de arduo trabajo más tarde, a los quince, su color de piel (*incomparable*, según las palabras de Ian) y su halo interestelar y etéreo, casi invisible, ya generaba la adicción de fotógrafos, directores de medios y ejecutivos publicitarios.

—Estaba escrito: algún día me iba a encontrar con Stefania Lenzi —siguió Vera, emocionada—. Pero pasó un tiempo antes de toparnos. La conocía como modelo, incluso la había visto desfilar un par de veces, pero nadie me la había presentado. Hasta que coincidimos para grabar un comercial en México. Ella era la protagonista y yo una más del decorado. Pasamos cinco días en Tulum y al principio Stef no me gustaba. No confiaba en ella, lo cual no es raro porque nunca me han gustado mucho las personas, menos en ese momento, después de la sorpresa que me había llevado con los Wishman. Sentía que la italiana se hacía la ingenua para dar lástima y eso me revolvía el estómago, pero después de un tiempo me di cuenta de que no era una pose ni un mecanismo de defensa. A veces, no siempre, Stef era así, un poco niña, un poco inocente.

Vera se detuvo, miró la hora en su celular y suspiró, agitada.

—Una noche en Tulum, nos quedamos tomando mezcal en la playa. Stefania me contó su historia, yo le conté la mía y nos dimos cuenta de que nos parecíamos más de lo que sospechábamos. Como las dos estábamos borrachas, prometimos que nunca más nos íbamos a separar y que cuidaríamos para siempre de la otra —las manos de Vera refregaron sus párpados, quebrándose—. Y yo no cumplí, yo le fallé... ¡Yo dejé que esos asesinos la mataran!

Jackie y Martino intercambiaron una mirada de preocupación.

—Me tengo que ir —se excusó Vera—. Ya es tardísimo y me están esperando.

—Lamento mucho todo lo que has tenido que sufrir, Vera —la detuvo Jackie—. A mí todavía me quedan muchas dudas.

—Llevo más de tres horas hablando —le reprochó Vera—. Tal vez otro día.

—¿Nunca antes pensaste denunciar a los Wishman por tráfico? —insistió la sargento—. ¿No has hablado con abogados?

Vera la fulminó con un gesto de desagrado al comprobar que no se daría por vencida.

—En diez años no he hablado con nadie —le aclaró, severa—. Nadie sabía nada de esto. Si hablo ahora es porque mi mejor amiga está muerta. ¡Yo sé que la mataron porque lo iba a contar todo!

—¿Cuándo? —intervino Martino con impaciencia—. ¿Dónde lo iba a contar? ¿A quién?

—A sus seguidores. Nadie lo sabía aún, pero... —suspiró para atreverse a seguir—. Estaba organizando un *live* donde pensaba compartir su testimonio como víctima de tráfico y explotación. Iba a acusar a los Wishman con nombres y apellidos cuando la eliminaron.

Jackie se levantó de la silla y rodeó la mesa donde estaba sentada la testigo. Trató de ordenar sus pensamientos sin expresarlo con los músculos de la cara. Por un segundo tuvo la certeza de que jamás lo lograría. Nunca vas a atrapar al asesino de influencers, pensó mientras miraba por la ventana sin ver nada en el exterior. De repente imaginó que Adam y Lydia Randall cruzaban la calle 5 tomados del brazo, apurados, corriendo para llegar a una película al IFC Cinemas, o a una reserva en el popular restaurant griego de la Tercera Avenida del que él hablaba tanto sin despertar el interés de Jackie ni por un segundo.

—En estos diez años, ¿conociste otras víctimas de los Wishman? —preguntó Martino—. ¿Viste cómo funcionaba el negocio?

—Tendría que haber sido ciega para no verlo —contestó, exhausta —. Y no les voy a mentir, al principio me costaba. Me sentía parte de un negocio repugnante del que no podía arrancar, aunque quisiera.

Jackie se giró hacia ella, aún de pie. Puso las manos sobre la mesa y la miró de reojo.

—Vera, además de lo que nos has contado, ¿sufrió otro tipo de abuso de parte de los Wishman?

Antes de responder, la influencer ordenó la tela de su vestido y con

la mano peinó un poco su cabello.

—Ese es el gran problema —respondió con distancia—. Cuando estableces relaciones como la que yo tenía con Ian y Marla, la línea se va haciendo cada vez más borrosa. Uno ya no sabe qué es abuso y qué es trabajo.

Martino se acercó y le dijo con disimulada compasión:

—Pero tienes consciencia de que los Wishman te explotaron.

—Ya no. Nunca más. Que todo se vaya a la mierda, me da lo mismo —reaccionó con rabia—. No me importa mi carrera ni el dinero ni las redes. Que se pudran mis seguidores, no me interesan. Sin Stefania no tiene sentido seguir aguantando. Sin ella prefiero morir de hambre.

—¿Estás segura? —le preguntó Jackie y por un segundo no vio a la testigo ni a la mejor amiga de la víctima carbonizada por el asesino, sino a Laura, su hija mayor, con la misma mirada insolente y la certeza de que, tarde o temprano, conquistarían el mundo.

—Por Stef, lo único que quiero es que se sepa la verdad.

Jackie Bravo y Derek Martino escucharon el último deseo de Vera Dosamantes y de inmediato trataron de adivinar los alcances que iba a tener el estallido repentino de esa verdad.

18

Casey Winningham podría ser el hombre perfecto, lo sabes y lo reconoces sin miedo porque puedes apreciar la belleza masculina. Eres capaz de admirar los glúteos esculpidos por el crossfit de Preston Zane con el mismo ardor que deseabas tocar los pechos de Stefania Lenzi, las piernas contorneadas y morenas a la perfección de Vera Dosamantes o los bíceps gigantescos que ha revelado el actor español Tristán Huerta, la nueva calentura de Vera, en sus películas hollywoodenses de acción y aventura grabadas en Filipinas. Viste Último tren a Vietnam, Texas *con la esposa en el multiplex Odeon del mall cercano a casa solo porque te habías enterado en TikTok que Tristán Huerta aparecía desnudo casi toda la película y que, además, protagonizaba una fortísima escena de violación múltiple que le había costado a la película una calificación NC-17 y a Tristán una nominación al BAFTA. La belleza no tiene género, piensas, y tú puedes disfrutarla en cada situación que encuentres en el camino. Eres un privilegiado, nunca te vas a cansar de sentir placer ni menos de buscarlo. Está claro que la cacería es la mejor parte de la creación y a eso has venido a este mundo, a crear y a cazar. Tienes tanto para entregarle al planeta, pero tan poco tiempo entre tus manos. Esta noche ha llegado el momento cúlmine de las grandes decisiones*.

Pasan las horas en el Lower East Side y después del funeral absurdo de Stef te quedas frío, asexuado, insípido y sin ánimo de nada. Ese pensamiento te perturba: ¿quién dijo que la muerte y el deseo tienen que estar en veredas opuestas? Por eso estás aquí, encerrado en este departamentito decorado con muebles baratos de Ikea, pero funcionales para el turista pasajero. Viniste a escoger tu destino, ya bien lejos de la mujer y esas niñas. Física y mentalmente lejos.

Tus materiales de trabajo están sobre el mesón de la cocina. La cámara cargada, los elementos para la limpieza guardados en el baño, listos para el uso. Ahora queda ponerle un rostro a la noche, un nombre propio que le otorgue estilo al mero derramamiento de sangre.

La sangre nunca ha sido tu objetivo, piensas, al menos no el único.

No sigas perdiendo el tiempo. No pienses más en el pasado, aunque sus últimos resabios te brinden todavía algo de placer.

Tienes que salir del departamento del Lower East Side y, ahora que estás libre, enfrentar este lado como lo que eres: todo un hombre.

Caminas por la calle Houston y por suerte no hace frío. Llevas un abrigo de lana azul marino que te brinda una extraña sensación de protección y garbo. Avanzas hacia el East Village sin tener demasiado claro cuál es tu destino, pero no te importa, subes por la Primera Avenida a paso rápido para conservar la temperatura, pensando en un bourbon. No es el momento para placeres mundanos, piensas. Olvídate del bourbon, ahora tienes que cultivar la más escasa de tus habilidades, la paciencia, y esperar.

Compras un café repugnante en la calle 3 y te quedas mirando hacia un edificio moderno, horrible, de esos que hace algunos años irrumpieron como una plaga en todos los barrios legendarios de la ciudad. Desde la acera de enfrente vigilas el cuarto piso del número 67 de la calle 3, en pleno East Village post la maldita gentrificación. Aunque hace frío, la ventana del departamento del ala izquierda está abierta. Sabes que el objeto de tu deseo no ha llegado, pero tarde o temprano lo hará. Tiene que hacerlo. Una señorita decente siempre vuelve a su casa, decía tu madre, pero con Vera nunca se sabe porque tiene un carácter impredecible, eso es lo que más te atrapa de ella, aunque a veces te haga perder el tiempo y la cabeza. Ignoras cuánto rato más de espera tendrás esta noche, pero a eso viniste a este mundo, a contemplar cómo el resto vive su horrorosa normalidad; a soportar cómo Norma Moore, o @normacocinaoficial, inventa nuevas preparaciones con cítricos en su gigantesca casa colonial de East Hampton; a tolerar los consejos para-aprender-a-descubrirte-y-valerte-por-ti-misma que ofrece Rachel Landry, @rachellandryselfportrait; a aguantar la piel vainilla hialuronizada de Casey Winningham, @casey10pack, mientras te convence de iniciar el 10-Pack Ab Sculptor enseñando cada pliegue de su cuerpo en los reels de Instagram; a matar el tiempo mirando, tasando, imaginando nuevas maneras de emergencia para limpiar las redes de lo que no nos sirve o ya no nos importa.

* * *

Casey Winningham ama sus entrenamientos de medianoche. Su problema actual es simple: necesita tener relaciones sexuales con Vera,

pero lo está persiguiendo Florencia Lee, la señora fastidiosa a quien ya no aguanta. Los buenos modales y la extraordinaria educación que recibió no sirven de nada ante los avances de la exprotagonista de telenovelas. Mientras sueña con el cuerpo joven y firme de la modelo brasileña que tantas veces ha visto desnuda, en tantos desfiles, sesiones de fotos y camarines indiscretos, se cuelga con ambos brazos de la barra para hacer su dominada número treinta muy despacio, para mayor bombeo. Siente los músculos superiores de la espalda contrayéndose y el mismo dolor punzante en el estómago que le provocan las pastillas de estanozolol y oxandrolona.

La idea de llevarse a la cama a Vera Dosamantes lo perturba hasta la rabia. Se odia a sí mismo, salta de la barra y examina su espalda en el espejo de cuerpo entero. No sirve, piensa. Falta demasiado si quiere lograr esa portada de octubre en Gainz Men, la primera en treinta meses. Faltan horas de entrenamiento, pero también mejor alimentación y farmacología. Más de dos años matándose con ejercicios cada vez más exigentes, despedazando su hígado con cócteles sofisticados de anabólicos de última generación, equilibrando su dieta hasta lograr la limpieza alimenticia total. ¿Y para qué? Para sufrir en carne propia las envidias del resto, para transformarse en el blanco de las críticas por su fulminante ascenso en el mundo del fitness. ¿Qué culpa tiene él de que el planeta comenzara a seguirlo y a amarlo de un día para otro? Es verdad: no tiene títulos académicos ni universidades que lo respalden, pero sus discípulos le creen y eso es lo único importante. El cliente siempre tiene la razón. Cada consejo que Casey da es una receta probada para cierto objetivo particular y por eso ha cosechado casi dos millones de seguidores y a la flamante marca que no puede nombrar como auspiciador oficial, a pesar de que no es su favorita ni para el entrenamiento ni para la vida diaria.

Todos los días Casey se queda hasta tarde entrenando en el David Barton Gym de Astor Place. A cambio de dos historias al mes, Walt Milligan, uno de los dueños, le deja las llaves para sus entrenamientos de medianoche. A veces invita a amigos o amigas para grabar alguna colaboración, pero ahora está solo y lo agradece. No soportaría la compañía humana con esos altísimos niveles de testosterona, frustración y deseo. Lo único que puede sosegarlo es el sexo, el

entrenamiento o ambos. No hay más.

Para cerrar el trabajo de espalda, aprovecha que en el gimnasio ya no queda nadie y decide sacarse algunas fotos en el espejo. Si hay algo que ha aprendido en los últimos años en las redes sociales es que, por más estúpidos o gordos que sean, sus seguidores aman la inmediatez. Si tienes contenido ahora, súbelo ahora, crudo, sin editar ni agregarle nada. Lo real los trastorna. Se quita la camiseta, desliza una mano por su pecho. Salta a la barra para marcar tres dominadas más que le revientan la espalda y cae de nuevo. Mirándose al espejo acomoda el short de su auspiciador para que su entrepierna no se marque demasiado ni muy poco. Flexiona el brazo derecho mostrando el serratus anterior y algo del bíceps, estira la mano izquierda para lograr el mejor plano con el celular. Dispara, revisa y sube de inmediato a sus historias. Sin filtros ni ajustes ni reencuadres. Tipografía Times New Roman. Simple y directo.

Bombeando espalda en solitario
@davidbartongym

Llega la hora de las piernas. Con el celular en la mano avanza hacia la *hack*. Como lleva una hora de entrenamiento, no necesita calentar así que la carga con cien kilos por lado mientras analiza las reacciones a la foto subida hace veinticuatro segundos. A los treinta segundos de compartida, lleva mil doscientos likes. Al parecer estaría rompiendo su propio récord. Mira una vez más la foto y no es su mejor ángulo ni la selfie más sexy que se ha tomado, pero al menos cumple con el objetivo: es real. Se ve masculino y rudo, aunque no lo sea para nada, y a pesar de las precauciones, su paquete se ve amplio y abundante. No quiere revisar los mensajes que comienzan a llegarle porque podrían afectar la segunda mitad de su entrenamiento, pero cuando la *hack* ya está cargada con los discos por cada lado no aguanta la curiosidad y entra a los mensajes: Superhot. Qué daría por entrenar contigo? Qué estás entrenando hoy, papi? Méteme esa vergota por las orejas (bloquear usuario). Somos tres, buscamos pasivo (bloquear usuario). Cuánto levantas en press banca?

Una sombra se refleja en el espejo, a lo lejos, y lo distrae. Pierde la concentración. Deja el celular a un lado y se sube a la *hack*. Ubica los

pies en la plataforma metálica, prepara las piernas, desengancha la máquina con las manillas laterales y va descendiendo lentamente, porque es su primera repetición de tren inferior y, además, porque se está muriendo de hambre mientras le suplica al dios de los gimnasios abiertos las veinticuatro horas que el cliente que acaba de ver a través del espejo no se acerque a pedirle ayuda ni una foto ni a hacerle sugerencias de contenido ni a preguntarle qué ejercicio de piernas puede aumentar la testosterona en un hombre de cuarenta y cinco años. Baja quince veces en la *hack* y no siente el peso, efecto inequívoco del cóctel diario. Después de todo, la farmacología está funcionando. Entusiasmado, vuelve a la posición cero y salta de la máquina para cargarle cincuenta kilos más por lado.

No está cansado, solo tiene hambre y ganas de sexo con Vera Dosamantes.

Esa mujer es su único problema actual. Desde hace varios años tienen algo pendiente. Alguna vez los Wishman sugirieron una colaboración para Instagram producida por la agencia Solace, pero al final nada se concretó, lo que significó una frustración para Casey porque ya había admirado su espectacular desnudez y no podía creer que existiera una belleza semejante y, peor aún, que esa belleza no hubiera pasado por su cama.

A veces nota que Vera le coquetea, pero también ha escuchado que Stefania no es su amiga del alma sino su amante, idea que lo confunde por completo. Aunque la ha oído más de una vez, prefiere no pensar en esa alternativa.

—¿Casey?

La voz lo interrumpe cuando está a punto de desenganchar la *hack* para el segundo set.

—Hola.

—Es que no lo puedo creer.

—Perdón, yo...

—No, perdóname tú. Por favor, sigue. No te quiero interrumpir. ¡Casey! ¡Ídolo! ¡Soy tu fan!

Maldice su suerte con una sonrisa falsa, sin moverse de la máquina.

—Gracias.

—Te sigo desde tu primer campeonato. Y he visto más de una vez

todos tus *reality shows*. Mi favorito es *Apocalipsis mañana*. ¿Te acuerdas de mí?

¿Cómo me voy a acordar de ti, pedazo de imbécil?, se repite Casey a sí mismo. ¿Sabes cuántos otros descerebrados como tú me escriben a diario?

—León Soto es mi nombre. Mi Instagram es @leon.soto. us. Una vez hablamos por mensajes directos. En realidad, no hablamos, le pusiste un dedo para arriba a un comentario que te hice de un video sobre el uso correcto de la creatina. ¿Te acuerdas?

—Puede ser.

—¡No puedo creer que te acuerdes! ¡Maestro! Oye, perdona la pregunta, pero no puedo perder esta oportunidad. Estamos solos. ¿Entrenamos juntos?

Casey frunce el ceño y respira hondo, agobiado.

—¿Cómo entraste?

—La puerta estaba abierta.

—El gimnasio cerró hace media hora.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque soy el dueño.

—¿Tú eres el dueño? ¿Casey Winningham es el dueño?

—Está bien. Puedes quedarte entrenando, pero cuando yo termine mi rutina, te tienes que ir. Y no, bro, no vamos a entrenar juntos.

El hombre asiente con la cabeza y se aleja, obediente. Casey no vuelve a verlo rondando por la sala de máquinas mientras termina sus doce repeticiones en la *hack* con una sensación extraña en el pecho. Probablemente bajó demasiado en la plataforma y sus costillas se contrajeron un poco. Estira. Su pecho hace un crack que lo alivia y, al mismo tiempo, lo preocupa. Algo no está saliendo bien con su cuerpo. Tiene un pésimo presentimiento. Sigue pensando en la aterradora posibilidad de que la farmacología esta vez no esté funcionando como en ocasiones anteriores, a causa de la edad y, claro, por tratarse de la cuarta vez que repite el mismo tratamiento de anabólicos inyectables y orales.

La culpa tampoco ayuda. Cree que tal vez fue un poco maleducado con el hombre que dice llamarse León Soto. Movido por el arrepentimiento, y por el miedo a que un fan desilusionado sea el

origen de una cancelación total, como le ha pasado a algunos, Casey lo busca con la mirada a través de los interminables espejos que recubren las paredes del David Barton Gym. Un sector del lugar, la zona de cardio, está en penumbra. León Soto hace bicicleta mirando un punto fijo, conectado a unos audífonos plateados de cabeza completa, apenas revelado por las luces distantes de la sala de pesas. Al ver a Casey, levanta la mano y le sonríe.

—Bro, ¿cuando termines con tu cardio, me echas una mano?

—Ya terminé, Casey. ¿En qué te ayudo?

León Soto resulta ser un compañero de entrenamiento ideal. Está deslumbrado por lo que les contará a sus amigos esa noche, piensa Casey. No me lo van a creer, anoche fui a entrenar a las once y terminé haciendo piernas con el maestro Winningham.

—¡Casey *fucking* Winningham! ¡El padre del 10-pack Ab Sculptor®!

—Cárgame uno más de veinticinco a cada lado.

—Cincuenta kilos más, entonces. ¿Vamos con doscientos cincuenta?

—Exacto.

—Lo que digas, maestro.

Todo lo que ocurre desde ahora puede ser fruto de su imaginación. O de lo que, en ese momento, Casey Winningham cree que se trata de una experiencia sobrenatural. Las luces verdes, amarillas y magenta del salón de pesas envuelven el rostro de León Soto mientras sigue con disciplina absoluta las instrucciones de su mentor. Carga los dos discos de veinticinco kilos, uno por cada lado. Casey no le da las gracias, con las manillas laterales desengancha la *hack* y comienza las repeticiones. El bombeo ha logrado que sus piernas musculosas rellenen de manera abundante el short de ejercicio. El sudor comienza a mojar su entrepierna y a manchar la fibra sintética gris de su marca, que claramente no diseñó la prenda para sesiones de alto rendimiento.

Pide dos discos más de veinticinco kilos. León Soto los carga rápido, sin hacer preguntas ni comentarios sobre las repeticiones anteriores.

Al comenzar el último set, Casey sabe que lo sentirá. Es primera vez que levanta tanto peso, trescientos kilos, y lo más probable es que no llegue a las doce repeticiones. Comienza con fuerza, explosivo, uno, dos, tres. Las tres primeras salen sin problemas, técnica perfecta, podría decirse que casi no las siente. Cuatro, cinco, seis, ya se nota el

ardor en el cuádriceps, como un veneno avanzando por su tren inferior, quemándolo todo a su paso. Siete, ocho, nueve, ahora le cuesta más conseguir el recorrido completo, le duelen los tobillos y siente que el glúteo izquierdo está a punto de desprenderse del resto de su trasero. Diez, once, doce, no va a darse por vencido, no quiere decepcionar a su fan, está a punto de terminar las doce repeticiones con aplausos cuando ve un bate de béisbol que emerge de la penumbra y en un solo movimiento revienta su rodilla derecha. El peso de la máquina lo empuja hacia el suelo, su pierna izquierda no soporta los trescientos kilos y se tuerce hacia adelante, pero ahora el bate golpea con fuerza también esa rodilla. Casey grita con todas sus fuerzas mirando el bate ensangrentado, la plataforma de la *hack* manchada de rojo, el rostro desencajado del psicópata llamado León Soto y una sombra en el pasillo de las mancuernas, una silueta de mujer que se refleja y se multiplica y se ensalza como si se tratara de un gran escenario teñido de verde, amarillo y magenta.

* * *

No es una buena idea colarte al David Barton Gym, aun cuando tienes la certeza de que Casey, tu muñeco, está entrenando en solitario y admirándose sin que nadie lo moleste, gracias al maravilloso privilegio del canje. Tantas veces has visto sus nada creativas historias en Instagram promocionando el gimnasio de Astor Place, tan pasado de moda desde que los neoyorquinos, tan volubles a las tendencias, prefieren entrenar en Equinox. Una vez te atreviste, lo recuerdas, y seguiste a Casey desde su departamento en Union Square hasta la entrada del gimnasio, incluso lo vigilaste por la ventana mientras quemaba calorías en una elíptica. Ahora está en el suelo, aplastado por esa máquina del terror llamada hack *donde le gusta muscular sus piernas. Todo está marchando a la perfección, según tú, todo de acuerdo al plan, cada detalle bajo control. En solo media hora pasaste de ser León Soto, el cliente más inoportuno del gimnasio y fan apasionado de Casey Winningham, a su bro de entrenamiento y a asistirlo con los pesos. Si esto sigue así iban a terminar como mejores amigos. O casados, ¿quién sabe*?

Como la cáscara de un huevo, su rodilla estalla al mínimo contacto con el bate. Escuchas un grito. No, no es un grito, es un alarido profundo y

sostenido. Temes que alguien más lo oiga. Un encargado de limpieza, un nochero, un administrador, otros clientes, pero no ves a nadie más. Casey tiembla. Su otra pierna se dobla con el peso de la máquina maldita. De su rodilla rota se asoma, indiscreto, un pedazo de hueso; de sus ojos celestes brotan lágrimas de horror y miedo. Con más fuerza le das en la otra rodilla y con eso ya no te quedan dudas, confirmas que eres un sádico de tomo y lomo porque vibras con su sufrimiento, te regocijas con cada manifestación corporal de dolor. Quiere insultarte con todas sus fuerzas, pero se nota que no puede articular frase. Ruidos guturales, monosílabos, palabras a medias, son lo único que sale de su boca. Puedes ver la rabia y la intención de supervivencia, está claro que podría matarte si de verdad se lo propusiera, pero no tiene lógica, es imposible porque sus piernas están arruinadas, seguro para el resto de su vida. Si es que existe algo más de vida para el pobre Casey, asunto del que no estás del todo seguro. Podrías dejarlo vivo, aunque fuera para distraer a tus títeres. Te gusta que crean que eres impredecible, aunque en el fondo sea muy fácil adivinarte.

Casey sigue gritando un poco más y tú gozando su horror. Está a punto de desmayarse cuando su rostro aterido por el miedo se refleja en el espejo. De la rabia y la confusión, pasa a un estado de esperanza. Piensas que se está aferrando a lo espiritual como una manera de iniciar su despedida de este mundo, sus ojos abiertos mirando hacia la entrada de la sala de pesas son apenas un reflejo involuntario, una señal de fe en los segundos previos al final. Te equivocas. Casey no está a punto de morir, eso será unos noventa minutos más tarde, y su rostro animado de súbito por algo que ve no es un efecto de la tortura en la hack*, es su reacción a la posibilidad real de salvarse. Giras la cabeza hacia el otro lado del David Barton Gym y, claro, ves lo que ha visto el influencer, distingues esa sombra movediza, reflejada en el último espejo de la sala. Te das cuenta de que no estabas a solas con el creador del 10-Pack Ab Sculptor®, había alguien más con ustedes. Vigilándolos. Corres por el pasillo de las luces de tres colores con el bate en la mano. Miras las cámaras de seguridad y confirmas que ninguna está grabando. A lo lejos escuchas pasos en el suelo metálico de la entrada. Avanzas más rápido, estiras la cabeza y entonces puedes verla, es ella, no hay duda.*

Florencia Lee, la actriz de telenovelas de tercera clase devenida en influencer gracias a su amistad con Heather, madre y mánager de Rachel

Landry, respira con agitación, nerviosa, sin atreverse a mirar atrás ni hacia arriba ni hacia ninguna parte por miedo a encontrarse contigo de improviso, como en las películas de terror cuando el asesino emerge de la oscuridad en un sobresalto para ajusticiar a la víctima. Te rehúsas a que esa mujercilla insulsa y superficial tenga el privilegio de transformarse en obra tuya. Le faltan méritos, talento, además de belleza y contenido. Apenas has visto sus redes y es triste lo que hace la falta de amigos en algunas personas. ¿Cómo esta mujer no tiene nadie que le diga la verdad sobre las estupideces que publica?, te preguntas. ¿Es posible que en nombre de la libertad de expresión tengas que tolerar esta clase de personajes? Ahora no tienes más remedio que tragarte la mala leche y otorgarle a Florencia Lee lo que Florencia Lee no se merece: un lugar en el mundo. Después de tantos años tratando de recuperar esa fama perdida en la década de los noventa, la diva menor de la pantalla volverá a los titulares como una nueva y afortunada víctima tuya, el exterminador de influencers que vino a limpiar las redes del estiércol digital.

La decisión depende de ti. Eres el dueño de tu obra, el maestro absoluto de todo lo que duele, todo lo que daña, todo lo que corta o pincha o clava o cercena o sangra.

* * *

Bajó corriendo las escaleras del gimnasio. Vio las puertas de la entrada y el movimiento nocturno de Astor Place, en el exterior. Por un segundo pensó que se había salvado, fue el momento en que distinguió al hombre asomándose desde las escaleras. No perdió el tiempo en gritar. Siguió corriendo hasta alcanzar la puerta y logró empujarla cuando una mano la agarró del cuello. El hombre le exigió que se quedara quieta o todo sería peor. Más doloroso y peor. Florencia Lee obedeció al desconocido y de manera instantánea memorizó sus rasgos, por si Dios se apiadaba de ella, se salvaba por milagro y gracias a ella pudieran atraparlo. Estaba pensando en convertirse en la heroína, la chica final del caso policíaco más importante de los últimos años, cuando el hombre la agarró por la cintura y la arrastró lejos de la puerta. No quería que nadie la viera. Le habló muchas cosas que no alcanzó a escuchar, o no entendió bien, porque estaba en shock. En el trayecto al segundo piso se golpeó la cabeza contra los peldaños de las

escaleras. Sintió la sangre caliente que le manchaba la cara, pero no sabía con exactitud dónde estaban sus heridas. Oyó gritos que venían de la sala de máquinas, alaridos que no parecían humanos pidiendo ayuda. Mientras la arrastraba por el gimnasio, el hombre la insultó por haber sido tan inoportuna, por interrumpir un momento privado sin avisar y, además, la amenazó con hacerla famosa de nuevo. Florencia Lee no tuvo coraje para hablarle de los espléndidos vericuetos de su carrera actoral ni para contarle que Sandy Wilcox, su rol en la recordada *Corazón indomable*, había sido escogido por los fans como el personaje más importante de la ficción latina de la década. No se atrevió a explicarle que nunca, ni por un segundo desde 1995, el año de su debut, había dejado de ser famosa por sus roles televisivos; tampoco le contó que había llegado al gimnasio porque tenía una relación de corte erótico con Casey Winningham, estaba obsesionada con él y quería darle una sorpresa. No pudo decirle ninguna de esas cosas porque el hombre le empujó la cabeza contra el suelo y le clavó algo en el estómago. Pensó que la había acuchillado con un arma cortopunzante larga, angosta y afilada, pero no era un cuchillo sino una jeringa. Estiró el cuello. Gritó con la esperanza de que alguien la escuchara en los alrededores de Astor Place. Al erguir la cabeza vio en la sala de máquinas el cuerpo de Casey, inerte en la máquina de piernas, aunque sin sus piernas, porque ambas estaban desparramadas, una hacia adelante, en una contorsión horripilante, y la otra hacia atrás, por completo reventada en un amasijo de sangre, hueso y músculo.

Florencia Lee no supo si su deseado Casey estaba vivo o muerto.

* * *

Él por fin se calla, ella se queda tiesa. Estás contra el tiempo. Calculas cuántas horas quedan para que amanezca. ¿Quién será el primero en llegar? Necesitas confirmar una vez más que todas las cámaras de seguridad están desconectadas. Aprovechas que ella no va a moverse en un par de horas y te concentras en él. No está muerto. Le quitas la ropa hasta dejarlo en un pequeño calzoncillo color carne. Su rodilla sigue sangrando sobre el piso de goma de alto tráfico del gimnasio. Logras arrastrar el cuerpo fuera de la máquina hack*, sus piernas cuelgan como dos gajos de*

carne sintética. Lo dejas en medio de la sala de pesas y buscas tus herramientas. No reacciona. Aunque sabes que tienes todo lo que vas a necesitar, no puedes evitar ponerte nervioso. Sacas tu maletín, lo abres y revisas el contenido. Lo que necesitas no es un cuchillo ni un bisturí, sino un escalpelo. Escoges uno de hoja curva y lo acercas lentamente al vientre durísimo de Casey. Cuando estás a punto de hacer la primera incisión, el gemido ahogado de Florencia Lee te enerva.

* * *

HAZ QUE DUELA.

Aunque lo intenta, no puede moverse.

ENTRENA DURO.

Estira las puntas de los dedos e intenta mirar sus manos, pero no lo logra.

TRANSFORMA TU CUERPO.

Mueve los ojos en sus cuencas hacia la derecha. A cierta distancia, el hombre está sobre el cuerpo de Casey. Hay sangre alrededor. Se aterra, pero no puede pedir ayuda porque está demasiado asustada para gritar.

RECONSTRÚYETE.

El techo del gimnasio está repleto de consejos para el cliente. Es lo único que puede ver desde su posición. Sin quererlo, gime un poco, lo que hace reaccionar de inmediato al agresor. Se acerca a su rostro y la sujeta con violencia por el mentón. Le promete que no la olvidará, pronto se va a hacer cargo de ella. Florencia Lee le ruega que por favor la deje en libertad, solicitud que al parecer al asesino le resulta de lo más graciosa porque lanza una carcajada al aire y mueve la cabeza, burlándose mientras saca otra de sus jeringas y vuelve a inyectarla. Esta vez en el brazo, sin avisarle ni procurar que no le duela. Trata de levantarse, de luchar un poco, de oponer resistencia, pero el cuerpo no le responde y de pronto todo se va a rojo.

Cuando abre los ojos de nuevo, al principio no ve nada.

No sabe cuánto rato ha pasado desde su último momento de consciencia.

Escucha el sonido de un motor zumbando en su cabeza y calentando sus pensamientos. Está sofocada, sin aire ni un mínimo sentido de

orientación.

Antes de despertar vio morir a Casey, recuerda.

Se toca las manos en la oscuridad. Gira el cuerpo a la derecha y con lentitud las imágenes comienzan a ordenarse en su cabeza. A medida que la cronología se va completando, el terror vuelve a apoderarse de ella.

La actriz logra dilucidar dónde está: en el maletero cerrado de un auto, atada de pies y manos. Grita y patea como puede. El miedo y la taquicardia no la ayudan en nada. Después de un rato, no sabe cuánto, el auto baja la velocidad. Florencia Lee se da cuenta, sigue gritando y pateando con más fuerza hasta que, por fin, el auto se detiene por completo. No se calla. Oye la puerta del conductor que se abre y se cierra, luego pasos que rodean el vehículo, pasos que se acercan. La puerta del maletero se abre. Florencia Lee se encandila, el sol le hace daño, la obliga a contorsionarse para evitar un rayo que le llega directo a los ojos y que recorta la figura del hombre a contraluz. No puede verle la cara, pero no le importa porque ya se la aprendió de memoria.

—No llores, Sandy Wilcox —le dice el hombre—. No seas maleducada.

Lo último que alcanza a ver es la jeringa en su mano. La punta de la aguja gotea un líquido misterioso, transparente, y se acerca con rapidez a su ojo derecho. Abre la boca y grita con horror profundo, aprieta con fuerza y siente el pinchazo que atraviesa el párpado y se clava en el globo ocular como si fuera una uva madura.

Florencia Lee grita en la oscuridad del maletero y de a poco vuelve a quedarse dormida.

19

A las cinco y media de la mañana la vibración del celular sobre la madera del velador rompió el silencio en la casa de la familia Bravo, en Richmond Hill.

La noche anterior habían cenado pizza y ensaladas. Adam seguía de un humor extraño, a la defensiva, pero en lugar de buscar la confrontación o la tregua, Jackie había optado por el silencio. Sin dobles intenciones ni significados ocultos, tampoco con la amenaza constante de una revancha, solo el silencio. Después de ver el capítulo de una serie coreana de zombis que a Adam y a los chicos los tenía trastornados, él se quedó dormido en el sillón y ella aprovechó para leer más antecedentes sobre el caso. Repasó uno por uno los detalles del testimonio de Vera, incluyendo su relación amorosa con Stefania, y las aristas de la inminente denuncia por tráfico de personas, delito que la había dejado llena de impotencia y en un estado de pesimismo que no sabía cómo combatir. Ignoraba hasta dónde podía confiar en la influencer, aunque estaba segura de que a través de ella podía obtener más información sobre el hombre que buscaba y, de paso, encerrar a todos quienes resultaran culpables de ganar dinero a costa de la desgracia de decenas de jóvenes mujeres de distintos lugares del mundo. Calculó que las próximas horas serían decisivas para la resolución del caso.

A las once y media se fueron a la cama. Cuando se estaban quedando dormidos, en la ambigüedad hipnótica entre el sueño y la vigilia, Adam la abrazó por detrás y deslizó la mano por sus piernas. Jackie se quedó quieta, con los ojos abiertos, recordando con tristeza los tiempos en que ese gesto no era extraordinario, sino algo habitual.

Adam le besó el cuello y el lóbulo de la oreja derecha.

—Estamos mejor, ¿verdad?

—No sé. ¿Tú qué crees?

Él sujetó su mano y con suavidad la puso entre sus piernas. Jackie se rio, asombrada y un poco nerviosa, sin saber qué imaginar. Ya no tenía

hipótesis ni técnicas para salvar su matrimonio, a lo más se conformaba con lo que le tocara: las explicaciones ofrecidas, las palabras de aliento, la idea de un compromiso inquebrantable del que no se podía escapar y la gran promesa de no repetir los dramáticos errores del pasado, juramento que, a la larga, era su única garantía.

Hicieron el amor desnudos y mirándose en silencio. Jackie lo disfrutó como ya casi no lo recordaba. Se quedaron un rato en silencio sobre la cama, Adam boca arriba y ella sobre su pecho. Él la besó hasta que cayeron rendidos y perdieron la consciencia.

Cuatro horas después, cuando vibró el celular, seguían en la misma posición. Al oír el ruido, Jackie se incorporó, rápida, estiró la mano y alcanzó el teléfono. Miró la pantalla. Era un número desconocido, lo que en su experiencia la mayoría de las veces a esa hora significaba problemas urgentes. A su lado, Adam refunfuñó, entreabrió los ojos y se cubrió con las sábanas para seguir durmiendo.

—¿Aló? —dijo mientras se ponía la ropa interior y una camiseta negra.

Encontró una chaqueta y se la puso sobre los hombros. Caminó por el pasillo hacia el primer piso de la casa. Ya no tenía intenciones de seguir durmiendo. La alarma del despertador iba a sonar en media hora.

—Buenos días —la saludó una voz masculina que sonaba joven.

—Buenos días —dijo Jackie—. ¿Con quién hablo?

—No nos conocemos en persona, pero sabemos quiénes somos.

La sargento se puso en estado de alerta y avanzó directo a la cocina, procurando no dramatizar.

—¿Quién eres?

—Mi nombre no importa, sargento.

—Escúchame, muchacho —le advirtió Jackie, severa—. Ahora no tengo tiempo para perderlo en madrugadores ociosos, te recomiendo que...

—Lo hice de nuevo, Jackie Bravo —se escuchó una leve carcajada de satisfacción—. Tuve que hacerlo.

—¿Qué hiciste?

—Matar. Matar un poco. ¿Qué creías? —hizo una pausa para respirar, excitado ante su confesión—. El deseo es cada vez más

intenso, no te lo imaginas. Es un descubrimiento constante de tus propios límites. Ahora sí que no voy a poder parar.

Al oír las frases cargadas de un goce enfermizo, Jackie Bravo contuvo la rabia que empezaba a percibir en la parte trasera de la nuca, en las palmas de las manos y en el bajo vientre.

—Escúchame, no sé quién eres —le advirtió al desconocido—, pero si tienes tiempo para hacer esta clase de llamadas a las cinco y media de la madrugada, de verdad me das lástima.

Su interlocutor no pareció ofendido. Se calló por unos segundos, ignorando el comentario.

—Esta noche he sido prolífico —anunció con calma—. Acabo de terminar las obras. En unas horas, alguien las va a encontrar. Esta llamada es solo para pedirte que no me olvides. Si quieres que seamos amigos, acuérdate de mí.

La sargento se quedó de pie en la sala, molesta. Había llegado ese momento que tanto odiaba, el de la explosión del ego de un psicópata, la revelación sin pudores de su verdadera naturaleza mezquina e infantil. Estaba claro que, como en la mayoría de los asesinos múltiples, la necesidad de ser adorado lo terminaría traicionando. Era cuestión de tiempo.

—Si no me dices tu nombre, voy a colgar.

Jackie sujetó con firmeza el celular en su oído. Por un segundo de terror, su mirada se detuvo en una foto familiar que decoraba la sala: Adam, Ricky, Tony y Laura sonreían para la cámara en el acceso de la montaña rusa Cyclone, en Coney Island.

—Los voy a matar a todos, Jackie —prometió el hombre con solemnidad—. Hasta que no quede ninguno.

La llamada se cortó a las cinco y treinta y cuatro de la mañana.

* * *

A las cinco y cincuenta y uno, Vera recibió un mensaje de Casey.

> 247 Lorimer Street (azotea)
> Williamsburg, Brooklyn
> te espero a las 8 am y entrenamos

Aunque estaba despierta, leyó el mensaje una hora después. De inmediato decidió que, a pesar de su ánimo, asistiría puntual a la cita. No había dormido en toda la noche pensando en su confesión a los detectives, repasando con masoquismo una por una sus palabras e imaginando qué le aconsejaría Stef si estuviera viva. La idea de paralizar sus actividades por culpa de la angustia y la falta de sueño le parecía inaceptable. No estaba dispuesta a permitir que los recuerdos del trauma la llevaran a la revictimización. Ella no era víctima de nada ni nadie, ni siquiera de sus errores o de su propia historia, o al menos no se sentía como una porque había tenido la fuerza y el coraje para abrir los ojos a la realidad y huir de ese estado que tanto despreciaba. Tarde, pero a tiempo para tomar acciones. Si era necesario, estaba dispuesta a sacrificar su carrera para contar la verdad y hacer justicia. Por sí misma y por Stef, bajo ninguna circunstancia iba a arrepentirse.

El mensaje de Casey la obligó a pensar en otra cosa que no fuera la denuncia a los Wishman y el cobarde asesinato de su amiga. De acuerdo con lo conversado con los detectives y según la promesa que le había hecho la sargento Bravo, la causa seguiría su curso en paralelo con la investigación de los crímenes. Nada podía hacer para acelerar el proceso, solo ofrecer su declaración cada vez que se lo pidieran.

Otro mensaje de Casey:

> La llave está en el buzón 3B

Estaba segura de que las intenciones del exatleta eran llevársela a la cama, o donde pudiera acostarse con ella en la azotea del 247 de la calle Lorimer, pero no pensaba darle en el gusto. Por ningún motivo iba a caer en sus garras de depredador, menos ahora que estaba agotada por los recuerdos y sin el mínimo apetito sexual. Solo aceptaría la invitación por el fitness y para tener a alguien con quien conversar, lo que siendo una inmigrante en Nueva York siempre era considerado un privilegio. Necesitaba más que nunca una sesión de

ejercicio intenso, se sabía que Casey era un excelente instructor y que jamás entrenaba a nadie porque le traía recuerdos de su pasado de clase media asalariada. Después de hacerse famoso como atleta, y de preparar físicamente a algunas celebridades bastante menores en Los Angeles, había hecho carrera como modelo fitness para transitar al mundo de los *reality shows* con *Traición sexual*, *Los heterocuriosos 1 y 2*, *Testosterona: edición VIP* y *Apocalipsis mañana*, su consagración en el formato. Si Vera tenía que coquetear un poco para ahorrarse el costo del entrenador personal, iba a hacerlo sin problemas. A diferencia de Stefania, odiaba el derroche. No porque ahora tuviera dinero significaba que el fantasma de la miseria se hubiera esfumado para siempre.

Llegó a Brooklyn diez minutos antes de lo acordado. Pensó en llamar a Casey y avisarle, pero luego se arrepintió. Era mejor no dar importancia a esos diez minutos y aparecer como lo había prometido. Con lo egocéntrico y autorreferente que era el inventor del 10-Pack Ab Sculptor®, seguro no se daría cuenta de nada.

La puerta del edificio ubicado en el 247 de Lorimer estaba abierta. Siguiendo las instrucciones del segundo mensaje, buscó las llaves en el buzón del departamento 3B. Encontró una sola llave grande con un llavero del David Barton Gym. Vera lo contempló con extrañeza: Casey era la única persona que todavía seguía entrenando en ese club de Astor Place, tan pasado de moda con sus luces kitsch y su decoración noventera, y no en Equinox, como la gente normal. Para calentar sus músculos atrofiados por el frío, la eterna noche sin dormir y los nervios de enfrentarse a los hermanos Wishman en un juicio próximo, subió trotando los cinco pisos sin ascensor, directa a la azotea. Llegó cansada, pero bastante digna, a una puerta negra donde se terminaba el recorrido. En la puerta estaba pegado un afiche amarillo furioso que promocionaba lo que se vislumbraba como una obra de teatro *underground*.

VERSUS
CTHULHU

Monólogo inspirado en las obras de
BRAM STOKER y **H.P. LOVECRAFT**

con la actuación de
FLORENCIA LEE
(Sandy Wilcox de «Corazón indomable»)

Viernes y sábado 22.30
Donación voluntaria

¿Florencia Lee?, se preguntó Vera, ¿de nuevo Florencia Lee? Usó la llave para abrir la puerta, forcejeó un poco hasta que logró moverla. Al empujar se dio cuenta de que al otro lado no funcionaba el gimnasio de alta gama que se había inventado en su cabeza, sino una pequeña sala de teatro. El despojado espacio tenía lugar para unas treinta butacas y un escenario diminuto atravesado por un pasillo. Vera se quedó mirando, confundida. Mirando la llave en su mano, barajó la posibilidad de tal vez haberse equivocado.

—¿Casey? —preguntó.

Nadie respondió. Avanzó hacia el interior del microteatro. Concentró la mirada en las butacas, que apenas estaban iluminadas, y confirmó que no había nadie escondido, vigilándola para atacarla.

—¿Casey? —insistió, un poco más nerviosa.

Movió la cabeza y miró hacia el escenario, un espacio ubicado tres escalones más arriba, con un sencillo sistema de focos y unas cortinas negras, que estaban cerradas. Al tratar de correr las cortinas, algo la sobresaltó. A la distancia escuchó un gemido animal. De inmediato pensó que detrás se había escondido un gato. Nerviosa, tiró de la cortina. La tela negra flameó, separando el escenario. Vera miró hacia arriba, curiosa, y entre los focos que colgaban del techo vio algo que la sorprendió. Una sombra color violeta resplandecía en la oscuridad, agitándose como una bandera. Sin saber qué era, agudizó la vista y tiró de nuevo la cortina. En el techo se escuchó un zumbido que le pareció eléctrico, unas chispas saltaron de los focos y luego algo

pesado cayó al suelo. Se llevó las manos a la boca y emitió un grito ahogado, aterrada, pero no pudo dejar de mirar. Las ganas de ver eran más poderosas que el miedo. Alarmada y sin saber con exactitud qué acababa de presenciar, caminó lentamente hacia lo que se había precipitado desde el techo del microteatro. Su pulso se paralizó al ver a Florencia Lee boca abajo, con los ojos y la boca en extremo abiertos, envuelta en un vestido color violeta que empezaba a teñirse de rojo sangre.

* * *

Astor Place era un caos. Cuando Jackie y Martino llegaron, se dieron cuenta de que un tramo de la avenida Broadway había sido cerrado para el tráfico de vehículos. El acceso al David Barton Gym, además, se encontraba bloqueado por la cantidad de prensa que se había concentrado desde la entrada y hasta la esquina de la calle Lafayette. Al abrirse paso entre policías ocupados y periodistas ansiosos, Jackie vio el brazo esquelético de Eugenia Tillmans sujetando una grabadora en medio del tumulto.

—¿Cuándo vamos a tener un culpable, sargento? —la interrogó—. ¿Qué les diría a las familias de las víctimas?

Jackie movió la cabeza como si fuera a darle una respuesta enfática, pero Martino alcanzó a detenerla justo antes de que las palabras empezaran a brotar de entre sus labios como un rezo. Los detectives subieron las escaleras de la entrada del gimnasio. Colvin y Solar les hicieron una actualización rápida de los datos recogidos hasta el momento.

—La víctima es Casey Winningham. Atleta, modelo e influencer, también era representado por la agencia Solace —dijo la novata P.J. Solar revisando los apuntes en su celular—. A las seis de la mañana, cuando llegó a su turno, el recepcionista lo encontró en la sala de pesas del segundo piso.

—¿Causa de muerte? —Jackie siguió caminando y vigilando con atención los movimientos de sus colegas a lo largo y ancho de la escena del crimen.

A la pregunta de la sargento, los detectives Solar y Colvin hicieron una pausa y se miraron de reojo.

—Es mejor que lo vea, sargento —advirtió Solar.

—¿Qué le hizo? —la interrogó Jackie con dureza—. Si no me lo puedes contar con palabras, ¿cómo piensas redactar tu informe?

La detective principiante se quedó mirándola, complicada. Jackie movió la cabeza de lado a lado, sin ocultar su decepción ante el que creía el mejor de sus hallazgos, y subió las escaleras hacia el segundo piso. Martino la siguió con la mirada perdida, preparándose para lo peor con discretas y rápidas inhalaciones. Cuando llegaron a la sala de máquinas, los técnicos habían indicado al menos treinta marcadores de evidencia localizados entre mancuernas, bancas y máquinas de ejercicios. En el centro de la sala se encontraba el cuerpo de la víctima rodeado de peritos y fotógrafos. En cuclillas sobre el torso de Casey, el forense Mark Goldstein lideraba el análisis preliminar del cadáver. Al observar la imagen desde lejos, Jackie pensó en Martino y de manera maternal levantó la mano, impidiéndole el paso.

—Es mejor que esperes afuera.

—No te preocupes. Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Tengo que estarlo, Jackie.

Se miraron por un segundo. Martino respiró profundo y trató de sonreír.

—Gracias —le susurró al pasar.

La sargento volvió la cabeza hacia la sala de máquinas, preparándose para lo que estaba a punto de ver. Al verla, Goldstein le hizo un gesto frío, a modo de saludo, para seguir analizando la cabeza de la víctima junto a otros dos peritos.

Casey Winningham estaba derrumbado en el suelo. Tenía los brazos abiertos en la posición de la cruz y las piernas torcidas en una postura imposible, la izquierda doblada hacia adelante y la derecha cruelmente partida en dos hacia atrás, como un fósforo. A la altura del estómago, además, Jackie advirtió una herida de considerable tamaño, en forma de cuadrado, como si le hubieran rebanado una tajada del vientre.

—Buenos días, doctor Goldstein —su tono de voz no se alteró con la observación del cuerpo—. No esperaba encontrarte aquí.

—Buenos días —el forense cruzó mirada con Martino y levantó las

cejas con distancia—. Sarrazin me pidió que viniera de emergencia.

—¿Ya tenemos la causa de muerte? —preguntó Jackie.

—Nada oficial, pero lo más probable es que se trate de un paro cardíaco —respondió Goldstein con los ojos puestos en el cuerpo.

—Igual que Stefania —aclaró Martino.

—Igual que Stefania —confirmó el forense mientras interceptaba a uno de los fotógrafos para revisar el material obtenido.

Jackie distinguió en la pantalla del celular fotos de cada una de las evidencias y planos generales de la escena del crimen, además de los detalles de cabeza, tórax, abdomen y extremidades del cuerpo de Winningham.

—¿Qué le hicieron exactamente? —preguntó Martino.

El forense miró a Jackie y luego contempló al detective con preocupación.

—¿Seguro que vas a poder soportarlo, Martino?

—Pruébame.

—Primero, le rompió las rodillas con un bate de béisbol —dijo el forense con una frialdad que a Jackie le pareció impostada.

—¿Tenemos el bate? —le preguntó, esperanzada.

—Lo encontramos en el basurero del Gandhi, un restaurant indio de la calle 6 —contestó Goldstein—. Pero eso no es todo.

Jackie se detuvo en la mirada consternada del forense. A la edad que tenía, y con la cantidad de imágenes espeluznantes que ese hombre había visto a lo largo de su vida, ya no se impresionaba con nada. Sin embargo, esa mañana en sus ojos la sargento Bravo detectó un horror nuevo.

—Después de romperle las rodillas, lo dejó desangrarse por varias horas —su voz se escuchó férrea, aunque Jackie lo conocía bastante y podía intuir el miedo oculto en algunas de sus palabras—. De seguro perdió el conocimiento y en ese lapso, lo operó.

—¿Lo operó? ¿Cómo…? —Martino lo miró con asombro, tratando de encajar las piezas—. ¿De qué?

—El hijo de puta lo operó desmayado, sin anestesia —confirmó el doctor Goldstein—. Lo abrió y le sacó el tejido abdominal.

Sin disimular su turbación, el forense levantó la cabeza e indicó un sector de la sala. En el suelo, marcado con un cono amarillo con el

flamante número 1, Jackie vio un trozo de carne sanguinolenta estirado en el suelo. Al acercarse comprobó que el asesino no había traicionado su propio macabro modus operandi. El trozo de carne eran los abdominales de Casey, promocionados a diario en su cuenta de Instagram, asegurados en dos millones de dólares y ahora separados del resto del cuerpo de su dueño.

Martino tosió y con rapidez se alejó del cadáver. Jackie lo vio salir hacia las escaleras, apurado.

—Estamos terminando el informe preliminar y me lo llevo —concluyó Goldstein.

—ADN, Mark —rogó Jackie—. Por favor, dame algo con lo que pueda comparar.

—No te prometo nada, pero esta vez el tipo fue bastante más descuidado —comentó con molestia, como si hablara del equipo adversario en un partido de fútbol americano—. Ahora sí somos libres para decir que esta es la obra de un solo hombre, ¿no?

—Nunca he pensado otra cosa, tú lo sabes.

—No lo sé. Ya no te conozco.

Mark Goldstein evitó su mirada y se concentró en el cadáver para no referirse a la pelea que habían tenido por defender a Martino. Jackie tampoco quiso indagar en el tema.

—Hay restos de sangre en varios puntos del gimnasio. Mucha sangre —dijo Goldstein mientras avanzaba por la sala de pesas hasta el comienzo del pasillo, siguiendo un abundante rastro rojo—. En algún momento la víctima se resistió y de seguro hubo un forcejeo, pero ahí no terminó su sufrimiento.

El forense se detuvo junto a unas máquinas trotadoras que parecían escondidas bajo las escaleras, en una especie de punto ciego del flamante David Barton Gym, e indicó el piso.

—La víctima y el asesino no estaban solos —dijo con seguridad—. Alguien los vio.

En el suelo blanco, Jackie distinguió cuatro huellas de zapatos ensangrentados.

—Son de mujer, talla 35.

Jackie se agachó para apreciar las pisadas de sangre. Se veía el taco alto, probablemente de una bota corta, y un pedazo de la punta. Sacó

su celular y encuadró una de las marcas para tomar una foto. Se dio cuenta de inmediato de que su pulso no era el normal, estaba temblando. Iba a sacar la foto cuando la pantalla del teléfono se iluminó y sonó un *ringtone* metálico y estridente, el único que podía escuchar cuando había demasiado ruido. Goldstein la miró, exasperado con el sonido, pero al ver que en el celular decía JEFE SARRAZIN!!!, en mayúsculas y con tres signos de exclamación, se guardó sus reclamos. Jackie se giró para alejarse un poco y respondió la llamada.

—Jefe. Buenos días.

—Escúchame bien, Jackie.

La voz de Sarrazin no sonaba como siempre. Por un instante, y en un ataque de ansiedad, pensó que lo siguiente que le diría sería lamentar la dolorosa decisión, pero después de varias horas de charlas, junto a la fiscalía habían optado por removerla del caso. O tal vez querían despedirla para siempre de la institución por algún error de procedimiento, demanda o reclamo. La inseguridad comenzó a apoderarse de cada parte de su cuerpo.

—Sé que estás en lo de Astor Place —le advirtió el jefe, seco—, pero necesito que te muevas ahora con Martino a otro lugar, sin que nadie los vea.

—Claro —en un segundo volvió a respirar con normalidad—. ¿Dónde quiere que vayamos?

—A Williamsburg. Encontraron otra influencer muerta.

La voz de Sarrazin pareció impregnada del mismo horror que Jackie había visto en el rostro de Mark Goldstein hacía un par de minutos, ese pánico inevitable de los policías de su generación, el miedo a la existencia real de un asesino que hace lo que quiere, que mata por placer cuando se le antoja y que nadie es capaz de detener.

20

—¿Dos? —se preguntó Martino, irritado—. ¿Dos en una noche?

Habían pasado cinco horas desde la llamada de Sarrazin. Jackie y Martino estaban en la inhóspita oficina de Mark Goldstein de la calle 26 esperando los resultados definitivos de las autopsias e intentando articular una cronología aproximada de los hechos.

Casey Winningham y Florencia Lee, ambos influencers ligados de alguna forma a Solace Talent, habían sido asesinados con el mismo nivel de crueldad y alevosía que Stefania Lenzi, el uso de productos o servicios promocionados por sus víctimas y una aterradora intención ritualística al revelar sus asesinatos/obras. El hombre con el que estaban lidiando no solo tenía el atrevimiento de comunicarse con Jackie para confesar un asesinato, además se había encargado de manipular su atención orquestando de manera consecutiva dos crímenes lo suficientemente elaborados como para desconcertar a cualquiera. Ese detalle, el hecho de estar a merced de un psicópata obsesionado con superarse a sí mismo con cada víctima, era lejos lo que a la sargento Bravo le parecía más peligroso.

—Es el mismo ADN que en las escenas del crimen de Stefania Lenzi y Preston Zane —anunció Goldstein cuando volvieron de Brooklyn—. Estamos reconstruyendo una secuencia para conseguir un perfil genético completo.

Jackie caminó por la sala de espera con el celular en la mano, nerviosa, sin dejar de moverse, pensando en las alternativas que le quedaban. Martino hablaba por teléfono con Preston, poniéndolo al día con lo sucedido en el gimnasio de Astor Place y el microteatro de Brooklyn. Las versiones más elaboradas y fantasiosas de los hechos ya comenzaban a compartirse en las redes y no se ahorraban ni un solo detalle acerca de las muertes. Lo único cierto y comprobado hasta ahora era que el asesino se las había arreglado para atacar primero a Casey Winningham. No era difícil enterarse de sus entrenamientos de medianoche porque a veces al mismo influencer le gustaba transmitir en vivo las sesiones. Jackie supuso que al asesino tampoco le debe

haber costado demasiado enterarse de que las cámaras de seguridad del David Barton Gym se encontraban desconectadas por una exigencia del propio Casey. Hacía tres semanas había subido una historia en Instagram donde denunciaba que algunos entrenadores sin escrúpulos estaban copiando sus legendarias rutinas mixtas de ejercicios. Decidido a no compartir con nadie lo que, según él, «le había costado años de esfuerzo, sacrificios, estudio y motivación», comenzó a restringir los tips sobre fitness, a concentrarse en otros temas y a tener más cuidado a la hora de entrenar.

—No lo hagan, amigos. Esto es mi trabajo —decía Casey para cerrar uno de sus videos—. ¡Y muévanse ahora! No empiecen la dieta el lunes ni retomen esos entrenamientos cuando ya sea demasiado tarde. Cada minuto cuenta. No olvides que los cuerpos de verano se trabajan en invierno.

«Los cuerpos de verano se trabajan en invierno», repitió Jackie mientras miraba el video en su celular y deslizaba una mano por su barriga, pensando en los meses que quedaban para el verano.

—Alimenta tus músculos. Come sano. Entrena duro. No bebas alcohol. No te drogues. Cree en ti. Un abrazo, chicos.

Jackie se preguntó de qué le había servido a Casey tanto autocuidado. ¿Para qué? Para terminar sus días desangrándose en la misma máquina de ejercicios en la que había pasado tantas horas de sus treinta y un años.

—¿Hasta qué hora vamos a esperar?—le preguntó Martino, después de hablar con Preston.

—Hasta que se abra esa puerta y salga Goldstein con el perfil genético completo —le contestó.

—Necesitamos volver a la oficina, Jackie. Preston me contó que entrevistaron al fiscal y declaró que no descartaba cambios drásticos en la investigación —le contó, preocupado—. Tenemos que ampliar el registro de testigos sumando las dos nuevas víctimas, hay que seguir entrevistando a los clientes del gimnasio y también a los que trabajaban con Florencia Lee en el teatro. Alguien tiene que haberlo visto.

—Vamos a hacer todo, Derek —lo calmó la sargento—. Por mí, el fiscal puede decir lo que quiera.

—Necesito que veas esto.

Martino le acercó su celular. TikTok estaba abierto en la cuenta de Florencia Lee. Se veía un video de la pelirroja bailando un tema tropical. La actriz bailaba moviendo con torpeza las caderas y los labios, siguiendo la letra de la canción. En el segundo diez, al video se sumaba Casey. Sin mucha gracia ni talento para el baile, los dos repetían la coreografía mirando a la cámara. Jackie hizo un gesto de fastidio, sus nervios se erizaron con la melodía y los movimientos pélvicos de la pareja. El video terminó y apareció de nuevo Florencia Lee, ya no enfundada en uno de sus buzos deportivos eléctricos ni sus crop-tops, sino en un pequeño vestido de leopardo.

—Hola, lindos, ¿cómo están? Llegó el gran día y todos los que me siguen ya lo saben —levantó las cejas, pero algo se lo impidió, Jackie pensó que era el bótox—. No quiero dedicar mucho tiempo a los *haters* que me dejan comentarios destructivos o recetas de cocina en el muro de Instagram. Les aviso que no pienso borrar lo que me escriben ni tampoco los voy a bloquear. Hoy estoy feliz y agradecida de todo lo que la vida me ha dado porque... ¡Por fin vuelvo a las tablas después de cinco años!

Otro video.

—Los que me siguen ya saben que mi obra se llama *Madame Dracula versus Cthulhu* y que está basada en las obras de Brad Craft, el autor de *Dracula*, y H.D. Loving, que escribió unos mitos sobre el mismo tema. La directora, dramaturga, productora y diseñadora integral es Gina Maddox, que además tiene la responsabilidad de ser la presidenta de mi fan club oficial, llamado «Reina de corazón». El estreno es hoy a las veintidós treinta y si quieren acompañarme en esta noche tan importante para mí, las invitaciones están en este link. Voy a estar con mis amigos más cercanos y, ¿quién sabe?, tal vez les tengo una sorpresa y aparece de invitado alguno de los queridos actores del elenco de *Corazón indomable*.

Jackie observó las imágenes con disgusto.

—Está claro que la víctima planificada era Casey —afirmó con seguridad—. Pero por algún motivo Florencia Lee aparece a esa hora en el gimnasio y...

—A acosarlo, es obvio —comentó Martino, enojado—. Tiene muchas

fotos y videos con él. ¿No te acuerdas de cómo los vimos en la fiesta Black & Gold?

—De acuerdo, Florencia Lee llega a seducirlo. Quizá sin darse cuenta se mancha los zapatos con la sangre de Casey. Se va corriendo, pensando que el asesino no la ha visto, pero se equivoca —Jackie vaciló un momento—. La única cámara de vigilancia que está funcionando es la de la calle. Tenemos el registro de Florencia Lee entrando al gimnasio, pero no saliendo.

—¿La entrada de servicios?

—Exacto. El asesino se movilizó por la entrada de servicios, que queda rodeando la manzana, por la calle Lafayette.

Martino iba a dejarse llevar por el entusiasmo ante la inminente captura del criminal, pero se calló enseguida al ver que la puerta de la oficina del forense se abría de par en par. Goldstein se asomó con sus dos asistentes y le entregó unos documentos impresos a Jackie.

—Terry Johnson. Ese es su nombre.

Jackie manipuló con velocidad los papeles, devorando la información. Mientras por teléfono ordenaba la búsqueda y la comparación cruzada de todos los datos personales de Terry Johnson, Martino revisaba los portales de noticias para averiguar cuánta información manejaba la prensa. Las próximas horas serían decisivas para asegurar la captura, cualquier noticia podía alertar al criminal de los pasos a seguir y colaborar en su fuga.

Cuando volvieron al precinto y cruzaron la sala de espera, ambos detectives vieron a Heather Landry y su hija, Rachel, sentadas en un rincón del recibo, discutiendo en voz baja. Al ver a Jackie, Rachel la apuntó con el dedo y corrió hacia ella. Su madre intentó detenerla.

—Rachel, espera —le pidió—. Ten cuidado, no digas nada.

—Señora Landry, ¿cuál es el problema? —le preguntó Jackie, agitada.

—Tengo que hablar con usted, sargento Bravo —le pidió Rachel, mirándola a los ojos y sujetando su brazo—. Es urgente.

—¡Rachel, basta! —le ordenó Heather.

—Hay algo que necesita saber sobre la mujer que mataron, Florencia Lee.

* * *

—No es que yo no quiera que mi hija cuente lo que sabe ni que esté tratando de proteger a alguien —Heather Landry se quebró por un momento en la oficina, bebió un sorbo de su café con leche y luego continuó—. Pero hemos luchado muchísimo para llegar donde estamos, no pienso dejar que una mala decisión arruine el futuro de Rachel ni que sus seguidores se sientan defraudados si la relacionan con estos crímenes tan espantosos.

—¡Mamá, cállate, por favor! —le ordenó Rachel—. Esto no se trata de ti.

—Claro que no, mi amor. Es sobre ti, como todo en esta vida —la molestó su madre, con una sonrisa cargada de sarcasmo—. Tú eres el centro del universo, cariño. No existe nada más que tú, corazón.

—Lo único que quiero es contar la verdad —insistió la influencer, sin dejar de contemplar a Jackie y Martino—. Por eso estoy aquí.

Madre e hija se tasaron con la mirada. Heather se estremeció de ira y bajó la cabeza, cediendo.

—Te escuchamos, Rachel —la sargento Bravo intentó calmar los ánimos y obtener la información—. ¿Qué pasó?

Rachel vigiló a su madre, respiró hondo y empezó a hablar.

—Hace tres semanas, en un evento gastronómico en el Chelsea Market, Florencia Lee descubrió algo —declaró, solemne—. Un secreto.

—¿Un secreto? ¿Un secreto de quién? —la interrogó Jackie.

—De Norma. Norma Cocina, la chef ciega. ¿La conoce?

—Claro. Según entiendo, es la creadora de contenido más famosa de la agencia, ¿verdad?

Como si alguien la hubiera ofendido, Heather refunfuñó y levantó las cejas.

—Solo en su nicho —aclaró con frialdad clínica—. Pero sus números no llegan a ser los de Stefania. Que en paz descanse.

Jackie observó a la mujer. De manera súbita la invadió una ola de preguntas, pero se las guardó. Miró de reojo a Martino, que parecía tan intrigado como ella con la visita sin aviso de las Landry.

—¿Cuál es el secreto que descubrió Florencia en ese evento, Rachel? —le preguntó, expectante.

—Mi hija no sabe nada —interrumpió Heather—. Es una niña

inmadura y problemática con una imaginación desbordada. ¿Podemos parar el show e irnos a casa, Rachel?

—¡No, mamá! ¡La policía tiene que saber lo que está pasando! —clamó Rachel con impotencia y luego se giró hacia los detectives.

Jackie y Martino observaron cómo acezaba, con las manos en el pecho en señal de súplica.

—¡Norma Cocina no es ciega! —acusó, fuera de sí.

—¡Rachel Melanie Landry, francamente, eres un veneno!

—Tengo a quien salir así, ¿no te parece, mamita querida? —la enfrentó Rachel con una mueca de ironía para luego ignorarla y concentrarse en los detectives—. En noviembre del año pasado, la señora Norma Moore se operó de los ojos y recuperó la vista.

—Rachel, lo que dices es bastante grave —le advirtió Martino, impresionado.

—Ya lo sé. ¿Cómo no va a ser grave? Norma Moore, alias Norma Cocina, es un fraude —siguió Rachel—. Florencia Lee la descubrió porque conocía al cirujano que la operó en Boston. Se encontraron en el evento del Chelsea Market.

—Rachel, ¿estás insinuando que la señora Moore tiene algo que ver con la muerte de...? —Martino quería ayudarla a comprender la seriedad de la acusación, pero no alcanzó a terminar la pregunta.

—Yo no acuso a nadie —lo interrumpió la influencer—. Pero aquí están los documentos que confirman la operación que se hizo en Boston, en noviembre.

—¿Puedo preguntar cómo obtuviste estos documentos? —Jackie se detuvo antes de revisar los papeles que estaban sobre la mesa—. Los informes clínicos son privados.

—Tengo mis métodos —le respondió Rachel, sin mover ni un músculo de la cara ni cruzar la mirada con su madre.

Pero Heather no pudo quedarse callada.

—Ya que quieres ser sincera con los detectives, cariño, ¿por qué no les cuentas también lo obsesionada que estás con destronar a todos los influencers de la agencia? — preguntó, con una sonrisa en la cara.

Rachel miró a su madre y movió la cabeza, molesta.

—Tal vez les interese saber cómo quisiste arruinarle la vida a Stefania.

—¡Eso no es verdad!

—Mi pobre hija nunca ha tenido demasiada tolerancia al fracaso —les comentó Heather a los detectives en voz baja—. Y aunque tiene una capacidad de trabajo asombrosa y se sacrifica muchísimo, los números no mienten. Es una buena creadora, pero por alguna razón que se escapa de mi control, el mundo la ignora. Por eso no soporta la competencia.

—¡Cállate, mamá! —le gritó Rachel, indignada—. Deja de tratar de proteger a tu amiga. ¡Florencia Lee está muerta!

—Niña, ¿no te das cuenta de lo grave que es todo esto? —la calló Heather, a gritos—. ¡Tú también eres una creadora de contenido de la agencia, también corres peligro!

Heather y Rachel Landry se miraron por un largo rato, como si quisieran reprocharse una seguidilla de verdades sepultadas. Jackie se sintió incómoda y trató de orientar la discusión hacia un terreno más útil y conveniente.

—Rachel, ¿cómo te enteraste de que Florencia Lee sabía este secreto? —preguntó.

—Cuéntale, cariño, anda, cuéntale a la señora cómo fue que te enteraste, sé buena —la provocó Heather y luego miró a los detectives —. Se enteró porque escucha conversaciones ajenas. Mi pobre amiga...

Heather se quebró un instante para llorar. Se cubrió la cara con ambas manos y respiró hondo. Rachel la contempló con escepticismo.

—Pobre criatura, Florencia Lee, tan famosa que fue por un tiempo tan breve.

Mientras Heather lamentaba la trágica muerte de su amiga, Jackie recordó los mohínes insoportables de Sandy Wilcox en la telenovela *Corazón indomable* y un halo de nostalgia inútil mezclada con la tensión de los últimos acontecimientos la sacudió por dentro.

—Pensó que la fama, la belleza y el dinero iban a durar para siempre. Creyó que la cara de niña era para toda la vida, que los hombres siempre caerían embrujados por sus rabietas, pero no fue así —Heather Landry hizo una pausa, conmovida—. Nunca más la llamaron para actuar y hace años que estaba en la ruina. Esa mañana llegó a verme temprano, estaba muy angustiada por lo que había descubierto en el evento gastronómico y esta mocosa entrometida nos

escuchó.

—Te recuerdo que gracias a esta mocosa entrometida tienes esa cartera.

—¿Me estás echando en cara el dinero, después de todo lo que hago por ti, Rachel?

—Por favor, señora Landry, dejemos que termine —intervino Martino, que por ningún motivo quería perder el hilo del relato.

—Es cierto que le pagué a alguien para que consiguiera los documentos de la clínica donde se operó Norma —reconoció Rachel—. Pero lo hice porque odio la mentira.

—Lo que odias es que otra persona se lleve la atención, los likes, los seguidores y las marcas —su madre se acercó, enfrentándola—. Por eso odiabas a Stefania. Y no hay nada mejor que develar este problemita de Norma para cancelarla para siempre, ¿verdad?

—¡Norma les mintió a sus seguidores, mamá! ¡Eso no se puede perdonar!

Mientras Heather y Rachel seguían peleando en voz baja, como si nadie pudiera escucharlas, Jackie intercambió una mirada con Martino y sacó su celular. Entró a Instagram, al perfil de Norma Moore, alias @normacocina. Su última publicación estaba fechada hacía tres días. Era una foto en una oficina, junto a otras tres mujeres, con un papel en la mano y el texto:

Firmando contrato por mi libro número 13:
#NormaCocinaParaSolteros
Recetas fáciles para los que quieren comer rico
(y no saben nada)
Pronto en librerías

Jackie se fijó en los likes que tenía la foto, entre los que estaban los de Stefania Lenzi, Preston Zane, Ian Wishman, Vera Dosamantes, Rachel Landry y Casey Winningham.

21

Norma Moore termina de maquillarse y baja al salón. Donovan, su mayordomo, la está esperando con un té, un plato de galletas de brandy y el salón iluminado como a ella le gusta, listo para grabar. Se sienta frente a la cámara y, como lo hace cada tarde de lunes a viernes desde hace cinco años, Donovan la dirige.

—Queridos seguidores. Este no es un video alegre —da la bienvenida con su estilo acogedor—. Como pueden ver, no estoy en mi cocina ni en un restaurant ni visitando a amigos. Este video es para pedirles perdón.

Donovan no puede evitar un suspiro de conmoción mientras observa el visor de la cámara HD. En un segundo, Norma se distrae con el sonido de su respiración. El mayordomo supone que tendrán que comenzar de nuevo, como sucede a menudo desde que a su jefa le cuesta memorizar textos demasiado elaborados, o grabar tomas muy largas. Decide no cortar y seguir adelante. Norma le sigue el juego y no para.

—Sí, así como lo escuchan, necesito que me perdonen. Hace seis meses vivo en una mentira. Hace seis meses dejé de ser una persona ciega.

* * *

—Montauk en otoño es maravilloso —dijo Norma tres horas antes, cuando recibió a los detectives en la inmensa entrada de su casa ubicada frente al mar—. Por favor, adelante, bienvenidos, pero antes me gustaría saber cómo consiguieron esta dirección.

—Somos detectives, señora —le respondió de forma educada Martino—. Discúlpenos si somos inoportunos.

Norma ignoró el comentario y paseó su mirada por la sala de la casa, sin detenerse. Jackie y Martino advirtieron que exageraba los movimientos de las manos y el parpadeo de los ojos.

—Por favor, llámenme Norma. No soy tan vieja.

Jackie asintió con la cabeza y la analizó con la mirada. Se notaba que era una mujer llena de vida.

—Norma, ¿sabe por qué estamos aquí?

—Bueno, supongo. Los crímenes de esos pobres chicos —suspiró con amargura y se quedó mirando por la ventana, reflexiva—. Todavía no puedo creer que el hermoso Casey...

Agachó la cabeza, iluminada por el brillo grisáceo del cielo nublado sobre la playa.

—Y Florencia Lee, a quien usted también conocía, ¿verdad? —le recordó Martino.

—Vagamente —contestó Norma.

—Pero conoce su trabajo —insistió el detective.

—No. ¿Debería? ¿Me estoy perdiendo de algo? —la mujer de sesenta y ocho años nacida en Rhode Island, viuda y madre de dos hijos, le sonrió—. No lo creo, querido. Soy una persona muy ocupada. Mi tiempo es más importante que mi dinero.

—Me imagino —intervino Jackie, decidida—. Tan ocupada está la agenda de @normacocina que no ha tenido tiempo para contarle a sus seguidores que recobró la vista.

Colores mortuorios bajaron por el rostro de la chef. De manera inconsciente empuñó las manos y se mordió la boca por dentro hasta sangrar. Jackie vio pequeñas gotitas de sangre manchando la comisura de sus labios.

Norma peinó sus cabellos rubios, ordenando unas mechas detrás de su oreja izquierda. Por un momento no se movió de la ventana.

—¿Por qué mintió, Norma? —tuvo que insistir Jackie.

—Por mis hijos, yo les juro por mis hijos que no quería mentirle a nadie —confesó con lágrimas en los ojos—. ¡Pero los Wishman me obligaron!

—¿Cómo?

—Cuando volví de Boston, después de la operación, empecé a darme cuenta de cómo tratan a sus representados —explicó, tratando de mantener la calma—. Les conté que ya no era ciega, que mi contenido iba a tener que cambiar y entonces se pusieron como un par de hienas hambrientas y me amenazaron. Si decía la verdad me cobrarían

trescientos mil dólares como indemnización por el dinero que iban a dejar de ganar.

Jackie anotó los datos en su libreta de apuntes.

—¿Dónde pasó la noche del sábado, Norma? —preguntó sin levantar la mirada.

—Aquí. ¿Dónde más? ¿Por qué? —su cuello se estiró, alerta—. ¿Qué está pasando por su cabeza, detective?

—¿Estaba sola?

—No. Con Donovan, mi mayordomo.

—¿Podría confirmarlo?

—¿Qué cree, que yo maté a esa mujer? —Norma se llevó una mano al pecho, alterada—. ¿En serio piensa que me tomaría la molestia de cometer un asesinato?

—No, señora, nadie la está acusando de nada —la tranquilizó Martino—. No se preocupe.

—¿Por qué tendría que preocuparme? Tarde o temprano, este momento iba a llegar —dijo la chef con resignación—. Yo sabía que esto iba a ocurrir y no pude hacer nada para evitarlo.

—¿Habló con Florencia Lee antes de su muerte? —le preguntó Jackie.

—Le digo que no la conozco —se defendió Norma—. Apenas la he visto en algunos eventos.

—Nunca ha hablado con ella, entonces.

—Jamás.

—Norma, no nos haga esto, por favor —la sargento Bravo se acomodó junto a ella en el sillón—. ¿Qué me diría si yo le contara que tengo imágenes suyas con Florencia Lee, conversando en la fiesta Black & Gold?

—No voy a fiestas.

—Pero a esa sí que asistió. Lo sé porque yo misma la vi.

—Yo también la vi. No sé dónde pretenden llegar con todo esto.

—A sus recuerdos, Norma. Necesito que recuerde si habló con Florencia Lee antes de su muerte. ¿Y sabe por qué? —la desafió Jackie con determinación, atravesándola con la mirada—. Porque creo que no me está contando la verdad. Creo que, en efecto, sí habló con ella, y podría apostar incluso que vino a verla.

Norma puso los ojos en blanco y alejó la cabeza, agobiada.

—¿Recuerda el evento gastronómico del Chelsea Market, hace unas semanas? —continuó Jackie.

—Voy a muchos eventos. Por trabajo, eso sí, nunca por placer —trató de sonreír y luego de cambiar de tema—. ¿Les gustaría probar mi torta de dulce de leche?

A Martino se le iluminó la cara, pero antes de que aceptara, Jackie se le adelantó.

—No se preocupe, muchas gracias —contestó, seca—. Era un evento gastronómico de Il Mio Emporio®, una marca de pastas artesanales que la auspicia desde que comenzó.

—Trabajo con muchas marcas —respondió Norma, evadiendo—. ¿En serio se van a perder la torta de dulce de leche de la que todo el mundo está hablando?

—En ese evento en Chelsea Market se encontró con Charles Orloff, el cirujano que hace seis meses la operó en Boston —le dijo Jackie con calma—. Con tan mala suerte que Florencia Lee lo conocía y se dio cuenta de que él le preguntaba por su recuperación. Nunca esperó que su secreto se develara de una manera tan absurda. ¿Me equivoco?

—Se equivoca —musitó entre dientes—. Claro que se equivoca.

Norma Moore giró su cuerpo y retrocedió desde la ventana hasta la sala, nerviosa. Ya no se molestó en seguir moviendo los ojos en sus órbitas, como si estuviera mareada, ni en dar cada uno de sus pasos con dificultad, como en medio de una noche cerrada, sin estrellas. Se acercó al bar que había en un rincón y en silencio se sirvió un bourbon. El calor del licor le aclaró la garganta y pareció devolverle las palabras.

—Sí, es cierto. Florencia Lee vino a chantajearme —reveló, molesta consigo misma, mientras se servía otro bourbon sin ofrecerles nada a los detectives—. Quería cien mil dólares por cerrar la boca, la muy zorra.

Cien mil dólares, anotó Jackie en una página nueva de su libreta.

—No les voy a mentir, en ese momento lo único que pensé fue en cómo matar a esa mujer tan vulgar —reconoció Norma Moore con la voz tibia y lubricada por el bourbon—. Pero no lo hice, detectives. Aunque me moría de ganas, yo no la maté.

* * *

Cuando los detectives se van, Norma Moore está borracha. Aunque Donovan tiene la desfachatez de tratar de impedírselo, se sirve un último bourbon mientras le da las instrucciones para la grabación de emergencia. El mayordomo le pregunta cuál es el plan. La chef le pide que tenga el salón preparado para las siete en punto, iluminado como a ella le gusta, con los tres focos directos a su cara y el filtro que le quita dos décadas de encima.

Pasa dos horas arreglándose y maldiciendo a Ian y Marla Wishman. Escoge vestuario, maquillaje, accesorios y joyas. Se toma medio Xanax que encuentra en un neceser. Decide abrir lo único que encuentra en su habitación, una botella de Conquista, un tequila reposado del que le llegó una caja de regalo hace unos días.

«Hola, soy Norma Cocina y este es el mejor tequila del mercado», dice después de bajarse media botella.

—Hace seis meses dejé de ser una persona ciega —expone más tarde con perfecta dicción ante la cámara, como si el bourbon y el tequila no le hubieran hecho efecto—. Yo sé que esta noticia puede ser impactante para muchos de ustedes, por eso quiero que se enteren por mí, a través de esta cuenta. Gracias a Dios, hace seis meses viajé al estado de Massachusets para someterme a una intervención quirúrgica con el doctor Charlie Orloff, que me hizo recuperar la visión en ambos ojos. Gracias a él, hoy soy una mujer nueva.

Cuando terminan de grabar, Donovan está llorando. Intenta disimular sus lágrimas como puede, pero Norma se da cuenta y siente rabia y vergüenza porque le resulta ridículo que un hombre viejo se entregue al llanto con tanta soltura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Por supuesto, señora.

Donovan apaga los focos y los guarda en sus fundas antes de sentarse a editar el video y subirlo a las redes.

—Buenas noches, Donovan.

—Buenas noches, señora. Que descanse.

Norma siente que en el consejo de su mayordomo se oculta un deseo urgente, el de gritarle su opinión, de anunciarle el error fatal que está cometiendo, de enseñarle que cuando ella decide enterrarse viva, en el

fondo los está enterrando a los dos.

Se mete en la cama y a pesar del alcohol, los nervios y la grabación de última hora, logra quedarse dormida casi de inmediato.

Despierta cuatro horas después con la cabeza de un hombre que respira junto a su rostro.

Un hombre moreno con las cejas tupidas y los ojos inyectados en sangre.

—No tengas miedo, Norma.

Norma abre la boca para gritar. Piensa en las posibilidades de supervivencia que tiene y concluye que, le guste o no, Donovan es la única que le queda.

En la oscuridad brilla algo entre las manos del hombre. Norma se pregunta quién será y por qué quiere hacerle daño con tanta urgencia.

Lo que brilla en la oscuridad es la aguja de una jeringa. El hombre de las cejas tupidas quiere matarla, supone Norma.

La jeringa se clava en la delgada piel de la primera chef ciega de América. Norma intenta defenderse, mueve las manos para escapar. Al hacerlo, la jeringa se hunde bruscamente en su antebrazo, rajando piel y carne como si fuera seda. Norma chilla de dolor, ve la sangre que chorrea por su brazo blanco y venoso y entonces pierde la consciencia mientras se pregunta por qué la puerta no se abre, por qué Donovan no aparece para salvarla y por qué el hombre de las cejas tupidas huele tan mal.

22

Lo lograste. Ya saben tu nombre. Eres famoso. Tan famoso como soñabas cuando eras niño y vivías con tu padre y tus hermanas y pensabas en firmar autógrafos y tomarte fotos con gente que aparecía en la televisión.

Te mereces la fama y el miedo.

La fama, porque has trabajado mucho por ser alguien en este lado, el lado que más te atrae, el de las sombras, el deseo y la sangre.

El miedo, porque necesitas una dosis de sufrimiento para abrir los ojos y reconocer de verdad los errores cometidos.

No te equivocaste una sola vez, Terry Johnson, fueron varias a lo largo de una misma noche de cacería. Tu ejecución fue desprolija, sucia, atarantada, sin sutileza alguna ni control de los detalles. No supiste contener las ansias ni postergarlas por un tiempo razonable, dejaste que tomaran posesión de tus actos como nunca antes te había ocurrido desde que comenzaste en este oficio. Fuiste útil por un tiempo, antes de que se apoderaran de tu cuerpo para torturar al chico fitness, Casey Winningham, obra tuya contaminada por las ansias desbordadas y, sin querer, presenciadas por una testigo accidental.

¿Qué estabas pensando?

¿Por qué no abortaste el plan?

¿Por qué no buscaste a otro con quien jugar?

Es natural que prefieras no hablar de lo ocurrido y encerrarte en el departamento del Lower East Side a mirar las noticias, gozar tu meteórica notoriedad, rechazar las llamadas telefónicas de la esposa y pensar en lo que vas a hacer cuando las horas se te acaben. Porque, lo sabes, nada de esto es para siempre.

No vas a dormir. No piensas dormir. Estás exhausto y abrumado por lo que lograste, por cada planificación que dio resultado, y también por todo lo que no funcionó y que se puede mejorar, pero no piensas quedarte en el departamento. ¿Quién podría tratar de descansar con la tormenta de imágenes que hacen fiesta en tu cabeza? Ya descansaré cuando esté muerto, piensas, y sales a la calle con el olor de la sangre de Casey

impregnado como un perfume en el cuerpo.

«*Homicidio doble desconcierta a la policía*», *dice el titular del* New York Times.

«*Dos víctimas, la misma noche*», *reza una columna de opinión en* The Wall Street Journal.

«*Cuarto influencer asesinado: Se confirma asesino en serie*», *dice el* Village Gazette.

«*Actriz de los noventa y modelo fitness: te contamos quiénes son las nuevas víctimas del Mata-Influencers*», *promete un locutor antes del corte comercial en la radio NY7*.

La esposa sigue llamando.

Conduces en silencio hasta llegar al túnel. No sabes dónde vas, pero tienes una idea vaga.

* * *

Lo último que Vera Dosamantes recuerda es ir caminando por la Segunda Avenida, de regreso del supermercado Whole Foods, de la calle Houston. Tiene una bolsa de papel en la mano con avena, yogurt y cuatro manzanas. Sujeta su compra con decisión mientras avanza deprisa. Quiere llegar pronto a su departamento. Se siente expuesta, desnuda, al borde de un precipicio. De pronto, alguien se le acerca. Una sombra se asoma sin aviso por el contorno de su ojo izquierdo. Es un fan. Seguro que es un fan. No sabe si un chico o una chica. Le habla, pero Vera no escucha y tampoco hace falta: todos dicen lo mismo. Querrá una foto. Posa. Sonríe. No mira al fan de sexo indeterminado y sigue caminando rápido. Antes de volver a su departamento de la calle 3 necesita hacer una parada más para comprar arroz jazmín, samosas y unas berenjenas al curry en su restaurant indio favorito, en la calle 6, así se evita pedir delivery o volver a salir. Cuando se está anticipando al sabor mezclado de las samosas, el arroz y una copa de vino tinto francés, la piel de los brazos se le eriza, siente un dolor intenso en la frente y en cuestión de dos o tres segundos se desvanece por completo, pierde el equilibrio, cae al suelo de cabeza y se queda de espaldas en la acera, mirando un pedazo de cielo grisáceo circundado por los techos de esos viejos y feos edificios que todavía quedan en la Segunda Avenida junto a un aviso

de ThisIsMySkin™, donde aparece un torso masculino cubierto de abundante vello oscuro que recorre desde el pecho hasta el comienzo del pubis, con el aviso:

Tristan Huerta loves his SKIN.

Vera recuerda a Tristán. Quiere hablar con él. Necesita oír su voz para sentir que está viva y que ha hecho lo correcto: hipotecar su carrera por contar la verdad sobre su pasado.

Cuando vuelve a abrir los ojos, ya no piensa en Tristán ni sabe dónde se encuentra, pero está claro que es lejos de la Segunda Avenida. El cuerpo le pesa como si tuviera una armadura. Hay olor a gasolina y humedad. Se escucha música a lo lejos, en algún rincón. Mira a su alrededor, pero no alcanza a ver demasiado. Podría tratarse de una bodega, un subterráneo, una azotea o un búnker. Se le ocurren muchas posibilidades y todas son igual de aterradoras. Se queda en silencio, rezando, hasta que por milagro se le ocurre avanzar un poco, a tientas, para toparse con un pasillo estrecho. De a poco sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Distingue una ventana cerrada y unas escaleras que conducen a un piso superior. Camina mareada, sin identificar bien dónde terminarán sus pasos. Toca los peldaños de las escaleras y sube con cuidado. Todavía tiene miedo. Por suerte, no encuentra obstáculos en el camino. La tarea es más sencilla de lo que pensaba, pero le cuesta cumplirla porque sus movimientos son más lentos. Mientras se pregunta si la drogaron, llega al final de la escalera y choca de frente con una puerta cerrada. La sorpresa la paraliza de golpe, hasta que con ambas manos empuja un poco y logra abrirla.

Vera emerge de las profundidades para llegar a una cocina. Ya es de noche. Se incorpora y respira hondo. Observa a su alrededor, encuentra el interruptor de la luz. Lo activa. Al iluminar el espacio, en un principio no se fija en nada más que en ella misma y de inmediato revisa cada rincón de su cuerpo, palpando y buscando sangre. No está herida. Nada, ni un rasguño. Un poco más aliviada, baja la cabeza para encontrar una salida cuando sus ojos alcanzan un muro de mosaicos en distintos tonalidades de azul. Se detiene, perpleja ante la visión sencilla, pero escalofriante, y recién entonces se percata del *déjà vu*: ha estado antes en esa cocina. Detiene su andar y reflexiona un momento

para comprender. Es la cocina de Norma.

¿Por qué está en la cocina de Norma Moore, en Montauk, al norte de Long Island, a 175 kilómetros de su departamento?

Antes de gritar el nombre de la dueña de casa o de llamar a la policía, encuentra manchas de sangre en el mesón. Son dos rastros de manos pequeñas, marcadas en la cerámica color verde agua, perfectamente visibles. Se altera. Podría estar soñando. Podría ser una pesadilla, algo esperable considerando la carga emocional que ha tenido que soportar en las últimas horas y previendo la debacle que se cernirá sobre ella cuando haga la denuncia formal contra los hermanos Wishman, como víctima de tráfico de personas. Al moverse y registrar el resto de la cocina, llega al lugar más importante para su dueña, el gigantesco horno que domina la estación de trabajo donde cocina y graba sus tutoriales millonarios para amas de casa adineradas con cero habilidades culinarias. Lo primero que Vera distingue, apenas iluminadas por la luz tenue de la cocina, son dos piernas blancas y redondas que se asoman del horno. La imagen la descoloca. No la entiende. Se agacha un poco para mirar hacia el interior y en ese segundo, cuando comprueba que se trata de Norma y que la mitad de su cuerpo ha sido cocinado al horno, una voz masculina grita su nombre.

No importa de quién se trata, revisa en su memoria los recuerdos de esa casa y con desesperación busca la puerta principal. Corre por la enorme cocina sintiendo los pasos que la persiguen a corta distancia. Empuja una puerta batiente, salta una silla y cruza el salón. Se le ocurre gritar, pedir ayuda, suplicar que no la maten, pero nada la convence, solo correr. Llega hasta la puerta que buscaba con la respiración entrecortada y el corazón a punto de estallar. El terror aturde sus movimientos, la congela, cuando intenta abrirla y la manilla no se mueve. Los pasos se escuchan cada vez más cerca. Insiste hasta que cambia la dirección de la fuerza y logra mover la manilla. Una mano la sujeta del cuello y la empuja al suelo, con violencia y desprecio, pero ella se resiste y logra saltar antes de que el agresor vuelva a atacarla. Regresa corriendo a la puerta y ya está por cruzar el umbral cuando siente un pinchazo, un escalofrío, y de reojo ve la punta de la aguja de una jeringa clavándose en el lado derecho de su

cuello. Vera grita y se toca, en pánico, pero no deja de correr. Bajo sus pies se suceden cerámica, escalones, madera, pasto, piedras, tierra, charcos, cemento, y no para hasta que sus piernas no resisten más. Cae al suelo, doblada, ve luces de colores que adornan una fachada. Escucha pasos y voces a su alrededor. Algunas personas corren hacia ella, hombres y mujeres alarmadas al verla en el suelo, sin aire. Le preguntan si se siente bien, si necesita algo, si la pueden ayudar. Vera responde que está mal, que necesita un teléfono para llamar a la policía porque Norma Cocina ha sido asesinada.

* * *

—Te presento a Terry Johnson.

Martino levantó el iPad para mostrarle a Jackie una secuencia de imágenes.

—Son las cámaras de la calle Lafayette. La salida de servicios del gimnasio donde mataron a Casey.

La sargento agudizó la vista, tratando de concentrarse. En el video, grabado a las tres y diecisiete de esa madrugada fatal, se veía al hombre sin rostro, el presunto Terry Johnson, cruzando el plano a paso rápido mientras empujaba un carrito de lavandería. Jackie acercó el iPad a sus ojos para comprobar lo que estaba viendo. El tipo vestía igual que en ocasiones anteriores, con un polerón negro con un gorro que no se quitaba, pero con una diferencia. Ahora llevaba anteojos de sol.

—Hay que estar enfermo para atreverse a salir a la calle con un cuerpo en ese carro —dijo Jackie moviendo la cabeza, ofuscada—. Necesitamos los registros de todos los vehículos que estaban estacionados cerca.

—No es necesario —la detuvo Martino, serio—. Ya sabemos cuál es su auto.

Jackie abrió los ojos, alterada ante la noticia.

—Martino, no me jodas, yo...

—Mira hasta el final —la interrumpió, casi como una orden—. No dejes de mirar.

En el registro de otra cámara, Terry Johnson volvía a aparecer unos metros hacia el sur por la calle Lafayette. De pronto se detiene en la

acera, gira la cabeza hacia una camioneta Toyota negra y abre el maletero.

—Lo tenemos —sonrió Martino, triunfante.

Al ver las letras y los números de la placa de la Toyota, algo se alteró en el sistema nervioso de la sargento Bravo.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó Martino.

Su corazón latió más rápido. Las palmas de sus manos comenzaron a sudar. El pecho le ardió como si la estuvieran atravesando con una lanza. Durante unos segundos, aunque tal vez fueron minutos y no se dio cuenta, Martino no quiso decirle nada, su mente se quedó en blanco, muda, repitiendo sin sentido las tres letras y los cuatro números de la placa de la Toyota negra, las imágenes de las cuatro víctimas del asesino, las cuatro escenas del crimen, los cuatro influencers torturados, asesinados y ritualizados, y el primer plano ampliado y difuso del culpable en un eterno espiral.

—¿Jackie?

La sargento Bravo tomó su bolso y confirmó que las llaves de su auto estaban en el interior.

—Vuelvo en dos horas.

—¿Dónde vas? ¿Qué pasa?

—Tengo que salir.

—¿Ahora?

—Vuelvo en dos horas. No hagas nada hasta que vuelva.

—Tenemos que encontrar esa camioneta Toyota cuanto antes.

—No hasta que yo regrese, Martino.

Jackie giró para huir sin tener que mirarlo, pero el sonido de su celular la distrajo. Miró la pantalla. Era un número no registrado en su directorio telefónico.

Cuando contestó la llamada estaba esperando escuchar la voz de Terry Johnson, con toda seguridad distorsionada, desde otro celular de prepago.

—¿Aló?

En su lugar apareció la voz de Vera, entrecortada por el pánico.

—Mataron a Norma Cocina.

Jackie sujetó el celular en el oído y se quedó inmóvil. Le dijo que se calmara, le preguntó dónde estaba y anotó la dirección en un *pósit*.

Colgó la llamada y le ordenó a Martino que fuera a buscarla a una estación de servicio entre Montauk y Sag Harbor, en Long Island. El detective la miró con desconfianza, pero por su propia conveniencia prefirió no hacer preguntas y guardar absoluto silencio.

—Apareció una quinta víctima y es Norma Cocina —le explicó Jackie, seria—. Y por segunda vez, Vera encuentra el cuerpo.

Al salir del precinto sintió que se quitaba un peso de encima y se lo cargaba a Martino. Se subió al auto controlando la respiración, pensando en los posibles errores que podía cometer y tratando de ganar tiempo. Martino no podía dar la orden de búsqueda de la Toyota hasta que ella regresara.

Jackie Bravo tenía dos horas para resolver el resto de su vida.

23

Emergió de la estación del metro Lexington como si atravesara un estado irreal donde nada de lo que percibía estaba ocurriendo en realidad. Ni los empleados de nueve a cinco corriendo por sus sándwiches de pavo de Ess-a-Bagel ni los turistas extraviados en el limbo corporativo de Midtown Manhattan ni el tráfico a ratos desconcertante de la hora del almuerzo. Caminó por la calle 51 hasta la Tercera Avenida para llegar a las oficinas del laboratorio O'Neal, donde Adam trabajaba como jefe de marketing. Lo llamó por teléfono desde la entrada.

—Estoy abajo —su voz sonó trágica y no hizo ningún esfuerzo por disimularla.

—Jackie... ¿Pasó algo?

—¿Bajas o prefieres que suba?

—Primero explícame qué haces aquí.

—¿Bajas o subo, Adam? Decide, no tengo mucho tiempo.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en el piso 32, Jackie tenía la garganta seca. Los nervios, la confusión de deberes y emociones y la urgencia por hablar con su marido y resolver el enigma lo más rápido posible la tenían al borde del colapso. Avanzó hacia la recepción del laboratorio y por suerte no fue necesario interactuar con la secretaria. Adam la estaba esperando junto al sobrio logo de Laboratorios O'Neal.

Trató de besarla en los labios, pero Jackie se apartó. La secretaria se quedó observándolos con compasión.

—Ven, vamos a la oficina —le dijo Adam en tono imperativo.

Cuando se quedaron solos, cerró la puerta y se giró hacia ella. Sus ojos brillaron de una manera que Jackie no había visto. O por lo menos, no en el último tiempo. Con tristeza desoladora pensó que hubiera preferido no reconocer esa aura en su mirada, no darse cuenta del temblor de sus manos ni de su voz fúnebre ni de la forma lastimera que había escogido para contemplarla, con miedo y sin dignidad,

como un animal contando los segundos antes de su hora fatal en el matadero.

—No entiendo por qué estás así —le dijo en voz baja.

—Yo tampoco. Pero tú me puedes explicar... —Jackie sacó el celular del bolsillo de su chaqueta, abrió los videos archivados y levantó el teléfono a la altura de sus ojos.

Adam se tocó los párpados para apreciar mejor la pantalla.

—¿Puedes explicarme por qué tu camioneta aparece en este video?

—¿Mi camioneta?

—Es la Toyota. No digas que no.

—No estoy tan seguro.

—Me sé de memoria la patente, Adam.

—¿Dónde es eso?

—Calle Lafayette, en el dowtown.

—No sé, puede ser, pero.... Todavía no entiendo por qué estás tan nerviosa.

Jackie respiró hondo, aún sin encontrar la calma ni las respuestas que necesitaba con desesperación.

—Esa camioneta Toyota fue utilizada por el asesino para trasladar a una de sus víctimas —le explicó—. ¿Dónde la tienes?

—La verdad es que no sé.

—¿Cómo que no sabes, Adam, por favor?

—Ya no uso esa camioneta. Después de la pandemia se la presté a Joe, tú sabes.

—No tenía idea. ¿Joe Axelrod o Joe García?

—Axelrod. Le voy a preguntar, pero...

—Adam, ¿me estás contando toda la verdad?

—¿Crees que tengo algún motivo para no contarte toda la verdad, cariño?

De nuevo esa expresión que ya empezaba a desagradarle, entre víctima y culpable. Jackie se acercó un poco, atenta.

—Va a ser mejor que tú y Joe Axelrod tengan una buena explicación para todo esto —sugirió.

—Jackie, mi amor, por Dios, mírame —con cuidado le sujetó el mentón—. Por casualidad no estarás pensando que Joe o yo tenemos algo que ver con...

—Alguien del precinto 9 va a buscarte —lo detuvo y se apartó de él —. Por favor, Adam, si tienes algo que decir es mejor que...

—Pero ¿qué carajo quieres que diga? —le preguntó, molesto—. ¡Hace años que no veo esa maldita camioneta!

—¡Pero está a tu nombre y el asesino la usó para trasladar un cadáver a Brooklyn! —le aclaró, levantando la voz—. Florencia Lee, ¿te suena?

Adam negó con la cabeza. Jackie sujetó el celular entre las manos mientras él asimilaba la información.

—Mi amor, no estás bien —intentó tranquilizarla—. Te estás tomando demasiado en serio esta investigación.

—Hay cuatro muertos. ¿Cómo mierda quieres que me la tome?

—No es primera vez, Jackie. ¿O ya se te olvidó Kimberly Waters?

La sargento levantó la cabeza para evitar su mirada, molesta.

—No quiero culpar a tu trabajo, mi amor, nunca lo he hecho, pero...

—El caso de Kimberly Waters no tuvo nada que ver con lo que pasó entre nosotros.

—Tal vez no, pero agravó bastante los problemas que teníamos en ese momento.

—Nuestro único problema tiene nombre y apellido y no es el de esa pobre chica.

—Basta, no empecemos —movió la cabeza y la contempló con la misma expresión boba de antes—. ¿Por un error del pasado ahora soy un psicópata? ¿Eso crees, que el padre de tus tres hijos es un asesino en serie?

Jackie no quiso mirarlo. Sin pensar en nada, se refugió en la foto que Adam tenía en el centro de su escritorio, entre una pila de documentos y la computadora: Laura, Ricky y Tony cuando eran niños, durante un día de playa, encandilados por el sol.

No pudo responder las preguntas. Pensó que si lo hacía estaba obligada a decir la verdad, a contestar lo que tantas veces había imaginado en silencio. Desde la infidelidad con esa mujer innombrable ya nada la sorprendía. Adam se había convertido en un extraño que pululaba por su casa, un personaje con quien compartía la rutina, las comidas y las inevitables tareas de crianza y, a veces, un poco de sexo a la rápida, pero cuya influencia en su vida era mínima, por no decir

inexistente.

—Dime algo, Jackie.

—Llámame cuando ubiques esa camioneta.

Adam asintió con la cabeza. Con desesperación buscó su celular encima del escritorio y luego en el bolsillo interior de su chaqueta. Jackie abrió la puerta de la oficina y lo observó por un segundo, devorado por la angustia, y quizá por la culpa, en su propia cueva. Al verla en el umbral, se acercó a ella, le tomó las manos y la besó en los labios.

—Te amo. No lo olvides.

Jackie se quedó quieta y no lo olvidó.

Quince minutos más tarde, mientras caminaba de regreso a la estación Lexington, seguía recordando que Adam la amaba, pero no por eso dejaba de repetirse las mismas preguntas.

¿Por qué no le había contado del préstamo de la Toyota a Joe Axelrod?

¿Por qué Laura insistía en que su padre seguía viendo a su amante?

¿Por qué guardaba la fe en su marido como si fuera un tesoro que nunca se iba a agotar?

Se preguntó qué hacía Adam para devolverle esa fe cada vez que se acercaba y estaba a punto de convencerse de que ese era su destino, creer, creer a ciegas en todos los cuentos de hadas que él le contara y no permitir que la duda, el trauma o la desconfianza resquebrajaran casi veinte años de matrimonio, cuando la vibración del celular en el bolsillo del pantalón hizo que se estremeciera. Se detuvo antes de cruzar Lexington para descender a la estación por la vereda de enfrente. Miró la pantalla.

> **Mensaje de texto de +1 (718) 333-4909**
> mentiroso

Jackie no esperó y marcó de inmediato el número desconocido. El tono del celular sonó tres veces y luego la llamada se cortó. Marcó de nuevo. Escuchó con paciencia el sonido de marcar, pero de nuevo la

comunicación fue interrumpida. No se rindió y marcó por tercera vez. Al cuarto tono, alguien respondió.

—¿Qué quieres?

Era la misma voz. Si era Terry Johnson, tenía una voz energética y jovial.

—¿Tú puedes llamarme y yo no a ti? —le preguntó Jackie—. No me parece justo.

—Ahora no puedo hablar.

—Explícame, ¿quién es el mentiroso?

—¿Quién crees tú?

—Escúchame bien, Terry Johnson, no sé si ya te enteraste, pero el tiempo se te está acabando.

—¿Quién lo dice? ¿La detective de la que todos quieren deshacerse o la ama de casa engañada por su marido?

Jackie tragó saliva y pensó con frialdad.

—¡Contéstame, Jackie Bravo!

—¿Cuál es la pregunta, Terry?

—No me llames Terry. No soy esa persona.

—No me digas. ¿Quién eres entonces?

—Soy tu ángel de la guarda. El que te va a ayudar a abrir los ojos a la cruda realidad.

El hombre colgó y la sargento se quedó con el teléfono en la mano mientras a su alrededor los demás transeúntes la evitaban para cruzar rápido la calle Lexington. Giró para no interrumpir el tráfico humano y al pasar chocó con una mujer que la empujó con el hombro. Su celular cayó al suelo. Alguien lo pateó sin querer desde la acera hasta la calle y no le pidió disculpas. Jackie bajó las manos, tratando de no perder de vista el teléfono. Se agachó para intentar recogerlo. Cuando por fin lo recuperó vio que la pantalla estaba quebrada. A través de las roturas del cristal se alcanzaban a ver la foto de su familia y una nueva notificación.

> **Mensaje de video de +1 (718) 333-4909**

Jackie se refugió en una esquina, a salvo junto a la entrada de un club nocturno que estaba cerrado a esa hora, y reprodujo el video. Aunque trató de anticiparse a lo que vería, no fue capaz de imaginar nada. Con la mente en blanco empezó a revisar las imágenes enviadas por Terry Johnson.

El video duraba 47 segundos. Se trataba de un plano fijo en el interior de un club tropical. Una mujer de falda roja, extremadamente corta, bailaba con un hombre. Durante los primeros diez segundos a ninguno se le veía la cara. De pronto, Jackie reconoció en las imágenes una camiseta negra con cuello blanco. La mujer tomaba la iniciativa y encajaba sus piernas en las del hombre, moviéndose sobre su pelvis al ritmo de una música que, más tarde, Martino identificaría como «electro lambada».

El hombre era Adam y la mujer, Lydia Randall.

24

Se acaban los días de libertad y tienes la sensación de estar viviendo dentro de uno de tus sueños, los que soñabas cuando todavía no habías reunido el coraje suficiente y la frustración necesaria para abandonar el otro lado tan terrible y dejar a tu mujer hablando sola, preguntándose en qué falló y por qué. ¿Cómo podrías explicarle sus errores? ¿Cómo podrías enseñarle que, a pesar del esmero que puso en ser tu esposa, fracasó en todo? Su único rol medianamente exitoso fue el de madre porque para eso nació y fue entrenada, para traer a este mundo a esas dos hijas extrañas, ajenas, con las que, por razones obvias, nunca quisiste relacionarte demasiado. Ahora, por suerte, están lejos. La esposa sigue llamándote y dejándote mensajes de audio que no has querido escuchar. El último tiene una duración de siete minutos.

Siete minutos de lamentos.

Siete minutos de su voz gangosa, enferma, quebrada por la confusión de no saber con exactitud lo que está sucediendo a su alrededor.

Siete minutos de martirio.

No pienses más en ella. Es una pérdida de tiempo, como lo ha sido siempre, desde el primer día, en el minuto exacto en que la conociste y que, aunque quieras, no puedes borrar de tu cabeza. No lo recuerdes ahora, no importa. A nadie le interesa volver atrás en esta historia, menos si es para revivir romances cursis en escenarios baratos y aburridos. Ahora sepulta tu pasado doméstico en el otro lado y piensa en las horas que te faltan por gozar en el Lower East Side, en los objetivos incumplidos y en el placer que vas a sentir para cerrar con broche de oro este viaje de juegos y aventura.

* * *

—¡Hola, mis divinas! ¿Cómo están esta noche? ¿Ya cenaron? ¿Cómo estuvo ese jueves? ¿Fueron al gimnasio o hicieron algún deporte? Cuéntenme, las leo. ¿Quién de ustedes está preparada para ponerse bella? ¿Aún más bellas de lo que son? Ayer estuve pensando

muchísimo en este video y hoy quiero darles un tip secreto de belleza. ¿Quién quiere aprender a hacerse las uñas? Como muchos saben, soy estilista y manicurista, trabajo en el salón especializado llamado Sugar Nails, el local de Avenida A, entre las calles 5 y 6, en el East Village. Ahí pueden encontrarme de martes a viernes. Soy Lydia Randall y hoy te voy a enseñar cómo tener uñas de princesa... sin gastar demasiado.

Como se lo recomendó su amiga Gina, sube el video a TikTok cinco minutos antes de las ocho de la noche. Gina ya tiene treinta y dos mil seguidores y, aunque no es experta influencer, ya recibió su primer cheque como creadora de contenido.

Lydia no queda contenta con el video. En la mitad se le hace demasiado largo. Además, se siente avergonzada por el tamaño de su nariz en comparación con sus pechos. Antes se sentía más segura con su cuerpo, su autoestima era más sólida. Pero todo cambió cuando volvió con él. Ahora, en cambio, tiembla al verse en pantalla y confirmar que su nariz es demasiado grande y sus pechos muy pequeños. Piensa en eliminar el video antes de que empiecen las críticas, no podría soportarlas, ahora no, pero antes de concretar la tarea, se arrepiente y deja que su mente fluya hacia otros pensamientos más agradables. Nada puede ser tan grave. La calma apenas dura unos segundos porque se tienta y vuelve a revisar el video y a fijarse en la tela amarillo eléctrico de su camiseta tensando sus pechos, haciéndola ver como un muchachito tecno con pectorales y la nariz grande. Lydia Randall, exreina de belleza promoción 2017 de Livingston High School, se siente horrible y lo peor es que sabe a quién echarle la culpa.

Cuando suena el intercomunicador de la puerta del departamento, ya sabe quién es y su llegada la exalta por completo. Confirma la identidad de la visita en el visor de la entrada. Abre la puerta principal y corre al dormitorio. Nerviosa, se huele las axilas y el pelo mientras revisa su imagen en un espejo de cuerpo entero que domina su habitación. Corrige algunas mechas indómitas de su pelo. Estira la camiseta amarilla sobre su busto. Levanta un poco sus pechos. Ordena la tela de la falda que lleva puesta, ajustándola un poco a las caderas y el trasero, pero hay algo que no le gusta del conjunto. Suena el timbre de la puerta de entrada. Lydia cruza las piernas, posando, y luego

mueve la cabeza, ofuscada. Antes de salir del dormitorio, se quita los calzones y los guarda en el primer cajón del clóset.

—Hola —le dice Adam, de pie en la puerta del departamento.

Lydia se acerca y lo besa con calma, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Adam la toma por la cintura y con suavidad le acaricia los pechos a través de la camiseta. Entre sus brazos tiembla. Sin pensar en nada ni dejar de besarlo en la boca, desliza una mano por su cuello, acaricia su vientre firme y avanza directo hacia la entrepierna. Antes de que llegue a su destino, Adam le sujeta la muñeca.

—No puedo quedarme —le avisa, serio.

—Lo hacemos rápido —propone ella.

—Lydia, tenemos que conversar. Y tiene que ser ahora, es urgente.

Lydia estira el cuello, alerta, como si detectara lo que viene a continuación. Adam respira hondo.

—No podemos seguir —le aclara, acelerado—. Jackie está sospechando.

De nuevo la mujer policía, piensa Lydia mordiéndose el labio como si quisiera hacerse daño, en un gesto que repite de manera inconsciente cada vez que él se refiere a su esposa, a alguno de sus hijos, o cuando habla de ese amor inconmensurable que siente por su familia. No puede evitarlo. Para controlar la rabia que de a poco empieza a apoderarse de ella y a envenenarla de adentro hacia afuera, enciende uno de sus cigarrillos mentolados. A él no le gusta que fume, detesta el humo, pero considera la situación y se queda callado.

—¿De nuevo me vas a hacer pasar por lo mismo que hace dos años? —le pregunta Lydia, aún asombrada por su petición.

—Ly, va a ser lo mejor para los dos —se acerca y desliza una mano por su vientre—. Tú sabes que te amo con locura y que lo que tenemos no se compara con nada.

—¿Entonces por qué quieres dejarme otra vez? —lo interroga ella, ansiosa.

Adam cierra los ojos, apesadumbrado.

—Es mi familia, son mis hijos —le explica, con dolor.

—¿Y yo qué soy? —le pregunta, al filo del llanto rabioso y definitivo —. ¡Soy la pendeja que te da todo lo que quieres! ¡No es tu mujer, soy yo! ¡Yo te doy lo que te gusta porque esa vieja ya ni te toca!

—No grites, Ly.

—¡No puedes ser tan cabrón, no puedes hacérmela de nuevo! —le reclama ella moviendo la cabeza, como si quisiera negar lo inevitable.

—Mi amor, tienes que entender.

Lydia se aparta de él y lo sujeta por las muñecas, forcejeando.

—Lo único que entiendo es que ahora te toca cumplir las promesas que hiciste —le advierte, sin soltarlo—. Empezando por la más importante.

Adam gira la cabeza, ofuscado y tratando de ignorarla.

—Tú y yo no vamos a dejar de vernos, Adam Bravo —le aclara con calma—. Al contrario, te vas a divorciar de esa vieja gorda, como me lo has prometido tantas veces en estos años.

—¡Cállate!

—No es mentira y lo sabes. La madre de tus hijos es una vieja gorda.

En un solo movimiento rápido y certero, Adam levanta la mano y la deja caer dos veces sobre el rostro húmedo de sudor de Lydia. Unos segundos después del último golpe, se percata de su reacción y mueve la cabeza, arrepentido.

—Perdón. ¡Por favor, perdóname!

Lydia se toca la cara entumecida por el golpe y lo observa con el entrecejo arrugado. Las lágrimas ya le mojan las mejillas.

—Te vas a arrepentir —le dice casi a susurros mientras se seca los ojos con el brazo.— O dejas esta noche a tu esposa, o mañana mismo la visito en el precinto 9 y le cuento todo sobre Ethan.

A Adam le cuesta creer que Lydia le diga lo que le dice y se congela.

—¿Qué le vas a contar, por Dios?

—La verdad. Que Ethan tiene ya cuatro añitos y que es la razón por la que volviste conmigo.

Todo lo que Adam Bravo siente a continuación ocurre al mismo tiempo y sin un orden cronológico: su mano derecha empuñándose una vez más y de nuevo levantándose sobre Lydia; los alaridos de pánico de ella al verlo fuera de sí, poseído, con la cara desencajada por la rabia y los deseos de eliminarla cuanto antes; el ruido de sus nudillos chocando contra el pómulo izquierdo de Lydia y quebrando algo al interior de su boca; el sonido de su cuerpo azotando el piso de madera al caer; su rostro aterido por el horror, pidiendo clemencia, sin

comprender.

—No quiero hacerte daño, mi amor.

Adam trata de acercarse para besarla, pero ya es demasiado tarde. Lydia no quiere. Está tiritando y no de frío. Es puro terror.

25

Esa noche cenan los cinco en familia. Comparten un pastel de carne que Laura tiene la excelente idea de descongelar y una ensalada de papas que Jackie prepara en unos minutos. Adam aparece antes de las nueve y se sienta a la mesa después de un saludo general, callado, distante y con un evidente dejo de resentimiento. Se toma una cerveza mientras hablan de asuntos triviales. A diferencia de lo que ocurre otras noches, se va a la cama antes de que los chicos terminen de comer. Dice que está cansado, que necesita dormir, que tuvo un día ajetreado y que siente que está a punto de enfermarse de algo.

Cuando Jackie termina de comer, servir el postre, levantar la mesa, lavar los platos y dejarlos secando, ya son pasadas las once. Al entrar al dormitorio distingue a Adam de espaldas en la cama, durmiendo. De inmediato piensa en lo inevitable que será despertarlo y acorralarlo con las preguntas que no la han dejado en paz desde su última charla. Necesita averiguar de manera urgente dónde está la Toyota negra y quién la ha estado usando desde que se la prestó a Joe. Además, quiere mostrarle las imágenes que le envió Terry Johnson, tiene que verlas antes de que se filtren y todo el mundo se entere de su electro lambada caliente con esa mujer sin nombre, a quien no va a mencionar porque ella no tiene la culpa de nada. Ahora lo importante no es esa pobre mujer, piensa de pie junto a la cama matrimonial, sino descubrir por qué Adam le mintió de nuevo. ¿Por qué hace dos años la hizo perder el tiempo intentando reconstruir un matrimonio que, se sabía, estaba perdido? No importa cuán dolorosa sea la respuesta, Jackie necesita entender la compulsión que tiene su marido por acostarse con otras mujeres. O, en este caso, con la misma mujer.

Sabe que tiene los ojos abiertos. A pesar de los ronquidos, está segura de que la está escuchando.

—¿Adam?

No responde. Se acerca un poco más a la cama, decidida. No va a darse por vencida ni él se va a salir con la suya.

—Adam... —su voz no interrumpe los ronquidos—. ¿Pudiste hablar con Joe?

Lo único que recibe como respuesta es un sonido gutural bajo las sábanas. Jackie se sienta junto a él sobre la cama y lo mira descansando, con los ojos bien cerrados, fingiendo de manera bastante pueril un sueño que enseguida reconoce como falso. Nadie conoce mejor los trucos que la mujer del mago, piensa.

—Estoy durmiendo— dice Adam en voz baja, mientras se gira en la cama.

Solo para comprobar hasta dónde llega el espectáculo y jugar con sus nervios, Jackie lo observa por un momento más. Está dispuesta a pasar la noche entera así, hasta escuchar de su boca todo lo que tenga que decirle, pero de pronto se abre la puerta del dormitorio y se asoma Ricky en pijama. No tiene ropa limpia para el colegio. Jackie debe postergar la conversación con Adam para la mañana siguiente. Tendrá que despertarlo al alba, antes de que los niños abran los ojos y comiencen a exigir su atención.

Después de un lavado y secado de emergencia, se queda dormida contando las horas que tendrá de descanso y repasando en su cabeza las imágenes del video que le mandó Terry Johnson. La electro lambada sirve de banda sonora para una pesadilla varias veces interrumpida durante la noche y de la que, por suerte, no recuerda casi nada. A las cinco de la mañana en punto ya está lista para despertar a Adam e iniciar la nueva ronda de conversaciones. Piensa en cómo enfrentarlo a esa hora sin perder la calma ni llegar a los gritos ni asustar a los niños, y en cómo obtener la mayor cantidad de información posible antes de que manden a otros detectives menos amistosos para interrogarlo. Lo único que tiene claro a esa hora de la madrugada es que su marido le está ocultando algo.

Se sienta en la cama y respira hondo.

—Adam...

Gira la cabeza y ve el otro lado de la cama vacío. Extrañada, baja los pies a la alfombra y camina a paso rápido hasta el baño. Asoma la mitad del cuerpo para encontrarse con su imagen reflejada en el espejo. La mujer que ve no se parece al recuerdo que tiene de sí misma, piensa. Avanza hacia el pasillo y vigila las puertas de los

dormitorios de los niños. Todavía es temprano, los tres están disfrutando la última etapa del sueño, antes de que suene el despertador. Con la respiración agitada, baja las escaleras esperando encontrarse con Adam en pijama, con su taza de café en la mano, listo para darle una nueva excusa y no hablar con ella, pero llega al primer piso y no ve a nadie. La casa de Richmond Hill está en silencio, vacía y aún a oscuras. Cruza la sala sin encender la luz, busca en la cocina, la lavandería, el patio trasero y el garaje. Nada. Adam no está en ninguna parte.

—Estoy entrenando —le cuenta a las seis en punto, cuando lo llama al celular.

—No te escuché en la ducha.

—Vine a ducharme al gimnasio. Hablamos más tarde.

Jackie cuelga preguntándose por qué en la llamada no se colaron los sonidos del gimnasio: música, voces, el ruido metálico de las pesas. Mientras enmantequilla una tostada piensa en llamar a Martino para discutir el asunto. Laura, Ricky y Tony ya están sentados a la mesa, esperando que alguien los atienda.

—¿Dónde está papá? —pregunta Ricky, asomándose hacia la cocina americana y recién percatándose de la presencia de su madre.

Jackie intercambia una mirada fulminante con Laura, que apenas levanta la cabeza de su celular.

—Papá salió temprano al gimnasio —responde Jackie, prestando especial cuidado a sus palabras para evitar la gravedad—. Estaba hablando con él y quería entrenar un poco…

El celular la interrumpe en la explicación de la coartada de Adam. Avanza hacia el comedor con el plato de tostadas en la mano. Guiándose por el sonido busca el teléfono con la mirada hasta que lo ve sobre la mesa, junto a Tony.

—Es tu jefe Sarrazin —le dice, mirando en la pantalla una llamada entrante.

Sarrazin a las siete y veinte de la mañana. Jackie se acerca, toma el teléfono de la mano de su hijo y contesta, acelerada.

—Jefe. Buenos días.

—Nada de buenos, Jackie. Pésimos —Sarrazin se detiene y bufa de rabia—. Apareció otra víctima.

—¿Dónde atacó esta vez?

—En un departamento, en Bushwick. ¿Cuánto te demoras en llegar?

Jackie sujeta el celular en su oído mientras sus hijos siguen atentos al contenido de sus pantallas y su mente intenta calcular los minutos que le tomará llegar a la escena del crimen.

* * *

Martino le da un primer sorbo a su café americano sin azúcar mientras vigila el enorme panel de investigación instalado en la sala de reuniones del precinto 9.

Víctima #1 ——— Stefania Lenzi	@therealsteflenzi
Víctima #2 ——— Preston Zane (sv)	@yosoyprestonzane
Víctima #3 ——— Casey Winningham	@casey10pack
Víctima #4 ——— Florencia Lee	@lee.florencia.actriz
Víctima #5 ——— Norma Moore	@normacocinaoficial

En las redes sociales todos hablan del fraude y asesinato de Norma Cocina. Revisa TikTok, Instagram y X. Por un instante piensa que está viviendo en una película de ciencia ficción donde el tesoro más preciado que salvará a la humanidad del apocalipsis es la primicia sobre la muerte de la chef, influencer y exciega. Mientras la cafeína por fin empieza a hacerle efecto, sigue analizando el panel, deteniéndose en algunos antecedentes de las víctimas. Muchas cosas llaman su atención, empezando por el insólito romance entre Casey Winningham y Florencia Lee, que ya ocupa los contenidos de redes sociales, portales de noticias, medios impresos y noticiarios de televisión. Nadie sabe con exactitud quién es esa actriz madura o de dónde salió, lo único que parece importar es la relación sexual que mantenía con el creador del 10-pack Ab Sculptor® hasta el momento de los asesinatos ocurridos la misma noche.

Martino se detiene en el nombre de Preston, en la lista de víctimas del panel. Piensa en él, ya no con la desagradable compasión de hace unos días, sino con un sentimiento más profundo. Todavía le cuesta identificar con exactitud lo que siente, cree que es una mezcla de emociones difícil de separar, pero a veces, cuando está solo y afectado por la violencia del trabajo, o al llegar a su departamento y recordar sus felices días de verano junto a Ossie, comienza a extrañar a Preston Zane y eso es algo nuevo para él. Una inquietante sensación de pertenencia que no había probado antes.

Trata de ser sincero con sus emociones y marca su número para desearle buenos días.

—Hola. ¿Estás despierto?

—Ahora sí —la voz de Preston suena incómoda, casi no la reconoce —. ¿Y esta llamada tan temprano?

—Nada. Quería mandarte un abrazo. Y un beso —Martino espera a que él reaccione y se largue a reír o le diga algo, pero solo encuentra su silencio—. ¿Cómo te sientes hoy?

Preston respira hondo, como si la pregunta lo agobiara.

—Gracias por preocuparte, Derek, pero... —se detiene un segundo, una pausa sin motivo que a Martino le parece letal—. No estoy solo.

—De nada.

—Me refiero a que estoy con alguien, Derek.

—¿Ahora? ¿Ahora estás con alguien? ¿No puedes hablar?

—No. Pero estoy bien. Recuperándome. No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien acompañado.

En un segundo, el rostro del detective Derek Martino se ensombrece. Un escalofrío le recorre la espalda, como un latigazo, y se aloja para siempre en el centro de su pecho. Se siente torpe e infantil, sin saber qué decir ni cómo disimular lo que está experimentando.

—¿Acompañado? ¿Cómo, Preston?

—Te lo iba a contar.

—Son las ocho de la mañana. ¿Con quién estás?

—Conocí a alguien, Derek. Hace unas semanas que necesitaba decírtelo, pero nunca pude. Después vino mi accidente y, bueno, esa noche todo cambió.

—¿Quién es?

—No importa quién es, no lo conoces. Solo quiero que te quedes tranquilo y que dejes de sentirte culpable por lo que me pasó.

—Pero se supone que tú y yo...

—Me gusta estar contigo, pero no te voy a mentir. Ahora necesito estar con otra persona.

Colvin y Solar irrumpen en la sala al mismo tiempo que una nueva llamada entra al celular de Martino.

—Lo siento mucho, Derek.

Martino no es capaz de despedirse ni de pedir explicaciones. Tampoco quedan de verse a conversar y tomar café algún día, o hablar por teléfono más tarde, cuando el hombre misterioso con quien Preston está despertando ya haya abandonado su cama. Por primera vez en muchos años, el detective siente rabia. Acepta la segunda llamada cortando la primera. Es Jackie para avisarle, al mismo tiempo que lo hacen de manera presencial Colvin y Solar, del hallazgo de un cuerpo en Bushwick.

* * *

Se demora menos de media hora en llegar a Bushwick. Algunos periodistas ya están instalados en la calle. Martino acaba de aparecer luciendo su peor cara de perro guardián para ahuyentar a la prensa y vigilar que nadie ose contaminar la escena del crimen.

El lugar es un pequeño departamento en el tercer piso de un edificio sin ascensor en la calle Palmetto con la avenida Knickerbocker. Martino conoce bien el sector porque queda más o menos cerca de su propio vecindario.

—La están identificando —le dice a Jackie apenas ella desciende de su auto.

—Vamos —le ordena, y su tono le genera a Martino la inmediata sospecha de que algo malo ha ocurrido durante la noche.

—¿Pasó algo? —le pregunta, preocupado.

Jackie no responde y camina por el estrecho pasillo que comunica la fachada del edificio con las escaleras. Martino la alcanza, consciente de que, por ahora, no está autorizado a hacer preguntas que no tengan relación directa con el caso y, en particular, con la nueva víctima encontrada. Cuando llegan al tercer piso, Mark Goldstein viene

saliendo del departamento con el jefe Sarrazin.

—Jefe, buenos días —saluda Jackie—. Mark...

—Buenos días. Ya tenemos el nombre de la víctima —se apura en informarle el forense Goldstein.

—Excelente. Comenzamos ahora mismo a investigarla.

—Se trata de una manicurista de veinticinco años llamada Lydia Randall.

La fiesta de Año Nuevo. Laura furiosa, después de enterarse de que su padre es un marido infiel. Las excusas prefabricadas, las llamadas sin respuesta, las sospechas, las mentiras, los secretos.

Al escuchar la identidad de la sexta víctima, Jackie sufre un repentino mareo que la obliga a buscar el equilibrio estirando ambos brazos a la altura de sus hombros. Martino alcanza a darse cuenta de su gesto de supervivencia y con discreción la guía hacia el interior del departamento.

—Vamos a verla, jefa.

Jackie asiente con la cabeza, reaccionando a su pérdida de balance.

—Está claro que se trata del mismo asesino —agrega Mark Goldstein, interceptándolos—. Tanto por el modus operandi como por la manera de entregarla. Una vez más somos testigos de un ritual, una representación macabra que compara un delito deleznable, como el homicidio, con una manifestación artística.

Jackie y Martino comparten una mirada de mutuo apoyo mientras se escabullen entre los detectives. La sala está atestada de policías y peritos forenses formados en un semicírculo, como si se tratara de los discípulos de un culto. Por la posición en la que se encuentran, al entrar al departamento ni Jackie ni Martino pueden distinguir a la víctima. La sargento levanta la cabeza para asomarse entre los colegas que la analizan y recién en ese instante puede verla.

Lydia Randall está boca abajo en el suelo, con el pelo rojo desparramado sobre la alfombra y los brazos abiertos, en la posición de la cruz. Va vestida con una camiseta amarilla y una falda azul marino con líneas blancas en los costados. Uno de los peritos informa que al momento del hallazgo no llevaba ropa interior. En la cabeza tiene una herida sangrante, producto de un golpe con un objeto contundente, además de varios hematomas de menor tamaño y

gravedad en el cuello y los brazos.

—Y por casualidad, también es influencer —les informa Mark Goldstein, siguiéndoles los pasos.

Martino frunce el ceño, sin creerle, y de inmediato se aferra a su celular para corroborar la noticia.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Jackie al forense, extrañada.

—¿Cómo crees? Por las redes sociales —le contesta Goldstein.

—Que promocione cualquier cosa no significa que sea influencer —sentencia Martino, sin despegar la vista de la pantalla de su celular.

—Bueno, ya veremos —se rinde el forense—. Ustedes son los expertos.

—¿Cuál es la causa de muerte? —pregunta Jackie, con su libreta en la mano.

—Esa es la única diferencia con las demás víctimas —le responde Mark Goldstein—. Esta chica no murió por asfixia ni por un paro cardíaco. Fue por este golpe.

El forense indica el orificio sangrante que Lydia presenta en el costado derecho de la nuca. Jackie se acerca al cadáver de la amante de su marido y observa un detalle que hasta ese momento había pasado inadvertido a su revisión.

—Fíjate en las uñas.

Martino hace un gesto de asco incipiente mezclado con confusión. Jackie se agacha para revisar la mano izquierda de la víctima, estirada, con la palma hacia abajo, y comprueba que las uñas han sido removidas por completo de los dedos. En su lugar hay incrustada una mezcla de pequeños objetos: botones, broches, piedras, pedazos de acrílico y vidrio, semillas, granos de arroz y varios elementos que hasta el momento ninguno de los peritos ha logrado identificar.

Jackie compara las manos de la víctima y confirma que en las dos el asesino hizo el mismo trabajo de artesanía.

—Por favor, atención —levanta la voz para dirigirse a los detectives —. Necesito que al momento de trasladarla tengan especial cuidado con sus manos.

—Voy a pedir que las envuelvan en plástico —le dice Martino.

—Que no se desprenda nada de las uñas. Todos estos elementos van a servir en la autopsia.

—¿Qué hacemos ahora?

—No digas nada y sígueme.

Jackie baja los tres pisos marcando el celular de Adam. Está apagado. Camina lo más rápido que puede hasta su auto, que está estacionado a dos cuadras del departamento de Lydia Randall. Aunque una vez más ignora por completo cuáles son los planes de su jefa, Martino la sigue con discreción entre los grupos de policías y periodistas procurando no generar miradas de sospecha.

—¡Ahí está la sargento Bravo!

El dedo índice flaco y acusatorio de la periodista Eugenia Tillmans apunta a Jackie. Los demás miembros de la prensa reaccionan y enseguida corren para rodear a la sargento.

—¿No tienes nada que decir? —la increpa Eugenia, encajándole un pequeño micrófono a la altura del pecho—. ¿O seis muertos no son suficientes para ti?

Se escucha un murmullo general a su alrededor. Acalorados por la arenga de Eugenia, los demás periodistas la acosan con preguntas ininteligibles, todas al mismo tiempo, a gritos y sin ningún respeto. Jackie está a punto de responder cuando Martino levanta una mano y la separa de los demás.

—Permiso —interrumpe, cortando cualquier intento de seguir la discusión—. Por ahora no hay nada oficial. Ya les vamos a informar.

Cuando se suben al auto, a la sargento Bravo le falta el aire. La cabeza blanca de Eugenia Tillmans permanece inmóvil, vigilando desde afuera junto a sus colegas reporteros. Mientras Martino acelera por la calle Palmetto, Jackie se lleva las dos manos a la cara, refugiándose en un llanto desconsolado y amargo. Lo que más le duele no es pensar en Adam ni en la víctima, sino en sus hijos.

En los quince años que lleva admirándola en silencio, Martino nunca la ha visto así.

* * *

Ese día Adam no había llegado a trabajar. Así se lo informa una secretaria cuando con Martino llegan a la recepción de los Laboratorios O'Neal, en Midtown. Jackie sugiere que tal vez su marido puede estar en una reunión fuera de la oficina, pero de inmediato le

aclaran que eso es imposible. En los cinco años que lleva en la empresa, nunca ha sucedido. De inmediato Jackie recuerda la cantidad de veces que ha oído excusas relacionadas con almuerzos de trabajo, cafés a media tarde o copas de último minuto con algún cliente importante. La secretaria la juzga con aire de lástima y le insiste en que Adam nunca va a esa clase de reuniones.

—Si llama o pasa por aquí, por favor, dígale que se comunique con su esposa —le pide Martino.

—Por supuesto. Disculpen, ¿pasa algo con el señor Bravo?

—No, nada. Gracias.

Mientras el ascensor desciende desde el piso 32, Jackie piensa en las alternativas que le quedan. Si Adam tuvo la pésima idea de evitar a la policía, los escondites que tiene a su disposición son bastante limitados.

—¿La casa de sus padres? —le pregunta Martino en el auto detenido en el estacionamiento de la calle 51, con las manos al volante.

—No creo que sea tan estúpido como para comprometerlos —niega Jackie, pensativa.

Martino acelera por la Segunda Avenida, hacia el sur, y la vigila de reojo, en silencio.

—Quédate tranquila. Lo vamos a encontrar —le asegura, con confianza—. Lo que no entiendo es por qué no se atreve a dar la cara.

—Por vergüenza. Porque una vez más tiene algo que ocultar —le explica Jackie, exhausta—. Todo esto ya lo he vivido antes, no lo olvides. Y a veces creo que tal vez Adam no tiene la culpa. La única culpable de todo esto soy yo, por tragarme sus excusas. Cualquier persona normal lo hubiera mandado lejos la primera vez, hace dos años, pero yo...

—Tú hiciste lo que hace la mayoría de las mujeres. Lo perdonaste por tus hijos.

—¡Y mira cómo me fue!

El auto se detiene con brusquedad en la Segunda Avenida con la calle 23. Mientras esperan la luz verde, Jackie le toma las manos a Martino.

—¿Y si la mató...?

Martino se gira hacia ella, sin soltarla, observando sus ojos irritados

a punto de llorar de nuevo.

—¿Qué va a ser de mis hijos si Adam es Terry Johnson, el asesino?

Cuando el semáforo cambia a verde, el contacto físico con Martino ya le ha devuelto la calma. En unos pocos segundos el tráfico de la Segunda Avenida se despeja y sus pensamientos también comienzan a aclararse. Sin saber por qué, piensa en sus tiempos de joven estudiante en la escuela de policía y recuerda cómo resolvían sus casos los grandes exponentes del oficio.

La cronología, piensa. Como siempre, la cronología.

Una vez más, lo importante es la sucesión de hechos ordenados según el orden perfecto, el más simple y eficaz de todos: según fueron ocurriendo. Por varios minutos en su cabeza se agolpan en reversa los últimos momentos compartidos con Adam, las palabras que dijo, los lugares y las personas que nombró, las anécdotas que contó a la hora de la cena. De pronto, su rostro se ilumina.

—Vamos a la calle Canal, rápido —le ordena a Martino.

—¿Qué hay en Canal? —pregunta él.

—Joe Axelrod. El amigo al que le prestó la camioneta.

Cuando llegan a la calle Canal, la columna vertebral de Chinatown, Jackie le indica a Martino un lugar para estacionar el auto. Mientras él mide el espacio con el que cuenta y Jackie busca la fachada del garaje de propiedad de Joe Axelrod, una camioneta Toyota negra gira rápidamente en la esquina de la calle Mulberry y se detiene a mitad de la cuadra, en segunda fila, en medio del tráfico. Jackie observa el vehículo y examina su placa justo cuando la camioneta vuelve a acelerar, retomando la marcha. Antes de que desaparezca en sentido contrario por la calle Canal, Jackie advierte que en el interior viajan Joe Axelrod, al volante, y Adam, de copiloto.

—¡Da la vuelta en U! —le grita a Martino, reaccionando—. ¡No los pierdas!

Martino obedece y gira en U por Canal hacia el suroeste, con dirección a Brooklyn, sin perder de vista la camioneta. Jackie se asoma por la ventana para instalar la baliza sobre el techo del auto. Cuando la enciende, se da cuenta de que la Toyota acelera y se aleja, siempre en la misma dirección. Poco antes de llegar al puente Manhattan, Martino cambia de pista a la derecha y logra esquivar una fila de tres

autos para ganar ventaja y ubicarse justo frente a la camioneta.

—¡Policía, deténgase! —grita Jackie, con el arma de servicio aún en la cintura.

Al volante de la Toyota, Joe Axelrod abre los ojos, grita y se adelanta hasta el acceso al puente.

—¡Hijo de puta! —chilla Martino, con indignación—. ¡No te vas a escapar!

El detective pisa el acelerador a fondo, sudando y con las manos aferradas al volante, como si fuera su última tabla de salvación. Jackie se sujeta del cinturón de seguridad mientras los otros vehículos se cambian de pista para dejarlos pasar. La Toyota negra sigue avanzando a gran velocidad hasta el final del puente Manhattan. Jackie saca la cabeza por la ventana para apreciar mejor cuál de las salidas tomarán los sospechosos. Antes de que la camioneta escoja su camino, Joe Axelrod pierde el control, la Toyota se tambalea un poco y gira para resbalarse sobre el pavimento.

—¡Martino, cuidado!

Martino alcanza a frenar al escuchar el grito de Jackie y el chirrido de los neumáticos sobre el cemento del puente. La sargento abre los ojos y se asoma para observar cómo la Toyota negra gira en el aire, cae de costado y se desliza unos doscientos metros por el asfalto.

Martino detiene el auto. Jackie se baja corriendo hacia el lugar del accidente y ve la gasolina formando un charco junto a la camioneta volcada. Abre la puerta rápido y distingue a Adam retorcido contra una ventana, con ambos brazos sobre la cabeza, como tratando de protegerse de algo.

Veinte segundos después, el sistema eléctrico de la Toyota enciende una chispa. La camioneta explota a la salida del puente Manhattan.

Mientras las llamas se elevan sobre las aguas del East River, Martino le da la mano a Jackie. De nuevo y casi por un extraño milagro, el detective logra devolverle la paz.

26

—Por el bien de la investigación, pero también para garantizar una defensa justa para ti, la sargento me pidió dirigir este interrogatorio —le dice Martino a Adam al día siguiente, en una habitación del hospital Bellevue, bajo la mirada distante pero atenta de Jackie.

Son las seis de la tarde cuando por fin logran comunicarse con el sobreviviente de la explosión en el puente Manhattan. Adam Bravo está internado bajo vigilancia policial en la unidad de cuidados intermedios, lo bastante sedado como para soportar el dolor de las múltiples fracturas sufridas en el accidente. Si Jackie lo hubiera rescatado diez segundos después, estaría calcinado junto a Joe Axelrod.

—No tengo nada que ocultar —le asegura a Martino desde la cama del hospital, conectado a un monitor—. Ni a ti ni a mi mujer.

Intenta buscar sus ojos, pero es imposible. Jackie lo evita, sentada al fondo de la habitación, junto a la ventana.

—Entendido, señor Bravo —confirma Martino con solemnidad.

—Derek, tú me conoces, has estado en mi casa, te has sentado a mi mesa. ¿Es necesario todo esto? —le pregunta, sorprendido con su trato —. ¿En serio piensas que yo...?

—Adam, por favor, comprende —lo detiene el detective, cediendo, con estudiada cordialidad—. No importa cuánto nos conocemos. Mientras más formal sea esta ronda de preguntas, mejores posibilidades vas a tener de defenderte. ¿Puedo empezar a grabar?

—Hagan lo que quieran.

La actitud de su marido hace que la sargento Bravo se levante de su sitio.

—Primero te vas a calmar —le sugiere, caminando hacia la cama—. Antes de empezar, necesito que entiendas la gravedad de los delitos que se te imputan.

—Ya te dije mil veces que no sé nada —afirma él, enfático—. ¡Soy inocente!

Adam la fulmina con la mirada y agacha la cabeza, molesto. Jackie

se queda quieta, procurando no conmoverse ni dejar que sus propias emociones y las ajenas terminen mezclándose. Martino presiona REC en la grabadora de audio de su celular y revisa la pantalla de un pequeño computador que reposa sobre sus piernas.

—Señor Bravo, como ya se le informó, se encuentra en calidad de detenido por el homicidio de la señorita Lydia Randall.

Adam cierra los ojos, sin poder resignarse a la formalidad del detective que tanto conoce. Jackie lo vigila en silencio, todavía tratando de comprender los hechos.

—¿Cómo se declara ante este delito? —continúa Martino.

—Soy inocente. Yo no hice nada.

—¿Conoce a la señorita Lydia Randall?

En la cama Adam vacila un segundo y asiente con la cabeza, sin perder de vista a Jackie.

—Necesito que use palabras para responder.

—Sí. La conozco.

—¿Cómo, dónde y hace cuánto tiempo la conoció?

—Hace unos cuatro años, en una fiesta.

—¿Cuál era su relación con la víctima, señor Bravo?

Martino levanta la cabeza y atraviesa a Adam con la mirada, esperando una respuesta. Jackie lo observa, expectante, mientras se imagina la avalancha de comentarios maliciosos de los detectives y sus esposas cuando se filtre el contenido del interrogatorio y la noticia estalle. Lamentarán su suerte de esposa engañada por partida doble, se compadecerán de su matrimonio mediocre, le darán miradas por encima del hombro con una mezcla de lástima y burla por haber sido tan estúpida. Dos veces estúpida.

—Somos amigos —contesta Adam, entre dientes.

—No son amigos —interviene Jackie, al instante—. Si no dices la verdad, ningún abogado va a poder ayudarte.

Adam estira el cuello y agudiza la vista para contemplarla.

—¿Esto es lo que quieres, Jackie? —la enfrenta, enfurecido—. ¿Todo esto es por venganza, verdad?

—Solo quiero saber quién mató a tu amante —le aclara, directa—. Y no por ti, es mi trabajo.

—¿Has pensado cómo se lo vas a contar a tus hijos? —la desafía él,

tratando de incorporarse en la cama—. ¿Cómo les vas a explicar que quieres meterme a la cárcel?

—Vas a ir a la cárcel si la mataste —le explica la sargento, con tranquilidad—. ¿La mataste, sí o no?

—¡No!

—Quiero ayudarte, pero para eso necesito saberlo todo sobre Lydia —le advierte acercándose a su rostro, tratando de detectar cualquier asomo de duda—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace tiempo. No sé cuánto.

Martino busca la mirada de Jackie, anticipándose a su desagrado.

—¿Anoche la vio? —le pregunta a Adam, directo.

—No.

Jackie mueve la cabeza y exhala, perdiendo la paciencia.

—Piensa en tus hijos por un segundo, cabrón —le exige—. ¡Ni Laura ni Ricky ni Tony se merecen esto!

Adam se descompone. La mención de los hijos lo deja sin aire por un instante. Su rostro palidece. Jackie se pregunta si la pérdida de color en su piel es por mera culpa o tal vez como truco final al sentirse acorralado, en un callejón sin salida. Como sea, se sorprende a sí misma al no experimentar ni una pizca de lástima. Eso le agrada.

—No uses a mis hijos. ¡Eso no te lo voy a aguantar! —la voz de Adam se corta de ira—. ¡Si no fuera por ti, nada de esto estaría pasando!

—¿Yo soy la culpable? —le pregunta ella.

—Yo no quería hacerle daño a nadie —se defiende él, arrastrando las palabras—. Aunque ahora me odies, Jackie, tú lo sabes... ¡Tú sabes que soy un tipo decente!

Martino se detiene a los pies de la cama, interrumpiendo.

—Un tipo decente no mentiría cuando se le pregunta qué hizo la noche del crimen —precisa, observando al detenido.

—¡Estuve cenando con mi familia y después me fui a dormir! ¡Jackie es testigo!

—¿Y antes de la cena? ¿Qué hizo, señor Bravo?

—Trabajar, como lo hago todos los días.

Jackie se acerca a Martino y le arrebata el celular de la mano.

—Se acabó. Me cansaste.

Molesta, la sargento de policía detiene la grabación y fulmina con la mirada a Adam.

—Lydia Randall, tu amante, recibió dos golpes en la cabeza que le provocaron la muerte instantánea —le revela con la voz agria—. No había tenido relaciones sexuales, tampoco hay indicios de consumo de drogas. El asesino la conocía, entró a su departamento, la mató y después le sacó las uñas de los diez dedos de las manos.

Adam abre los ojos y se queda helado sobre la cama. Sus pupilas tiemblan.

—¿Cómo...? —pregunta, casi sin aliento.

—En la carne de los dedos le incrustó cosas —le explica Jackie con frialdad—. Con cada uña hizo un objeto de arte. Pegó todo lo que encontró, desde granos de arroz a pequeñas joyas.

—Yo no fui, Dios mío, Jackie —susurra Adam, a cada segundo más horrorizado—. ¡Tienes que creerme!

—Por tu bien y el de nuestra familia... —le pide ella, seria—. ¿Me vas a contar lo que ocurrió el jueves pasado entre tú y esa mujer?

—Me equivoqué —baja la cabeza, cansado—. Es verdad, soy un monstruo. Perdóname, Jackie. Por favor, perdóname por arruinar tu vida.

No pensar. No gritar. No dejar entrar. Debe sostener la mirada en alto, como si no estuviera escuchando o al menos como si no le doliera como le duele. Pero Adam la conoce demasiado bien como para fingir ante él, siempre sabe cuándo y dónde hay dolor y las herramientas que usa para que no se note.

—Adam, te lo voy a preguntar de nuevo —respira hondo e insiste, sin rendirse—. ¿Tú mataste a Lydia Randall?

Los detectives permanecen de pie rodeando la cama, expectantes. Adam no se atreve a mirarlos. El monitor con sus signos vitales marca siempre el mismo número, el 99.

—Fue un accidente —confiesa a susurros, levanta la cabeza y enfrenta a Jackie—. Por los niños, mi amor, te juro que fue un accidente.

Jackie quiere cerrar los ojos y desaparecer. Olvidar su matrimonio y la segunda oportunidad, borrar los últimos años de su vida y fugarse de su propia realidad con sus tres hijos, a algún lugar donde nadie los

conozca.

Después de una hora y media de declaración ininterrumpida, Adam termina confesando el homicidio involuntario de Lydia Randall, aunque no las muestras de tortura practicadas en las uñas de sus manos. Reconoce haber visitado a la víctima en el departamento de Bushwick el jueves pasado con la única intención de finalizar la relación. Según él, cuando descubrió que Jackie había empezado a sospechar de nuevo, quiso cortar de raíz y alejarse de la manicurista de forma definitiva, pero al comunicárselo empezaron a discutir. Ella se puso agresiva y lo amenazó.

—Dijo que iba a hablar contigo y que te iba a contar por qué volvimos a estar juntos.

Adam se queda mudo de nuevo y cierra los ojos, cerrándose también a más recuerdos. Jackie sabe que le costará por lo menos diez minutos volver a encarrilarlo en el tema de conversación.

—Tenemos un hijo, Jackie.

Su voz parece surgir de ultratumba.

—Su nombre es Ethan.

Jackie apoya la mano sobre el marco de la ventana y aleja la vista de Adam, como si quisiera borrarlo de la habitación. Martino niega con la cabeza, incrédulo.

—Perdóname, mi amor —le ruega Adam—. Por ese niño volví con Lydia, para apoyarla.

—¿Qué edad tiene... Ethan?

—Cuatro años.

Levanta la cabeza y avanza hacia la puerta. Entre dientes le pide a Martino que se quede con el detenido en la habitación y sale caminando a grandes trancos por el pasillo central del hospital Bellevue. Alcanza a oír la voz del detective tratando de detenerla, pero lo ignora. Cruza el área de cuidados medios con la respiración agitada, evita una multitud sollozando por alguien en la sala de espera y logra llegar por fin a la salida. Apenas empuja las puertas para asomarse al exterior, a la calle, y llenar sus pulmones de aire. Por un momento, parece revivir.

Las nubes cubren el cielo. No puede sacarse de la cabeza el nombre de Ethan.

* * *

Aunque Jackie hace lo que está a su alcance por evitarlo, la policía llega a su casa en Richmond Hill a las nueve y media de la noche. En la tarde, en medio de la tensión periodística y el desorden en el precinto, habla por teléfono con el fiscal para solicitar aplazar la detención para la mañana siguiente, considerando que el imputado no tiene antecedentes y que contará con vigilancia policial durante esa última noche en libertad. Tanto al fiscal como al jefe Sarrazin les resulta «peligroso e improcedente» postergar el operativo por razones ajenas a la investigación. Es el mismo motivo que esgrima Sarrazin cuando, veinticuatro horas más tarde, intenta arrebatarle el caso de las manos.

Cuando esa noche suena el timbre de la casa de los Bravo, Adam está llorando en su dormitorio del segundo piso, acompañado por Laura, Ricky y Tony.

Tony cree que papá es inocente y que deben huir todos juntos, en familia.

Ricky no habla, solo llora en silencio. Es el más afectado de los tres.

Laura trata de calmar a sus hermanos antes de que aparezcan los policías para llevarse a papá.

Al escuchar el timbre, el padre y los hijos se estremecen. Ricky se lanza a los brazos de Adam y, sin miedo a las burlas de su hermano mayor, comienza a llorar desconsoladamente, como un niño. Laura se emociona y se une al abrazo. Ricky los observa por un momento hasta que oyen las voces de los policías en la sala y entonces todos deben resignarse a que la hora de partir ya llegó.

—Todo esto es culpa de mamá —dice Ricky.

Ni Adam ni Laura ni Tony se atreven a decirle nada.

Jackie espera en la puerta de la casa, contemplando a sus colegas en un incómodo silencio. Por suerte, no hace falta apurar las despedidas porque Adam desciende las escaleras unos minutos después, caminando con tranquilidad junto a Ricky y seguido por Tony y Laura.

—Adiós, chicos —les dice en el umbral de la puerta.

Aunque por teléfono el fiscal se comprometió con Jackie a no hacerlo, los policías esposan a Adam. Al verlo, Tony no soporta, corre y sale persiguiéndolos. Jackie trata de detenerlo, pero la ira de su hijo

menor por poco la derriba. Tony le da un empujón con el hombro y corre a la calle.

—¡Tony!

Ricky se acerca a Jackie, abatido por la pena, con la mirada perdida.

—¡Lo metiste a la cárcel! ¿Qué esperabas, mamá?

Podría tratar de calmar a Ricky, salir a buscar a Tony, pedir la colaboración de Laura y tener una conversación con los tres, en familia, pero no lo hace. No tiene energía. Se siente la peor esposa del mundo, la madre menos preocupada por sus hijos y la policía más inútil sobre la tierra.

Tony vuelve a entrar a la casa. Tiene los ojos hinchados de rabia. Al verla en la sala hace una mueca de desagrado, esquiva su presencia y sube corriendo al segundo piso. Jackie no intenta acercarse a él. Es mejor darle el espacio. Permitir que respire y la odie por un tiempo, ojalá no demasiado. De Laura y Ricky se hará cargo después, cada uno a su tiempo.

El celular vibra en el bolsillo de su chaqueta. Está segura de que se trata de Martino.

En la pantalla se lee:

> **Mensaje de texto de +1 (718) 333-4402**
> te gustó la obra de arte?
> es un regalo
> para ti

Dos horas más tarde, en una reunión nocturna de emergencia a la que asiste por primera vez el fiscal a cargo del caso, Jackie comparte con el equipo de detectives los detalles de la declaración de Adam y los mensajes privados que le envió el asesino, presuntamente Terry Johnson. Después de la presentación de los últimos hechos y las reacciones correspondientes, el fiscal agradece la valentía de la sargento Bravo y compromete a los policías a seguir en la búsqueda.

Martino pide la palabra y expone la teoría que ha elucubrado en las últimas horas. Durante por lo menos diez días, el asesino de

influencers ha estado vigilando los movimientos de la sargento Bravo. En ese tiempo, explica, le ha enviado mensajes de texto y video, la ha llamado para anunciar asesinatos o para indicarle alguna pista, y se encontraba tras los pasos de su marido Adam el jueves pasado, cuando él fue a encontrarse con Lydia Randall en el departamento de Bushwick. En suma, Adam Bravo puede estar conectado con la sexta víctima, pero no necesariamente con las cinco anteriores.

El fiscal y los detectives se miran, consternados. Antes de que Martino termine su intervención, el jefe Sarrazin se levanta de su asiento y apoya las manos sobre la mesa.

—Lo siento mucho, Jackie, pero no puedes seguir en el caso.

Jackie se siente expuesta ante sus compañeros sin necesidad. Sabía que su expulsión iba a llegar, pero no se convence de que sea justo hoy y de una manera tan pública.

—Tu marido es el único detenido, mujer. Estás demasiado cerca —le explica el jefe Sarrazin—. La prensa va a empezar a especular y a estas alturas de la investigación prefiero evitarme más problemas.

—Necesito cuatro días, jefe —le pide ella, mirándolo a los ojos—. Cuatro días para cerrar el caso. Si no lo logro, no vuelvo a molestar.

—¿Por qué cuatro días? —pregunta el fiscal con curiosidad—. ¿Qué pasa en cuatro días?

Jackie aprovecha la pregunta y le hace un gesto a Martino, que se levanta ante el equipo de investigación.

—En cuatro días zarpa desde Miami el Mirage of the Seas, el famoso crucero de influencers.

Sarrazin observa a Jackie, sorprendido, e intercambia una mirada de cautela con el fiscal. La sargento se acerca a los dos, tratando de persuadirlos.

—Si conozco al asesino como creo, estoy segura de que no va a poder resistir la tentación de atacar a bordo.

El fiscal levanta las cejas, interesado.

—¿Qué está pensando, sargento?

—Ya sé lo que podemos hacer, fiscal.

Jackie les muestra a los hombres una foto en el panel de investigación: la planta superior del barco Mirage of the Seas.

—Tenemos que acorralarlo —propone con convicción—. Y este

barco es el lugar perfecto.

27

Según la declaración oficial firmada por la Guardia Costera de los Estados Unidos, el barco Mirage of the Seas de la compañía Humanity Cruises zarpa desde el Puerto de Miami el día 10 de noviembre a las seis de la tarde. Ian y Marla Wishman, los hermanos de North Carolina y anfitriones del encuentro oceánico de creadores de contenido, elevan sus copas para hacer el brindis de bienvenida mientras la embarcación se aleja de la costa. El sol de la tarde se refleja de manera dramática en el casco de la nave. Una banda en vivo interpreta versiones libres de populares canciones de Taylor Swift.

Aunque Jackie Bravo no tiene ninguna experiencia en navegación y no es una persona demasiado aficionada al mar, observa con curiosidad el movimiento en la cubierta principal, donde una fila de meseros de ambos sexos, de cuerpos firmes, bronceados y en diferentes estados de desnudez, aparecen al ritmo de un cóver electrónico de «Love Story» para ofrecer aperitivos y cócteles. Martino tiene la impresión de coquetear con un afroamericano de ojos verdes que le sonríe y se mueve de manera sexual al servirle un Moscow Mule, pero antes de reaccionar se topa con la mirada inquisidora de su jefa y ya no le quedan ganas de continuar el idilio.

—Bienvenidos a nuestro paraíso a bordo —exclama Ian Wishman con una copa de champán en la mano, desde el escenario de la cubierta principal—. Gracias a las cerca de cuatro mil mentes creativas que nos honran con su presencia en la versión 2025 de nuestro Mirage of the Seas y espero que los próximos siete días sean inolvidables para todos.

Llenos de emoción, los influencers se miran entre sí con sus celulares en mano. Jackie los ve grabando sentidos mensajes de agradecimiento, haciéndose selfies con el mar calipso de fondo, mencionando las marcas de sus chaquetas, los nombres de sus estilistas y maquilladores y los títulos de los libros que acaban de publicar. Rachel Landry aprovecha para promocionar *Maquíllate conmigo*, su

cuarto libro de *DIY (do-it-yourself)*, de reciente lanzamiento, después de *Entrena conmigo*, *Cocina conmigo* y *Ahorra conmigo*, publicado por su propia casa editorial, Landrylibros. Un negocio meteórico que, según ha averiguado la sargento, es el millonario tesoro de Heather, su dedicada madre.

Pero cuando las cámaras se apagan y los videos ya están subidos a las redes, el pánico vuelve a apoderarse de los influencers. Cunde el miedo en los mensajes privados, los grupos de chat y las videollamadas y cada vez cuesta más no hablar, no opinar sobre la masacre, evitar la violencia, no nombrarla, fingir que no existe y seguir manteniendo la ilusión de un contenido limpio, para todo espectador, sin sangre ni asesinos llenos de envidia que buscan colgarse de la fama ajena.

Después de los brindis de rigor, los invitados siguen comiendo y bebiendo para matar la angustia hasta que el sol se pone en el horizonte. De los *cover* de Taylor Swift pasan al trap; de los Moscow Mules al tequila. Rachel y Heather Landry observan como el miedo reprimido, sumado al exceso de alcohol y deseo comienzan a permear el ambiente, por lo que deciden refugiarse en su suite, ubicada en la tercera cubierta del barco, en el sector VIP mejor conocido como The Temple.

No todos los invitados han corrido la suerte de las Landry. The Temple funciona como un área privada y de acceso restringido para algunos pasajeros a bordo. La idea es garantizar espacios exclusivos para ciertos invitados: altos mandos de Solace Entertainment o Humanity Cruises, amigos de ambas compañías e instacelebridades por sobre el millón quinientos mil seguidores. Al interior de la agencia, este último requisito reduce los candidatos a dos personas: Vera Dosamantes (dos millones setecientos veintitrés mil seguidores) y Rachel Landry (un millón ochocientos cinco mil seguidores). Los demás creadores de contenido merecedores del privilegio de quedarse en The Temple son Stefania Lenzi (tres millones doscientos treinta mil seguidores), Norma Moore (tres millones ciento noventa y un mil seguidores) y Casey Winningham (un millón novecientos setenta y ocho mil seguidores), que para duelo de sus fans, imitadores, conocidos y de eso que los Wishman insisten con majadería en llamar

«la gran familia Solace», ya están muertos.

En la noche Jackie ve a los hermanos Wishman sentados de frente en una mesa privilegiada de Nostrum, el restaurant principal del crucero, cenando en silencio. Aunque Martino intenta convencerla de que no es el momento para acercarse, la sargento no puede desaprovechar la ocasión.

—Gracias por la invitación —dice muy educada mientras se instala en la mesa con Martino—. Aunque para ser sinceros, nadie nos invitó.

Ian y Marla se quedan mirando con perplejidad a los detectives.

—Excelente discurso de bienvenida, señor Wishman —sigue Jackie, imbatible—. Aunque creo que faltó recordar a sus talentos asesinados, ¿no le parece que era lo que correspondía?

Ian Wishman deja los cubiertos sobre el plato de salmón del Pacífico a medio comer y aparta la servilleta, agobiado con la presencia policial.

—Querían subirse al barco y ya están aquí. Querían la lista de invitados y ya la tienen. ¿Qué más quieren ahora?

—Acceso total —le pide Jackie.

—Imposible. En este crucero hay muchas fiestas privadas y a nadie le gusta que lo vigilen —afirma Ian—. Menos si tienes veinte años y el mundo a tus pies.

Jackie se acerca al rostro lozano del dueño de Solace. Ian puede tener treinta y cuatro, cuarenta y seis o cincuenta y ocho años, piensa.

—A pesar de los seis influencers muertos, usted y su hermana insistieron en hacer este viaje —acusa, decidida—. Es una provocación y ya se lo advertí. Están tentando al asesino.

Marla lanza una carcajada. Jackie gira la cabeza hacia ella y la congela con la mirada.

—¿No ha pensado dedicarse a la literatura? —se burla Marla, sin dejar de reír—. Me parece que en el plano de la ficción tendría bastante más éxito que en la realidad.

Jackie se controla. Y si por alguna circunstancia particular llegara a perder ese control, su fiel Martino está ahí para salvarla, como siempre.

Para humillar a los detectives, cuya presencia en el crucero nunca autorizó, o tal vez con el fin de ocultar sus verdaderas intenciones, Ian

esboza una sonrisa resplandeciente. Jackie lo observa, agotada de las ironías de los hermanos.

—Cuénteme, señora: ¿ya encontró a su asesino? —le insiste Ian, serio, tratando de desconcertarla—. ¿Estará por casualidad aquí, entre nosotros, probando el salmón, o tal vez se quedó en el gimnasio, o en la piscina?

Jackie opta por no responder a las burlas de sus anfitriones a bordo y concentrarse en el rostro imaginario de Terry Johnson, ese hombre que han visto en los videos de las cámaras de seguridad, el colaborador silencioso que le ha enviado pistas y avisos y cuya identidad, hasta ahora, no existe.

De los cinco Terry Johnsons registrados en los Estados Unidos, solo dos tenían la edad y la proximidad a las víctimas como para haber cometido *algunos* de los crímenes, no todos. Al entrevistar a Carla Johnson, la esposa de uno de ellos, de Yonkers, los policías descubrieron que el matrimonio había tenido un quiebre reciente. Hacía cinco días el marido había partido a un viaje de negocios a Florida y desde entonces no tenía noticias suyas. Al examinar los reportes, Jackie había adivinado que el Terry Johnson de Yonkers era el hombre que se comunicaba con ella por teléfono. Según confesó al policía que la recibió cuando fue a presentar una constancia por presunta desgracia, Carla Johnson pensaba que su marido ya no la quería.

Cuando Marla se da cuenta de que los detectives no piensan moverse de su mesa hasta conseguir lo que quieren, el acceso total a todos los rincones del barco, toma su plato de berenjenas con queso feta y se cambia a otra mesa al lado opuesto del restaurant, frente a las ventanas panorámicas, junto a Heather, Rachel y Bae, una influencer coreana que es la revelación en el género de las *creepypastas*. Jackie vigila a Marla, ya sin preocuparse por desagradar o caer mal con su insistencia. Su única misión es mantener los ojos abiertos a todo lo que suceda a bordo del Mirage.

A las nueve de la noche se abren las puertas del Redrum Club para recibir a los invitados a la fiesta Humanity 2025, auspiciada por una marca de automóviles de lujo y otra de moda callejera exclusiva. En la cabina que comparte con Jackie, Martino se afeita y elige una camisa

especial para la ocasión. Ella lo mira de reojo, extrañada por su empeño en acicalarse, mientras trata de llamar por teléfono a Laura. A pesar de sus intentos, no logra comunicarse.

—¿Qué te vas a poner? —le pregunta Martino.

Jackie respira hondo, agobiada con la pregunta, y se mira al espejo. Contra su voluntad, Martino revisa el contenido de su pequeña maleta y encuentra un vestido negro que le sugiere con determinación. A través de los altoparlantes, se escucha la voz del capitán para anunciar que se acerca una tormenta tropical que podría modificar el itinerario del crucero, el servicio de Wi-fiy las comunicaciones con tierra. La música electrónica que calienta el ambiente de la fiesta Humanity se cuela a través de los paneles del aire acondicionado y retumba en las paredes de la cabina de los detectives.

Mientras espera que Martino termine de arreglarse, Jackie enciende el televisor. En un noticiario de Miami, dos comentaristas hablan con displicencia del caso del asesino de influencers y la detención en Nueva York del bioquímico Adam Bravo como un *copycat* (imitador) del asesino original. Jackie mira las imágenes y piensa en si llegará el día en que Adam vuelva a la casa de Richmond Hill y todo en su familia vuelva a ser como al comienzo.

—Estoy listo —le dice por fin Martino.

Por obligación, Jackie se levanta. No se mira al espejo antes de salir de la cabina. Martino la besa en la mejilla y le promete que todo va a salir según lo planeado.

El acceso al Redrum Club está repleto de influencers de poca monta. Así le informa Martino después de una vista general donde solo destaca Rachel Landry sacándose fotos disfrazada de Miley Cyrus en «Flowers» («triste», según el detective), y algunas celebridades asiáticas que causan sensación en el mundo entero. Martino sabe de la popularidad que tienen, pero no las conoce.

Marla habla con una cineasta que está haciendo un documental sobre Solace y el noble oficio de la representación.

—Esta travesía es la ocasión perfecta para que nuestros creadores de contenido conozcan a los ejecutivos más vanguardistas del planeta y puedan hacer match —le promete a una cámara con convicción indestructible—. La idea es generar un punto de encuentro para que

mentes brillantes de todas partes puedan ampliar horizontes, crear mundos y cambiar consciencias.

Desde un rincón discreto junto al hall de entrada, Jackie y Martino observan el lento tránsito por la alfombra invisible, un concepto de *red velvet* transparente creado por artistas suecos para que los invitados puedan caminar disfrutando la fauna marina bajo sus pies. Los Galdames, tres hermanos españoles que bailan semidesnudos en TikTok, improvisan una ardiente coreografía con la prensa hasta que los tres quedan en ropa interior, revolcándose contra la ventana panorámica. Martino los mira, divertido, sin poder escoger a su Galdames favorito, mientras Jackie se obsesiona por un momento con el prístino vidrio de la alfombra invisible. De pronto, el barco se mueve con violencia y el fondo marino se convulsiona con un quejido profundo. Los presentes murmuran, asustados, pero no es nada: el capitán hace una broma por el intercomunicador y aprovecha de saludar a los asistentes a la fiesta Humanity. A Jackie no le parece gracioso.

Con el pretexto de vigilar los movimientos de Colvin y Solar, que ya deberían estar al interior del club, Martino mira de reojo a Jackie y se aleja un poco de ella. La sargento ve como se abre paso entre los invitados para perderse en la entrada. Hasta ahora nadie ha sospechado que la policía está a bordo. Y si lo han hecho, por suerte ha sido sin escándalos.

Martino avanza por el salón principal del Redrum Club. Las paredes tienen diseños abstractos y dan la impresión de que se trata de líquidos que chorrean, cambiando de color. Aunque el detective no ha tomado ninguna clase de estimulantes, ni siquiera café, la decoración empieza a marearlo. A lo lejos distingue a Colvin y Solar, apoyados junto al bar, bebiendo una cerveza. Prefiere no dejar a su jefa sola por mucho rato en la entrada, pero tampoco quiere que le vea la cara cuando por fin encuentre a Preston en algún rincón del crucero.

Sabe que está a bordo. Todavía no lo ve, pero aparece en la lista de pasajeros confirmados que revisó antes de salir. Además, hace tres horas subió una historia misteriosa a Instagram donde apenas se veía una maleta *carry-on*.

Su cabina es la 277, en el segundo piso.

* * *

Ahora eres Preston Zane y tu cabina en el Mirage of the Seas es la 277.

Empiezas la preparación varios días antes de zarpar. Te abruma la cantidad de detalles que requieren ser memorizados, los movimientos que tienes que aprender, las coincidencias de las que debes hacerte cargo. Pero el resultado vale la pena, te llena de orgullo. ¿Quién iba a pensar, cuando debutaste con la señorita Julie, en la secundaria, que llegarías tan lejos?

Divides los preparativos del viaje en cuatro pasos.

Primero, tienes que confirmar los movimientos de tu blanco, uno que ya conoces y que debe ser eliminado cuanto antes. Por eso te pasas el día siguiendo a Preston, de un casting a clases de yoga y de un ensayo off-Broadway a un trago con su nueva conquista, un apuesto profesor de actuación de la Universidad de Nueva York.

Segundo, debes escoger el momento adecuado para concretar el asalto. Te armas de paciencia y esperas el fin del día, que caiga la noche, que la oscuridad te ampare. Entras a MeatMe?, pero por desgracia HotFitFun, alias Preston Zane, no está online. La luz de su departamento, sin embargo, está encendida.

Tercero, vas a enmendar tus errores uno por uno. Redención, esa es la consigna. En lo que hagas vas a poner el alma y te vas a arrepentir de haberte equivocado.

Cuarto, hay que perderle el miedo al futuro. Tienes que olvidarte de lo que va a suceder el día después. Lo que importa es el hoy: tú en el Village, acechando el departamento de la calle Charles, a riesgo de que alguien te identifique.

Esperas. Llega el instante preciso y la vecina del chihuahua deja la puerta abierta. No te fijas en las cámaras, ya no te importan como al comienzo. Apenas te cubres el rostro con el gorro mientras subes las escaleras del edificio. Una vez más al 3F, con las ansias sacudiendo tu pecho.

Cuando Preston Zane abre la puerta, está descolocado. Te mira y no te reconoce. No te recuerda como tú a él, y eso que no te has cortado el pelo ni te has afeitado. Su indiferencia te ofende, empujas la puerta con fuerza y sin querer lo asustas. Intenta gritar, pero no lo logra, se somete rápido cuando confirma que tienes más fuerza que él, aunque no vas al gimnasio. Al ver la jeringa que le perfora el ganglio izquierdo, debajo de la barbilla,

se va haciendo un ovillo en el suelo.

Antes de matarlo buscas el pasaporte y su equipaje. Ordenas todo sobre la cama mientras hackeas su celular. Te cuesta un poco entrar a algunas de sus redes sociales, pero con paciencia lo consigues. Haces un video del equipaje junto a la ventana abierta del departamento y lo subes a Instagram. En el plano no se alcanza a ver a Preston Zane en el suelo, inconsciente, esperando el ritual que le debes.

* * *

—¿Esta es la nuestra? —lo sobresalta Jackie, indicando una de las mesas redondas al final del Redrum Club.

Martino niega con la cabeza, nervioso, como si Jackie pudiera atravesar su cerebro, y adivinar que está esperando encontrarse con Preston. Con la credencial en la mano, que arruina por completo su look *casual undercover*, se acerca a un lector digital. Al leer el código QR, en la pantalla aparece el mensaje:

Lo sentimos.
Usted no tiene acceso a este evento.

Después de una desagradable discusión con una de las anfitrionas, Jackie y Martino deciden instalarse sin permiso en una de las mesas que encuentran al final del salón. Las luces se apagan, los meseros comienzan a repartir tragos y comida a destajo. En el escenario, los hermanos Wishman toman la palabra una vez más para dar las gracias, lamer las botas de los empresarios y conmover el ánimo de todos y cada uno de los miembros de la gran familia de Solace Entertainment y su compañía matriz, Humanity Cruises. Durante la interminable perorata Jackie debe contenerse varias veces para no bostezar. Le resulta claro que, al igual que sus influencers representados, Ian y Marla buscan la atención de una audiencia de manera enfermiza. Una hora de chicle corporativo más tarde, se estremece de júbilo al oír que Marla se despide y presenta «aquello que, según las redes, mucha gente está esperando».

—Antes de continuar con esta noche llena de sorpresas, les recuerdo que este evento está siendo transmitido en vivo por el streaming de Solace y Humanity, en un esfuerzo conjunto por compartir nuestra

alegría con todos esos fans que están en sus casas —informa Ian mirando directo al lente de una cámara montada sobre una grúa—. ¡Sin ustedes nada de esto sería posible!

Los casi cuatro mil influencers gritan de excitación y saludan a la cámara aérea. El brazo metálico de la grúa se desliza sobre la multitud y registra la euforia de los presentes, ajenos al terror inicial, poseídos por la excitación del contenido, en el clímax de sus propias creaciones.

A Jackie comienza a faltarle el aire. Se siente sumergida a la fuerza en un mar humano y desconocido del que no puede salir, aunque quiera. Los rostros ajenos y gozosos disimulando el miedo le provocan desazón inmediata, en especial al imaginar que cualquiera de ellos podría ser la máscara utilizada por el verdadero asesino. Detrás de alguna de esas caras de placer que se retuercen de felicidad podría encontrarse el desquiciado que le corta el sueño, que la hace odiarse a sí misma cada vez que se equivoca y que, en el fondo, no puede vivir sin ella.

Preocupada, no deja de evaluar la posibilidad de que todo sea un nuevo truco. El asesino concentra la atención en un lugar para atacar en otro distinto: una clásica estrategia de guerra. Piensa en Laura y en por qué no logró comunicarse con ella, luego en Adam y en las posibilidades reales de que resulte herido en prisión, que alguien trate de ajusticiarlo o que se meta en problemas.

—Ahora los dejo con el momento del recuerdo —Marla intenta suavizar su tono para empatizar con el público, pero no tiene la habilidad escénica ni el manejo vocal de su hermano—. A todos los que nos abandonaron este año, algunos demasiado pronto, esta noche está dedicada a ustedes.

De nuevo, la oscuridad. Jackie se pone nerviosa y busca su celular. La falta de luz no ayuda en la tarea de vigilancia y protección de cuatro mil personas. Con la mirada trata de localizar a Colvin y Solar. En la pantalla del salón se lee IN MEMORIAM en fondo negro con letras blancas mientras se escucha una sobrecogedora melodía instrumental.

Con discreción Martino aprovecha la oscuridad. Examina las cabezas de los influencers, buscando a Preston. Se pregunta si estará en el salón o tal vez cenando en su cabina. Jackie divisa a Colvin en la

entrada y a Solar en el bar, escoltada por dos chicos a quienes más tarde identifica como *gastro-influencers* de Texas, dedicados a catar hamburguesas en todos los rincones del mundo.

En la pantalla, un retrato intimista en blanco y negro de Stefania Lenzi sentada en una cama de una plaza y media, sin maquillaje, encandila los ojos de los presentes. Alguien grita con amargura que es una diosa, otros la tratan de ídola, le juran que no la olvidarán jamás y que su muerte no será en vano. Los aplausos y los vítores continúan por unos minutos. De la imagen sobrecogedora de la italiana se funde a una foto publicitaria de Preston Zane para una marca de jeans. Alguien se ríe con la imagen: él sentado con las piernas abiertas en una calle vacía, con unos jeans sucios y una camiseta verde militar.

Conmovido, Martino observa la pantalla, alerta a las posibles reacciones de los invitados. Sabe que es técnicamente imposible registrar en una sola mirada a un grupo de casi cuatro mil personas, pero está dispuesto a hacer el intento. A lo lejos se oyen algunos tibios aplausos para Preston cuando el salón queda de nuevo a oscuras.

Pasa un segundo. La pantalla se enciende con un desnudo artístico proyectado en alta definición; la perfección hecha carne y músculo, la cosificación transformada en estilo, plasmado en los tonos cálidos de la piel de Casey Winningham. Es un plano medio del torso redondeado del tatuado modelo, enseñando los músculos de la espalda y los hombros.

—¡Te queremos, Casey! —grita Marla desde el escenario, marcando su claro favoritismo por el ex chico *reality*.

—¡Hasta siempre, amigo! —se une Rachel, aplaudiendo.

Jackie no sabe si a propósito o por olvido, pero el segmento IN MEMORIAM no consigna la muerte de Florencia Lee.

—No pertenecía a la agencia —le recuerda Martino, estricto—. Además, ni siquiera es tan famosa.

De los abdominales de Casey el homenaje se salta a la actriz de telenovelas para fundir con la sonrisa perpetua de Norma Moore. En la foto proyectada sujeta una enorme bandeja de pastel de manzana. A lo lejos se escuchan los aplausos de sus fans más devotos y luego un largo silbido de desaprobación.

—¡Mentirosa! —grita una mujer, en medio del anonimato—.

¡Fraude!

Ni Marla ni Ian Wishman parecen reaccionar a los reclamos del público. El video recordatorio tampoco menciona a Lydia Randall, lo cual no sorprende a los detectives. El homenaje termina con las voces de los cuatro influencers representados por la agencia, las cuatro fundidas en un solo audio inquietante y no precisamente alentador. El salón retumba con los aplausos frenéticos y emocionados de la concurrencia.

—Gracias por esos aplausos —sigue Ian Wishman, en su estado de felicidad imperturbable—. Sabemos que ustedes, los que están ahí, son creadores de contenido, periodistas, empresarios. Gente inquieta, curiosa y con ganas de seguir construyendo un mundo mejor. A todos ustedes queremos honrarlos esta noche, a las almas nobles que luchan por una buena causa sin esperar nada a cambio. A esos que se desvelan por tratar de proteger el planeta. A los que desde sus trincheras pelean a diario por los derechos de los que no tienen voz. A ti, que a veces la vida se te hace cuesta arriba.

Desde su mesa al final del salón, Jackie examina con atención los gestos de Ian Wishman. Su carisma para dirigirse a las masas es innegable. Sabe manejar el interés del público y, aunque fuera del escenario sea un pelmazo insufrible, con el micrófono en mano derrocha encanto. De pronto detiene su discurso, levanta las cejas y por unos segundos aguanta la respiración, complicado con lo que acaba de ver a la distancia. Martino le hace un gesto a la sargento. Jackie gira la cabeza y vigila la entrada del salón. Una figura alta y esmirriada avanza entre los creadores de contenido con exagerada distinción, como si en cada movimiento quisiera separarse a sí misma de los demás, flotando como un espectro sobre sus propios pasos.

Ian entorna los ojos y sonríe, disimulando su genuina reacción, pero ya es demasiado tarde para fingir. Las miles de cámaras que están grabando el evento lo registran alterado, con la frente sudorosa, buscando un lugar donde ocultar las manos, observando con estupefacción la silueta que acaba de colarse al Redrum Club.

—¿No me vas a saludar, querido Ian? —dice, entre las sombras de los presentes.

Algunos afortunados reconocen enseguida quién es. Otros graban

con desesperación, tratando de identificar el cuerpo debajo de ese primoroso *onesie*, un trajecito entero, plateado con gorro, ajustado al cuerpo. ¿Quién es? Se escuchan más aplausos y gritos que Jackie interpreta como histeria colectiva hasta que, de un segundo a otro, reina el silencio. La sargento contempla el escenario. Ian no reacciona, inmóvil, con el micrófono en la mano.

—Por supuesto, cariño —interviene Marla, oportuna, a salvar la situación—. ¡Damas y caballeros, nuestra querida Vera Dosamantes acaba de unirse a este homenaje! ¡Gracias por venir!

Nadie sabía dónde estaba Vera antes de la fiesta Humanity ni por qué ha llegado tarde a los festejos del crucero, pero aparece junto a su equipo de producción completo, conformado por cinco personas que graban todo lo que hace, por insignificante, íntimo o comprometedor que sea. Desde lejos y sin miedo a las cámaras, Vera le dedica un gesto de complicidad a Jackie.

Los aplausos del público para la modelo y creadora de contenido brasileña hacen vibrar las copas de cristal. Vera sonríe observando a los fans, conmocionada, le indica al camarógrafo que registre el detalle de las copas sobre las mesas y luego pregunta hasta qué hora debe quedarse. Jess González se apura en aclararle las cláusulas de su participación en el evento. Vera le informa que se trata de una situación extraordinaria: hay un asesino en serie a bordo escogiendo su próxima víctima. No está de ánimo para celebraciones, menos multitudinarias. Aunque Jess González trata de impedírselo, Vera abandona la fiesta Humanity diez minutos después de llegar y dos horas antes de lo que estipula su contrato. Jackie y Martino la ven salir con su equipo de producción e intercambian una mirada con Colvin y Solar, que también la siguen sin intervenir.

Vera sale a la cubierta. Enseguida se sorprende al ver cómo las nubes negras se concentran en el cielo nocturno. Siente ganas de vapear un poco de aceite de cannabis, pero si los detectives o alguien de Solace llegan a verla, podría tener problemas graves.

Un fan se acerca a preguntar lo que está grabando. Vera se detiene y, fascinada, lo abraza. Su rostro parece iluminarse con el interés del joven desconocido. Un gesto al aire y de inmediato aparecen el camarógrafo, un productor y un oportuno foco que ilumina el

encuentro espontáneo entre la instacelebridad y su modesto fan.

—Estoy grabando mi propio docureality para una plataforma que no puedo nombrar, pero que empieza con una N escarlata —le revela Vera al joven.

—¿En serio? —el fan no cabe en sí de felicidad ante la noticia—. Qué emoción, mi Vera.

—Muy pronto podrán disfrutarlo —promete Vera—. Se llama *La vida sin ustedes* y es un trabajo muy sincero sobre cómo ha sido enfrentar a diario la rutina después de los asesinatos, especialmente el de Stefania.

El joven observa a su creadora de contenido favorita, a punto de llorar.

—¿Vuelves a la fiesta? —le pregunta el asistente de producción a Vera, antes de salir.

—No. Vayan ustedes.Yo me quedo.

Los miembros del equipo de *La vida sin ustedes* regresan al salón. El fan se despide de Vera con un húmedo beso en la mejilla y una foto para su muro de Instagram, y le promete que le escribirá apenas estrenen el nuevo docureality. Vera sonríe todo el tiempo hasta que se queda sola y por fin puede respirar profundo, dejar de mostrar la dentadura perfecta pagada por los Wishman y manifestar su aburrimiento. Mira a su alrededor, vigilando la cubierta del barco en la oscuridad. Por primera vez en mucho tiempo, nadie la mira. O, al menos, es lo que ella cree. Desliza una mano por su vientre para alcanzar su entrepierna. De un bolsillo interior del traje saca su vaporizador. Fuma aceite de cannabis mirando lo poco que alcanza a verse del mar. El sonido de las olas y el frío nocturno la hacen despertar. Es una sensación agradable. Sola se siente viva, pero Vera Dosamantes se equivoca porque la soledad es un privilegio que perdió hace quinientos mil seguidores. Nada de lo que diga o haga en la actualidad pasa inadvertido; cada paso que da es seguido, imitado o compartido por alguien en algún lugar del mundo.

—Sabía que estabas aquí.

Una voz conocida la obliga a salir de su estado de contemplación.

—¿Por qué tan sola? —le pregunta Marla, extendiendo hacia ella una copa de prosecco.

Vera rechaza la oferta con la mano, sin palabras.

—¿Por qué te escondes? —insiste Marla.

—No me estoy escondiendo. Al contrario.

Marla bebe un sorbo de su copa y le sostiene la mirada. Vera la nota un poco ebria.

—¿Sabes lo caro que te podría costar todo esto? —le pregunta con resentimiento.

—No —le contesta Vera con distancia—. Ilumíname: ¿cuánto me va a costar?

Los ojos de Marla Wishman brillan como estrellas bajo las nubes oscuras. Vera mueve la cabeza, molesta y con vergüenza ajena, y avanza hacia las escaleras que comunican la cubierta con los pisos superiores. Antes de salir, Marla alcanza a agarrar con fuerza su muñeca derecha.

—No hemos terminado —le grita, encolerizada—. A mí no me vas a dejar hablando sola. Después de todo lo que hemos hecho por ti, mira cómo nos pagas.

—Lo único que han hecho por mí es explotarme y abusar —la acusa Vera, de pronto desencajada—. Así ha sido desde el comienzo y lo va a demostrar la justicia cuando llegue el momento.

—¿Cómo carajo puedes ser tan malagradecida? —la interroga Marla con la indignación marcada en las venas de la frente—. Nosotros te recogimos cuando eras un despojo. Te hicimos de nuevo, te reconstruimos. Borramos tu pasado de hambre, ¿y qué hicimos contigo? ¡Te convertimos en una estrella, hija de puta!

—No voy a tolerar que me hables así.

—¿Qué sería de ti si no fuera por nosotros? ¿Dónde estarías, pendeja infame? En alguna favela inmunda de las afueras de Rio, vendiendo tu cuerpo para comprar droga, igual que tus hermanas, tus primas, tus amigas y tus compañeras de la escuela, ¿verdad?

Vera agacha la cabeza, dolida con las crueles palabras de su representante oficial.

—No tienes ningún derecho a tratarme así.

—Te trato como quiero porque eres mía. ¡Yo te inventé! ¡Yo los inventé a todos!

Vera la observa, asustada, y retrocede dos pasos en la cubierta.

Marla mira la copa en su mano y de pronto reacciona, como si despertara de un trance. Bebe otro sorbo de prosecco y se vuelve a acercar, ahora más segura y amenazante.

—No se te ocurra morder la mano que te da de comer —le advierte, severa—. Con Ian podemos ser muy nobles y generosos, pero si alguien nos traiciona...

—Solo quiero que paguen por lo que hicieron.

—¡¿Qué cosa tan grave te hicimos, por Dios?! ¿Darte un trabajo, una casa, una cama donde dormir?

—Una cama que muchas veces tuve que compartir con clientes —le recuerda con un hilo de voz—. Y también con ustedes.

Vera baja la vista y contempla la punta de sus zapatos. Se rehúsa a cruzar la mirada con Marla, menos a la hora de hablar del tema, *ese tema*, el que será fundamental en el juicio y cuya descripción exacta va a determinar el éxito de su demanda. Aunque para ella la situación siempre fue bastante evidente, nunca se había referido al asunto, hasta ahora.

—Deberías dar las gracias que tuviste la oportunidad de otra vida —le reprocha Marla, molesta.

—Todo se sabrá —afirma Vera—. La demanda por tráfico y explotación ya está presentada contra quienes resulten responsables: tú, Eric, tu hermano, todos los cómplices de ese negocio millonario que tienen desde hace más de una década y que involucra a la agencia, a la compañía de cruceros y a los empresarios a bordo de este barco. ¡Todo es una fachada para traficar niños y niñas y entrenarlos en el comercio sexual!

—¡Estás loca!

—Al menos no me acuesto con mi hermano.

Al escucharla, Marla sufre un temblor en las manos. Grita desde lo más profundo, se lanza sobre Vera, la gira y le sujeta la cabeza contra la baranda.

—¿Qué dijiste?

—Lo que todos los demás han tenido que callar. Lo que Ian y tú hacen a puerta cerrada, cuando nadie los ve.

Vera intenta liberarse de las manos que la sostienen, furiosa. Las olas de alta mar se agitan a sus espaldas.

—Voy a contar cada detalle, Marla —la amenaza, con impotencia—. ¿Qué van a decir los inversionistas cuando se enteren de que los hermanos Wishman de North Carolina comparten la misma cama?

Al escuchar la acusación, Marla parece recargarse. No vacila ni se quiebra. Con ambas manos sujeta la cabeza de Vera por las orejas y dando un alarido de cólera la azota tres veces contra un extintor de incendios. Entre el primer y segundo golpe, Vera alcanza a gritar con todas sus fuerzas, pero al tercer remezón pierde la consciencia. Su sangre empieza a brotar desde alguna parte y a teñir el plateado de su traje. Mancha sus manos, brazos y la pared blanca del pasillo. Al ver su propia sangre y la cara rosada y redonda de Marla sin expresar ni una sola muestra de miedo o arrepentimiento, sufre un mareo. Estira una mano a tientas, buscando protegerse, aturdida por los golpes y el terror. Entre las imágenes que se cruzan ante sus ojos ve una flecha negra en la pared que dice THE TEMPLE. Es su destino, el refugio, el lugar donde puede salvarse.

—¡Déjala!

Marla mira hacia las escaleras. Ian avanza hacia ella, seguida por Eric.

—¿Qué hiciste, Marla? —le pregunta Ian, descolocado mirando cómo el cuerpo de Vera se desvanece y cae a los pies de su hermana.

—Tuvimos una discusión y me ofendió —le responde Marla, estremeciéndose de rabia—. En realidad, nos ofendió a los dos, hermano.

—A mí no me metas en tus locuras —le exige Ian—. Ya hemos tenido suficientes problemas.

—¿Qué hacemos cuando despierte? —pregunta Eric observando el cuerpo inerte de Vera en el suelo.

—No va a despertar —sentencia Marla con firmeza—. Hay que avisarle a Johnson. Él sabrá qué hacer con ella.

—Puede ser. Era su favorita desde el comienzo —recuerda Ian.

—Después de Stef, por supuesto —precisa Eric.

—Después de Stef —afirma Ian.

—Llévenla a su cabina, en The Temple —ordena Marla—. Inyéctenle dos jeringas de escopolamina mientras me comunico con él.

Ian y Eric se miran y asienten de mala gana. Entre los dos sostienen

el cuerpo de Vera y lo cargan por las escaleras, hacia The Temple. El vaporizador se desliza de la mano de la influencer y cae al suelo. Extrañada, Marla lo recoge y se queda observando el diseño del pequeño objeto. Le llama la atención la punta del vaporizador, que tiene un sensor casi imperceptible. Una pieza parecida a un micrófono diminuto.

—Que nadie se mueva —ordena Jackie, con el arma en las manos, entrando de improviso y apuntando hacia el rincón de la cubierta.

—¡Apóyense en la baranda, por favor! —pide Martino, también armado, observando a Ian y Eric.

Los hombres obedecen de inmediato al detective y se alejan de Vera para girarse hacia la baranda. Jackie y Martino vigilan con atención sus movimientos. En un segundo, Marla Wishman reacciona, saca un arma de su vestido y dispara tres veces contra todo lo que se mueva a su alrededor.

—¡Marla! —grita Ian, furioso.

Jackie dobla el cuerpo y empuja a Martino al suelo. Los disparos provienen de una pistola automática, se fija la sargento, y alcanzan el pasillo, el marco de una ventana y el piso de la cubierta. Se escuchan gritos provenientes de distintos sectores del barco. Marla corre por el pasillo exterior con el arma en la mano, con dirección a la proa. Martino se toca el cuerpo, comprueba que no está herido, levanta la mirada y ve que Jackie corre, siguiendo a la mujer armada y evitando a los pasajeros que salen aterrados del Redrum Club, cayendo al suelo y pisoteándose unos a otros.

Jackie ve que Marla sube por las escaleras para alcanzar la segunda cubierta del barco y luego seguir por el pasillo, en la misma dirección. En el acceso Martino se reúne con Jackie y, con la ayuda de Colvin y Solar, en unos minutos consiguen expulsar a gritos a todos los pasajeros de la segunda planta.

—¡Fuera de la cubierta! ¡Salgan ahora!

Marla se encierra en un piano bar que funciona al final de la cubierta, en un mirador que ocupa la parte más alta del Mirage of the Seas. Abre uno de los ventanales panorámicos y se asoma para avisar a gritos que está armada y que no le tiene miedo a nadie. En voz baja Ian les confirma a los detectives que su hermana tiene una pistola

automática y advierte que podría usarla si se siente acorralada. Jackie y Martino intercambian una mirada de alerta. Después de confirmar que no queda ni un solo influencer en el segundo piso, Jackie le hace un gesto a Martino y juntos cruzan el barco en dirección al mirador.

El bar se llama Sunshine Grill y tiene la mejor vista de todo el barco, la que se disputan los influencers por lo *instagrameable* y *aesthetic*. Martino empuja con cuidado la puerta y enseguida ve a Marla sentada en la barra con las piernas cruzadas.

—Si se acercan, me mato —amenaza con la Colt 635 reluciente acariciando su sien derecha—. Y la verdad es que no me quiero morir.

—No lo vas a hacer —le asegura Jackie—. Nadie tiene por qué morir.

Marla la observa, molesta y dispuesta a todo. Jackie le hace un gesto con la mano a Martino, que se aleja de ella para rodearla sin que se dé cuenta, por atrás.

—Una mujer exitosa como tú no debe pensar en la muerte —trata de convencerla Jackie—. Tienes una carrera de la que hacerte cargo.

—Es cierto, no me voy a quejar. Hemos ganado dinero con algunos creadores de contenido, pero no con todos — confiesa Marla, en un instante de lucidez, olvidando por un momento el arma en su mano—. Al principio, cuando papá y mamá murieron y con mi hermano nos hicimos cargo del negocio, todo marchaba bien, ¿sabes? Todo funcionaba como reloj y con Ian éramos felices. Nos quisimos más que nunca en ese tiempo, no lo olvido. Pensé que viviríamos así para siempre, rodeados de amor y belleza, pero... Stefania enloqueció y empezó a acostarse con el estúpido de Eric. Los hombres son así, tú sabes, claro que lo sabes. No pueden controlarse.

—¿Entonces crees que la culpa fue de Eric? —le pregunta Jackie, intrigada.

—Stefania era una niña mimada e insoportable, pero nos daba de comer. Era nuestra estrella —exclama Marla, recordando, con las manos sobre las piernas—. Eric le dio ilusiones y motivos para obsesionarse. Le prometió que se divorciaría de su esposa y que se irían a viajar juntos por el mundo, sin volver a trabajar para nadie. Pero usted es una mujer madura, ya sabe cómo son estas cosas. Cuando Eric se aburrió y quiso dejarla, Stefania perdió lo poco que le

quedaba de cordura. No solo le contó todo a Agatha, eso fue lo de menos, además lo amenazó con hundir la agencia y mandarnos a todos a la cárcel por tráfico humano. Así se vengaba de Eric y, además, hacía justicia por Vera.

—Su gran amiga —precisa Jackie, buscando su reacción.

Marla se estira y revolea los ojos.

—Eran amantes y estaban sedientas de revancha. Querían destruirnos por haberlas ayudado a surgir, ¿pueden creerlo, el par de estúpidas?

Marla aleja el arma y respira hondo, pensando en las alternativas que le quedan.

—Algo se arruina en las cabezas de estas pobres chicas cuando la vida es demasiado fácil. El dinero, la fama, el sexo, todo eso te puede afectar para siempre cuando llega muy temprano —reflexiona con tristeza, observando el mar abierto bajo la noche sin estrellas—. Cuando empezaron a investigar el proceso de adopción de Vera, Ian y yo supimos que no había vuelta atrás. Era urgente separarlas.

—Por eso eliminaron a Stefania —afirma Jackie, siguiendo el relato.

—Quería destruirnos, ya le dije. Teníamos que deshacernos de ella. Y para eso buscamos a un especialista.

Jackie levanta las cejas, no muy convencida de lo que está escuchando.

—Contratamos a un asesino para cometer los crímenes siguiendo una narrativa.

Jackie busca la mirada cómplice de Martino. Los dos vigilan a Marla, estupefactos.

—Ese primer día, Ian llevó al asesino al departamento de Stefania, en la calle King. Logró que le abriera la puerta para dejarlo entrar —confiesa Marla con la mirada perdida en la inmensidad del Golfo de México—. Lo demás fue una sucesión de pequeños accidentes. Con mi hermano no queríamos una masacre, buscábamos defender nuestro negocio.

—Seis personas están muertas.

—Stefania era la única que debía morir. Pero el ejecutor de este plan se obsesionó con el proyecto y armó su propia historia.

—¿Dónde está ese ejecutor?

Marla sujeta el arma y sonríe, enigmática. Jackie advierte que su rostro cambia de repente al mirar hacia la entrada y ver a Colvin y Solar que aparecen junto a Ian.

—Marla, por favor, suelta el arma —le ruega con desesperación.

Ella no lo mira. Empuña el arma con más fuerza y de a poco comienza a retroceder por el piano bar.

—¡Marla, no! —le grita Ian, suplicante—. Hermana, entrégate. Se acabó, ya no vale la pena seguir luchando.

—277 —exclama Marla—. La cabina 277.

La cabina de Preston, piensa Martino.

Marla sigue retrocediendo y salta al vacío a través del ventanal panorámico del bar. El vidrio se rompe con el peso y enseguida deja entrar el viento tibio del exterior.

La hermana de Ian cae moviendo los brazos desde la segunda cubierta del Mirage of the Seas a las aguas del mar abierto, en un recorrido de treinta y dos metros. A pesar del traumatismo leve provocado por el golpe contra la superficie, de las intensas corrientes nocturnas y de pasar casi una hora flotando antes de su rescate, Marla Wishman logra sobrevivir.

Cuando unos minutos después de la caída Jackie y Martino registran la cabina 277, no encuentran a nadie.

28

Dos semanas después, una noche de lluvia, Jackie Bravo y Derek Martino se emborrachan en un bar de la Tercera Avenida mientras se burlan de los gestos del jefe Sarrazin en la conferencia de prensa de cierre.

—Ian Wishman, Marla Wishman y Eric LeMoigne, los autores intelectuales de los asesinatos de los influencers, ya se encuentran en manos de la justicia y a la espera del debido proceso —repite el jefe de manera exagerada y formal ante los reporteros, en un video de YouTube que Martino ha reproducido hasta el cansancio durante los últimos días.

—Y ningún periodista es capaz de preguntar lo que importa: ¿dónde mierda está el autor material? —agrega el detective, ofuscado—. Ya han pasado casi tres semanas desde la última vez que su esposa supo algo de Terry Johnson, el supuesto asesino.

—Eso significa una sola cosa: el caso no está cerrado —concluye Jackie, tajante y sin poder evitar cierto resentimiento hacia la institución policial—. Alguien tiene que aclararle a tu jefecito que el verdadero asesino sigue en la calle.

—Es imposible convencerlo —reclama Martino, molesto—. Él y el fiscal ya tienen a sus culpables y para efectos de su narrativa es todo lo que les interesa escuchar.

—Tú y yo sabemos que se equivocan. Y van a pagar el precio de este error con más sangre.

Martino termina su cerveza y deja la jarra vacía sobre la mesa del bar, pensativo.

—¿Te has sentido mejor? —le pregunta Jackie.

—No. Anoche soñé otra vez con Preston —confiesa él, afectado—. El asesino lo mató por pura crueldad, ¿te das cuenta?

—Lo mató porque no sabe lo que hace. No tiene control —sentencia ella—. Y aunque todos piensen lo contrario, sigue allá afuera, pensando que es un artista.

—¿Y? ¿Ya lo pensaste mejor? —la escruta con la mirada, ansioso—. No me vas a dejar solo, ¿verdad?

—Ya lo hice, lo siento —le revela ella con una frialdad que la sorprende—. Pedí retiro anticipado y me lo aceptaron.

El detective evita mirarla a los ojos y levanta la mano para pedir otra cerveza y disimular lo que siente.

—La última vez me prometiste que ibas a pensarlo —se queja después de un largo silencio—. Yo creí que esta invitación era para decirme que te quedabas y que seguíamos juntos, como equipo, igual que siempre, y que...

—A Adam le van a dar veinte años, como mínimo. Quiero estar un tiempo con mis hijos —lo interrumpe Jackie—. Tú ya no me necesitas. En unas cuantas semanas ni siquiera te vas a acordar de mí. Vas a tener de compañero a Colvin y todo va a estar bien.

—¡No quiero tener de compañero a Colvin! —le replica él—. En serio, Jackie, nada va a ser lo mismo si te vas.

—Ya me fui, Martino. Imagina que ya no estoy aquí.

Jackie intenta sonreír, pero algo no funciona. Martino está ebrio y demasiado serio, a punto de romper en un ataque de llanto que ha reprimido desde que entró al bar y empezaron a beber, hace dos horas. Por más que la sargento intente reír y burlarse de su partida, hay un aire trágico impregnado en el ambiente.

De pronto, Jackie siente la vibración de su celular al interior de su pequeña cartera. Martino le pregunta desde cuándo usa cartera y ella se larga a reír, coqueta. Cualquier tema sirve para alivianar la tensión. Abre la cartera y saca el celular. Mira la pantalla.

> **Mensaje de texto de +1 (718) 333-4567**
> me extrañas?

Jackie levanta la cabeza, con una gravedad repentina, y se encuentra con la cara de Martino.

—¿Quién es?

Mira el número y responde:

>

Martino se ríe mirando a Jackie, con picardía.

—¿Se puede saber quién te escribe a esta hora?

Jackie no se ríe ni le contesta. Un momento después, recibe una llamada desde el mismo número. Martino la observa y por la expresión trágica de su rostro enseguida concluye que no se trata de un coqueteo virtual ni de la aventura de Tinder que está imaginando. Algo serio e importante le ocurre a su jefa.

La sargento no responde la llamada de inmediato. Respira hondo y espera unos segundos para contestar con calma.

—¿Aló?

—¿Cómo estás? De vacaciones, supongo.

—¿Quién habla?

—Tú sabes quién soy. Me estabas esperando.

—¿Qué quieres?

—Escucharte. ¿Por qué? ¿Eso es malo?

Martino la vigila, atento. Jackie se levanta con el celular en la mano para alejarse del bullicio del bar.

—Entonces fuiste tú... Tú mataste a los influencers —le dice desde un pasillo cercano—. Te pagaron por asesinarlos.

—No te llamé para hablar de mi obra pasada.

—¿No? ¿Por qué me llamaste, entonces?

—Por el futuro. Siento ganas de seguir creando y sorprendiéndote. Es una voz superior que me dirige.

—¿Por qué tanto odio a los influencers?

—Eso era antes. Y no los odiaba, los envidiaba. ¿Sabías que la envidia es una forma de odiarse a uno mismo? Por eso tuve que eliminarlos, para sacarlos de mi cabeza. Me hacían mucho daño, pero ya no. Cuando me ofrecieron dinero por asesinar a Stefania Lenzi, no lo podía creer. Fue un regalo.

—Pero después seguiste matando.

—Todos y todas tuvieron su razón de ser. Supongo.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Todavía sueñas con atraparme? ¿O sigues pensando en renunciar a la policía?

—Tú cometiste esos crímenes, Terry. Algún día vas a tener que entregarte.

—No lo voy a hacer. Quiero que tú me detengas, como estaba planeado desde el principio.

Desde lejos, en el bar, Jackie intercambia una mirada con Martino y un repentino dolor comienza a partirle la cabeza.

—Yo quería caerte bien, ¿sabes? —confiesa el hombre al otro lado del teléfono, nostálgico—. Por eso eliminé a la manicurista, para ayudarte un poco con tu vida, tu matrimonio, tus pequeñas desgracias. A propósito, tienes una familia muy hermosa.

—Gracias.

—Yo tuve una parecida, una vez.

Se produce un silencio en la conversación. El hombre se emociona y Jackie no interviene, lo deja respirar.

—Tenía tantas ganas de llamar tu atención y dejarte con la boca abierta —continúa, emocionado—. Anhelaba hacerte feliz cada día, con pequeños gestos. Y lo conseguí... Yo sé que a veces lo conseguí. Ahora ya estoy listo. Puedes venir a buscarme.

—¿Dónde estás?

—En la calle Eldridge, en el Lower East Side. Puedes venir ahora.

* * *

Cuelgas la llamada y el ardor te enrojece la cara. La noche no está calurosa, pero te sudan las manos sentado al volante, mirando la fachada de aquella casa anodina de Richmond Hill.

Los policías de guardia comparten un café y se despiden. Al pasar en el auto les dedicas un saludo. Eres uno más del vecindario, hasta podrías ser otro policía. Es un acto de provocación, lo sabes, pero no puedes evitarlo. Tener el poder te excita más de lo que estás dispuesto a asumir y esa será tu condena.

Durante cada cambio de turno, la casa de la familia Bravo en Richmond Hill queda sin vigilancia por un lapso de once minutos.

Once minutos que comienzan justo ahora.

Te bajas del auto sin miedo. No deberías tener problemas, antes de salir

te tomaste dos ansiolíticos que te hacen invencible. La puerta que da al patio trasero está abierta, hay dos bicicletas bloqueando la entrada. Esta casa podría ser la tuya, la que alguna vez estuviste orgulloso de comprar, la que tenías en el otro lado, la que sacrificaste porque eres un sucio asesino incapaz de vivir como un hombre normal. El patio trasero de los Bravo se funde en tu cabeza con los recuerdos del patio que gozabas con la esposa y las niñas en la casa de Yonkers. Laura, la hija mayor de los Bravo, que en unos años más podría ser una de las tuyas, se asoma por la ventana y a gritos le ordena a su hermano menor, Ricky, que recoja las bicicletas porque alguien podría robárselas. No le ves la cara, pero por su voz imponente piensas que se parece a su madre.

Desde el fondo del patio trasero observas la rutina nocturna de la familia.

En la sala, Ricky pierde la paciencia en un videojuego de disparos en primera persona.

En su dormitorio, Tony habla por videollamada con una chica.

En el baño, Laura se quita la ropa húmeda del gimnasio.

* * *

Todo es rápido y sin sentido, como un sueño, un terremoto o un accidente. Laura está en la ducha, tratando de esforzarse en no pensar más en su padre sufriendo en la cárcel, cuando escucha el primer ruido. Es un vidrio que se rompe. Está casi segura de que viene de la cocina.

Asustada, sale de la ducha, se cubre con una toalla y apenas alcanza a secarse un poco cuando siente los golpes y después los gritos desesperados de su hermano pidiendo ayuda. Se queda helada en el baño, la puerta cerrada con llave. Más golpes, otro grito, esta vez de un hombre desconocido. En silencio se agacha a buscar su celular entre la ropa sucia del gimnasio. Tiembla de miedo. Se levanta y va a marcar el número de su madre cuando la puerta del baño estalla.

Laura no alcanza a gritar. Un hombre moreno la vigila desde el pasillo con una expresión de placer en la mirada, como si la conociera desde hace mucho. Tiene el pecho manchado de sangre.

—Buenas noches, Laura.

* * *

Cuando esa noche Jackie y Martino llegan al número 74 de la calle Eldridge, en el Lower East Side, la puerta está abierta. Martino avanza hacia el interior del pequeño departamento de dos ambientes con su arma en el aire, alerta a cualquier acción. Jackie llama a Terry Johnson por su nombre y a la tercera vez que escucha el eco de su voz ya está segura de que el hombre le ha mentido.

El lugar está vacío.

Las cortinas blancas flotan en las ventanas con el aire que sopla desde el pasillo.

—Está loco de remate —exclama Martino.

Jackie reacciona a sus palabras. Mueve la cabeza y lo ve de pie mirando con estupefacción una de las paredes. Los muros están cubiertos de imágenes impresas en 4K, pantallazos de videos grabados en altísima resolución, capturas del material recopilado durante los últimos días, en cada uno de los lugares del crimen: todos los rostros del miedo, todos los colores registrados por el mismo ojo, inmortalizados hasta el fin de los tiempos y dispuestos como papel mural.

—Es su contenido —afirma Jackie.

Entre las fotos distingue el rostro de Casey, sudoroso y salpicado con gotas de sangre, gritando en la máquina de piernas del gimnasio. Un poco más allá ve la expresión de horror de Preston, escupiendo queso azul. Cuando aparece la boca abierta de Lydia Randall y las uñas de sus manos heridas en el plano, intentando defenderse, la sargento debe apartar la mirada. El sonido del celular la sobresalta. Martino se gira, atento al origen de la llamada. Es otro número desconocido.

—Hola.

Nadie responde.

—¿Aló?

—¿Aló, mamá? Soy yo, Laura.

—Hija, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

Jackie cruza una mirada de alarma con Martino. La conversación con su hija se interrumpe.

—¿Laura?

Pasa un segundo. La sargento sujeta el teléfono, ansiosa.

—¿Me perdonas, Jackie?

De nuevo la voz inconfundible, más cerca y perturbadora que nunca.

—¿Qué estás haciendo?

—Vine de visita. Ya te felicité por tu hermosa familia.

Mientras avanza con determinación hacia la puerta del departamento de la calle Eldridge, Jackie le hace un gesto de emergencia a Martino.

—Te mentí, lo siento —le dice el hombre, al teléfono—. ¿Encontraste mis regalos?

—Escúchame, Terry, no me cortes.

—Dime si encontraste lo que te dejé en el departamento.

—Las fotos de tus obras, claro. Las estoy contemplando.

Martino mueve la cabeza, turbado con la conversación mientras bajan las escaleras del edificio con prisa y tratando de no hacer ruido.

—¿Y qué te parecieron? —insiste el hombre, al teléfono—. Me encantaría conocer la voz de una experta.

—Yo no sé nada de arte.

—Pero has visto muchos muertos.

—Creo que es un material muy perturbador —reconoce la sargento, fingiendo, ya en el primer piso—. Y me parece que deberías compartirlo.

En la calle, Jackie le hace un gesto a Martino para que se suba rápido al volante del auto.

—¿Estás hablando en serio? —le pregunta el hombre, ilusionado—. Compartirlo: eso es justo lo que voy a hacer.

—Nadie conoce mejor que tú a esas víctimas, Terry. Nadie como tú ha visto el horror en sus caras.

La emoción del hombre identificado como Terry Johnson le permite a la sargento ganar el tiempo suficiente, veintitrés minutos, para desplazarse desde el Lower East Side hasta Richmond Hill, en Queens. Durante la charla, él le confiesa sus intereses artísticos y el origen de su pulsión creadora, un interés desarrollado en la infancia y primera adolescencia y después potenciado gracias al trabajo de una joven profesora que lo marcó, la señorita Julie. Terry, o su voz al teléfono, le confiesa a Jackie que esa distinguida maestra del colegio que le despertó el interés por la pintura terminó convirtiéndose en su objeto

de debut, su primera víctima.

—La maté por asfixia. No fue buena idea.

La confesión del asesino al teléfono la deja helada por un momento. A su lado, Martino acelera por la autopista. Con una sola mirada de soslayo le indica que están por llegar al destino. No hace falta más para comunicarse.

Martino detiene el auto unos cien metros antes de la entrada de la casa. Jackie se baja rápido, tratando de disimular su respiración agitada, sujetando el teléfono.

—¿Ya estás aquí? —le pregunta el hombre.

—Necesito verte.

—Voy a matarlos, Jackie. Si te equivocas, voy a matar a tus tres hijos. Voy a comenzar con el menor para terminar con la bellísima Laura, a la que tengo a mi lado. No creas que no seré capaz.

Antes de entrar, el hombre le advierte que solo hablará con ella. Está dispuesto a negociar una confesión detallada de los seis crímenes cometidos en las últimas semanas. Su única condición es que le permitan grabar en vivo en todo momento, sin parar, en un streaming constante donde cada aspecto de su intimidad sea compartido con los millones de fans que en los últimos días han devorado los avances del caso. Terry Johnson está listo para convertirse en la celebridad que siempre ha soñado.

En la fachada de su casa, Jackie respira hondo, le manda un beso a Martino y con el celular en el oído entra por la puerta principal.

—¿Dónde estás, Terry?

En la pantalla del celular se lee LLAMADA TERMINADA. Preocupada, la sargento avanza por la sala hacia el interior de la casa. Por precaución levanta el arma. No hay señales de Terry Johnson ni de sus hijos, pero sí encuentra manchas de sangre en el pasillo, el suelo y las paredes. Se lleva una mano al pecho, consternada. Hay heridos.

—¿Dónde estás? —pregunta hacia la cocina.

La sangre viene de la sala y sigue en el segundo piso. Aterrada ante su propia imaginación, Jackie mira hacia arriba y sube los peldaños rápido y en silencio.

—¡Mamá!

El grito desgarrador de Laura le corta el aliento en un segundo.

Jackie se paraliza al escuchar un golpe en su dormitorio. Da un paso adelante y recién entonces puede verlo en el pasillo, tal como se lo imaginaba: el hombre blanco, moreno y de cejas tupidas, de cuarenta años, amenazando a su hija con el filo de un cuchillo en la garganta.

—Acércate y la mato.

Jackie le muestra el arma, levantándola en el aire. Laura tiembla entre los brazos del asesino. Su ropa está ensangrentada.

—Suéltala, Terry.

Con lentitud y claridad de movimientos se agacha para dejar el arma en el suelo sin alterarlo. En el último segundo, cuando comprueba que se distrae, sigue su instinto y salta como un animal sobre su presa. Empuja lejos a Laura y golpea al hombre en el rostro con una rabia que desconocía. Por un momento Terry Johnson se queda sin respiración, aturdido por sus puños. Suelta el cuchillo y la observa con expresión lastimera, sin comprender.

Jackie lo gira para inmovilizarlo y proceder al arresto, pero no sabe cómo él se recompone y le da un repentino golpe de puño justo entre los ojos. La sargento pierde la consciencia por un segundo y se tambalea. Escucha desde cerca el murmullo de su hija. Terry ha recogido su arma y la está apuntando en la cabeza.

Otro grito desesperado y gutural. Él acaricia el gatillo, sus manos siguen tocando el cuerpo frágil de Laura. Otro salto al vacío, sin medir las fuerzas ni pensar en las consecuencias.

No sabe cómo lo logra, pero de un segundo a otro su mano sujeta el cuchillo que encuentra en el suelo y lo clava en la espalda superior de Terry. Logra alejarlo de Laura, pero no que suelte el arma. Sangra mucho. Pierde el equilibrio, da un paso en falso, la agarra por los brazos y al ver su propia sangre se desespera y dispara, mientras ella lo empuja con violencia por la ventana del segundo piso.

La noche está fresca.

Caen unidos, entrelazados, sin quitarse la vista de encima y con las armas cambiadas: él abajo, con la pistola automática de Jackie, y ella arriba, con su cuchillo.

Al chocar contra el suelo, la columna vertebral de Terry Johnson cruje como un mueble viejo. El dolor se apodera de todos los músculos de su cuerpo. Las heridas de su espalda siguen sangrando. Mira el cielo

de noche, tieso en el suelo, recogido de dolor. Gime y llora a susurros, pidiendo perdón, suplicando que alguien entienda su padecimiento antes de que sea demasiado tarde y se abran las puertas del infierno. Martino y otros policías corren a la casa para comprobar que los tres hijos de la sargento presentan heridas de mediana gravedad, pero están a salvo. Al enterarse de la noticia, Jackie cierra los ojos, abraza a Martino y vuelve a sentir que está viva.

—Desde la primera vez siempre esperé que alguien me parara —le dice Terry Johnson, esposado boca arriba en el antejardín—. Por eso te escogí.

Jackie no sabe si sentirse honrada por el reconocimiento. Las únicas certezas que tiene son que acaba de defender a su familia y que el caso del asesino de influencers va a cambiar para siempre la carrera que hace poco había dado por terminada.

—Te escogí porque eres una buena mujer, Jackie Bravo.

Edición en formato digital: septiembre de 2024

© 2024, Illanes Tapia, Pablo
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566190455

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com